

GAVIN KNIGHT

LOS CHICOS MALOS DEL BARRIO

UNA HISTORIA REAL



SUMA
de libros

GAVIN KNIGHT

LOS CHICOS MALOS DEL BARRIO

UNA HISTORIA REAL



SUMA
de libros

GAVIN KNIGHT

LOS CHICOS MALOS DEL BARRIO



Índice

[Cubierta](#)

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Primera parte. Manchester](#)

[Capítulo 1. La Red](#)

[Capítulo 2. Antes](#)

[Capítulo 3. El velatorio](#)

[Capítulo 4. El juicio](#)

[Segunda parte. Londres](#)

[Capítulo 5 . Cumpleaños](#)

[Capítulo 6. La cárcel](#)

[Capítulo 7. Caballo](#)

[Capítulo 8. El verdugo](#)

[Tercera parte. Glasgow](#)

[Capítulo 9. Setenta y uno](#)

[Capítulo 10. Sábado](#)

[Capítulo 11. El delantero](#)

[Capítulo 12. La salida](#)

[Nota del autor](#)

[Notas](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

Para A. e I.

MANCHESTER

Capítulo 1

La Red

Un pandillero de los Moss Side tirita de frío en su coche, que está aparcado a las puertas de la prisión de Strangeways. Ha recibido instrucciones de recoger a un antiguo miembro de la banda, Whippet, que recobra la libertad después de tres años encarcelado por tráfico de heroína y *crack*. Estamos en diciembre y nieva. La nieve empieza a cubrir el tejado de la torre de vigilancia que se erige sobre el norte de Manchester. El hombre limpia el vaho del interior del parabrisas con manos enguantadas y distingue a otro hombre que también espera: un grandullón de poco más de cuarenta años que lleva un polo negro de manga corta y está fumando.

—¿No tienes frío? —le pregunta.

El grandullón se vuelve y da una calada sin despegar los labios.

—Soy medio noruego —responde con una sonrisa. Lleva la cabeza rapada, le faltan algunos dientes y los que tiene lucen algunas manchas; es fornido, seguramente se machaca en el gimnasio. Termina el cigarrillo y desaparece en el interior del centro penitenciario. Cuando vuelve a salir, Whippet lo acompaña. El pandillero que está esperando toca el claxon para llamar su atención. Whippet vuelve la cabeza y sigue caminando. El grandullón le abre la puerta de su coche, luego sube él y sale pisando a fondo. Las ruedas hacen eses sobre la aguanieve que cubre la calzada.

El coche recorre con rapidez la autopista de circunvalación y gira hacia el norte por la M6. Cada vez se divisan menos edificaciones. Avanza hacia Lancaster y Kendal en dirección a la frontera con Escocia. El grandullón, Anders Svensson, es detective de la policía desde hace veintitrés años. Sabe que su acompañante, Whippet, está preocupado, porque le oye murmurar algo para el cuello de su camisa y ve que se pasa la mano por la cabeza. Va peinado a lo Jamie Foxx, que es la moda.

—No necesito niñeras —dice Whippet por fin sin apartar la vista de la carretera. Tuerce el gesto como si alguien tirase de su boca con un anzuelo—. Me respetan. Soy de fiar, de la vieja escuela.

Svensson enciende otro cigarrillo sin decir nada. Ha investigado treinta asesinatos y se ocupa de las bandas del sur de Manchester desde hace tanto tiempo que ya no sabría diferenciar el trabajo del resto de su vida. Nota que Whippet se da golpecitos en el labio superior y que vuelve a mirar por el retrovisor. Como todos los expresidarios, fanfarronea, pero está muerto de miedo.

Svensson sabe que es un buen policía. En los últimos años ha merecido los elogios de varios jefes y cuenta con el respeto y apoyo de la mayor parte de los oficiales superiores de su departamento. Pero nunca ha aceptado un ascenso: entró en el cuerpo para ser agente de policía y así quiere seguir, en las trincheras. Nunca ha sido más que detective y trabaja con hombres mucho más jóvenes que él que no entienden lo que hace y que, a veces, sienten celos. En realidad, a lo único a lo que aspira es a que no le jodan: «No me odies solo porque no eres como yo». Y cosas así. Destaca de los demás como detective por su perspicacia y por su capacidad para ponerse en

la piel de delincuentes como Whippet.

—¿No vas a llamar a tu antigua banda? —pregunta—. ¿No vas a llamar a Merlin?

Whippet se frota los ojos al oír ese nombre y niega con la cabeza.

—A Merlin que le jodan, tío. Yo ya no tengo nada que ver con esos matones. Odiar es lo único que saben —dice—. Yo solo quiero estar con Amber. Con Amber y con los niños. Con personas que me quieren.

La campaña inglesa se extiende ante sus ojos. Svensson escucha las promesas de Whippet. Las ha oído muchas veces ya y no son para él ninguna prueba del poder metamórfico de la cárcel. Además, normalmente duran lo que dura la condicional. Puede que su cara delate lo que está pensando, porque Whippet le apunta con el dedo.

—¡Esta vez estoy hablando en serio! —gruñe—. ¿Es que no sabe dónde me he pasado metido los tres últimos años de mi vida? Todos los días esperando que te den permiso para mear. No pienso volver.

Whippet había pasado los dos años anteriores a su ingreso en prisión robando y torturando a camellos para labrarse una reputación. Es un depredador de categoría media. A pesar del *glamour* que muchos jóvenes asocian con la vida criminal, la mayoría de delincuentes que Svensson conoce están pelados y viven en casa de sus madres. Antes de entrar en chirona, Whippet llegaba a fin de mes a duras penas. Pocos, muy pocos, logran hacer dinero y tienen la sensatez de dejar las calles.

Cada quince años aparece algún depredador de habilidad delictiva superior y los demás se acobardan. Como cualquier detective, Svensson es un cazador y, como todos los cazadores, siente predilección por la caza mayor. Ha leído todos los libros que se han escrito sobre Sutcliffe. Recuerda la cita de Ian Brady en *The Gates of Janus*[\[1\]](#), cuando dice que un asesino múltiple es como un gran tiburón blanco que merodea por la sociedad en busca de presas y que los demás somos simples peces. Whippet solo es un pez. Ahí fuera, por los oscuros rincones del sur de Manchester, merodean personajes a quienes teme. Svensson sabe que puede sacar provecho de ese temor.

Sabe otras cuantas cosas de Whippet. Cuenta con informaciones que sugieren que ha estado implicado en otros delitos además de en el tráfico de drogas. Y sabe que tiene muy malas pulgas: de pequeño intentó fugarse del correccional con un mazo. Todas las víctimas de Whippet han dejado parientes y amigos que le odian y a quienes les gustaría verle muerto o encerrado de por vida. Los dos últimos meses Svensson se ha preocupado de hablar con todos. Se ha tomado un té con las hermanas y una tostada de alubias al horno con las madres, siempre con Whippet como tema de conversación. Y antes de que pasara mucho rato, hermanas y madres ya estaban compitiendo por contarle las salvajadas del matón: soplete, soldador. En tales casos, Svensson siempre finge no sorprenderse, como si ya lo supiera todo, mientras relaciona lo que le cuentan con lo que ya sabe. Cuando se va, su interlocutora se queda con la impresión de que no le ha revelado nada nuevo. Pero Svensson ha ido completando el puzle, imaginado con qué viejos socios sigue en contacto Whippet, de quién recibe órdenes. Y hay dos nombres que no dejan de aparecer. Dos nombres que Svensson ha oído muchas veces.

Merlin y Flow.

Svensson lleva doce años tras la pista de esa pareja, desde 1994. Merlin es el caudillo de la banda de los Gooch; Flow, su sombra, su sicario. Flow es lo que la policía estadounidense

denomina un «jugador de choque ultraviolento». Cuando está cerca, es el catalizador de incidentes brutales. Flow ha reconocido en los últimos años que tiene la rara habilidad de matar y quedarse como si tal cosa. Tiene fama de ser frío como el hielo. Es capaz de hacer cosas detestables para la mayoría, como disparar a quemarropa y a la cabeza sin inmutarse. Y no necesita ningún tipo de preparación mental. Te lo puedes encontrar una hora después de que haya apretado el gatillo, tomarte una copa con él y está encantador, como si no hubiera pasado nada. Da la impresión de ser normal, un tipo hasta simpático. Svensson suele tratar con gánsteres, con asesinos; nota la tensión de sus rostros. En Flow no nota nada. Tiene el semblante pálido, la expresión infantil, los ojos como platos. Es un niño de veintisiete años con el pelo cortado al rape, a lo militar. Enarca sus pobladas cejas y parpadea todo el rato como si estuviera gratamente sorprendido. Es curioso, pero casi se diría que es una persona seria, formal.

Flow tiene —o tenía— dos hermanos. A uno lo rajaron con el cuello de una botella en el centro de Manchester sencillamente por ser su hermano. Al otro, Dean, un joven *disc jockey* y futbolista aficionado, lo mataron por el mismo pecado cuando Flow aún estaba en prisión. Le pegaron un tiro en el vientre a la una de la noche, cuando salía de su discoteca favorita. Iba con unos amigos y Kerry, que es la novia de Flow, estaba entre ellos. Mientras cumple condena, Flow se hace una imagen mental del asesino de su hermano. Algunos dicen que puede que perteneciera a la banda de Longsight. Mientras al día siguiente unos chicos en bicicleta vengan la muerte de Dean con acciones caóticas y caprichosas, Flow espera, reflexiona y sigue parpadeando. Pasan cinco años. En ese tiempo ha amasado una colección de sofisticadas armas de gran potencia. Tres días después de la última vez que lo condenaron, Svensson fue a visitar a su madre, Gemma. Gemma le hizo tostadas con alubias al horno y Svensson la observó con la misma atención con la que miraba el pan pringado. ¿Qué le dices a una madre que tiene a un hijo en la cárcel y a otro bajo tierra?

Merlin es otra cosa. Uno tarda poco en darse cuenta de que es un psicópata. Ha aprovechado las cualidades de Flow para plantar su bandera en amplias zonas de Old Trafford, Moss Side y Fallowfield. Su sombra se cierne ahora sobre la mayor parte del sur de Manchester. El secreto de su éxito estriba en su habilidad para ejercer un control absoluto sobre las personas que lo rodean, algo que Svensson jamás había visto en ese grado. Merlin tiene treinta y un años y se rumorea que gana mucho dinero. En los últimos cuatro años ha organizado una disciplinada hueste de soldados de a pie que venden *crack* y heroína. Invierte los beneficios en comprar pistolas, escopetas y armas automáticas, incluida una ametralladora de 7,62 milímetros que envolvió en plástico y guardó en el ático de una yonqui. Gana 700.000 libras al año, o sea, 668.000 más que Svensson. Además, a mayor número de asesinatos, mayor número de horas de trabajo para Svensson. Merlin no es de esos jugadores que tarde o temprano acaban por dejar el tráfico de drogas —a pesar del tiempo que inevitablemente pueda pasar en prisión las raras ocasiones en que los compañeros de Svensson puedan acusarle de algo, de lo que sea—, el negocio le excita demasiado. Merlin y Flow son caza mayor. Hace poco que les han concedido la condicional y ya son los principales sospechosos del asesinato de dos pandilleros. Uno lo cometieron desde un coche en marcha; el otro, tras seguir a la víctima. El segundo fue tan bárbaro e insolente que escandalizó a todo Manchester.

El problema, como Svensson sabe perfectamente, porque se ha topado con él muchas veces, es que cuando Merlin anda detrás de un crimen es imposible encontrar testigos que se atrevan a declarar. Se cruzan con Flow en la escalera, lo divisan al fondo de algún callejón. Svensson

quiere un caso que consiga encerrarlos por una larga temporada y lo va a preparar. Por eso se ha llevado a Whippet a dar un paseo.

Ahora, mientras conduce a toda velocidad bajo la nieve a medida que la tarde se va apagando, le basta con mencionar el nombre de Flow para que Whippet empalidezca y le domine el cansancio. En la cárcel ha oído que Flow quiere matarlo. Ha secuestrado y torturado al hombre equivocado: un camello de Merlin.

—Lo único que yo quiero es dedicarles tiempo a mis hijos —grazna.

Svensson adopta un tono paternal.

—Vas a tener que respetar el toque de queda del centro de reinserción. Mientras dure la condicional, no puedes pisar Manchester. Y no puedes entrar en el Legends de Ashton, ni en el JJs. Ni puedes ir al Arch Bar de Chorlton.

—¿Entrar en el Legends? —Whippet se echa a reír—. Si pongo el pie en ese lugar, soy hombre muerto.

—Nadie sabe adónde nos dirigimos —dice Svensson.

Whippet se fija en las señales de tráfico. Está nervioso, paranoico. Lleva dos horas con la sensación de que todos los conductores con los que se cruzan clavan sus ojos en él. Están cerca de la frontera escocesa. No queda mucho tiempo. Svensson sabe que, si quiere que Whippet le sea útil, tiene que presionarle más.

—Tenemos vigilado a Merlin. Queremos sacarlo de las calles. Todo sería mucho más fácil si supiéramos su número de móvil.

Se oye el ruido del escape al cambiar de marcha. Svensson lo destrozó en un camino embarrado de Buxton. En esos momentos Whippet haría cualquier cosa para no acabar con una bala en el cuerpo. Si habla, nadie lo sabría. Podría haber sido cualquiera. ¿Por qué es tan importante un número de móvil? ¿De qué iba a valerle a nadie? Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. No puede contar nada sobre Merlin. No volvería a dormir en toda su vida.

A solas en el centro de reinserción para delincuentes, a Whippet le empieza a acosar la paranoia. Hay más cámaras de vigilancia que en la casa de *Gran Hermano*. El toque de queda es estricto. No deja de pensar en el pandillero que lo estaba esperando a las puertas de la prisión. ¿Correrá la voz de que se marchó en el coche de un policía? Como la pólvora. Cuanto más tiempo tarde en dar señales de vida, más sospechas despertará. Dejándose llevar por un impulso, llama a uno de los lugartenientes de Merlin. Se queja de que lo hayan llevado a un centro de reinserción.

—¿Qué centro? —le preguntan.

Tiene que decidir con rapidez. Si revela dónde está, Merlin puede mandar a alguien a buscarle. Si no lo hace, Merlin sabrá de inmediato que le oculta algo. Respira hondo.

—Está en Carlisle —contesta.

Cuando cuelga, le entra pavor. ¿Por qué ha tenido que llamar? Antes ha estado a salvo por unos momentos. Ahora Merlin sabe dónde está. Va al dormitorio y examina la cerradura. Es una Yale sencilla que cedería con facilidad ante unas patadas; y no hay cerrojo de refuerzo. Empuja metódicamente todos los muebles contra la puerta. Hecha la barricada, se sienta en el suelo. El viento frío hace traquetear los toldos del edificio y él espera a que Flow vaya a matarlo.

A la vuelta, Svensson no puede dejar de pensar en lo mucho que necesita saber el número de

móvil de Merlin. Los asesinatos han sido flagrantes, desvergonzados: apestan a Merlin y Flow. Si pudiera relacionar un número de móvil con la escena del crimen, podría conseguir una orden judicial para arrestarlos. Así es como le gusta trabajar. Ninguno de sus compañeros sabe lo que hace exactamente, pero tampoco tienen por qué saberlo. Se mezcla entre la gente y desaparece unos cuantos días o unas cuantas semanas. Cuando se interna en el territorio de alguna banda, un joven centinela avisa por móvil a su superior: «XCalibre está aquí», dice. «¿XCalibre...? Pero ¿quién?», le preguntan. «El jefe», contesta el chico.

Svensson, sin embargo, nunca ha visto dos veces al mismo centinela. Es un policía chapado a la antigua: él es la ley. Hay detectives que recitan a su oficial superior una larga lista de nombres a los que hay que «seguir / entrevistar / eliminar» y así justifican la jornada. Pasan horas preparando el «borrador de interrogatorio» de algún sospechoso. ¿Borrador de interrogatorio? Svensson ha logrado hacerse un espacio vital algo más amplio. Nadie pregunta por sus métodos. Es conocido por sus resultados.

Suena uno de sus tres móviles. No el de los confidentes, así que puede ponerlo en modo altavoz. Es su mujer.

—¿Puedes recoger a Jessica en Stockport? —le pregunta.

—Claro.

Por su profesión, su mujer ha quedado relegada a un segundo plano muchas veces. Ser policía ya le ha costado un matrimonio y corre el riesgo de que le suceda lo mismo con el actual. No ayudan tantas horas extra. Si habla con alguien que no es policía, tiene que esforzarse especialmente. Es complicado para el lego entender el mundo donde pasa la mayor parte del tiempo: las conexiones, los anillos concéntricos de camellos, matones, víctimas e informadores que rodean a las grandes figuras del tablero de juego. Recuerda el día en que su primera mujer lo llamó varias veces pidiéndole que saliera ya de la oficina, que pasara ya a recogerla, que iban a llegar tarde a la boda de una amiga. Le prometió que no tardaría más de tres cuartos de hora. Treinta y cinco minutos después estaba en Moss Side, a los pies de un cadáver. El día era frío, como hoy, y la nieve congelada obstruía los orificios de bala. «No puedo ir. Ha habido un tiroteo», le dijo a su mujer. Una vez te puedes escaquear. Una vez detrás de otra, no.

—¿Qué le vas a regalar por su cumpleaños? —pregunta la mujer que ahora es su mujer.

—Algo de Miley Cyrus —responde—. No hay en el mundo mayor fan de Hannah Montana.

Se ríen y cuelga. Tiene demasiadas cosas en qué pensar para seguir charlando. Hace tiempo tuvo que dejar plantada a su primera mujer porque tenía que vigilar a alguien en Milton Keynes. La misión se complicó y no pudo volver hasta nueve días después. Pasó la mayor parte metido en el coche con una atractiva detective en prácticas concentrada en la lectura del temario de un examen. Si alguien le hubiera pedido que fuera sincero, tendría que haberle dicho que las mujeres siempre le habían gustado. Al principio salía con muchas. Ahora no suele frecuentar a nadie ajeno a la comunidad del crimen. En los viejos tiempos se daba incluso el caso de algún policía que acababa follando con la exnovia de un delincuente. Un compañero le contó que un día se despertó en la cama de la antigua novia de un sicario y no sabía qué le daba más miedo, que apareciera el gánster o la policía. Pero esas cosas no pasan desde hace mucho tiempo. Ahora, en las raras ocasiones en que conoce a una mujer y la invita a una copa, le dice cómo se gana la vida y la chica muestra un interés inmediato. Es un pequeño masaje para su ego. Hace lo mismo con sus confidentes: los interpreta, observa su lenguaje corporal y mira a ver qué puede conseguir. Ahora

mantiene una relación más cordial con su exmujer y ve a sus hijos cuando no tiene que hacer varios turnos de tres a once seguidos. Su hijo se queda con su mujer y la hija que tiene con esta en su casa de Buxton, junto al barrio de Peak. Su primera mujer es policía y se ha vuelto a casar con otro policía.

Cuando Svensson regresa de Carlisle, ya ha empezado el turno de noche en el sur de Manchester. Un helicóptero de la policía sobrevuela Alexandra Park State, donde la Princess Parkway separa los territorios de dos bandas en guerra: los Gooch y los Doddington. Los soldados Gooch se disputan el favor de Merlin, su peculiar general, que es un manipulador. Merlin da una orden y en la otra punta de Manchester alguien recibe un balazo. Creció en calles dominadas por la banda de Longsight, aliada menor de los Doddington. Pero desde que optó por los Gooch, sus amigos de Longsight se la tienen jurada. Flow acierta cuando piensa que entre ellos se encuentra el que mató a su hermano. Son rivales desde hace casi veinte años. Aunque lo oculta, la policía tiene un avión espía que vigila el área como si fuera una zona de guerra.

La contienda urbana del sur de Manchester es un conflicto olvidado: una ciudad interior desolada y sumida en la delincuencia, bandas, drogas y tiroteos. Reina el ojo por ojo, diente por diente. En cuanto la policía corta la cabeza a una facción, los pandilleros suturan la herida y se regeneran. Meten en la cárcel a un cabecilla y deja un vacío, pero pronto ese vacío lo ocupa una banda rival. El ciclo se repite una y otra vez. Los más jóvenes compiten en brutalidad por ascender en el escalafón y calzarse los zapatos de su jefe. Cuando la policía busca testigos, encuentra una comunidad atenzada por el miedo en la que nadie habla, nadie denuncia. La unidad de Svensson, XCalibre, especializada en bandas, ha tenido que investigar mucho para rellenar un «mural» de más de seis metros donde, sobre nombres de calles, han clavado fotografías de ciento ochenta pandilleros y camellos. Cuando patrullan por Moss Side, Old Trafford y Longsight, los agentes confían en su memoria para reconocer los rostros.

Las bandas utilizan tácticas militares. El avión espía de la policía registra una imagen en infrarrojos de un grupo de cuatro ciclistas enmascarados y encapuchados que avanzan en bicicletas de montaña y formación de diamante por las calles de Moss Side. Es una táctica clásica de los Gooch para el reconocimiento de una zona enemiga e indica que se está produciendo una incursión. En cabeza va el explorador. A los lados lleva a dos escoltas que se dispersan en cuanto adivinan algún problema. El propósito es confundir y despistar al enemigo: la banda rival o la policía. Por instinto, lo normal es seguir a los escoltas en cuanto se alejan y hacer caso omiso del que va en medio, al que protegen. Pero este es el importante, el portador, el que lleva el arma.

Las tácticas están evolucionando. Ahora los asesinos atacan por la noche y lo hacen encapuchados y con gafas de esquí. Para evitar que la policía obtenga valiosas pruebas físicas, actúan con el rigor de un forense. Lavan las bicis con gasolina para borrar todo rastro de ADN y disparan las pistolas en un cubo lleno de arena para que los granos suban por el cañón y limpien los residuos de pólvora de boca y recámara, que podrían resultar muy útiles a un técnico en balística. Muchos sicarios han sido encarcelados gracias a las pruebas balísticas. El truco de la arena no funciona. Otras tácticas, como el empleo de guantes de látex para no dejar huellas, sí.

Svensson sale del tráfico nocturno y se interna por una tranquila calle de largas tapias. La elevada verja se abre automáticamente. Es el cuartel general de XCalibre. Encuentra aparcamiento entre un Mondeo abollado y sin matrícula y una furgoneta blindada de la Unidad de Apoyo Táctico. Una vez dentro, se dirige a la cafetería. En la barra hay alguien de espaldas. Reconoce el

polo marinero algo retro y las botas de piel vuelta de un agente recién incorporado a la Unidad de Gestión de Fuentes Encubiertas. El chico viste como James Bond y está ansioso por robarle sus confidentes. Svensson retrocede rápidamente y se encamina a la sala de operaciones. Nadie sabe cómo se ha hecho con su red de confidentes e informadores, pero ahora los impecables y guapos reclutas de la Unidad de Fuentes Encubiertas quieren echarles mano. Últimamente Svensson dedica tanto tiempo a evitar que otros policías metan las narices como a proteger su secreta red de los criminales.

En el centro de Carlisle, Whippet sueña con Merlin. Tiene los nervios de punta. Cualquier portazo lo asusta. Asiste a unos programas de reinserción que le ayudan a volver sobre sus pasos, a facilitar la transición de la cárcel al mundo. Respeta las normas de la condicional. Pasan las semanas, pero no pierde el miedo a que Merlin mande a alguien en su busca. No pierde el miedo. Le duele la cabeza y no puede dormir. Se sobresalta en mitad de la noche cuando las cañerías hacen ruido. Imagina que es el ruido de una llave en la cerradura. Ha pedido, ha suplicado varias veces que lo trasladen.

—Tienes visita —le dice la persona que tiene asignada su vigilancia.

En la puerta está apoyado Svensson. Lleva un forro polar negro y sonrío. Aunque a Whippet le gustaría lo contrario, se alegra de verlo.

—Recoge tus cosas —dice Svensson—. Te mandan a un centro de reinserción de Northumbria.

Mientras Whippet hace el equipaje, Svensson entra con dos tazas grandes de té y se sienta al borde de la cama. Whippet coge una taza y sorbe con ganas.

—Lo dejo. Se lo juro. Se acabó —dice.

Svensson no contesta, pero nota que Whippet está débil, agotado. Tiene las mejillas hundidas y ha perdido peso.

—¿Sigues pensando que va a venir a por ti? —dice Svensson por fin.

Whippet asiente. No pierde el miedo y ya ni siquiera se molesta en ocultarlo. Svensson se inclina y apoya los codos en las rodillas.

—Deja que te cuente una cosa.

Whippet no lo sabe. Hace algunas semanas, una mañana temprano, un coche echó a Merlin de la carretera en un tramo de la A666 entre Bolton y Blackburn, a bastante distancia de su casa. Iba en un taxi con una chica. Por el espejo retrovisor vio a cuatro policías salir corriendo de un coche. Llevaban chaleco antibalas y mascarilla de protección. Merlin se dio cuenta de inmediato de que se acababa la libertad para él e intentó escapar. Oyó un disparo. Un bote de aluminio rodó bajo sus pies y un gas blanco lo envolvió. Saltó como un resorte y derribó al primer policía de un empujón. Le temblaba todo el cuerpo. De inmediato un brazo musculoso lo cogió por el cuello y apretó hasta casi asfixiarlo. Golpeó la mandíbula de su agresor. Pero la policía había ido preparada. Le quemaban los ojos y la garganta. Se retorció con rabia. Las lágrimas lo cegaban. Los agentes le tiraron de los brazos hacia atrás y le apretaron la cara contra el asfalto.

Whippet escucha con atención sorbiendo su brebaje. Los rígidos hombros se le van relajando, y también la espalda.

—Va a presumir mucho —dice— de que no usaran gas pimienta, ni porras, ni un bastón retráctil. Les hizo falta un bote de gas lacrimógeno para engancharlo. Como en las

manifestaciones.

Es la noticia que estaba esperando. Pero Svensson no ha terminado.

Esa misma mañana, a cien kilómetros de allí, Flow duerme en el piso de su novia cerca de Nottingham. Fuera, cuando aún es de noche, quince agentes con uniformes que les hacen parecer antidisturbios se acercan al abrigo de un muro. Se agachan como si fueran esprínteres y bajan la visera del casco. Es la Unidad de Armas Tácticas, especializada en romper puertas y en entradas expeditivas. Una hora antes, en la reunión informativa, la descripción de Flow ha enervado a algunos de ellos y están impacientes. Les acompañan dos expertos paramédicos, que también llevan equipo antidisturbios y uniforme ignífugo. Normalmente ocurre deprisa: palanqueta para abrir una rendija en la puerta, por ella se mete el potente tornillo hidráulico, la madera salta hecha pedazos y un policía corpulento arremete con un pesado ariete de metal que en la jerga del cuerpo se conoce como «el ejecutor». Esta vez los acompaña, además, un negociador. Rodean la casa y llaman a voces a Flow. Este sabe cómo acabará todo. No quiere que su familia oiga cómo los policías derriban la puerta, suben las escaleras en estampida y gritan: «¡Policía, policía!». Así que sale tranquilamente y con las manos en alto.

Whippet niega con la cabeza y silba.

—Como creemos que hablas en serio cuando dices que quieres dejar la calle —dice Svensson—, os vamos a realojar a tu familia y a ti lejos de Manchester. Solo tienes que decirnos dónde. ¿Se te ocurre algún sitio?

—Wrexham —contesta Whippet. Norte de Gales, a ochenta kilómetros de Manchester.

—Veré qué puedo hacer.

Se mudan en agosto de 2008. Whippet tiene dos hijos que mantener, de modo que se apunta a un curso de especialista en mecánica. No vuelve a Manchester, mejor no correr riesgos. Parece que es verdad que quiere corregirse, sentar la cabeza. Pero Svensson espera, atento. Todavía tiene que acatar las normas de la condicional. Si no, entrará a formar parte de su red de confidentes.

Merlin y Flow han sido detenidos, el Departamento de Homicidios lo celebra. Svensson, sin embargo, está intranquilo. Vuelve en coche a su casa de Buxton y da un paseo por el barrio de Peak. En el garaje levanta pesas. Su exmujer llama para preguntarle si va a recoger a su hijo para pasar el fin de semana con él. De camino al colegio de su hija, se encuentra con un atasco y vuelve a pensar en el juicio. Durará meses, costará millones y será uno de los más importantes de la historia de la lucha contra las bandas de la ciudad de Manchester. Ahora los testigos tienen que estar protegidos las veinticuatro horas del día, declarar con un distorsionador de voz. No está convencido de que las pruebas sean concluyentes. Las forenses no lo son. Hay algún rastro de ADN, pero no basta. Algunos pandilleros han testificado, han dicho que envolvían las pistolas en plástico y las guardaban en un ático. Pero no basta. A Svensson le preocupa que Merlin y Flow no pasen entre rejas el tiempo suficiente. Basándose en la falta de pruebas, podrían apelar. Tiene que indagar un poco más, investigar otros asesinatos sin resolver. Quiere que el juicio demuestre que gobiernan un reino del crimen. Necesita a Whippet.

En Wrexham, sin embargo, algo ha cambiado. Al conocer la detención de Merlin, a Whippet se le ha quitado un peso de encima. Ha dejado de tener miedo, ha recuperado parte de su arrogancia y vuelve a las bravuconadas de siempre. Cuando sale a la calle, echa los hombros hacia atrás y

siente que ha crecido unos centímetros. En octubre se cumple el plazo y termina la condicional. Svensson oye rumores. Ahora está en una casa de apuestas de Fallowfield viendo una carrera de galgos. Espera. Entra un chico delgado, Femi. Femi lleva chándal Adidas y trencitas en el pelo. Svensson le ofrece un cigarrillo y los dos se encaminan hacia la puerta. Femi se alegra mucho de poder hablar de Whippet. Todavía tiene en la parte interior del muslo cicatrices de la última vez que lo vio.

—Ese cabrón está en Wrexham, ¿no? —dice—. Con sus hijos y la madre de sus hijos, ¿no?

Svensson no lo confirma. Las noticias vuelan. Cuando habla con estos chicos —con las mujeres no funciona tan bien—, a Svensson le gusta sazonar la conversación de incómodas pausas. Así es más fácil que se sinceren. Dicen algo, lo primero que se les ocurre, para llenar el vacío. Para ellos su forma de vida es una elección. El respeto es importante. Un ladrón cualquiera coge sus ganancias ilícitas, se compra una Xbox y se marcha a casa, pero esos chicos buscan algo más, una especie de reconocimiento de lo que son, de los riesgos que asumen. Y dicen lo que no quieren. A veces simplemente «Whippet». Svensson les asegura que hará cuanto esté en su mano para protegerlos. Saben que, si en el juicio aparecen Datos de Identificación Personal y el juez dictamina que hay que divulgar la fuente, Svensson renunciará a seguir adelante antes que delatarlos.

—Lo han visto de juerga por Manchester —dice el chico.

—¿Ah, sí?

—Le quitó la mierda a un camello. Le trincó su parte —aclara.

Svensson asiente, no le pide que continúe. Por ahora es suficiente. Muchos policías jóvenes cometen el error de presionar demasiado y demasiado pronto. Svensson se hace acompañar por un compañero a la casa donde viven la madre y la novia de un conocido matón ya encarcelado. Las mujeres les invitan a pasar y sirven un té. Svensson les pregunta por una fiesta de cumpleaños, es una incitación a que suelten la lengua. Pronto compiten por ver quién cuenta más de los pandilleros que conocen. El policía joven no da crédito. Sigue en silencio, atento a cuanto oye, clava los ojos alternativamente en Svensson y en sus anfitrionas. Pero, llegado un momento, apoya las manos en la mesa, echa el cuerpo hacia delante como en los interrogatorios, y pregunta, exigente:

—Muy bien, y ahora: ¿qué saben ustedes de Whippet?

Las mujeres se cierran como lapas.

—Yo no soy ninguna soplona —replica una de ellas cruzándose de brazos.

«Por qué no te habrás callado, idiota», piensa Svensson, y deja de llevarse a sus compañeros al trabajo.

Siempre está atento a la oportunidad de abrir una nueva línea de investigación. Dos días después, su coche se desliza bajo la lluvia cuando suena la radio. Hay un tiroteo en un aparcamiento público. Acuden otras unidades, así que Svensson consulta el reloj y se dirige a las Urgencias del Manchester Royal Infirmary. Al abrigo de la oscuridad, se asoma sin ser visto por la salida de emergencia. Hay dos chicas esperando. Una es larguirucha, tiene los ojos saltones y lleva ropa cara. Aprieta la boca y se frota los ojos. Para guardar las apariencias, piensa Svensson, que sigue esperando. La chica no tarda en salir a la calle a fumar. Abre mucho los ojos, mira a ambos lados y marca un número de teléfono. Pero, al ver a Svensson, cuelga.

—¿Está usted bien? —pregunta Svensson.

—¿Y tú quién coño eres?

Svensson le ofrece un cigarrillo. Tiene que pensar con rapidez. Sabe que, dentro del hospital, el príncipe azul de la chica se debate entre la vida y la muerte. Es un buen momento para convertirla en confidente. Puede mandarlo a la mierda, pero no suele pasar. A los diez minutos, se marcha con su dirección en el bolsillo. Ha adquirido una habilidad artesanal. Casi es reconfortante.

Al día siguiente, Svensson está en su coche, fumando. Vigila la casa de la chica en Ashton Road, espera que vuelva del hospital. Ya está a punto de irse cuando la ve doblar la esquina con la cabeza gacha. Entra en el número ocho. Svensson se levanta el cuello del abrigo y va en su busca. Baja por la calle de casas adosadas. Los grafitis de las paredes aclaman a los «soldados caídos». De una ventana abierta sale música *grime*. La reconoce. Es una canción de Dizzee Rascal, «Suk My Dick». Estas chicas se han creído la imagen de la vida pandillera que venden raperos como Akon y 50 Cent, donde las mujeres son princesas que reciben regalos caros y van en Aston Martin y lanchas fuera borda. La realidad es mucho más cruda. La realidad es que te persiga la policía, es diez hombres del Grupo de Apoyo Táctico con casco y visera que cargan contra tu vivienda de protección oficial a las cinco de la mañana. Es que te den una paliza, es que te dejen sola durante días.

Svensson llama a la puerta. La chica abre unos centímetros y se asoma.

—¿Chanelle? —pregunta Svensson con suavidad.

Chanelle se ha quedado de piedra. Svensson ha visto muchas veces esa mirada asustada.

—¿Qué quiere?

—¿Está tu madre?

Chanelle dice que no con la cabeza. Unos momentos después están tomando el té en el piso que comparte con su madre. Gran parte de la habilidad de Svensson consiste en conseguir que sus informadores confíen en él lo suficiente para hablar. Y las mujeres confían en él, confían en que las protegerá de todo mal. Una o dos hasta se han enamorado de él o de lo que creen que representa: poder para mantenerlas a salvo. Las novias están entre sus mejores confidentes. Empatizan con él. Hoy no la presionará, no le pedirá ni un solo dato de los Gooch. Hoy solo tiene que iniciar una relación.

—¿Por qué se hizo policía? —se interesa Chanelle.

Svensson se encoge de hombros. Para esa pregunta le resulta fácil improvisar una respuesta.

—Mi padre era muy violento. Pegaba a mi madre. Para salir de casa, me matriculé en clases de judo. El profesor era policía.

Antes de marcharse le dice a la chica que en la agenda del móvil le apunte con el nombre de «Jackie» y que, cuando le escriba un mensaje, termine mandándole un beso, para que sepa que es ella.

La primera vez que lo llama, acaba de recoger a su hijo en el colegio. Es mal momento, pero tiene que contestar. Hay mucho tráfico, así que le dice al niño que va a poner el teléfono en modo altavoz y que tiene que estar callado. La madre y el padrastro del chico también son policías. Estará acostumbrado.

—Mientras Aaron siga en el hospital, no tengo a nadie que me proteja —dice Chanelle. Habla con voz entrecortada, como si hubiera estado llorando. Svensson guarda silencio y mira a su hijo. El chico escucha sin decir nada. Tiene doce años—. Un amigo suyo que es camello viene todas las

semanas. Es un puto animal. Ojalá lo mataran. —El puto animal va a ver a Chanelle todas las semanas y la fuerza delante de su hermana pequeña. Svensson rechina los dientes. Sigue escuchando—. Lo único que quiero es que deje de venir. Le quiero fuera de mi vida.

Cuando Chanelle cuelga, el chico mira a su padre. A Svensson se le va pasando la rabia. Su hijo todavía es demasiado pequeño para escuchar ciertas conversaciones.

—Mamá solo habla con la gente —dice su hijo—. Su marido da vueltas por ahí en un Panda. Pero tú eres Ross Kemp[2].

Svensson pasa varias semanas afianzando la amistad de Chanelle. Esta solo conoce a soldados de los Gooch de rango menor, pero se convierte en parte de la red que Svensson está urdiendo para que todo lo que se vaya sabiendo de Merlin y los Gooch, y de sus andanzas y paradero, le llegue por distintos conductos. Cierta noche que se ha quedado a trabajar hasta tarde, recibe una llamada que hace avanzar el caso. Es uno de sus informadores y quiere darle el número de móvil de Merlin. Svensson coge otro de sus teléfonos, llama a un compañero y le recita el número despacio.

—Quiero que investigues todas las llamadas de este número entre las cuatro y la siete de la tarde del 17 de junio —dice—, y desde dónde se hicieron. Intenta trazar la ruta de las llamadas entrantes y localízame la situación del móvil el 27 de julio a partir de las dos de la tarde. Dime dónde estuvo: en Moss Side, Cheadle Heat, Chorlton.

El investigador identifica de inmediato la hora y el lugar de los dos asesinatos.

—¿De quién es el teléfono? —pregunta.

—Del malo de la película.

Las compañías telefónicas hacen un seguimiento preciso de las llamadas para controlar la facturación. Utilizan grandes receptores que, a partir de datos obtenidos por triangulación, localizan el sitio desde el que emite el terminal y el momento exacto en que lo hace.

—Vale, Anders. ¿Algo más?

Svensson reflexiona un momento.

—Sí. Dime intervalos de tiempo largos en que no hable con Flow.

—¿En que *no* hable con él?

—Suelen hablar varias veces al día. Cuando no lo hacen, lo más probable es que estén juntos.

Capítulo 2

Antes

Flow espera junto a la ventana, observa en silencio a Michael. Estamos en 2005 y acaba de salir del trullo. Michael, policía retirado de pelo canoso, lo mira de reojo mientras lee su ficha. Lo han puesto en libertad antes de tiempo porque ha sido un recluso modelo y, al parecer, quiere cambiar. Nunca pierde los nervios y siempre habla con exquisita corrección. Tiene que hacer visera con la mano, pero el sol radiante no le impide ver que Flow es muy fornido, lleva la gran cabeza rapada. Las persianas rotas traquetean cuando pasan los camiones retumbando. Michael pone la capucha al bolígrafo. Cuando levanta la vista, Flow está justo delante de él y lo mira. No le ha visto acercarse. Le está ofreciendo una taza de poliestireno llena de café. Se apoya en el respaldo de la silla con la desenvoltura y tranquilidad que solo los muchos años de trabajo administrativo dan.

—Un chico de los Gooch ha dejado de ir al colegio porque para llegar tiene que atravesar territorio Doddington —dice a Flow. Fuera de la oficina, el trabajo de Michael consiste en intentar que jóvenes y exconvictos arrepentidos abandonen la delincuencia organizada. Adopta una actitud paternal con esos chicos, cuyos padres han desaparecido o, en el mejor de los casos, son «padres McDonald's», es decir, solo van a verlos de vez en cuando y los llevan a una hamburguesería. Él ha educado a su hija a la antigua usanza, con férrea disciplina. Trabaja como técnica informática en el Cuerpo Real de Señales—. Le hemos puesto un taxi, para que no se pierda las clases —presume con orgullo.

Flow asiente, pensativo, como si intentara concentrarse. Está al corriente de los taxis de Michael. La banda lleva algún tiempo dándole gato por liebre, cruzando cuando quiere la ciudad en taxi con la excusa del «proyecto de escolarización». Un chico de los Gooch le comentó: «Es la mejor compañía de taxis de la ciudad».

—Colaboramos con el ayuntamiento y con asistentes sociales —continúa Michael, aludiendo con un gesto a las dos personas que se sientan a su lado—. Les buscamos trabajo o les realojamos. Son muchas las entidades que intervienen en el plan.

Michael sabe que su labor tiene limitaciones. Aunque está retirado, los chicos temen que solo quiera reclutarlos como informadores de XCalibre. Prefieren hablar con antiguos miembros de su banda mayores que ellos. Por eso necesita a alguien como Flow, porque le respetan. Se interrumpe unos momentos. Pasa otro camión con un ruido atronador, se forman ondas en el café. Los «jóvenes» escuchan a las personas como él porque ocupa un puesto muy alto en el escalafón. Sería un activo muy valioso, un golpe de efecto importante para Michael. Han invertido tanto dinero en el proyecto que no se pueden permitir que fracase.

—Si les pudiera usted contar cómo es de verdad la cárcel... —dice Michael, mirando a Flow a los ojos—. En qué momento tomó la decisión de cambiar y dejar las calles...

—Vale —dice Flow, asintiendo despacio. Le parece tirado. Lo único que tiene que hacer es seguirles el juego un par de meses y será un hombre libre. Parecen complacidos con su respuesta.

Termina la reunión. Michael coge su chaqueta de detrás de la puerta y acompaña a Flow abajo, donde lo espera el funcionario de la condicional. En el rellano se acuerda de algo y se vuelve para mirar a Flow.

—¿Le importaría venir mañana? —pregunta, tranquilamente.

—¿Para qué? —replica Flow, frunciendo el ceño y ladeando la cabeza.

—Porque la policía quiere hablar con usted. La policía de Manchester.

A Flow se le borra la sonrisa y su mirada se ensombrece. La sangre se le agolpa en las sienes.

—¿Quién de la policía? —pregunta.

—Alguien de XCalibre —responde Michael encogiéndose de hombros.

—¿Svensson? —pregunta Flow, torciendo el gesto—. No pienso hablar con ese cabrón.

—No, no, Svensson no —contesta Michael, que empieza a sentirse incómodo.

Acaba de darse cuenta de lo grueso que tiene el cuello Flow, de que sus hombros y antebrazos son como una pared de músculos. Flow lo taladra con la mirada. Tiene que apartar la suya.

—¿Vendrá?

—Sí, claro que vendré —dice Flow.

A continuación sale por la puerta y no vuelve nunca más. Esa es la razón de que a comienzos de 2006 sea un fugitivo y Svensson haya tomado la determinación de darle caza.

Moss Side no es, como creen quienes no lo conocen, una desangelada masa de bloques de viviendas. Son hileras de adosados de dos plantas con jardín. Svensson lleva sus calles grabadas en el recuerdo. Pasa junto a una que otros agentes y él acordonaron escopeta en mano y en la que recuperaron varios rifles y pistolas, y un coche utilizado en un atraco a mano armada. Aminora la marcha, reduce a segunda y da una batida por Alexandra Park, completamente a oscuras a esas horas, en busca de siluetas que sorteen corriendo los negros árboles. De día el parque está lleno de corredores, gente que saca a pasear al perro y familias que dan de comer a los patos. De noche la banda de los Gooch lo usa como atajo cuando no quiere arriesgarse a entrar en Moss Side. Los Fallowfield Man Dem, aliados de los Gooch, también acortan por el parque a menudo. Pueden salir de allí pitando si los rivales los localizan. Svensson se esfuerza por distinguir alguna sombra. Ha perdido la pista de Flow. Lo único que sabe es que vende droga en Gorton, droga que roba a otros traficantes.

Trata de ponerse en la piel de Flow. ¿Cuál será su próximo movimiento? Lo imagina en la cárcel haciéndose amigo de otro recluso de su mismo bloque al que ya conoce, un recluso al corriente de su fama de matón brutal. También sabe que, en el mundo de la droga, solo se puede crecer y dominar el negocio a base de violencia, de una violencia extrema. Flow la reparte con rapidez y eficacia, sin pensárselo dos veces. Su socio le dice que podría aprovechar sus músculos en un próspero negocio que regenta en Gorton. Gorton está cerca de los lugares que Flow solía frecuentar, pero no lo bastante para que lo reconozcan por la calle. No vuelve a pensar en la oferta hasta que es un fugitivo de la justicia. No debe hacer nada que puedan captar los radares, y Gorton le viene de perlas.

Flow oye rumores: unos chicos hablan del débil olor a cannabis que sale de una casa abandonada.

Empieza a vigilarla desde primera hora de la mañana. Llegan dos vietnamitas cansados, ariscos como el perro de un ladrón. Inmigrantes ilegales que ocupan la vivienda de las ventanas selladas. Vuelve por la noche con herramientas. Revienta la cerradura y recorre el cochambroso pasillo. En el contador han clavado una punta para tener corriente. Por la rendija de la puerta sale una luz cegadora. Flow coge la pistola y entra. Bajo unas potentes lámparas hidropónicas hay varias hileras de plantas. Las tira al suelo, les quita la tierra y las mete en bolsas de basura negras. En la calle sacará unas tres mil libras. Y sin denuncias.

A Flow le resulta fácil establecer contacto con los compradores. Está acostumbrado a relacionarse con los soldados de a pie y sabe imponer respeto. Pero los chicos de Gorton no lo conocen. No han pasado más que cuatro años, pero el barrio está lleno de caras nuevas, más jóvenes. Son muchachos de trece años y todos tratan de ascender y de hacerse un nombre. No vuelve a Moss Side por temor a que alguien lo reconozca. Cuando pasea por Gorton, la gente no sabe quién es.

—¿De dónde eres? —le pregunta uno de los chicos tras abonarle unas bolsas de basura.

—Del trullo —replica Flow.

—¿Quién es tu general?

—Merlin.

—¿El de Merlin y Flow? ¿Los conoces?

El chico le cuenta de inmediato una historia sobre Flow. No tiene la menor idea de con quién está hablando. Flow, es muy propio de él, sonrío sin decir nada. El suyo es uno de esos nombres etéreos, una leyenda del pasado. Esperará a que Merlin cumpla condena y, ya juntos, trazarán algún plan. Por ahora se contenta con sobrevivir, con reunir algo de dinero.

Avanza el año y, a pesar de los datos que va conociendo, Svensson sabe muy poco de los movimientos de Flow. Sabe, sin embargo, que los chicos de la calle ya no lo reconocen. También él ha notado que la edad de esos chicos ha disminuido: son cada vez más jóvenes y ansían ser pandilleros. Además, empiezan a proliferar los nombres de estilo americano: Old Trafford Cripz[3], Moss Side Bloods[4]. Svensson odia los ordenadores, pero todos esos chicos los utilizan, y también los últimos artilugios. Filman abusos sexuales con sus teléfonos inteligentes, cuelgan bromas brutales en YouTube, se mofan de sus rivales difuntos en las páginas de Facebook. Todo lo que saben de Merlin y Flow son los cuentos folclóricos sobre su detención en 2001: como en una película de Tarantino, tío, estaban tomando el sol con chaleco antibalas y un buen puñado de armas —incluida una ametralladora Skorpion—, munición y chicas guerreras. Hasta han modificado los bolsillos de sus tejanos para utilizarlos como cartuchera. Para esos chicos son héroes. Más tarde, cuando la policía hizo circular sus fotos, muchos aseguraban que eran sus parientes. Merlin y Flow pueden pavonearse y lucir todo su arsenal, pero Svensson sonrío cuando oye la historia que se cuenta. Un aviso anónimo facilitó su detención. «Nunca supieron quién fue el autor de aquella llamada», se dice, sonriendo.

El sábado 9 de septiembre de 2006, Jessie James, que tiene quince años, muere asesinado en Broadfield Park. La ciudad es un clamor. No pertenecía a ninguna banda, pero le dispararon

varias veces cuando montaba en bicicleta. La policía entera está desesperada por resolver el crimen y un número extraordinario de agentes trabaja las veinticuatro horas del día para encontrar al asesino. Es la cuarta víctima tiroteada del año. El cuerpo de policía recibe todo tipo de presiones, tiene que probar algo nuevo. Los titulares son dañinos. En octubre se crea XCalibre, la nueva unidad antibandas, y reclutan a Svensson, que aporta su jugosa red de informadores. La indignación por el crimen no remite. La prensa publica una foto del chico todos los meses, también hay menciones a su notable expediente escolar. En la oficina de Svensson, los agentes trabajan en camiseta, no se quitan el chaleco antibalas. Los teléfonos echan humo, los retratos robot se acumulan en las mesas.

Svensson se dirige al parque. Hay una plaza pequeña, oscura y desierta, con árboles altos y de grueso tronco, a la sombra de un imponente gimnasio donde muchos matones ejercitan sus músculos. Escudriña el perímetro. No hay nadie. ¿Qué ocurrió en realidad? Gira el volante del coche camuflado de la policía secreta y con las luces apagadas entra en el parque por un estrecho hueco de la verja. Avanza por la avenida central, las ramitas caídas crujen bajo las ruedas. Se detiene cerca del lugar donde dispararon al chico. Un sitio sombrío y solitario para morir. Al amanecer del día posterior se desató el caos: la policía científica peinando la escena del crimen, la zona señalizada con cinta blanca y azul. Y luego el circo de los medios: equipos de filmación y reporteros sin afeitarse y con largos abrigos montan guardia ante la casa de la víctima; la pobre madre, encerrada, pendiente del velatorio público, acosada por las entrevistas y las declaraciones, intentando encontrar un hueco para llorar.

Svensson observa sin bajarse del coche que nadie ve porque su negra silueta se confunde con los árboles. Trata de imaginar qué pasó aquella noche. Hay un montículo y, detrás, un murete. El sitio ideal para que un francotirador se agazape. El informe de balística sugiere que el primer disparo se produjo desde ahí. El asesino llama al chico desde detrás del murete. El chico se acerca. ¿Lo conoce o cree que le están gastando una broma, que se ha entrometido en algún juego? Son más de las doce de la noche, mala hora para dar un paseo en bici cuando solo tienes quince años. Antes de llegar al montículo recibe tres disparos de un arma semiautomática. Un testigo afirma que vio los fogonazos y que se iban desplazando hacia atrás, como si el asesino hubiera disparado en movimiento, igual que un soldado en retirada. Pese a ello, hizo blanco. Eso le sitúa muy por encima de la media de los chicos de la calle, capaces de pegarse un tiro en el pie al sacar el arma y para los que, si tuvieran ocasión, utilizar una Mac-10 sería como coger una manguera a presión: ingobernable, esparciendo el agua por todas partes. El pistolero sabía lo que se hacía. Y luego está la incógnita del último disparo. Alguien se acercó a Jessie cuando estaba tendido en el suelo y le remató con un tiro en el pecho. ¿Quién es capaz de hacerle algo así a un chico de quince años? Un hombre que es un asesino y mata a sangre fría. Svensson se queda mirando el tupido follaje, que el viento mece.

Jessie es inocente. Su madre niega toda relación con Elmo, su hermano mayor, que cumple una condena de siete años por robo y posesión de un arma de fuego de imitación. Svensson va a verlo a la cárcel. Elmo niega con la cabeza y moraliza.

—No soy de esas personas que van por ahí amenazando a la gente con una pistola.

—¿Por qué te condenaron, Elmo? —pregunta Svensson con suavidad.

—Por atraco.

—¿Con qué amenazaste a la víctima?

—Con una pistola.

—Entonces eres de esas personas que van por ahí amenazando a la gente con una pistola — dice.

Elmo le mira con hosquedad.

—No sea muy duro con Elmo —le dice después otro agente a Svensson—. Es el hermano de Jessie. Es una víctima.

—Es culpable de atraco a mano armada, eso es lo que es.

Svensson da la vuelta y sale por el mismo hueco de la verja. Se dirige hacia Fallowfield, pasa junto a unos chicos que llevan camisetas negras estampadas con las letras «RIP» y una foto del último adolescente difunto. Le irrita esa moda reciente. Forma parte de un estilo de vida, de lo que significa convertirse en pandillero. La mayoría de esos muchachos probablemente ni siquiera conocieran al muchacho muerto. Ralentiza la marcha hasta ponerse a su altura.

—Erais amigos suyos, ¿verdad? —dice Svensson.

—De los viejos tiempos —responde un chico con orgullo, y chasquea los dedos.

«¿De los viejos tiempos? Pero ¡si solo tenía quince años!».

Svensson termina el turno y deja el coche de la policía en el garaje. Teclea el código y las pesadas puertas de metal se abren poco a poco. Sube corriendo las escaleras, atraviesa unas puertas batientes y llega a otra con cerradura codificada. Formando una L, hay unos números ligeramente más gastados. La oficina está desierta. Huele a sudor. Ve una caja de plástico con una magdalena. De las sillas cuelgan chalecos antibalas. Desde el mural de las fotos, los pandilleros le dirigen una mirada siniestra.

Revisa el diario de anotaciones. No es nada aficionado al papeleo que el trabajo últimamente demanda, a esos ordenadores. Lo último es que no puede tomar declaración porque tiene que aprender a usar cierto programa informático.

Cuando se marcha a su casa son las dos y media de la mañana. Tiene que despejarse, no quiere pensar más en delincuentes, así que coge una cerveza de la nevera y abre un manoseado ejemplar de la revista *Top Gear*. Algún día se comprará una Caterham. Se quita los zapatos y sube al piso de arriba. Se ducha y se mete en la cama con su mujer, que ya está dormida y echada hacia el otro lado, de cara a la pared. Lleva el camisón de seda plateado que él le regaló por su cumpleaños hace unos años. El pelo suelto le tapa un poco la cara, medio escondida bajo el edredón. Svensson siente una punzada de dolor en la espalda cuando se acuesta. Se pega a su mujer.

Se sume en un sueño: se acerca a una caja de cristal atravesada por unos barrotes negros como los de las celdas. Dentro hay un hombre armado. Al acercarse comprueba que se trata de Flow. Flow apunta con una pistola a un hombre tumbado en el suelo. Le amenaza. Svensson está fuera, pero quiere entrar en la caja. Intenta romper el cristal, pero no lo consigue. Flow ni siquiera lo mira. Sigue a lo suyo. Svensson golpea más fuerte el lateral de la caja. La persona que está dentro ha muerto.

Se despierta con sobresalto. El corazón le palpita con fuerza. En la habitación el silencio es completo, interrumpido tan solo por la profunda y regular respiración de su mujer. Consulta el

reloj de la mesilla. Son las cinco y media. En la calle, un fuerte viento azota los árboles. Desde que Flow está huido, Svensson ha soñado lo mismo muchas veces. El sueño se repite. No puede atrapar a Flow. La frustración es continua. Se levanta y baja al salón, enciende la lámpara y hojea un trabajo escolar de su hija sobre los héroes. Espera que trate de algún ídolo del pop, o de Miley Cyrus, pero se titula «Mi papá».

Mientras lo lee, constata que le tiembla la mano. Observa la trepidación del papel y se da cuenta de que tiene que tomárselo con más calma. En la oficina se lo toman a broma, le dicen que esos dos, Merlin y Flow, se han convertido en su obsesión. Flow en particular. No volverá a dormir de un tirón hasta ver a Flow de nuevo entre rejas. Entre 1997 y 1999 trabajó en unas investigaciones. Entonces Flow era «individuo de interés» para la policía. Lo detuvieron y lo interrogaron. La víctima había muerto de un disparo a quemarropa en la cabeza. Lo pusieron en libertad por falta de pruebas. Nunca encontraron al culpable. A Svensson le enfurece que siga en la calle. No vivirá en paz mientras siga por ahí haciendo lo que le plazca. Que vuelva a matar solo es cuestión de tiempo.

Al día siguiente, Svensson coge la autopista de circunvalación en dirección al sureste de Manchester. Sale de ella y sigue hasta Kimberley, a las afueras de Nottingham. Es una zona rica comparada con Alexandra Park State. Como Didsbury. Aparca frente a unos adosados, cruza la calle y llama al timbre. Abre la puerta una preciosa chica rubia que le saluda con un movimiento de cabeza pero no sonrío. Dentro, dos niñas pequeñas están viendo la tele.

—Hola, Kerry —dice Svensson.

—No ha venido por aquí —responde Kerry con un suspiro.

Svensson sonrío y le ofrece un cigarrillo. Kerry no es la típica novia de pandillero. Flow y ella se conocen desde niños y estaba con Dean, el hermano de Flow, cuando lo mataron. Declaró como testigo con permiso de Flow, cambió de identidad y se mudó a Kimberley. Svensson siente lástima por ella, porque quiere a Flow. No es de esas mujeres que todo lo encuentran atractivo y emocionante, que han tenido una educación y una familia decentes, que viven en el acomodado barrio de Stockport.

—¿Le has visto o no le has visto?

—Prueba con su otra novia. Prueba con esa puta de Sonia.

Flow la engaña de vez en cuando. Solo de vez en cuando. Tiene otra chica, pero no quiere mal a Kerry, nunca la amenaza, nunca la maltrata. Sencillamente, está ausente. Svensson opina que Flow se preocupa por su familia. Es de los que saben diferenciar el trabajo de la familia. Es absurdo registrar la casa de Kerry porque Flow nunca ha guardado drogas o armas allí, ni ha llevado jamás a ningún miembro de su banda. A todos nos gustaría tener un hijo como Flow. Es un tipo normal, tranquilo. No le gustan las fiestas.

A algunos pandilleros te los puedes encontrar en cualquier bar armando jaleo. A Flow no. La diferencia entre Whippet y él es que Whippet necesita sentirse importante, toma esteroides y es un fanfarrón. Recurre a la violencia porque necesita demostrar su fuerza. Flow es más hombre, se conforma con lo que es.

Svensson sigue en la puerta con Kerry, que tiene ojos marrones y la mirada triste. Tira el cigarrillo y lo apaga con el pie. Tiene que conseguir que se relaje, que baje la guardia, para que, aun sin quererlo, deslice algún dato de importancia. Le pregunta por Kimberley. Kerry le responde que se va a llevar a las niñas a Nottingham a pasar un día especial. Svensson habla del

cumpleaños de su hija y se interesa por la hija pequeña de Kerry. Y funciona. En ese momento, además, ve a las niñas al fondo del pasillo. Las hijas de Flow.

—Empieza a tener pesadillas. Y no duerme bien.

—¿Con qué sueña?

—Con nada, con nada. Pero no la ayuda.

Svensson la mira a los ojos.

—¿Qué no la ayuda, Kerry?

Kerry se muerde el labio y no puede sostener la mirada de Svensson.

—Flow no ha venido por aquí, ¿verdad?

En ese momento, Svensson comprende lo que ocurre. No importa ya lo que Kerry responda, la ha sorprendido: observa cómo cruza los brazos, que se retira el pelo de la cara y lo coloca detrás de la oreja. Con los años ha aprendido a confiar en su intuición. Mantiene la misma calma, la voz serena, procurando que Kerry no se dé cuenta de que la ha calado. Luego, cinco minutos después, cuando las niñas la llaman, vuelve al coche. Solo está a seis kilómetros de la ciudad. Gira el dial de la radio y sintoniza una emisora pirata que emite música *grime*.

Ya en la oficina, se sienta en una mesa detrás de dos compañeros que están escribiendo en sus ordenadores algún informe y se dan la vuelta en las sillas giratorias para hablar con él. Les revela su corazonada.

—Todo lo que tenéis que hacer es sentaros y aguzar el oído. Llamará.

—Kimberley está fuera de nuestra jurisdicción —dice otro policía reclinándose en su silla y cruzando las manos por detrás de la cabeza—. Tendrás que llamar a la policía de Nottinghamshire.

Svensson se sienta en una mesa vacía y busca el número. Una agente joven que está tecleando con rapidez oye el ruidoso trastear de Svensson y busca en el ordenador el número de la Oficina de Inteligencia de Nottingham; lo apunta en una nota adhesiva y la pega en la pantalla del ordenador de su compañero. Intercambian una sonrisa. Svensson llama a Nottingham. Le atiende un sargento.

—Necesitamos su ayuda para detener a un fugitivo —dice—. Hay que poner bajo vigilancia el piso de una chica hasta que aparezca.

El sargento no dice nada, como si estuviera distraído o escribiendo algo.

—No puedo destinar a eso a un equipo entero. —Luego, después de una pausa—: Sería demasiado caro.

Svensson relata las criminales gestas de Flow.

—Por aquí también hay delincuentes —dice el sargento.

Svensson se frota la frente con la yema de los dedos. Mira a la detective que le ha ayudado, luego al techo. Más puta cinta roja. En la cabeza de Svensson, la cuenta atrás no se detiene. Merlin sigue en la trena, tiene que encontrar a Flow antes de que salga. Juntos serían demasiado peligrosos.

—Podemos hacerlo nosotros —protesta—. Vamos unos cuantos, montamos el campamento delante de la casa y en una semana lo atrapamos. De vez en cuando va a visitar a sus hijas.

El sargento replica que va a ver qué puede hacer y que le devuelve la llamada. Svensson espera. Saca una carpeta y la hojea. Son los informes de una investigación sobre las armas que llegan a Manchester desde Turquía y Europa Central. En un garaje de Ordsall, un hombre modifica

pistolas semiautomáticas Baikal de nueve milímetros rusas y las vende por piezas con la munición correspondiente. Igual que un supermercado, piensa Svensson. Suena el teléfono. Es el sargento de Nottingham.

—He hablado con el tío que maneja los hilos por aquí —dice— y me ha dicho que no.

Svensson cierra los ojos y no dice nada.

—Pero algo sí puedo hacer por usted —prosigue el sargento—, puedo poner un coche-cámara en su casa.

—¿Un coche-cámara? —repite Svensson con un suspiro—. ¿Y qué tipo de coche es ese? ¿Un Panda?

—Es un coche vacío, sin nadie —explica el sargento, ofendido—. Los hay que llevan hasta seis cámaras.

—Vive en una calle muy tranquila, si de pronto un coche se queda aparcado mucho tiempo, se dará cuenta. Es muy inteligente.

—Aunque los mires, no los ves.

Pero aparcan el primer coche-cámara frente al piso de Kerry en Kimberley. Normalmente llevan una cámara en una aleta, otra en una puerta y otra detrás de la rejilla del radiador. El que dejan en casa de Kerry tiene algo parecido a un refrigerador en el techo, y la cámara está dentro. Una sola cámara. Lo aparcan en un extremo de la calle. Empieza a hacer fotografías. No lleva ni veinte minutos cuando alguien le planta encima unos calzoncillos bóxer para tapar el objetivo.

Llega marzo de 2007. Todavía no hay señales de Flow y Merlin está a punto de salir de la cárcel. Svensson entra en la oficina agachando la cabeza para evitar el azote de la lluvia. Un viento helado le corta dedos y nudillos y se le mete en los huesos. Unos cuervos negros picotean un saco hecho jirones. Las ramas sin hojas de los árboles son afiladas como huesos de pollo astillados. Es el momento que Svensson más teme. Levanta los ojos y se fija en el mural de fotografías tamaño A4 de pandilleros y traficantes colocadas según una jerarquía militar. El mural cubre un tabique entero de la sala de operaciones. En la cúspide están Merlin y Flow. Merlin tiene encima una nota adhesiva con las palabras «En libertad».

Debajo de Merlin están Trench, Pacman y otros. Hace un mes, Trench lanzó un ataque contra la banda de los Doddington. Fue como en el salvaje oeste. Se internó en territorio enemigo con una cohorte de diez chicos en bicicleta. Miller, su lugarteniente, y él llevaban chaleco antibalas. En el oeste lo habrían hecho a caballo, atajando por una cañada, blandiendo revólveres plateados. Ahora se han convertido en bárbaros urbanos con bicicletas de montaña, chaleco antibalas y semiautomáticas, y se adentran en las tierras del adversario por calles atestadas de tráfico. Trench, personaje enjuto y de gatillo fácil que sueña con heredar el cetro de Merlin, no consiguió su objetivo. Se tropezaron con una barrera de fuego a discreción desde el otro lado de la calle y sus chicos salieron huyendo. Su lugarteniente recibió dos balazos en las piernas. Él se acercó cojeando hasta una ambulancia cercana. Una bala cayó al suelo cuando un paramédico le examinaba la herida. El propio Svensson lo interrogó.

—¿Cómo es que te han dado en el pie? —le preguntó.

—Respondieron a mis disparos.

—¿Y en qué postura disparaste, así? —le preguntó Svensson levantando el pie y apuntando

con una pistola de dos dedos. Lo estaba acusando de pegarse un tiro en el pie. La bala le atravesó el zapato limpiamente. Luego se rieron un buen rato, pero Merlin no permitirá que las cosas sigan así. Los Gooch han mostrado cierta debilidad. Después del chapucero ataque de Trench, los jóvenes Doddington se han pasado semanas dando palmas.

La opinión pública está impresionada tras el tiroteo de Trench, que no es nada comparado con el que Merlin sería capaz de organizar. Svensson sabe que le queda una última oportunidad para impedir que vuelva a las calles. Merlin tiene que asistir a una serie de sesiones ante el comité encargado de supervisar la condicional, compuesto por policías, ayuntamientos y funcionarios. Si viola las normas de la condicional, tendrá que enfrentarse a una sentencia más severa. Pero los delincuentes más listos saben cómo comportarse ante el comité. Merlin es más listo que la mayoría. Svensson entra en la sala sabiendo que le resultará difícil convencer a sus miembros. Mira a Michael, que lleva un forro polar rojo y unas Timberland, como si acabara de dar un paseo por Ambleside. Es un buen tipo, pero no es detective. Comentan entre risas una noticia del periódico. Svensson toma asiento.

—De todos los delincuentes convictos de las bandas de Manchester, Merlin es el más peligroso que hayamos conocido —dice, y mira a los miembros del comité, que tienen los ojos clavados en él. De una vieja máquina de café de plástico donde hierve café llega un leve olor a quemado—. Si no se gestiona su libertad como es debido, más de uno morirá.

—Ha solicitado permiso para asistir a un funeral en su zona de exclusión —dice un funcionario de edad madura—. Hemos decidido concedérselo y ponerle bajo vigilancia.

—Están perdiendo el tiempo —dice Svensson cerrando los ojos y negando con la cabeza. Siempre hay algún entierro al que asistir, algún sicario que acaba muerto de un balazo o estrella su moto contra un camión aparcado. Solo es una excusa para ver a alguien. Están perdiendo el tiempo.

Llega el funeral. La unidad de vigilancia se sitúa discretamente en sus puestos de observación. Despliegan ocho coches, que aparcan en calles adyacentes y que en ningún momento pierden el contacto por radio. Llega Merlin. Da la impresión de que no ha advertido su presencia. Los ocho coches se bastan para tener localizado a Merlin en todo momento. Es fácil. Y entonces, a mitad del funeral, le pierden la pista. Desaparece. Vuelve veinte minutos más tarde.

Svensson va a ver a Merlin después del entierro. Merlin lo mira de arriba abajo, como si lo estuviera escaneando. Parece que supiera en qué longitud de onda discurre la mente de Svensson, que es el primero en bajar los ojos. Merlin esboza una fea sonrisa —tiene los dientes muy separados y una barba de erizo rodea sus labios—. Comprende con cuánta arrogancia le gusta jugar a Merlin, su inquebrantable confianza.

—Una cosa más, ¿qué tal está Flow? —pregunta Svensson al final.

—¿Quién? —replica Merlin.

—Vete a la mierda.

—¿Por qué iba a querer a verme? Me seguís a todas partes.

—Yo no te sigo a todas partes.

—Tu gente sí.

—No te creas tan importante, Merlin.

—Me han seguido al funeral.

—¿Cómo lo sabes?

Merlin recita una lista de coches. Ha reconocido cinco de los ocho. Svensson sabe que, en los veinte minutos que ha burlado la vigilancia, se ha ocupado de algún asunto.

En la segunda reunión del comité, el funcionario encargado de Merlin es el primero en intervenir.

—Se refuerzan sus posibilidades de obtener la condicional porque ha encontrado trabajo en la tienda de un amigo.

Svensson mira sin fijar la vista en ningún sitio.

—¿Qué les ha contado? —pregunta, seco.

—Ha venido a vernos y ha dicho: «Cierta persona tiene un supermercado en Eccles y necesita un reponedor. Un amigo mío que le vende la leche le ha hablado de mí. Podría empezar a trabajar hoy mismo».

«Qué cabrón más agudo», piensa Svensson. Merlin sabe que, si encuentra un empleo, relajarán la vigilancia.

—Resulta muy alentador —dice otro miembro del comité, y parece impresionado.

—La normativa de la libertad condicional no debería cambiar —insiste Svensson—. Nada de lo que se está diciendo aquí tiene sentido.

—Una cosa sí hay que reconocerle —dice el funcionario que habló en primer lugar—: ha conseguido trabajo.

Svensson suspira sin querer. No puede creer lo que está oyendo.

—Pensemos en ello por un momento —dice, abriendo los brazos—. Yo soy el dueño de una tienda y la persona que me sirve la leche me dice: «Tengo un amigo que está en libertad condicional, ¿le importa que trabaje de reponedor en su tienda? Cumple condena por posesión de una ametralladora».

El comité no lo encuentra raro. Michael mira a su alrededor y luego directamente a los ojos de Svensson. Hace ademanes para subrayar sus palabras.

—Anders, ¿qué impresión daría este comité si no recompensase a un exconvicto que ha encontrado trabajo nada más salir en libertad? —pregunta—. Ya es bastante difícil convencer a un chico de dieciséis años sin la menor cualificación para que trabaje de albañil: «Esto es lo que vas a hacer: te vamos a ir a buscar a las siete de la mañana, vas a trabajar el día entero y te vamos a pagar 120 libras. Luego, en un futuro, podrás tener tu propio negocio». Y entonces se encuentra con un amigo suyo rodeado de chicas, que lleva reloj de oro y collar de oro, y que no se levanta de la cama hasta la hora de comer.

Otros veinte minutos de discusión. Los demás empiezan a recoger sus papeles. Svensson comprende que no van a modificar su decisión. Se dirige a la puerta y se pone la chaqueta.

Es un desastre. Visita varias veces por sorpresa el supermercado y nunca ve a Merlin. Siempre «ha ido a buscar mercancía».

—Vale, de acuerdo, le espero aquí —dice. Se planta en la puerta y enciende un cigarrillo. Cuando Merlin aparece, señala con un movimiento de cabeza un estante donde hay una caja de Carlsberg en medio de una pila de cervezas Guinness—. Esas cervezas de ahí no las has colocado demasiado bien.

—Ya no es mi trabajo —responde Merlin amenazante.

—Ah, ¿no? Y, ahora, ¿cuál es?

—Me encargo de la seguridad.

Ahora dicen que Merlin ejerce una labor de protección: una guerra de bandas que se desarrolla en Bolton, y en el supermercado se ha cometido un asesinato. Cerca del establecimiento, el propietario ha comprado un piso al contado por 26.000 libras y se lo alquila a Merlin. «Es lo que suele hacerse con los reponedores», piensa Svensson con hastío. De acuerdo con el precio de mercado, el alquiler tendría que ser de setecientas libras al mes, pero a Merlin se lo deja en trescientas. También se lo ha amueblado, pero con muebles que ahora pertenecen a Merlin.

Han pasado tres meses y Merlin sigue ocupándose de sus asuntos. Va a trabajar, acude al gimnasio, duerme en el centro de reinserción. En el centro su comportamiento es ejemplar, comparte habitación con otro exconvicto, pero pasa el día en su piso. Y así, el 13 de junio y a pesar de la oposición de Svensson, a Merlin vuelven a mejorarle las normas de la condicional. Ahora puede vagar por las calles. Alguien de su banda le alquila un Audi con los cristales tintados. Reúne al consejo de ancianos de la tribu. Todo el mundo considera que los Gooch están más débiles. Se entera de que los jóvenes Doddington repelieron la incursión de Trench de inmediato y con fuego organizado, y que Trench y su esbirro recibieron dos disparos. Pero el general ha vuelto. Trench ha encontrado un sitio donde esconder las armas. Las novias de los chicos de la banda viven con sus padres, así que no sirven, pero Trench conoce a otra chica oportunamente poco curiosa: Sandy Mitchell, adicta a la heroína y al *crack* que solía comprarles droga. Trench la supone tan ida que no cree que se dé cuenta cuando entren y salgan con bolsas que guardan objetos pesados. El ático de Sandy se convierte en un almacén de armas, de todas las armas de la banda, incluida una ametralladora precintada con plástico.

La tarde del 17 de junio, Merlin deambula en coche con Trench y Pacman, sus lugartenientes. En el asiento de atrás llevan ropa oscura, pasamontañas y dos pistolas. Merlin va en ese asiento, escondido tras los cristales tintados. Esas son sus calles y las va a recuperar. A eso de las seis se coloca a su altura un Megane. Merlin se fija en el conductor y frunce el ceño.

—Gente de Longsight justo a nuestro lado.

Llama a Flow. Le dice que un miembro de la banda de Longsight ha tenido la mala suerte de cruzarse con él en Levenshulme. Flow maldice entre dientes. Es el tío al que culpa del asesinato de su hermano. Cuelga el teléfono. Son las seis y veinte. Merlin lo vuelve a llamar. ¿Por qué no lo liquida allí mismo? Está dando vueltas en un Megane rojo. Es difícil perderlo de vista.

—Acaba con ese cabrón —dice Flow con tranquilidad.

Merlin da la orden a sus soldados. Trench y Pacman se colocan los pasamontañas y guantes negros. QUITAN el seguro a sus pistolas. Merlin vuelve a llamar a Flow. Están listos. En el próximo semáforo se van a colocar a la altura del Megane y van a disparar por las ventanillas. Flow devuelve la llamada a las seis y treinta y un minutos. Merlin está cerca de Bickerdike Court. Aparece el Renault Megane y es captado por un circuito cerrado de televisión.

Esa tarde Antoine Gayle, veinticuatro años, ha llevado a un amigo a la Oficina de Empleo y ha estado en casa de su novia. Pocas semanas antes ha sido padre. Luego ha regresado a Longsight, a la calle cortada de adosados de ladrillo rojo donde vive con sus padres. Ahora se dirige hacia el centro de Manchester con dos amigos. Calvin va sentado en el asiento delantero. Ryan, en el

trasero. Cuando aminora la marcha para girar a la izquierda en Dennison Road, un Audi plateado se pone a su altura. Más tarde, los testigos afirman haber visto a tres personas en su interior y que las tres vestían de oscuro. La ventanilla de atrás baja rápidamente y aparece una pistola que un varón con guantes y cara tapada apunta a poca distancia. Se oyen siete disparos. Antoine recibe tres. Calvin también resulta herido por una bala que le atraviesa la mano derecha. Las manos de Antoine se aflojan sobre el volante y se desploma. El volante gira debido al peso y el Megane se estrella contra una caja de contadores eléctricos de la acera. Los asesinos salen a toda velocidad en el Audi plateado en dirección al centro de Manchester.

Los transeúntes se acercan a ayudar. Uno llama a emergencias. Otro trata de detener la pérdida de sangre. El tiempo es crucial. Una ambulancia del Manchester Royal Infirmary llega enseguida. Los paramédicos tratan de mantener con vida a Antoine Gayle. Una bala le ha dado en el brazo derecho, otra ha penetrado por su espalda y se ha alojado cerca del hombro. La tercera le ha perforado el pecho. Las dos primeras han producido heridas profundas, pero es la tercera la que ha causado mayores destrozos: le ha herido el hígado, el corazón y los pulmones, y ha provocado una hemorragia interna masiva. A su llegada al hospital, los médicos certifican la muerte de Antoine. Solo había salido a tomar una copa. Su hija de pocas semanas conocerá a su padre únicamente por las fotos y lo que le cuenten de él. Su madre oye la noticia cuando todavía está en el trabajo y se desmaya.

A cierta distancia, Merlin se quita el pasamontañas, sereno y exultante. Esa misma tarde llega al centro de reinserción y firma en el registro de entrada. No ha quebrado ninguna norma. Sigue trabajando de reponedor y en el centro es el residente perfecto.

La noticia del tiroteo se difunde entre las bandas. Una chica la oye y sale a comprar tabaco. Al abandonar el estanco mira hacia atrás. Nadie la sigue. Cruza una verja y entra en un pequeño parque que está desierto. Saca el teléfono y llama a «Jackie».

Svensson está en casa, en Buxton, cuando recibe la llamada. Ha salido de la oficina a las cuatro de la tarde y está viendo la televisión con su mujer. Reconoce el tono de llamada, sabe que es uno de sus informadores y corre a la cocina para responder.

—Ha habido un tiroteo —le dice la chica—. Desde un coche. ¿Sabe quién ha sido?

Le preocupa que uno de los asesinos sea su novio. Svensson le responde que averiguará lo que pueda. Cuando vuelve al salón, su mujer no aparta la mirada del televisor. Si suena el teléfono y es una mujer, a Svensson le resulta embarazoso. Llevan tan mala vida que, cuando dan con alguien como Svensson que no las maltrata, las novias de los pandilleros son capaces de llamar a horas ridículas. La semana anterior otra chica llamó a las dos de la madrugada. Acababa de enterarse de que su novio, que estaba en prisión, amenazaba con matarla, de que un familiar había hablado con él y le había dado datos sobre su vida. Estaba histérica, así que no se le ocurrió otra cosa que llamar a Svensson. No es un padre para ellas, ni un hermano, es más un amigo. Quieren olvidar cómo se gana la vida.

Svensson telefona a un compañero de la oficina.

—Me acaban de llamar —dice, y se interrumpe. Son las ocho y media. El tiroteo ha ocurrido a las siete menos cuarto. Se supone que ya no tiene confidentes, que ahora alguien trata con ellos directamente desde la oficina. Tiene que borrar las pistas rápidamente—. Un ciudadano

preocupado me ha dicho que han matado a un chico desde un coche. ¿Sabes de quién se trata?

—De Antoine.

—¿Lo han matado? —pregunta Svensson.

—Sí.

Svensson está convencido de que han sido Merlin y Flow. Antoine Gayle mantenía contactos con la banda de Longsight, la que mató al hermano de Flow. Y un tiroteo desde un coche es muy del estilo de la pareja. Vuelve otra vez al salón y se sienta pesadamente en el sofá al lado de su mujer.

Whippet le dijo una vez que a Merlin matar le perturba tanto como entrar en un bar y pedir una Coca-Cola, ni lo más mínimo. El proceso de pedir la Coca-Cola, sacar el dinero y depositarlo en la barra..., así de nervioso se pone. Cuenta con un buen respaldo económico, así que podría haberse quedado tan tranquilo, comprar las armas, entregárselas a sus chicos y decirles: id y hacedlo. Y los chicos lo habrían hecho, por él, porque tiene carisma. Pero le encanta. Flow y él son como hermanos, han crecido juntos. Whippet fue el primero que empezó a vender droga. Le siguió Merlin, y a las cuatro semanas ya había cuadruplicado sus ganancias. Tiene iniciativa y es inteligente e implacable. Si gestionara un negocio legítimo, sería millonario.

—Se lo dije, joder, se lo dije —maldice Svensson sin necesidad de explicarse.

En la comisaría de Longsight la investigación sigue su curso. En Anson Road, que conduce directamente al centro de la ciudad, el técnico en balística se pone en cuclillas y recoge con unos alicates siete casquillos. Se confirma que todos pertenecen a una misma pistola de 9 mm. Además, recuperan algunas balas del mismo calibre. Tres del cuerpo de Antoine Gayle, una de entre sus ropas y otras tres del Renault Megane: una estaba en las gomas que sellan la ventanilla del conductor, otra en el asiento del pasajero y una tercera en la parte interior de la puerta del acompañante del conductor. Todas han sido disparadas por la misma arma: una pistola automática Baikal rusa modificada.

El Audi plateado ha desaparecido de la faz de la tierra. Era un coche fantasma. No vuelven a verlo.

Svensson sale el lunes a ver qué puede sacar en claro. Se acerca al entierro de Delroy Minton, que pertenecía a los Gooch y era colega de Trench. Delroy murió asesinado en su moto con diez chinas de *crack* en el culo. Cuando lo meten en el agujero, su cuerpo está repartido en siete bolsas. Svensson se coloca a la cola del cortejo de coches que se desplaza de Fallowfield al cementerio de Gorton deteniéndose en la iglesia que queda a mitad de camino. Se forma una caravana detrás de él. Toma nota de modelos y matrículas de memoria.

De pronto aparece un Audi RS4. Svensson recuerda que es de Shredder, uno de los amigos de Merlin. Lleva las ventanillas cerradas, pero Svensson entrevé cuatro siluetas y está convencido de que dos de ellas son las de Merlin y Flow. El Audi se suma al cortejo. Svensson está desesperado por acercarse, pero queda encajonado en la parte delantera. Estira el cuello para ver mejor la entrada del cementerio. Cuando llega, el Audi se dirige directamente a la sepultura. Los pasajeros bajan las ventanillas, pero no se apean. En el coche están más seguros, no saben qué despliegue habrá preparado la policía. Un objeto brilla al caer en la zanja. Las ventanillas del Audi se vuelven a cerrar. Svensson siente escalofríos al comprender lo que ha visto. Cree que acaban de

librarse del arma que mató a Antoine. ¿Quién la buscaría en una tumba? Él jamás conseguiría una orden judicial para excavar en un cementerio. Es el clásico truco de prestidigitación de Merlin. Delroy ha muerto, así que, a cambio, ellos han matado a otra persona. ¿Existe un lugar mejor para librarse del arma homicida? Alrededor de la fosa hay mucha gente. La pistola estaba envuelta en plástico. A Svensson le dan ganas de echar a correr, saltar a la tumba y escarbar hasta encontrarla. Pero si se equivoca el escándalo podría hacer época.

Tiene los nudillos blancos de agarrar el volante con demasiada fuerza. Se muere por fumar un cigarrillo. Espera su oportunidad para atrapar al Audi: Flow está en busca y captura y tiene prohibido ponerse en contacto con Merlin; Merlin está en su zona de exclusión. Pero ningún oficial superior está allí para decirle: «Cierra el paso a ese coche antes de que salga del cementerio». Advierte, sin embargo, que justo en la puerta la calzada se estrecha y los coches aminoran la marcha y salen de uno en uno. En cuanto el Audi cruce la entrada, podrá intervenir. Pero, como si presintieran algo, Merlin y sus hombres paran antes de llegar a ese punto y esperan. Cuando ven que hay vía libre, salen disparados como una puta bala.

El martes, en la oficina, Svensson ve un DVD del entierro. Han asistido varios sicarios de Merlin: Shredder, Deven, Fleet, Pacman.

Son los elementos principales de la investigación, los puede ver. Pero está frustrado. Un inspector dirige el equipo que introduce datos en el ordenador. Da las órdenes de un tirón, asigna tareas a los agentes. La mayor prioridad es encontrar el coche. Hay que esperar a los resultados de la autopsia. De lo que se trata es de encontrar pruebas, las necesitan para respaldar la acusación ante el tribunal.

Más tarde, el miércoles, reciben del centro de reinserción noticias de Merlin. Salió el martes por la mañana y aún no ha vuelto. Ahora, su amigo y él son fugitivos de la justicia.

—Eso confirma mis sospechas —dice furioso Svensson a los componentes de su equipo. Ya no hace falta que se queden sentados diciendo: «Vale, Antoine pertenecía a la banda de Longsight, así que tienen que haber sido los Gooch, ¿qué miembros de la banda de los Gooch están en activo?». Svensson ha estado recibiendo llamadas desde el domingo: mencionan a varias personas, hablan del grupo de Merlin. Los primeros nombres que le citan son Trench y Pacman. Alguien ha visto a Pacman deshaciéndose de unos guantes. Svensson se pregunta si Pacman recibió órdenes de Merlin, si fue él quien apretó el gatillo. Todavía es pronto para saberlo.

Baja a ver a su oficial superior para elaborar una lista de sospechosos. Es también importante controlar qué información transmiten al *Manchester Evening News* y a los demás periódicos. Hay que tener cuidado y no poner sobre aviso a los culpables antes de tiempo.

Hacen progresos en la búsqueda del Audi.

—¿Qué tenemos?

—Parte de la matrícula.

—Parte de dos matrículas.

—Sabemos que es un Audi A8.

Se valen del Ordenador Nacional de la Policía para averiguar qué coches se corresponden con las declaraciones de los testigos y encuentran tres Audi A8 plateados. Introducen nuevos datos para averiguar cuál de los tres podría ser. Encuentran el anuncio de venta, dónde fue publicado, quién es el vendedor. No tardan en descubrir que lo compraron en Luton.

La policía de Manchester cuenta con ocho grupos, ocho equipos de investigación de

homicidios. Dos están especializados en bandas. Al principio, cada equipo está formado por cuarenta detectives y personal de apoyo. La mayor parte de la investigación se lleva a cabo los primeros días. Muchos agentes recogen cintas de vídeo de circuito cerrado de la escena del crimen y, partiendo de esa zona, del resto de la ciudad. En cuanto las tienen, las ven lo más pronto que pueden. Saben a qué hora se produjo el asesinato —siete menos cuarto—, y pueden acotar la búsqueda. Trazan la ruta de los homicidas por Manchester. Trabajan intensivamente. Para conseguir imágenes grabadas del Audi, se dirigen a Deansgate y buscan cámaras, más vídeos que les ayuden. Y desentrañan el recorrido por toda la ciudad hasta Cheetham Hill. Svensson examina cada imagen por si pudiera identificar a las personas que iban en el interior del coche. Una de esas imágenes le llama la atención por encima de todas las demás: la del coche de los asesinos junto al de Gayle en el momento del crimen.

Svensson prefiere trabajar en la calle. Tomar decisiones en una fracción de segundo, observar a la gente, formarse una opinión. Es lo que se le da bien. La mañana del funeral de Antoine Gayle su teléfono vuelve a sonar. Es una de sus confidentes, novía de otro pandillero.

—Una vecina me ha dicho que han estado buscando chalecos antibalas —le cuenta.

Se pueden comprar chalecos antibalas por Internet, antes podías hacerlo en almacenes del Ejército y la Marina. Ese día prefirieron usar chalecos antibalas de otras personas.

—¿Quién ha estado buscando chalecos antibalas? —pregunta Svensson.

—Pacman. No sé a cuántas personas ha preguntado.

Pacman se ha hecho famoso porque se pasea por la calle enfundado en un chaleco antibalas de Kevlar como si fuera Omar, el personaje de la serie *The Wire*. Svensson da un puñetazo al techo de su coche. ¿Tendrán la desvergüenza de actuar durante un entierro? Jamás ha ocurrido. Menciona esta posibilidad en la oficina.

—Nunca actúan en los entierros —dice alguien.

—No subestimes al criminal a quien te estás enfrentando —replica Svensson negando con la cabeza.

Capítulo 3

El velatorio

El sol está muy bajo y Svensson tiene que entrecerrar los ojos. Acompaña al cortejo con chaleco antibalas y pantalones de chándal. El duro Kevlar que recubre el chaleco no transpira, así que está empapado en sudor y siente picores. La labor policial se complica más cuando entierran a un pandillero. A este funeral asisten unas trescientas personas: han venido a enterrar a Antoine Gayle. Hay una gran tensión. Esa semana ya se han producido tres tiroteos. Svensson vigila, le preocupa que aparezca de pronto alguna moto conducida por alguien a quien nadie ha invitado. Por alguien de la oposición.

Observa que un coche merodea por el perímetro. Y es raro.

—Golf negro. Matrícula: SJ8 912K —dice por radio.

Sus compañeros teclean en el Ordenador Nacional de la Policía, que busca en varias bases de datos con más de cien millones de vehículos registrados.

—No veo nada. Está limpio.

Svensson vuelve a mirar, pero el Golf se ha marchado. Los pandilleros solían usar sus propios coches pero, tras comprobar la eficacia del ordenador, ahora los alquilan. Siempre a las mismas empresas. Algunos, con los malditos cristales tintados. Es imposible ver a los pasajeros. Hay que guiarse por corazonadas: unos chicos cuya madre no quiere que les dé el sol, un tunante que no quiere que vean la barata tapicería de su coche, un asesino múltiple con un arma automática. La ventanilla con elevalunas eléctrico se baja y ¡pum!

Svensson no se separa del cortejo, que se desplaza lentamente entre la iglesia de Longsight y el cementerio de Manchester. Están también otros seis compañeros de la oficina y algunos agentes de uniforme.

—Hola, Anders, ¿qué tal?

Se vuelve. Es una mujer madura con trencitas y un vestido negro.

—Hola, princesa. Me encanta tu peinado.

Entre los presentes hay muchos que conocen a Svensson y su unidad. Le saludan, se acercan y cruzan unas palabras con él. Les gusta ver a la policía, porque se sienten un poco más seguros. Mientras los agentes estén allí, los depredadores no traspasarán el perímetro. Ve a una de sus confidentes y esta desvía la mirada. Una adolescente con gesto huraño y cadenas se planta delante de él.

—No queremos ver a ningún poli aquí. Dejados llorar en paz, tío.

Hay personas de todas las edades: mujeres adultas que visten con ropa formal, pero de colores vistosos; niñas adolescentes con los polos blancos del uniforme escolar que se ruborizan al leer mensajes de móvil subidos de tono. Todos esperan y desean que llegue el momento de atiborrarse de pollo, arroz y guisantes. Algunos sonríen y se ríen recordando anécdotas del difunto. Viejos amigos poniéndose al día.

Acompaña a Svensson otro policía, Dermot, un chico que trabaja en Liverpool y se relaciona con otras personas. Dermot saluda a un negro que debe de tener poco más de veinte años, lleva el cabello muy corto, le brilla la frente y su mirada es triste y soñolienta.

—Kyle, este es Anders.

Svensson no conocía a Kyle, pero ha oído hablar de él. Kyle considera que tiene cierta influencia en la banda de Longsight. Se vio implicado en una batalla contra los Gooch con persecuciones y carreras por los pasillos del Manchester Royal Infirmary. Las enfermeras, aterrorizadas, se atrincheraron con los pacientes en las habitaciones. Los pandilleros, desbocados, usaron camillas a modo de arietes. Kyle ha pasado veinte meses en la cárcel por eso. Svensson está intrigado. Kyle lo saluda con un lento asentimiento de cabeza y mira a Dermot con una sonrisa.

—Joder, ¿todavía no te has retirado? —bromea Dermot.

Kyle ha mantenido las distancias con sus viejos amigos, pasa el tiempo con sus tres hijos y con su novia, Nicole, que está embarazada y llega en ese momento. A Svensson lo distrae un momento Talitha, la hermana de Kyle, que es delgada y guapa y tiene los labios carnosos. Podría ser modelo, piensa Svensson, y tiene que obligarse a apartar la vista. Ha oído que Merlin y su lugarteniente de gatillo fácil, Trench, han estado preguntando por Kyle recientemente. Tres tiroteos desde un coche esta semana. Al aventurarse a presentar sus respetos, Kyle está corriendo un riesgo.

—¿Para cuándo nacerá el pequeño Kyle? —pregunta Dermot señalando el bombo de Nicole con un gesto.

—Es una niña —dice la madre—. Ya tenemos tres pequeños Kyles.

Dermot abre los ojos fingiendo sorpresa al ver a los niños, que se asoman con timidez entre las piernas de su padre. Svensson le guiña un ojo. Kyle espanta una avispa de su cazadora de cuero. Veintitrés años, piensa Svensson, y ya cuatro hijos. ¡Joder! Pero en la zona la mayoría de los chicos de veintitrés años han pasado a la historia. Piensa, es la costumbre, en la ficha de Kyle. La recuerda bien. Su hermano Dexter murió en el año 2000 por los disparos de una ametralladora Mac-10; una baja más en la guerra por el control de una zona de droga. El pequeño adolescente que entonces era Kyle debió de pasarlo muy mal. Así suele empezar todo.

Más tarde, años después, cuando Kyle tenía diecinueve años, ocurrió algo muy raro. Está en Stockport con sus colegas una noche de reggae en un club de *lap-dancing*[5]. Se amontonan en el servicio Kyle, Wes, su amigo de diecinueve años, y otros dos. Wes les enseña en la palma de la mano una pistola en miniatura de diez centímetros. Parece un mechero y tiene un botón parecido a los del mando a distancia de los coches. Y, de pronto, Wes se desploma sobre la cisterna del váter con un balazo en la cabeza. Llevaba chaleco antibalas. ¿Se le disparó el arma en la mano? Esos llaveros son letales. ¿O fue otro el que apretó el botón? Caso sin resolver, culpable incierto. Linda, la madre de Wes, miró a Svensson directamente a los ojos, le cogió el brazo y le dijo que sabía quién había matado a su hijo. «Ha sido uno de sus amigos —afirmó—. Mintieron en el interrogatorio». Pero, claro, no es más que una madre destrozada por el dolor. No es normal acabar con uno de tus hombres, tu ejército se debilita.

Tras recordar su ficha, Svensson mira a Kyle de otra manera. Dermot concluye con otra broma, da una palmada en el hombro al chico y se aleja. Svensson se queda mirando a Kyle, que se pierde entre la multitud. «Sería un buen objetivo», se dice.

Hacen nuevas amistades, charlan con personas a quienes no conocían, personas que en circunstancias normales no cruzarían una palabra con un poli. Meten el ataúd en la fosa. Una mujer sola gime y suelta un puñado de tierra sobre la tapa. Los amigos de Antoine brindan por él, salpican un poco de brandi y vuelcan botellas de Dragon Stout en la tumba. Es una muestra de respeto tomar una última copa con el difunto. «Las flores no son precisamente una demostración de buen gusto», piensa Svensson al ver al lado de la sepultura el arreglo floral con el apodo callejero de Gayle.

Los asistentes se dispersan. Se dirigen al West Indian Centre, donde la familia se coloca en la puerta y estrecha manos y asiente con los ojos cerrados.

Svensson relaja el cuello, hunde los dedos en sus tensos hombros. El día ha sido largo. Esos funerales... Ha llegado a primera hora y se ha quedado hasta el final, cuando ya era difícil concentrarse. Siete horas es mucho tiempo. Está cansado. Le pican los ojos. Le pesan los párpados. Se queda en el velatorio de las dos a la nueve. Los dos coches de policía asignados al West Indian Centre se apostan en ambos extremos de la calle para evitar problemas. Agradece que alguien dé la orden de instalar un punto de observación. Se sienta pesadamente en el coche, junto a Dermot.

—Es una suerte poder estar un rato sentado —dice Svensson, frotándose los ojos—. Cuando se mueven, me gustaría tener diez ojos para no perderlos de vista.

Dermot asiente. Suele estar siempre de buen humor, pero hoy le inquieta algo. Llama por teléfono cada veinte minutos, pero siempre sale el buzón de voz.

—Mierda.

Golpea el móvil contra el muslo y resopla. Está enfadado.

—¿Qué pasa, Dermot? —pregunta Svensson, y enciende un cigarro y baja la ventanilla.

—Mi chica me ha pillado con otra.

—Ah, ¿sí? —replica Svensson escuetamente y hace una mueca—. ¿Y cómo se ha enterado?

—Vio una foto mía en una página web de esas para ligar —explica Dermot con un suspiro. Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos—. Aunque puse otro nombre.

Svensson vuelve la cabeza y frunce los labios reprimiendo una carcajada. Es para morir. Mira a Dermot por el rabillo del ojo, no puede creer lo que le ha ocurrido. Dermot sonríe también, pero con tristeza. Sabe que la ha cagado.

—¿Quieres que la llame yo, Dermot? —sugiere Svensson.

—Sí, por favor, llámala.

Svensson la llama. Procura poner su voz más serena y mesurada.

—Siento saber lo que ha pasado. Sé que significas mucho para él.

Pero la chica no está bien de la cabeza.

—Ya sabes que es un picha brava —continúa Svensson, probando otra táctica—. Le cuesta no sacársela. Pero, mira, te lo digo en serio, no creo que esta vez haya hecho nada.

Es parecido a lo que le ocurre a él. Su segundo matrimonio no está muy boyante. Son los turnos de noche, las constantes llamadas nocturnas, las horas extras. La mayoría de las mujeres no quieren que durante la cena les cuentes las veces que una pistola ha cambiado de dueño, o que les mientas en la cama porque estás pensando en un caso, o que no te hayas enterado de nada de lo

que te han contado porque resulta que justo en ese momento has tenido la corazonada de que el que disparó fue..., etcétera, etcétera, etcétera.

Los familiares del difunto pasan junto al coche. Svensson ve a alguien a quien conoce y se asoma.

—¡Eh, chico! ¿Sabes adónde van?

—Pues al velatorio extraoficial —dice el muchacho encogiéndose de hombros. Se ha puesto a la defensiva. Está rodeado de chicos que no dejan de alborotar. Se han pasado el día bebiendo y miran a Svensson de forma incendiaria. Uno coge a su amigo por el brazo y se lo lleva.

—Exacto. *Extraoficial*. Sin policía.

Suena la radio del coche.

—Ya pueden volver a la comisaría. —Es una orden.

Svensson consulta el reloj. Hace una hora que debía estar en casa, según le ha dicho a su mujer —tarjeta amarilla para él—. Arranca el coche y vuelven a la oficina a toda velocidad, como si emprendieran una persecución. Introduce el código de la puerta. Despega el Velcro y deja el chaleco antibalas colgado en una silla.

—Convéncete de que no habrá ningún problema —dice Dermot—. Las otras bandas no saben que nos hemos retirado.

Svensson reflexiona.

—Puede que estén vigilando —dice, y hace como que teclea un mensaje de móvil. Desenchufa su radio personal. Se supone que al terminar la jornada hay que dejarla bajo llave. La policía emite en una frecuencia segura, pero si un aparato se pierde o cae en manos de quien no debe, dejaría de serlo. Svensson duda. Oye el sordo runrún de cuando cesan las transmisiones. El comentario de Dermot le ha dejado pensativo. ¿Y si los están vigilando? Sin la radio es imposible saberlo. Mira de reojo a su compañero y se la guarda en el bolsillo. A continuación se dirige a casa.

Abre con la llave y entra. Los niños deben de estar ya dormidos, en el piso de arriba. Sarah está viendo la tele. Una botella de su Chardonnay favorito está medio vacía. Se sienta a su lado. Sarah no aparta los ojos de la pantalla.

—¿Qué tal el día, cariño? —pregunta, con temor.

—Muy duro. Los niños se han vuelto a pelear —dice, tranquila, y hace un gesto de frustración con la mano—. Otro día complicado.

Svensson está tenso. Si hace amago de conversar con su mujer, se arriesga a una discusión. Mejor no perturbar la frialdad de Sarah, que siga viendo su película. A lo largo de su matrimonio ha aplicado una sola táctica, la defensa a ultranza, que es la misma que utilizó Ali para vencer a George Foreman: bien pegadito a las cuerdas y a aguantar los golpes, que ya se cansará.

La radio está sintonizada en la cocina, con el volumen muy bajo. Se levanta y va a escuchar. Hay interferencias durante las escenas clave. Sarah lo mira con odio. ¿Por qué tiene que poner el maldito aparato? Son las diez de la noche pasadas. Pero Svensson no puede olvidarse de la radio. Las dos horas siguientes entra varias veces en la cocina, la enciende y se sienta a escuchar.

La medianoche llega en el velatorio sin incidentes. Una manada de dolientes y plañideras colocados se congrega ante la casa de Gayle. Están rodeados por tres lados por adosados de dos

plantas con los maceteros típicos de las viviendas de protección oficial. Unos pandilleros vigilan en sus coches a la entrada de la calle, toman sus propias medidas de seguridad. Unas mujeres adultas que antes charlaron con los policías meten a empujones a los niños en las casas. Al llegar a la cocina, protestan al ver la montaña de platos y se remangan para frotar las cacerolas. De fondo se oye «I'll Be Missing You», de Puff Daddy y Faith Evans.

Kyle no se ha marchado todavía, le gusta estar con sus viejos amigos. Una bonita adolescente le presta su móvil para que escuche una canción.

Se detiene un coche en la parte alta de la calle. Es un Honda Legend de color verde. Otro coche, azul claro, se para a su lado. La ventanilla del acompañante del conductor del Honda está bajada, pero dentro no parece haber nadie. Solo oscuridad. Tiene los cristales traseros tintados. Desde esa altura se divisa con claridad a las personas que siguen en la calle formando corrillos. Una mujer que está aparcando ve el Honda y el otro coche por el espejo retrovisor y levanta el pie del embrague. Desde la primera planta de la casa de Antoine Gayle, un amigo oye fuegos artificiales. La adolescente también. Ta, ta, ta. Y ve que todo el mundo se escabulle como puede, salta las vallas que adornan las entradas. Se vuelve hacia Kyle, que está como si alguien le hubiera cortado la respiración de un puñetazo. Y se dobla por la cintura.

—¿Qué te pasa, Kyle? —le pregunta. Y ve la sangre, que le sale por la boca.

—Ayúdame —dice Kyle con dificultad—. Me han dado.

La chica pide ayuda a gritos. Se tapa la boca con la mano.

—Respira —dice—. No va a pasar nada.

Muchos corren a ayudar, pero Kyle se cae redondo. La sangre le va empapando la camisa. La noche se llena de gritos. Las balas barren a los primeros de la fila. Saltan los cristales y caen sobre las mujeres y los niños que se están tirando al suelo y reptan como cangrejos hacia las puertas. Otros trepan una tapia sin pensar lo que hacen. Parece que los asesinos disparan indiscriminadamente. Las balas zumban tras rebotar en la tapia agujereando una fila de coches aparcados. Dentro de uno de ellos, una joven madre se agacha detrás del salpicadero tirando con una mano de la sillita de su hijo. Un hombre grita. Le han alcanzado dos veces en la pierna izquierda. A Kyle lo arrastran por la calle hasta una casa.

Los pandilleros encargados de proteger a los demás ya han entrado en acción. Pero hace tiempo que los coches que estaban en lo alto de la calle se han marchado. Están furiosos, sublevados, desean vengarse: el ataque ha sido tan inesperado y despreciable que no lo van a tolerar. Llevan todo el día hablando del asesinato de Antoine Gayle. Ahora no les queda otra que organizar las represalias.

En la cocina de la casa de Svensson, la radio sigue sonando.

—Se ha producido un tiroteo en Walcott Close.

En las calles cercanas todavía siguen aparcados algunos policías. Se acercan al lugar del tiroteo. Un agente levanta la cabeza para ver a los dos coches que se acercan. Uno de ellos es un Audi A4 azul claro. El conductor lleva la cara cubierta y su acompañante, pasamontañas. Hay otro agente aparcado en Ladybarn Road, no lejos de allí. Ve dos coches que van a toda velocidad. Uno de ellos es un relámpago azul celeste. El otro es un Honda. El Honda ni siquiera lleva los faros encendidos. Por instinto, el agente tiene ganas de salir pitando hacia las calles donde se ha producido el tiroteo, pero la cabeza le dice otra cosa. En esos dos coches van los culpables. Arranca y el motor ruge. Da media vuelta y pisa a fondo. Alcanza a los coches. Se esfuerza por

ver la matrícula, pero la lluvia golpea en el parabrisas. Es arriesgado. Una persecución a gran velocidad exige el cien por cien de atención. Si encuentra un peatón y lo atropella, lo mata. Viran a la derecha. Tomar una curva a tanta velocidad es peligroso. Se inclina sobre el volante para ver bien el bordillo y gira con rapidez. «No los pierdas de vista», se dice. No son unos rateros de poca monta, son asesinos armados, un peligro público.

Logra seguirlos unas cuantas manzanas, pero no llevan luces traseras y es imposible. El coche es un borrón gris en mitad de la noche.

—Los he perdido —dice por radio—. Se dirigen a Kingsway.

Los pistoleros del asiento de atrás celebran haberse zafado de la policía. Pero otro agente los ve en su camino hacia Kingsway. Cuando pasan, a toda velocidad, vuelve el cuello con avidez, tratando con desesperación de ver la matrícula. Y ve con claridad los cuatro primeros dígitos: S831. El resto no. Ahora también él se lanza a la persecución. Aunque es demasiado tarde. Van muy deprisa. Por el espejo retrovisor los pistoleros comprueban que han burlado a un segundo coche de policía. El Honda se desvanece en la oscuridad. Esa noche, su conductor se ha ganado el sueldo.

Kyle tiene una herida de bala en el pecho. Está muy mal. Cargan cuidadosamente con él y lo llevan en coche al Manchester Royal Infirmary. El hombre que va al volante, un amigo suyo, observa con horror que le sale sangre por los oídos, por la nariz y por la boca. Cuando llegan, los especialistas en traumatología lo llevan corriendo al quirófano. Descubren que la bala le ha dañado el corazón y el hígado. Tiene el pulmón derecho perforado. Luchan por salvar su vida durante media hora. Es demasiado tarde. Su madre y su mujer embarazada lo acunan. Su hermana Talitha tiene su bonito rostro contraído de dolor. Se aferra a la mano de su madre. Perder a dos hijos en sendos tiroteos es demasiado para una madre, y Dexter, el hermano de Kyle, murió en el año 2000. El grupo no puede separarse del cuerpo. Se quedan, hechos pedazos, en la sala de espera. Vuelve a sonar la canción «I'll Be Missing You», de Faith Evans y Puff Daddy, cantada por B. I. G., el rapero que murió de un disparo. Un amigo de Kyle se pasea furioso por el pasillo.

—No se ataca en un entierro. No está bien.

Svensson sigue oyendo la radio en la cocina. Lo que acaba de oír le deja atónito.

«Kyle Lewis ha fallecido».

—¡Jo-der! —exclama en alto. No puede creer que estuviera viendo la tele cuando se ha producido el tiroteo. Entra en el salón y se interpone entre la televisión y Sarah, que lo mira cansinamente y le oye contar lo que ha ocurrido. Ella también es policía y ha tenido que oír tantas cosas del trabajo de Svensson que probablemente podría acudir al programa-concurso *Mastermind* con las gestas criminales de Merlin como tema. Svensson sale disparado y llama a la oficina.

—¿Me puedes llamar tú? —pregunta a la operadora.

—No, no puedo —contesta la chica sin contemplaciones—. Hay mucho ajeteo y solo se van a comunicar por radio.

Svensson sabe lo que sucede, ha estado al otro lado del teléfono cuando ha investigado otros

asesinatos y llamaba algún compañero. No debe distraer a los detectives que están trabajando. Pero no lo puede evitar. Necesita saber. Llama a la oficina, que le pasen con cualquiera, quiere información.

Oye que Sarah apaga la televisión. La botella vacía cae al cubo de la basura ruidosamente. La puerta del lavavajillas se abre y se cierra. Sarah sube al piso de arriba. No le da las buenas noches. Sabe que tendrá que llevar a cabo sola los planes del fin de semana, lo cual significa nuevas discusiones. Anders no puede o no quiere escuchar lo cansada que está, así que lo deja con su radio y que escuche solo lo que dice la radio de la policía.

A medida que va conociendo lo sucedido, Svensson niega con la cabeza. No da crédito. No deja de dar vueltas por la cocina. Oye, arriba, el grifo de la bañera, el pestillo de la puerta. Sarah está hablando por teléfono con su madre. Svensson coge las llaves y se va. Sube la música y se dirige al cuartel general, donde ya están preparando una nueva sala. Ruedan las sillas, están instalando los PC. Parece que fue ayer cuando organizaron el mismo barullo para investigar la muerte de Antoine Gayle. Crean rápidamente un nuevo archivo con ayuda de la base de datos HOLMES, de Scotland Yard. La necesitan. Todo rastro de ADN, todo fotograma de todo circuito cerrado de televisión (por mal que se vea), toda declaración, todo vehículo, todo dato por fragmentario que sea es introducido en HOLMES. Porque el soplo que habría servido para atrapar al Destripador de Yorkshire se traspapeló en una oficina de investigación.

—Nuestros esfuerzos se centran ahora en localizar esos dos coches —le dice el oficial.

—¿Qué tenemos? —pregunta Svensson. Todo le suena.

—Un Honda Legend verde seguido por un Audi de color claro —responde el oficial—. Estamos examinando las grabaciones de circuito cerrado.

Svensson busca a Dermot y se dirigen a la escena del crimen. Se detienen al final de Walcott Close. Desde ahí, Svensson ve con claridad el lugar del asesinato. Es una calle cortada y, por tanto, sin escapatoria una vez entras en ella. Unos agentes con chaleco antibalas custodian el cordón, que ondea con el viento; los especialistas en recogida de pruebas hacen su trabajo enfundados en trajes de plástico blancos. Svensson se fija en el sitio donde cayó Kyle Lewis.

—Me han dicho que dispararon indiscriminadamente —le dice a Dermot.

—Sí, contra la multitud.

—Era difícil apuntar desde donde estaban —afirma Svensson, enarcando las cejas. Cree que Flow le tiene inquina a la banda de Longsight desde el asesinato de su hermano.

—Tal vez tuvieras razón y los estaban vigilando. ¿Lo has pensado? —dice Dermot.

Svensson recuerda a las chicas que leían mensajes de móvil.

—Debieron de seguir al cortejo —dice.

Cierra los ojos. Imagina a Merlin recibiendo la indicación de que el terreno está despejado, enfundándose el pasamontañas como si fuera la caperuza del verdugo. Pacman, que también va enmascarado, arranca el coche. Los dos coches se detienen en seco, vacían los cargadores a saco. A pesar de la distancia, consiguen matar a un conocido pandillero. No muere ninguna mujer. Ningún niño resulta herido. A continuación los coches salen a toda velocidad y escapan de dos coches de policía. Los asesinos debían de saber muy bien lo que estaban haciendo.

—Imagina la cantidad de adrenalina que debió de acumularse en esos coches —dice.

Dermot lo mira con extrañeza y sigue callado. El comentario de Svensson le choca. Empiezan a llegar los informes de los testigos. Svensson los discrimina y se hace una idea de lo que ha ocurrido. El Honda cruza Kingsway y lo abandonan en Burnage. Justo después de medianoche un testigo ve a un grupo de hombres que salen de un vehículo y se meten rápidamente en otro aparcado en Firethorn Avenue. Es el Audi A4, que pronto saldrá de allí a gran velocidad. Recuerda, y le parece lo más raro, que no encendieron las luces. Dos de los chicos se alejaron a pie. Las oscuras terrazas de Moss Side las diseñaron pensando en delincuentes en fuga. Una pesadilla para la policía. Persigues a unos chicos que huyen en bicicleta por una calle solitaria, trazas anillos concéntricos, pero te encuentras con que no puedes seguir en coche y tienes que hacerlo andando. Es como entrar en una fortaleza. Refuerza los lazos de la comunidad, pero también la aísla. A Svensson le ocurrió una vez. Perseguía a un muchacho, consiguió placarlo, los dos rodaron por el suelo hasta una puerta de madera y logró quitarle la navaja. El chico intentó escapar, pero Svensson no le soltó y corrió a su lado hasta un muro de poca altura. Cuando el muchacho intentó salvarlo, Svensson tiró de él y se pegó con las rodillas contra el muro y cayó al suelo. A Svensson le amonestaron, pero consiguió parar al chico en seco.

Los dos hombres a quienes ven correr la noche del tiroteo atajan por unos jardines hacia un tercer vehículo aparcado en la avenida. Tiene conductor, que mantiene el motor en marcha y maldice y da golpes al volante desesperado porque no quiere seguir allí ni un segundo más. Unos testigos oyen que acelera exageradamente antes de marcharse a toda velocidad y sin esperar a sus pasajeros. Los dos hombres tienen ahora que huir corriendo de los policías que se echan sobre ellos como perros rabiosos. Son jóvenes y están en forma, pero no son lo bastante rápidos. Aparecen coches patrulla y dan media vuelta con pánico y buscando un sitio donde esconderse. Uno se tira contra una alambrada y se agazapa. El otro se pone en cuclillas y se esconde detrás de un coche aparcado. El primero se da cuenta de que corre peligro, de que lo pueden descubrir. Salta la alambrada, pero está cansado. La adrenalina que corre por sus venas le nubla el juicio. Con la oscuridad no ve el alambre de espino que remata la alambrada. Se araña la cara y pierde el pasamontañas, que se queda enganchado. Ahora está expuesto, a merced de cualquier testigo o agente que lo vea. Los dos hombres se precipitan por Firethorn Avenue hasta Avon Road, donde corren hacia la entrada de un bloque de pisos. Un agente de policía que persigue a uno de ellos observa que acelera la carrera, abriendo una distancia que le será difícil salvar. Maldice con frustración al ver que ambos asesinos saltan otra alambrada y desaparecen. Se han esfumado. El agente da media vuelta. Ve una fila de coches aparcados en Firethorn Avenue. A uno de ellos le ocurre algo, está en ligero escorzo. Como si su conductor lo hubiera abandonado a toda prisa. Coloca la palma de la mano en el capó. Aún está caliente. Anota la marca y la matrícula. Llama por radio. Control le confirma que ese Honda Legend en concreto ha sido visto abandonando la escena de un tiroteo. Es uno de los coches de los asesinos.

Llaman a la unidad canina para ver si los perros pueden identificar y rastrear algún olor. El adiestrador cruza la ciudad en su furgoneta. Mira de vez en cuando a la parte trasera, donde, al otro lado de la rejilla, un pastor alsaciano de dos años asoma su larga y rosada lengua y guarda el equilibrio inclinándose a un lado o a otro en función de las curvas. Al llegar a la escena del crimen, el adiestrador abre la puerta de la furgoneta y el pastor alsaciano salta fuera y se acerca rápidamente al Honda abandonado. Olisquea los neumáticos, la puerta, el asiento trasero y el resto de la tapicería. No tarda mucho tiempo en hacerlo. Luego se aleja, tenso, esforzándose en no

perder la pista. Su olfato le lleva por la hierba del jardín del 4 de Firethorn Avenue, cruzando Avon Road, a lo largo de una alambrada y más allá de los bungalós que hay detrás. Se detiene en el último y vuelve junto a la alambrada del jardín trasero. Un agente examina el terreno con una linterna. Ve algo. Se para, se agacha y tantea la tierra fría con los dedos. Ve una huella, cuanto queda de los hombres en fuga. Es una prueba. Observan la alambrada y comprueban que se ha combado hacia dentro bajo el peso de un cuerpo. La examinan con la linterna y encuentran un trapo negro enganchado en el alambre de espino. Es el pasamontañas de uno de los asesinos. Los especialistas de la unidad de Escena del Crimen lo recogen y precintan, y se lo llevan para analizarlo en busca de restos de ADN. Por fin tienen algo.

El equipo de homicidios trabaja concienzudamente con ayuda del más esforzado pilar de la investigación: las listas de las personas interrogadas y las imágenes de los circuitos cerrados de televisión. Cuando empiece el juicio, tendrán tantas pruebas e indicios que mostrar —unas ocho mil solo ante el tribunal— que habrá que designar a un agente para que las custodie.

—Es su descaro lo que me llama la atención —dice Svensson a su oficial superior—. Matar a alguien y luego, seis semanas después, montar un tiroteo en su funeral...

Recuerda los peores días del IRA y los Tumultos, cuando los terroristas lanzaron una granada sobre las personas que asistían a un entierro. En otro funeral, el cortejo acorraló a dos soldados desprotegidos en un coche. Los rodearon, rompieron el parabrisas y los sacaron a rastras del vehículo. Recuerda las imágenes grabadas de la encolerizada multitud. Cómo lincharon y mataron de un tiro a los soldados. Era un entierro y el cura bendijo a los muertos. Svensson registra sacudidas en su red. Le llegan tantos datos que se siente obligado a informar. Habla con su oficial superior y le dice lo que sabe. El oficial le escucha con gesto grave, con el ceño fruncido, y toma rápidas notas en su cuaderno.

—Olvídese de si tenemos pruebas o no contra Merlin y Flow —dice Svensson—. Nos basta con detenerlos.

El oficial superior no dice nada. Luego asiente. La Operación Silverstone ha recibido luz verde y el dinero ha dejado de ser un problema. Hablan con Nottingham, hacen saber al oficial al mando que buscan a Flow por dos asesinatos. Esta vez no hay impedimentos. Un equipo vigila la casa de Flow. Svensson aguarda noticias impaciente. Pasa un día y nada, no hay rastro. Pasan algunos días más. Nada. Svensson se pregunta si habrá huido. Ha transcurrido poco tiempo. No querrá cumplir condena. Es posible que sea más precavido que los demás. Al final del quinto día, el equipo de vigilancia se pone en contacto con Svensson. Sigue sin haber rastro. Svensson cuelga el teléfono. ¡Joder! Se frota los ojos. Tiene un mal presentimiento. Flow debe de haber leído los periódicos. Sabrá que lo están buscando.

Entonces, el sexto día, aparece. Lllaman a la Unidad de Armas Tácticas de Nottingham. Svensson le describe más tarde lo ocurrido a Whippet en el centro de reinserción. Lo llaman por su nombre: «¡Flow, es la policía!». Está en su casa con Kerry y las niñas. Se asoma y ve a quince policías armados apuntando a la puerta y las ventanas. No va a oponer resistencia en su propia casa, sus hijas están allí. No va a salir corriendo por la puerta descargando una lluvia de balas como en *Dos hombres y un destino*. Besa a Kerry, que lo mira con los ojos muy abiertos y tiene miedo. Abraza a sus hijas. Están confusas y asustadas. En el fondo sabía que algún día llegaría

este momento. Ahora debe actuar deprisa. Baja y abre la puerta. Sale despacio y con las manos en alto al amanecer de agosto.

Esa noche, otro grupo está observando a Merlin. Lo ven salir con una atractiva mulata. Se pega a ella, le susurra algo al oído, para un taxi. La policía lo sigue. Se dirige a la A666 en sentido norte. Para Merlin despliegan una táctica mucho más radical. No está con su mujer ni con sus hijas, así que no tiene nada que perder. Podría intentar cualquier cosa. Es probable que vaya armado y es probable también que para poder huir coja como rehén al taxista o a la chica. Hay que actuar con la velocidad del rayo para reducirle. El taxi rueda por la A666. Merlin va cómodamente sentado y rodea con el brazo los hombros de la chica.

—¡Qué cojones...! —exclama el taxista.

Un Land Rover Discovery de la policía se coloca delante del taxi y aminora la marcha. Otro se pone detrás, a su rebufo. El taxista no sabe qué hacer y se ve obligado a frenar. Merlin tiene la sensación de que, además, otros coches de policía los siguen. Aparece una figura negra junto a la ventanilla y apunta directamente a los pasajeros con un arma muy extraña. La chica grita. Se produce un estallido ensordecedor y una lata de gas rompe el cristal y se cuelga en el coche. Es una acción muy arriesgada. El objetivo tiene que estar quieto. Cuando la practican usan cartuchos de tiza en vez de gas lacrimógeno. Un agente murió durante unos ensayos y emprendieron una investigación interna. Con Merlin la intervención se complica en especial porque va acompañado de la chica y del taxista. Pero es un delincuente extremadamente peligroso y deben detenerlo. El margen de error es muy escaso. Otros agentes rodean apresuradamente el coche, que se ha llenado de humo. Merlin está desorientado, no ve nada. El taxista, cegado, da manotazos al aire. La chica chilla y tose, llevándose las manos a la garganta. Abren la puerta de un tirón y sacan a Merlin. No pueden darle la menor oportunidad de que coja al taxista o a la chica como rehenes.

—Gracias, colega, gracias por decírmelo —concluye Svensson, y cuelga el teléfono. Cierra los ojos. Merlin y Flow están detenidos. Llegan los guardias en busca de Merlin y lo encuentran en su celda mascando algo ansiosamente. Le obligan a abrir la boca y extraen un trozo de papel. Lo ha sacado del bolsillo trasero y tiene escrito un número de teléfono medio borrado. Resulta ser incriminatorio.

Svensson sabe que se ha iniciado una carrera contra el tiempo: hay que reunir pruebas suficientes para apuntalar el caso. Hay que interrogar a Sandy Mitchell. La llevan a la oficina.

—¿Qué puede decirnos de las armas de fuego que hemos encontrado en su vivienda?

Se siente acorralada. Da vueltas a la cabeza. Recuerda que ya le advirtió su hermano cuando encontró la ametralladora en el tejado.

—Me la he llevado a otro sitio.

—¿La has tocado?

—Le he dicho a mi hijo que la pusiera en otro lugar.

Le enseñan una foto. Una foto de Trench.

—¿Le conoce?

—Le compraba la merca. Hace años.

—¿Ha estado en su casa? ¿Con qué frecuencia?

Sandy piensa en él y en sus amigos cargando pesadas bolsas de plástico escaleras arriba,

escaleras abajo. Recuerda cómo cortaban la droga en la mesa de la cocina.

—Me dijo que me la llevara, que la escondiera en el bosque.

Los detectives apoyan los codos en la mesa y la miran a los ojos.

—¿Sabe usted cuál es la pena por posesión de un arma de fuego? —le preguntan suavemente.

Sandy niega con la cabeza.

Un agente le explica el Artículo 5: posesión de armas prohibidas.

—Una cosa es tener una pistola en un armario. Guardar una ametralladora en el ático es muy distinto. Se enfrenta usted a una condena mucho más larga. Con un mínimo obligatorio de años de cárcel.

En la comisaría de Pendleton, Svensson espera a que traigan a Flow de Strangeways, hay que interrogarlo por los asesinatos. A su lado se sienta un miembro del equipo de investigación. Flow lleva puesto un mono porque es un detenido de categoría A. Parece el atuendo de un bufón. También lleva esposas, que le obligan a juntar las manos delante. Saluda a Svensson con un asentimiento de cabeza.

—Qué raro verte por aquí —dice Svensson con sequedad. Flow lo mira sin mover un músculo de la cara.

El otro policía tose, prefiere atenerse al protocolo.

—¿Tiene alguna marca, cicatriz o tatuaje nuevos desde que fue detenido por última vez? —pregunta.

Flow niega con la cabeza.

—Sí, claro que tienes, tienes «Never Take Me Alive»[\[6\]](#) tatuado en el hombro —dice Svensson—. Te lo hiciste en septiembre de 2006.

Flow sonríe.

—¿Algo más? —pregunta el otro.

—No —responde Flow.

—Y ¿qué pasa con «Original Outlaw»[\[7\]](#), que te tatuaste en el brazo en Rampton? —dice Svensson.

Svensson sabe que «Never take me alive» es una frase de una canción dedicada a las bandas callejeras. El tatuaje se lo hicieron a Flow en Nottingham. El tatuador sacó una foto de su obra y la colgó en su página web. Svensson, el porfiado detective, la encontró rastreando pistas.

—No me jodas. ¿Qué más sabes de mí? —dice Flow, arrugando la cara sin dar crédito.

El policía hace otra pregunta.

—Pregúnteselo a Anders —contesta Flow.

Después, Svensson se dirige a las celdas para charlar a solas con él.

—¿Necesitas algo? —le pregunta.

—¿Puedes traernos algo de comer? —replica Flow—. Tengo algo de dinero en casa. Esta comida es una mierda.

—¿Qué te apetece?

—Pastel de queso y cebolla, y patatas fritas.

Comen los dos juntos en la celda. Svensson ha probado pasteles de queso y cebolla mejores, pero ese no está mal. Hablan de todo un poco. Flow no va a cometer ningún desliz y Svensson no

piensa subestimarle. Tiene experiencia suficiente para no hacerlo. Se conocen desde hace trece años. Hablan del pasado.

Capítulo 4

El juicio

Merlin y Flow proyectan una sombra tan larga sobre la delincuencia de Manchester que a todos les preocupa que el jurado se acobarde. Los testigos se sienten intimidados. Teniendo en cuenta el muro de silencio, es increíble que su número haya aumentado. La tecnología de distorsión de voz está tan perfeccionada que Merlin ni siquiera sabrá a qué sexo pertenecen. Pero los niños de Manchester pueden nombrar a los Gooch antes que a ningún personaje histórico, así que el juicio se traslada al Tribunal de la Corona de Liverpool.

Svensson se sienta entre el público con los parientes de los difuntos. Mira a la otra esquina de la sala y se fija en los acusados.

Merlin se mofa de las familias de las víctimas. Unos pasos y las tendría al alcance de la mano. Los chicos de su banda están ensoberbecidos: sacan pecho, reprenden al tribunal, el juicio es injusto. Sonríen con satisfacción. Comparten un chiste burdo. Ven a la madre de Kyle, que hunde la cabeza entre los hombros, y se ríen. El propio Merlin es arrogante y el escenario en el que ahora se encuentra parece encantarle. La sala del tribunal no le resulta extraña. Responde con voz estentórea y desafiante. Las pruebas contra él son irrefutables.

Mucho más escalofriante, piensa Svensson, es el comportamiento de Flow. Se limita a mirar con calma sin fijar los ojos en ningún sitio. Su defensa se basa en su afirmación de que no iba en aquellos coches. Parece que el proceso no va con él, tal vez con esa actitud el jurado llegue a olvidar que se encuentra en la sala. Pero en su silencio Svensson detecta la calma helada de un asesino. Y eso le pone nervioso. A veces Flow cruza una mirada con Talitha o con Svensson. Pero ninguna emoción cruza por su rostro. Se hace raro pensar que Kyle, Talitha y él jugaban juntos en la calle de pequeños.

Svensson ha oído que un abogado criminalista pringado hasta el cuello corre a cargo de la defensa. Tiene muchas esperanzas, pero también es posible que las pruebas no basten. Flow sigue siendo su mayor preocupación.

La pareja está acusada de dos cargos por conspiración para asesinar; si son declarados culpables, la sentencia podría superar los treinta años de cárcel. El primer cargo es por Antoine. El segundo por Kyle, asesinado seis semanas después. La sesión se interrumpe a mediodía y Svensson come con la familia de Kyle. Hablan de Kyle y de los amigos con quienes salía. Svensson se muestra paternal, disfruta de la compañía. Cuanto más se relajen, más reveladoras serán las anécdotas que le cuenten, más datos valiosos contendrán. Como siempre, dice saber menos de lo que sabe y finge sorpresa; y, como siempre, sus acompañantes no tardan en competir por ver quién le ofrece un bocado más grande de información. Se lleva bien con Kemi, otra hermana de Kyle, y Talitha le sigue intrigando. La madre de Kyle parece mayor de lo que es, como si hubiera encogido. Talitha, que se sienta a su lado, aprieta los puños. Por su madre, intenta ser fuerte.

Ahora, dos de sus hermanos han muerto en tiroteos entre bandas. Cuando Kyle murió, fue como si la hubiera atropellado un tren. Sintió una presión en el pecho y el color desapareció de su vida. Ahora la obligan a ver a los hombres que lo mataron: siempre de broma, chulos y arrogantes, como si la sala del tribunal fuera su casa.

Svensson se relaciona con muchas chicas plenamente integradas en las bandas, siente curiosidad por saber cómo Talitha ha conseguido mantener la honradez.

—¿Cómo te las has arreglado para no llevar esa vida?

—Esa clase de hombres nunca me ha atraído —responde, encogiéndose de hombros—. Siempre he sido más amiga de mis amigas. Me gusta leer.

Oprah Winfrey es su heroína y es fiel seguidora de su club de lectura. Cuando no trabajaba los domingos, era capaz de leer un libro entero de una tacada.

—¿Con qué estás ahora?

—Me gustan las autobiografías —contesta—. Y Virginia Andrews. ¿Ha leído *Flores en el ático*?

A Svensson le suena Julie Andrews, pero esta Andrews no. Su novela debe de ser para mujeres. Él lee libros sobre crímenes reales. Talitha le cuenta que la caída de Kyle comenzó con la muerte de su hermano Dexter. Ella procura aceptar la nueva pérdida pensando que dejarse arrastrar por la espiral de la venganza es más de hombres que de mujeres. Para ella, perder a Dexter solo sirvió para confirmar que es mucho más peligroso ser hombre por todas las presiones y amenazas a las que un chico tiene que enfrentarse. A pesar de todo, al pasear por el barrio, se siente segura. Sencillamente, porque es una mujer. Svensson sabe que Wes, el amigo de Kyle, recibió un disparo en la cabeza en los servicios de un club de *lap-dance*. Y eso que llevaba chaleco antibalas. La madre de Wes culpó del asesinato a sus amigos. La tumba de Kyle está justo debajo de la de Wes. Alguien la llenó de pintadas y dos policías la limpiaron. Svensson comenta el incidente. A la hora de regresar, camina detrás de los demás en compañía de Talitha.

En el aparcamiento se tropiezan con un grupo de chicos Gooch. Los secuaces de Merlin están allí para apoyar a su general. Tienen fichados a los familiares de Kyle. Al verlos, miran con hosquedad. Uno tira el cigarrillo y los insulta. Los demás fruncen los labios conteniendo amenazas. Otro de ellos se coloca detrás, hace gestos groseros. Svensson se adelanta, les corta el paso. Con tranquilidad, les llama por sus nombres. Ellos también le conocen, pero no se inmuta. Es de granito. Cuando se van, vuelve a reunirse con los familiares de Kyle.

—Al final —dice repartiendo fuego—, voy a ser parte de la mayor banda de Manchester.

Sandy declara que los hombres de Merlin guardaron armas en el ático de su casa, que los vio transportando bolsas pesadas. Su hermano subió al ático y descubrió una ametralladora envuelta en plástico. Le dio mala espina y le dijo que tuviera cuidado. Svensson la observa mientras testifica, nerviosa y asustada. La defensa cuestionará su fiabilidad, cree. Hará que parezca una vieja cotorra de cabeza hueca. Otros testigos importantes aguardan custodiados en un hotel próximo junto al que hay aparcado un vehículo de respuesta armada. Son personas que han colaborado con los acusados. ¿Hasta qué punto puede un jurado fiarse del testimonio de un

expandillero resentido? La defensa se basará en las lagunas de sus declaraciones.

Merlin y Flow aparecen con cinco de sus hombres. Uno de ellos es Trench, a quien Svensson tiene por una bomba de relojería que puede estallar en cualquier momento. Por las informaciones que le ha brindado su red de confidentes, le fastidia que Merlin sea el líder de la banda, y alguien le ha oído decir que se considera de su mismo nivel. Solía relacionarse mucho con un miembro de la banda lo bastante asustado como para colaborar con la policía. A Trench le empieza a preocupar lo que los testigos puedan decir ante el tribunal. El día anterior a su declaración, toma una decisión arriesgada. Se hace con un móvil y llama a un testigo que aguarda en una habitación del hotel.

—Que se joda Merlin —le dice entre susurros—. Ese cabrón ya no me importa.

El testigo escucha, incómodo. Trench sigue hablando y delata a Merlin. El testigo, nervioso, mira el contador digital de la grabadora y el cable que la conecta a su teléfono. Adivinando la llamada de Trench, la policía le ha proporcionado ese equipo de alta tecnología.

Al día siguiente, todos escuchan la grabación en el juicio. Merlin parece impertérrito.

Trench afirma que ha cogido la gripe y excusa su presencia.

Parece claro que las evidencias que condenarán a Merlin no van a ser las declaraciones de los testigos, sino las llamadas de móvil. El caso contra él depende de demostrar que iba en el vehículo desde el que se perpetraron los disparos. El fiscal muestra al jurado qué ruta seguía. La han deducido de las imágenes de circuito cerrado de televisión y de la declaración de algunos testigos. Luego muestra que las llamadas efectuadas desde el móvil de Merlin antes y después de la hora del asesinato reflejan con exactitud esa misma ruta. Los datos recogidos por triangulación permiten determinar con precisión el lugar y la hora. El jurado se hace la siguiente imagen de Merlin: lo ve llamando por teléfono varias veces después de haber matado a Kyle en el velatorio.

Merlin forma un corrillo con su equipo de abogados. Le da igual. Toda su defensa se basa en que no fue él quien llamó por teléfono, en que él no iba en el coche, en que el teléfono ni siquiera era suyo.

—¿Y cómo piensas persuadir al jurado? —le pregunta su abogado.

Merlin sugiere un montón de ideas, pero su equipo niega con la cabeza. Los abogados no están seguros de poder utilizar ninguna. Merlin los mira con inquina. Esa gente, que trabaja para él, hace caso omiso de sus consejos. Está acostumbrado a ejercer el control absoluto. Y tortura a quien se atreve a cruzar la raya. Ha dirigido un inmenso imperio criminal en el sur de Manchester y no piensa dejar que esos pringados de traje y corbata le lleven como a un sonámbulo directamente hasta una sentencia de treinta años.

Así que los despacha a todos.

A partir de ahora se defenderá él mismo. A partir de ahora y todos los días los parientes de los difuntos tendrán que soportar cómo se pavonea ante el tribunal igual que Tom Cruise en *Algunos hombres buenos*.

Cuando la vista dura ya un mes, un testigo presencial describe el asesinato. La familia de Kyle escucha una gráfica descripción de la muerte de Kyle, al que le salía sangre por la boca y por la nariz. A Kemi, su hermana mayor, le resulta insoportable. Sale corriendo al pasillo del Tribunal de la Corona y se derrumba en un banco sollozando. Svensson va tras ella. Finalmente, ha labrado una relación más estrecha con ella que con Talitha. Es más su tipo y su compañía le resulta agradable. En el pasillo se tropieza con un policía local de uniforme.

—No me da ninguna pena —murmura el agente.

Svensson le da un escarmiento.

—Es tan víctima como el chico que murió —dice, apretando los dientes—. Policía de mierda. Se acerca a Kemi y se sienta a su lado.

Dos meses han transcurrido ya y Svensson pasa tanto tiempo en Liverpool que no se le ve por la oficina. Hasta que va una tarde. Al verle, un muchacho se vuelve y se levanta.

—No sé si alguno de vosotros conocéis al detective Anders Svensson. Permitidme que os lo presente.

Se producen las sarcásticas presentaciones. Pero el juicio continúa. Se han presentado ocho mil pruebas e indicios. Ha durado seis meses. Cuando finalmente termina, ha costado cinco millones de libras esterlinas.

Hacia el final, Merlin se pone en pie para exponer las conclusiones de la defensa. Pretende resumir todo lo que ha ocurrido. Tiene que tratar de los dos asesinatos por orden: primero el de Antoine Gayle, luego el de Kyle, que se produjo seis semanas después.

—Señoras y caballeros —comienza—, yo no maté a Antoine Gayle.

Svensson piensa: demonios, esto va a estar bien. Pero ese comienzo, cuenta más tarde a sus compañeros, es la cumbre de la representación final de Merlin, que prosigue durante cuatro días y medio. El juez rebate su argumento principal: que los teléfonos móviles no eran suyos. Asegura que no iba en el coche, pero al mismo tiempo parece saber con precisión quién llamaba a quién. Al principio se refiere a Svensson como «el agente que se encuentra en la sala». Al día siguiente como «el agente de policía Anders Svensson». Al final, a medida que se aproxima el cuarto día, simplemente como «Anders». La impaciencia del juez y de todos los presentes va en aumento. El quinto día por la mañana el juez ya ha tenido bastante.

—Nos ha dicho usted que estaba llegando al final, pero solo nos ha hablado de Antoine Gayle —declara—. Ni siquiera ha mencionado el segundo asesinato. ¿Cuánto tiempo más piensa prolongarse?

—Voy más o menos por la mitad, señoría —replica Merlin.

—Me temo que no —suspira el juez, quitándose las gafas y frotándose la nariz—. Tiene que terminar a la una en punto.

Merlin mira el reloj que adorna la sala. Es la una menos cuarto. Quince minutos de mierda. No tiene tiempo de exponer la defensa del segundo asesinato.

—Yo tampoco maté a Kyle Lewis —se limita a decir y se sienta.

El juez llama la atención del jurado sobre determinados aspectos legales con un discurso tranquilo y pausado.

—El acusado afirma que este teléfono móvil no es suyo y que no lo usó —dice, consultando sus notas—. Los miembros del jurado podrían, pues, preguntarse por qué, durante ese tiempo, la madre del acusado realizó noventa y tres llamadas a este número.

El jurado se retira a deliberar.

Desde que fueron arrestados, la calle ha estado más tranquila. Los delitos con armas de fuego han

descendido un noventa y dos por ciento. La policía del Gran Manchester decide sacar partido de estos datos. La ministra del Interior, Jacqui Smith, llega como era de esperar para dar una rueda de prensa junto con los jefes de policía. Pero el juez dictamina que el jurado podría relacionar la noticia con Merlin y Flow y el juicio saldría perjudicado. Pese a las precauciones, alguien ve un periódico con la palabra «Gooch» cerca de un miembro del jurado. Svensson no se lo puede creer. A las puertas del tribunal, enciende un cigarrillo y observa el tráfico. Lleva seis meses yendo a Liverpool casi todos los días y ahora resulta que podría haber una segunda vista.

Vuelve a casa y pasa una noche de furia fumando y haciendo zapping. No puede dormir. Pero cuando, al día siguiente, llega a la sala, la crisis ha sido conjurada. Se rechaza toda objeción, y el jurado puede continuar sin más contratiempos la deliberación del veredicto.

Svensson concede algunas entrevistas grabadas a la prensa. Nadie está totalmente seguro, así que él apuesta lo mismo por «culpable» que por «no culpable».

Cuando los miembros del jurado van saliendo uno a uno, se fija en la familia de Kyle. No ve a Talitha, que está en Manchester trabajando. Kemi sí está allí, al lado de su madre. El presidente del jurado saca una hojita de papel que sostiene con un leve temblor. El juez le pide que se levante. Svensson no mueve un músculo. Mira al otro extremo de la sala, a Flow. Nunca fue un hombre locuaz como Merlin, nunca tuvo iniciativa. Basa su defensa en mantener la boca cerrada. Svensson presiente que guarda secretos que se remontan al pasado y que jamás saldrán a la luz en un juicio. Flow descubrió muy pronto en la vida que poseía un eficaz talento para la violencia. El presidente del jurado va a leer el veredicto del primer cargo contra Flow, el asesinato de Antoine Gayle.

—¿Han llegado a un veredicto en el que todos ustedes estén de acuerdo?

—No.

Svensson no se lo puede creer: el jurado no ha tomado una decisión. La peor de sus pesadillas hecha realidad. Merlin y Flow podrían estar de nuevo en la calle en cuestión de días. Se inclina hacia delante y estudia la expresión de Flow. No hay nada, ni siquiera un parpadeo.

A continuación, el segundo cargo. Kyle Lewis.

—Culpable.

La mirada de Flow es oscura e impasible como la de un basilisco. Svensson se pregunta si estará preparado de verdad para el shock de una sentencia a treinta años. Entonces lo ve. La contracción del músculo de la sien. Es como ver temblar a un toro. Pero cesa. Flow se sienta tranquilamente, impertérrito, con las piernas separadas.

El antiguo jefe de Svensson, uno de los mejores detectives para los que ha trabajado, cree que un buen policía solo debe concentrarse en uno o dos delincuentes. A Svensson le asignaron la investigación de Merlin y Flow. Es la obra de su vida. Ahora mira a Merlin, que le devuelve la mirada. Lleva más de una década controlando un imperio del crimen, piensa Svensson, que casi no puede creer que finalmente haya llegado a su fin.

El juez vuelve a pedir el veredicto al presidente del jurado.

—Culpable.

Merlin no aparta los ojos de Svensson. Tiene un mensaje para él. Sin emitir ningún sonido articula con claridad las siguientes palabras:

—¿Ya estás contento?

A Svensson la sangre le inflama las sienas. La oye correr. No puede quedarse en la sala a

escuchar la sentencia de Trench y los demás. Se abre paso hasta el pasillo y da vueltas de un lado a otro en una nube. Empuja la puerta de madera de dos hojas y sale a la calle. Enciende un cigarrillo. Traga el humo y lo expulsa por un lado de la boca, entre los dientes. Quince años de trabajo y Merlin y Flow están por fin fuera de las calles. Suena su teléfono. Es un oficial superior que está a punto de entrar en una reunión y quiere conocer los veredictos. Lleva hablando con Svensson casi un año. Las familias de las víctimas salen por la puerta.

—Culpables —le dicen—. Todos culpables.

Merlin y Flow han sido sentenciados a treinta y cinco años. Flow pide la apelación.

Cuando Svensson llega a su casa, ya es de noche. Cruza las yermas lomas de Buxton, donde le espera una casa vacía. Los ocho años de su segundo matrimonio han terminado. Su esposa se ha marchado y se ha llevado a la niña. Ahora, algunas noches Svensson sale por Manchester y se queda bebiendo hasta tarde. Una de esas noches celebra con otros agentes la retirada de otro policía más a los cuarenta y ocho, y se emborracha tanto que acaba cantando con un compañero un dueto en un karaoke. Su compañero se marcha a casa, donde le esperan su esposa y su hija. Y a solas, Svensson liga. En casa, en su cama, ve que la chica tiene tatuado un dragón en la espalda, de la nuca a la cadera. Le llama tanto la atención que hace una foto con el móvil y la enseña a sus compañeros al día siguiente.

Otras noches, en vez de volver a casa, se va a tomar una copa a un club de *lap-dance*.

Sigue incómodo. Pasan los meses y continúa viendo el rostro de Merlin, su mirada chulesca e incendiaria mientras, desde el otro extremo de la sala, le dice: «¿Ya estás contento?». Se levanta y cierra la ventana. En la habitación contigua está sonando el teléfono que utiliza para hablar con sus confidentes. Cuando lo coge, oye un monótono rap a todo volumen. Una chica grita. Da la impresión de que está en un coche. Y la reconoce: es Chanelle. Su nuevo novio, un camello de dieciocho años que es un salvaje, debe de haber subido la música para que no se la oiga. Chanelle grita, le pide ayuda a voces, pero sus palabras se entrecortan. Svensson se entera de que su novio ha invitado a unos amigos a ver una película. Se ha emborrachado, la ha pegado y le ha quemado el cuello con un cigarrillo. La ha amenazado con decirles a los Gooch que ha estado hablando con la policía. La llamada se corta de pronto. El novio de Chanelle le habrá quitado el teléfono y lo habrá tirado por la ventanilla.

Svensson deja su teléfono y vuelve a meterse en la cama. Está preocupado por Chanelle. Su novio es un matón. Piensa también en Whippet, que otra vez está acusado de tráfico de drogas. A Svensson le ha costado mucho trabajo llevarlo ante la justicia. Ha habido una persecución, así que también lo han condenado por conducción imprudente, pero hace falta que lo condenen por tráfico para sacarlo de la calle. Ve un resplandor en el rellano. Se levanta y se acerca a la ventana. Hay una silueta entre los árboles. ¿Es que no le pueden dejar tranquilo ni un minuto?

Su ex le ha permitido celebrar la fiesta de cumpleaños de Jessica, su hija, que cumple catorce años. Llegan un montón de adolescentes y ponen canciones de Miley Cyrus a todo volumen. Jessica se sirve un vodka con hielo.

—¿Quieres uno, Tom? —le pregunta a su hermano.

Tom es un caballero excéntrico y larguirucho de doce años. Y lleva pajarita.

—No, gracias.

—¿Qué quieres entonces?

—Mejor un jerez dulce.

Svensson se echa a reír. Se refugia en la cocina, donde no puedan verle. Le encanta la seriedad con que uno se toma las cosas a esa edad. Jessica mira a Tom frunciendo el ceño. Le parece un bicho raro.

—¿No lo prefieres seco? —pregunta, con desconcierto.

Svensson los observa y piensa en Chanelle y en lo vulnerable que es. Suena el teléfono. Un oficial le dice que Whippet ha sido declarado inocente de sus cargos por tráfico de drogas. Svensson está furioso. ¿Cómo es posible que no le hayan encontrado culpable de vender droga a un agente de policía encubierto? Resulta que Whippet solo dirigía la venta, no era él quien tenía las drogas. Eso permitió que su abogado defensor arrojara una pequeña sombra de duda. A Svensson la noticia le fastidia el resto de la fiesta.

A la mañana siguiente, arranca el coche, mete la marcha y sale haciendo un trompo. Esperaba que, tras el de Merlin y Flow, el juicio de Whippet se resolviera igual. El resto del día es incapaz de concentrarse. Se le hace interminable. La violencia y la ira continúan subiendo como una inmensa marea. Por la tarde se da una vuelta por Moss Side y visita a algunos de sus informadores. Nadie sabe nada de Whippet ni de sus planes.

Ha transcurrido un año desde el final del juicio y Svensson ha visitado regularmente a Merlin y a Flow. Cuando va a ver a Merlin, se lleva a un agente grandullón muy capaz de levantar cien kilos y mudo como una piedra. No sabe qué podrá intentar Merlin. Al fin y al cabo, no tiene nada que perder. Mientras estaba encarcelado en Strangeways, se hizo con los servicios de un abogado que le ayudó a preparar la apelación. Examinaron unos documentos legales con rayos X y encontraron la hoja de un cuchillo de veinticinco centímetros. Esta vez, Merlin se acerca a él y le da un abrazo. Cuando se sientan, Svensson ve los cortes que otro recluso, un asiático con quien nunca se había llevado bien, le ha hecho en la nariz. El asiático le dio una cuchillada en el cuello y le dejó una cicatriz. Se enzarzaron en el penal de alta seguridad de Long Lartin. Luego, en un intento desesperado por salvarse, el asiático le mordió la nariz.

—Qué alegría verte por aquí —bromea Svensson cuando se sienta.

—Has dedicado tu vida a verme metido en esta jaula.

Hablan un rato. Svensson se entera de que Whippet se ha puesto en contacto con él y le ha dicho que lo está buscando.

—Y si Svensson te está buscando, estás jodido —dice Merlin.

Svensson se lo toma como un cumplido. Cuando la visita está a punto de terminar, le pregunta a Merlin qué echa más de menos. Merlin reflexiona un momento.

—El McDonald's.

Cuando se marcha, decide que visitará a Merlin el día que se retire. Le quedan cuatro años.

Flow no le da un abrazo. Svensson quiere pensar que porque no le apetece arrugar su camiseta de Armani. Los reclusos pueden vestirse como quieran, es una norma de la prisión. Flow está centrado en la apelación, así que tiene un comportamiento ejemplar. Pero Svensson advierte la derrota en su mirada, como si supiera que no va a servir de nada. A diferencia de Merlin, que cuando le metieron en la celda dijo: «De acuerdo, tíos, empecemos con esto», no parece que Flow

vaya a aguantar bien la condena. Svensson no cree que la soporte. Cumplir unos años y salir antes de los treinta es una cosa, pero pensar en Kerry y en las niñas y saber que no las verá crecer, que cuando salga, su hija tendrá cuarenta y dos años, es muy duro. Después del juicio colgaron carteles con su rostro envejecido, lleno de bolsas y arrugas, deteriorado por la edad. «Se hará viejo en la cárcel», decían. Su familia presentó una demanda por violación de los derechos humanos. Pasará entre rejas el resto de su vida y para Svensson debería ser suficiente. Pero mira a Flow, que está sentado al otro lado de la mesa de la sala de visitas, y se dice: «¿Podrás librarte de algún crimen todavía?».

Whippet es el último del grupo que volverá a las calles. Cuando Svensson lo ve, se queda estupefacto: ha seguido haciendo pesas y su metro ochenta de estatura soporta un pecho de un metro quince de anchura. Y se ha hecho trencitas en el pelo. Habla con tranquilidad y a Svensson le recuerda a Flow por un momento. Pero no es tan inteligente como él.

—Nunca me he metido con nadie que no estuviera en este juego —dice.

Svensson ha oído ese mismo cuento moral muchas veces. A Whippet se le da bien conseguir que los demás se compadezcan de él.

«De no ser porque estabas aquí cuando mataron a Kyle Lewis —piensa Svensson— habrías estado en uno de aquellos coches».

Se marcha del penal y va a visitar a la mujer de Whippet en Wrexham. La chica lo recibe con un abrazo y le hace pasar.

—Vas a dejar que te engañe otra vez, ¿verdad? —le dice—. Lo sé por el tono de tu voz.

Al irse, se la queda mirando por el espejo retrovisor. El comité de supervisión de la condicional hace poco para evitar que Whippet busque venganza. Ya les ha vendido el cuento de que es un pandillero arrepentido que quiere cambiar de vida, ya les ha convencido de que los chicos querrán escucharle.

Llega el fin de semana y a Svensson le preocupa que el juez no le conceda permiso para utilizar armas. Se entera de que la Unidad de Apoyo Táctico, la brigada especializada en irrumpir por la fuerza en dependencias y domicilios, no le prestará ayuda. Hay dos pandilleros en el piso de abajo a la espera de que los interroguen en relación con una pelea en un garaje. La mitad de los componentes de XCalibre están en el distrito de los Lagos, en Helvellyn más concretamente, trepando edificios en un curso con unos policías alemanes, así que Svensson le pide a su jefe, el inspector, que le acompañe. El jefe, que lleva corbata y chaqueta, le dice que de acuerdo y se coloca el chaleco antibalas. Se acercan a la comisaría de policía de Longsight para recoger a otros agentes. Svensson informa a un grupo de policías uniformados mientras una chica reparte guantes de goma de color púrpura para recoger muestras en la escena del crimen. Es probable que Svensson doble en edad a la muchacha.

El convoy llega a su destino. Svensson ordena que rodeen la casa.

—Jefe, usted por delante. Wixsy, para ti lo más fácil. Terry, cubre la parte de atrás.

Llama a la puerta. Nada. Cerca, un flaco dóberman juega con unos niños. Un hombre con cara de sueño se asoma por una ventana. Svensson se vuelve y aporrea la puerta con el tacón. El ruido atrae a una mujer en bata y con el pelo envuelto en una toalla, que cruza la calle. Con la irritación de una madre, se marcha a grandes zancadas en busca de su hija. Svensson ordena a una joven

agente que la acompañe.

Pronto llega la hija trotando.

—¡No me rompan la puerta! —grita, enseñando las llaves. Abre, y los policías se dispersan por toda la casa.

—Me visitan muchos hombres —no para de decir. Svensson la mira de reojo. La mujer está exponiendo los argumentos de su defensa antes de que hayan encontrado nada. Los demás revuelven los armarios, vacían la cesta de la ropa sucia, rebuscan en los cajones. Svensson se ocupa de los teléfonos móviles y de las cartas de la mujer. Encuentra la nota de un pariente.

—Un chico que dice que espera que, cuando lo enchironen, no le metan en el ala K, la misma donde están los Gooch.

El jefe lo mira como diciendo: «No parece gran cosa».

—El caso es que la mujer se relaciona con los malos —dice Svensson encogiéndose de hombros y doblando la nota. Mandan a un policía joven al desván porque es el que menos pesa de toda la unidad. Enciende la linterna y abre unas cajas.

—He encontrado algo —dice.

—¿Qué?

—Una pistola.

Le tiembla ligeramente la voz. Pertenece a otra unidad y nunca había encontrado un arma.

—Vale, baja. Se la daremos a Armas de Fuego.

Big Ray y su equipo llevan mono azul oscuro y van armados. A un lado de la cadera llevan un arma de electroshock; al otro, una pistola. En la furgoneta llevan un rifle cargado. Fotografian la pistola, que está envuelta en plástico. Svensson la examina. Apuesta con un compañero qué modelo será.

—Seguro que es una Baikal.

—¿Es tu respuesta definitiva?

—Una Baikal nueve milímetros.

En balística afirman, sin embargo, que es una Tokarev, también rusa. Svensson recurre a sus fuentes, quiere saber más. Recibe una llamada de un policía de la Unidad de Gestión de Fuentes Encubiertas y le dan nueva información.

—Maldita sea, qué bien trabajáis, ¡qué bien! —responde, saliendo por el pasillo—. Ya veo que no sois la panda de inútiles que la gente dice que sois. Llevo defendiéndooos todo el día.

Suena su teléfono de confidentes. Es una chica con la que lleva un tiempo sin hablar. Dicen en la calle que ya han encontrado la pistola.

—Era para Whippet —dice la chica—. Para cuando saliera del talego.

—¡Joder! —exclama Svensson, y cuelga. En cuanto pise la calle, se hará con un arma. Svensson se ha dado cuenta de que, ahora que Merlin ha sido despojado del poder, se ha producido un cambio. Los chicos son más enérgicos. Dobla una esquina y ve peleándose por lo menos a una docena de entre seis y diecisiete años. Cuatro de ellos van en bicicleta. Dos niñas se están zurrando de lo lindo, a puñetazos y empujones. Una arrastra a la otra tirándole del pelo y los chicos la jalean. Svensson baja del coche y se acerca. A uno de los adolescentes se le enciende el rostro.

—¡XCalibre! —grita.

Svensson espera a que se calmen y se dispersen.

El encarcelamiento de Merlin puede suponer el fin de los generales de la vieja escuela. Diez años atrás había traficantes de alto nivel, pandilleros veteranos que explotaban brutalmente a los jóvenes. Les enseñaron que lo único que cuenta es quién puede ser más brutal, más violento, más temible. Ahora el negocio de la droga se ha fragmentado y a los chicos solo les queda la violencia. Los viejos pandilleros, que querían enriquecerse con el crimen organizado, el fraude y el blanqueo de dinero, no los pueden controlar. Son demasiado caóticos, demasiado volátiles. Un chico de doce años no aspira ya a crecer dentro de la organización, matar a un general y labrarse una reputación. Es como *Factor X*. Svensson piensa en lo mucho que han trabajado a lo largo de los años solo para crear esa laguna, ese vacío. Igual que en Irak: acabas con un dictador brutal y lo que queda es el caos y una guerra de guerrillas. Ahora matar a alguien resulta aceptable, no hay restricciones, los límites han desaparecido. La violencia estalla en unos segundos. Antes existía una jerarquía. Ahora lo único que importa es quién tiene el arma, quién da el puñetazo más violento, quién profiere el grito más ensordecedor.

Svensson entra en el coche en Moss Side con Steve, un chico que lleva un par de semanas en la unidad. Es un préstamo de la Unidad Contra el Crimen Organizado, gemela de XCalibre. Las investigaciones duran más tiempo en esa unidad, el trabajo administrativo tiene más importancia. A Svensson le impresiona este chico, Steve, y opina que a la unidad le vendrá bien. Se pregunta si podrá hacer de él un detective de provecho. Lo ve mirando el mural de los pandilleros. Steve le pregunta por los cabecillas, por los importantes, por Merlin y Flow.

—No los pierdo de vista. No los pierdo de vista porque no podemos subestimar el impacto que tuvieron—responde Svensson.

—¿Siguen dirigiendo la banda desde la cárcel? Cuando tienen tanto poder, lo hacen.

—Merlin sí. Tengo datos que sugieren que en septiembre organizó el robo de una cantidad considerable de coca a uno de los chicos de Liverpool.

Fuera, un par de adolescentes se sientan en una señal y llaman su atención para hacerles burla. La luz de neón de un establecimiento donde venden pollo frito parpadea. Un Golf nuevo con los cristales tintados pasa rugiendo y con la música a todo trapo.

—Parece dramático, pero cuando voy a verlo, no sé... Ya no recuerdo a cuántos pandilleros he visto en el talego, he perdido la cuenta. Pero cuando los ves a los dos, y sobre todo a él, a Merlin... Es la encarnación del mal. Lo es, de verdad. Le da todo igual. No habría parado. No pienses en las bandas de Manchester. ¿Ha habido alguien que, como él, se haya atrevido a matar durante un entierro en toda la historia de la delincuencia en Inglaterra?

Llegan al café Zaku, en la parte vieja de Moss Side. No está lejos de Claremont Road. Fuera hay unos somalíes adolescentes apoyados en una pared. En Moss Side habita una numerosa comunidad somalí. Svensson los reconoce: son pandilleros de los Rusholme Crips, banda aliada de los Gooch. Advierte que dos de ellos están colocados de mascar tallos de *gat*, que venden en el piso que hay al lado del café. Dicen cosas sin sentido y les arde la mirada. Su banda está en guerra con los Doddington. Su táctica consiste en avanzar en gran número, cruzar las líneas de los Doddington y causar el mayor daño posible. Lo llaman incursión. Para los vecinos es terrible. La amenaza somalí surgió cuando Merlin y Flow empezaron a desmandarse.

—Solo Dios sabe lo que puede pasar cuando esta panda consiga armas de fuego—dice

Svensson con un suspiro cuando se van.

—Si los somalíes están enfrentados a los Doddington, ¿cómo consiguen entrar en su zona sin que los ataquen?

—Van en masa, compañero. En grupos de quince o dieciséis. En incursiones.

Svensson se frota los ojos. El día ha sido largo. Se ha levantado temprano y ha tenido que llevar de visita turística por Moss Side a un grupo de policías alemanes con uniforme de paseo. Al terminar, le han regalado un termo. La primera vez por lo menos le obsequiaron con una placa de madera.

—Cruzan el parque a toda velocidad en bicicletas de montaña —dice—. Si los perseguimos y tratamos de dividirlos, siempre nos sacan ventaja.

Steve se asombra de que, en un momento u otro, se hayan producido tiroteos en casi todas las calles. Recorren Quincy Street. Svensson aminora la marcha y señala una puerta con el dedo.

—Un prolífico camello quiso timar a dos hermanos de la banda de los Gooch. Se ponía en esa puerta de ahí. Los chicos contrataron a un pistolero a sueldo para que acabase con él. Aparcaron ahí enfrente para decirle a quién tenía que matar y el pistolero dijo: «Joder, pues lo mato ahora mismo». Se bajó del coche y se acercó. El camello le dijo: «No puedes matarme. Soy de los Man Dem, soy el hombre sintético»; y se levantó la camiseta. Llevaba chaleco antibalas, así que el asesino a sueldo le descerrajó tres tiros en la cabeza.

Svensson y el chico se ríen. Es una historia divertida. Svensson conoce montones de ellas.

—Si tu mejor línea de defensa es un chaleco antibalas, joder, no lo digas.

Ya nadie recurre a los pistoleros a sueldo. No da prestigio contratar a un hombre para matar a otro. Ahora matan en persona. Lo que fastidia a Svensson es que algunas de las casas de la zona, las más apartadas, las que quedan en Chalk Road en dirección a Whalley Range, son verdaderamente espectaculares. Hasta en Alexandra Park State las que dan al parque tienen unas vistas magníficas. Se han invertido millones en la zona, en el derribo de viviendas abandonadas, en la construcción de otras nuevas.

A continuación entran en Hulme, donde habitan los Swampies, subversivos, pero poco amantes del jabón. Viven a salto de mata cinco años y luego les dejan diseñar su propio hogar.

—Es muy curioso —dice Steve mirando las pasarelas de madera y los puentes suspendidos en el aire, y las filas y filas de caravanas en la calle. La temporada Swampy está a punto de empezar. Svensson recuerda que durante los Juegos de la Commonwealth todas las bandas, cabreadas, aparcaban en batería y quitaban las matrículas a sus coches. Y él tuvo que ir de noche a identificar un vehículo.

—Apuesto a que por aquí la cuenta del agua es irrisoria —dice—. A veces les da por atarse al Hulme Arch para detener el tráfico. Protestan contra el capitalismo. Eso sí, que nadie les quite las Nike con las que trepan al arco.

Pasa un chico larguirucho con una cazadora de cuero de los años setenta, el pelo crespo, pantalones pitillo y gafas de concha.

—Es asombroso, ¿verdad? —dice Svensson—. Seguro que se ha mirado al espejo y se ha dicho: «Esta noche triunfo».

Cerca de Alexandra Road le indica a Steve el límite entre el territorio de los Gooch y el de los Doddington. Steve escudriña la oscuridad que domina la frontera. No hay nada salvo un árbol y un muro que conduce a Alexandra Road. Piensa en cierta señora que cuida de los pandilleros.

No los deja de lado en ningún momento, los acoge siempre. Acogió a Merlin cuando la policía iba en su busca. Una noche Svensson cazó a un chico Gooch en su casa y se enfrentó a ella.

—Lleva aquí toda la noche, es verdad. Ha estado metiendo mano a nuestra Tina. Huélale los dedos si quiere.

Tina es su hija de dieciséis años. También recuerda que cuando celebró la fiesta de cumpleaños de la chica, le preocupaba que llegara algún coche y les disparase, así que procuró que nadie saliera de la casa. Svensson vigilaba desde su propio coche y esta señora, bendita ella, le sacó algo de comida. Era consciente, además, de que la estaban grabando con una cámara. Encima de los platos llevaba una lata de Stella. La lata, que iba abierta, se cayó dentro del coche de Svensson y todo su contenido se derramó. La peste a cerveza duró varios días.

—¿Y aquí? ¿Ha habido algún tiroteo? —pregunta el chico, todavía ansioso por aprender.

Svensson guarda silencio. Recuerda detalles operativos de muchos tiroteos: nombres, marcas de coche, modelos de arma, hasta las muescas estriadas de los casquillos de bala. Luego recuerda los motivos, su variedad: una pelea por un equipo de música, una riña por una cazadora, por una chica, por un par de deportivas. Steve está cansado. Su turno y el de Svensson acaba a la una de la madrugada y luego tienen que redactar el informe.

—Aquí, dos chicos de los Gooch mataron a Justin Maynard. Lo vieron desde lo lejos, se marcharon y volvieron con la cara tapada. Fue triste.

Las bromas, las fanfarronadas, tienen que continuar: es la única forma de que el tiempo pase deprisa. Un chiste sobre Terry, un compañero que dice que, si un kebab se le cae al suelo, se lo comería si ha estado en el suelo menos de cinco segundos; chanzas sobre sus raíces en Merseyside, que recuerda remedando el acento irlandés. A Jenkins le toman el pelo porque se parece a Marti Pellow, el vocalista de Wet Wet Wet. Toman el pelo a Svensson porque está obsesionado con Merlin y Flow, y por Navidad le regalan una camiseta con la leyenda «I love Merlin and Flow». Pero, por una vez, Svensson no puede recordar muchas bromas. De pronto, la fatiga del combate lo abate.

—Yo estaba trabajando y lo encontré tendido en la acera. A los pocos minutos, apareció su madre. Desde el punto de vista de un detective, era una prueba más. No tenía sentido llevarlo al hospital, el muy cabrón ya estaba muerto. Pero todo lo que aquella mujer quería era coger a su hijo en brazos. Aún hablo con ella de vez en cuando. A veces la he visto pasear de madrugada, borracha como una cuba.

—¿Cambió al morir su hijo?

—Del todo, compañero, del todo. Se acerca a los niños en plena calle y les dice: «Marchaos a casa, marchaos a casa. Ellos se llevaron a mi hijo». Y ahí es cuando empiezas a compadecerte.

—Sí. Al final del día todos somos iguales. Si yo hubiera crecido en el centro de Moss Side, probablemente estaría en el otro lado.

—Compañero, en el juicio me tropecé con un agente de uniforme. Kemi Miller, la hermana mayor de Kyle, acababa de oír a un testigo que vio a su hermano sangrar por todos los orificios de la cara. La chica salió de la sala llorando. Y este tío de uniforme va y me dice: «No me da ninguna pena». Tuve que callarle la boca. No me extraña que esta gente no quiera hablar con nosotros.

Svensson está más tranquilo, su voz es más grave. Steve niega con la cabeza. Svensson la mueve a ambos lados para relajar el cuello.

—Es lo que pasa cuando eres pequeño, vas creciendo, montas en bici. Haces lo que hacen tus

amigos —dice.

Cuando empezó a patear las calles, a los policías les tiraban petardos desde las casas la noche de Guy Fawkes[8]. Cuando llegaron los punteros láser, se paseaban por las calles cubiertos de puntos rojos. Ahora todo ha cambiado. Es más peligroso. Una vez se llevó a un compañero a dar una vuelta y se tropezaron con un chico que llevaba una Mac-10 en una mano y una pistola en la otra. ¡Qué locura! Pero siempre que, por algún motivo, tiene que salir de misión a otro barrio, Svensson echa de menos Moss Side. Se pregunta qué hará cuando se jubile. Tal vez vuelva por el barrio y siga dando vueltas.

Se van a hacer públicos los Premios a la Excelencia del Cuerpo de Policía y Svensson cree que tiene posibilidades. Su trabajo en la comunidad lo avala, la forma en que ha ido urdiendo su red de confidentes. La detención y condena de Merlin y Flow deben valorarse en su justa medida.

Recuerda el momento en que el comisionado le recomendó por primera vez. Es joven, menos de treinta años. Detiene un coche. El conductor lleva abrigo largo y una pistola en el maletero. Le dice que se dirige a una cita. Svensson actúa con rapidez. Se pone el abrigo, acude a esa cita en High Street y, cuando va a bajarse del coche, dos hombres se acercan corriendo y se suben a toda prisa. Acaban de robar un banco y él es su vía de escape. Después de eso le hacen detective.

La radio, que ha dejado en una silla, le despierta.

—Varón con arma de fuego arrestado en Longsight.

Se levanta de la mesa y baja a la sala de detenidos para identificar a ese varón en cuanto baje de la furgoneta. Es posible que lo conozca. Para un policía, detener a un pandillero en posesión de un arma es como ganar la Copa de Europa. Svensson tiene que comprobar cómo está, mirarlo a los ojos. La venganza es un estado emocional, eso lo comprende. Son los que tienen los ojos muertos los que le inquietan. Son los más peligrosos. Podrían ser aspirantes a Flow. En algún lugar de ahí fuera se está forjando otro asesino como él, frío como el hielo. Probablemente sea tranquilo y confiado y habla con calma. Detrás del mostrador ve a una atractiva sargento, la novia de Wixsy. Ciertamente, el bueno de Wixsy pica alto.

Suena su móvil. Es Pete, un compañero con quien ha quedado antes del anuncio de los premios.

—¿A qué hora nos vemos? —pregunta Svensson.

—A las cuatro y media —contesta Pete.

—¿A las cuatro y media? Joder, vamos a estar tan borrachos que no nos vamos a tener en pie.

Svensson se presenta en un bar vestido de esmoquin. A pesar de los nervios, se mantiene fiel al vino porque si empieza a mezclar puede acabar fatal. Su plan consiste en tomarse primero una copa de vino, luego una botella de agua, luego otra copa de vino, y así. Solo aguanta una botella de agua. Cuando llega el momento, ya está achispado. Pete está seguro de que les van a dar el premio. Pero lo anuncian y se lo han concedido a alguien por interactuar con la comunidad somalí.

—No puedo creer que no nos lo hayan dado —dice Pete, decepcionado.

—Ni yo —dice Svensson—. Esta vez han sido unos premios muy políticos.

—No me lo puedo creer, ¡coño! —repite Pete, llenando hasta el borde su copa de vino.

—Así son las cosas, Pete. Es mejor premiar un proyecto comunitario.

Beben mucho. Mucho. Pete se cae de culo delante del jefe de policía y demás autoridades.

Intenta levantarse y tira la mesa. «La culpa es suya», se dice Svensson. Pete tiene que marcharse de allí ya mismo y presentarse ante su superior antes de que acabe la semana. Ha sido una buena comida, bastante civilizada. Svensson se queda en el club de prensa hasta las cinco de la madrugada. Es un sitio donde nunca ha estado sobrio. Recuerda que se ha acostado con una chica que llevaba un vestido negro. Luego se ha despertado en su hotel solo. Antes de dormir se ha quitado las lentes de contacto, pero tampoco sabe cómo. Tiene una llamada perdida a las cinco. Supone que se marchó a eso de las cuatro y media y que la chica lo llamó para ver qué tal había llegado. Le costaba un esfuerzo enorme hablar y caminar.

Consulta el calendario. Whippet saldrá en cuestión de días. No le costará mucho encontrar un arma. Se frota los ojos y se levanta. Le duelen los riñones y tiene las piernas tiesas. Baja al gimnasio y hace pesas. Luego coge su tercer teléfono y hace una llamada.

LONDRES

Capítulo 5

Cumpleaños

Es curioso, pero el padre de Pilgrim siempre sabe cuándo va a cometer alguna fechoría su hijo. Se para delante de la puerta e intenta averiguar por qué va a terminar otra tarde con un montón de boletos de apuesta descartados entre los pies. Su silueta se recorta ante la luz del recibidor. Observa el coche que espera con el motor en marcha. Dentro hay dos jóvenes negros, conocidos matones en chándal que le devuelven una mirada candente. Llegó de Jamaica con su hijo cuando el niño tenía ocho años. Quiso sacarlo de una vida sin agua ni luz. Y ahora, el día de su decimonoveno cumpleaños, el chico se ha convertido en un delincuente hecho y derecho. Está perplejo, no sabe cómo ha ocurrido. Pilgrim baja corriendo las escaleras y roza a su padre al pasar. Mueve los hombros y corre hacia el coche. Algo hay planeado para más tarde, un gran problema se cuece y se cierne sobre alguien.

—Ten cuidado, hijo.

Al oír la voz cansina y aflautada de su padre, Pilgrim se vuelve levantando el polvo al frenar. Su camiseta de Avirex con unos ojos de serpiente estampados resalta su musculoso pecho, su cuello de toro. Tiene que reconocer que su viejo tiene un olfato muy agudo para los problemas. Siempre lo llama para saber dónde está justo cuando se prepara para algún robo. «Es lo único para lo que tiene cierto talento», piensa Pilgrim. Apuesta a los caballos todo su sueldo de jefe de obra y les deja la calderilla a su madrastra y hermanastro. Pilgrim se gana la vida en la calle desde que tenía edad para lavarse los pantalones en la bañera.

—Eh, tú, el del cumpleaños, ¿adónde vamos? —grita Steps desde el coche.

Steps tiene veintiún años y la piel clara, es fornido y siempre lleva ropa oscura. Es un bromista. Tiene el brazo apoyado en la ventanilla y en su mano un grueso anillo de plata que tabletea contra la carrocería negra. Le encanta su coche, ponerlo a muchas revoluciones, lucir sus llantas cromadas. Pilgrim se despide de su padre con una gran sonrisa.

—A Old Street —responde.

Su padre agacha la cabeza. Pilgrim se encoge de hombros y sube al coche. Van a celebrar su cumpleaños.

—¡Eh! —exclama Steps, dando un puñetazo amistoso a Pilgrim en el hombro—. ¿Cuántas veces hemos salido los tres juntos en coche?

Pilgrim lo mira, y luego a Ribz, que va detrás. Ribz mide uno sesenta y tiene unos famosos ojos verdes con los que ha conseguido cierta reputación entre las féminas. Su padre es negro, pero los ojos se los debe a su madre, que es india.

—Nunca —dice Ribz con una sonrisa—. El *dream team* por fin junto.

Es cierto. Toda la banda está dirigida por tres hombres muy buscados a quienes nadie ve juntos nunca. Nunca. Es imposible ver a tres personas con tanto mando en la cúspide de una banda. Pero ahí están: la alta jerarquía de tres bandas unida. Holly Street, Rowdy Bunch y Love of

Money en el mismo coche. Ahora controlan Hackney. Y el barrio está a sus pies. Olvídate de los Pembury, olvídate de los London Fields, que ni siquiera pueden dirigirle la palabra a Pilgrim. Nadie puede en realidad. Ni siquiera en la primera división.

La ciudad se extiende ante ellos como una inmensa zona de guerra. Está dividida en grandes campos de batalla: Sur, Norte, Este y Oeste; un Londres muy distinto al de los carteles que Pilgrim vio de niño en Jamaica, por no hablar de la reina, la Commonwealth, Madame Tussauds o las reproducciones doradas del Big Ben que la abuela tenía en la repisa de la chimenea. Cada distrito compite en crónicas de crueles guerreros temidos por su violencia en varios distritos postales. Sparks era el brutal líder de una banda, capaz de noquear a cualquiera de un solo golpe con el yunque que tenía por puño derecho. A su entierro acudieron trescientas cincuenta personas a presentar sus respetos. No hay nada más honorable para un hombre que ser soldado y defender ferozmente su territorio de incursiones para proteger los ingresos que deja la droga. Un conductor de autobús secuestrado y torturado con una plancha cinco días, con el cuerpo lleno de espantosas quemaduras, los genitales abrasados, y todo por no pagar las drogas que debía. Se cuentan historias de fortalezas impenetrables como Stonebridge, Brent, con torres negras tan altas que un niño encontró la muerte al caer y un bebé de ocho meses tuvo que arrastrarse dieciséis horas entre los cuerpos acribillados de su madre y tía y de su padrastro de sesenta y dos años. Broadwater Farm, en Haringey, donde estallaron unos altercados salvajes y un policía fue decapitado con un machete. O Brixton, donde la policía abatió a balazos a un fornido rasta que apuntaba a otro a la cabeza con un mechero en forma de pistola. Esas son las historias que se cuentan de Londres. Ser temido es ser respetado. La muerte no nos da miedo. Nos vengaremos. Es el código de la calle: sé un buen soldado y asciende cuanto puedas.

—Ya no vamos nunca a Carnival —dice Pilgrim.

No desde el año 2000, cuando murió aquel hombre. Un grupo de chicos le pisotearon la cabeza, le aplastaron con un bidón y lo mataron solo por una cadena. Lo cierto es que fue una tontería, pero así son las cosas.

—Cuando tú estás en el trullo, yo estoy en la calle; cuando tú estás en la calle, yo estoy en el trullo —dice Ribz con un suspiro.

—Nos echamos de menos. Así son los amigos.

—No en los años noventa, cuando todos estábamos en la calle —dice Pilgrim.

Se los podía ver, por ejemplo, cualquier noche de verano ya tarde, fumando debajo de algún árbol, en el parque. Y también estaban juntos cuando volvían del campo, o en cualquier sitio donde hubieran quedado. Cruzabas unas palabras, fingías que todo el mundo te caía bien. Seguro que de pequeño has jugado con todos en la calle, pero eso no significa que ahora te puedas fiar. Si surgiera algún problema, esos tíos se iban a largar.

—No se repetirá —dice Steps con voz grave, mirando a través del parabrisas como si deseara ver muerto a alguien.

«A no ser que nos maten a alguno —piensa Pilgrim— y todos tengamos que acudir al funeral». Si acabaran con uno de ellos, todos harían grandes planes para vengar su muerte, pero no se molestarían en llevarlos a cabo. Steps siempre finge que está dispuesto a dejarse llevar por la violencia hasta que surge la oportunidad; su hermano mayor es muy conocido en la zona. Pero, si

no es para un entierro, es imposible encontrarlos a todos en el mismo sitio. Pilgrim piensa en las palabras de su padre. Nota la pistola, que le molesta. La lleva en los riñones.

—¡Para! —grita Ribz aporreando el asiento de Steps, que reacciona como si fueran a chocarse. Ribz se cambia rápidamente a la otra ventanilla y se fija en un chico con el pelo de punta y cazadora de piloto que va por la calle con un par de flacuchas comadrejas a cada lado. Steps reduce a segunda y aminora la marcha para identificar al muchacho—. Es el cabrón que quemó el A3 de Elijah.

—Pues a Elijah le costó un huevo ese coche, y le metió mucho trabajo —comenta Pilgrim. Elijah y él son amigos desde el instante en que pusieron el pie en Inglaterra. Todo el mundo sabe que Elijah trabaja bien, que es un buen camello. Si te quedas en el barrio y traficas, puedes hacer, si tienes suerte, entre quinientas y mil libras al día. Elijah se levanta a las siete y media de la mañana, coge el tren hasta Colchester o Milton Keynes, hasta cualquier sitio donde haya un agujero con un buen puñado de adictos. Puede conseguir hasta cinco mil libras al día, a las que hay que restar las mil que tiene que desembolsar para comprar la mercancía del día siguiente. De manera que saca cuatro mil de beneficio, paga quinientas a la semana a uno de sus matones y trescientas cincuenta a un conductor cuando lo necesita. En el barrio vende el gramo a cinco libras, pero en el campo puede conseguir el doble. Además, en Londres la heroína es más pura, llega directamente por la M25, la autopista de circunvalación.

Pero en cuanto empiezas a prosperar, la gente se pone celosa. A ese tío le entró envidia por el A3, y un día le prendió fuego. El fuego llegó al depósito de gasolina y el coche explotó. Así que ahora Ribz tiene ganas de matar a alguien antes incluso de llegar a la discoteca de Old Street.

Aparcan y observan a los tres chicos, que bajan por Lower Clapton Road y pasan junto a unas bolsas de basura rotas, con desperdicios por el suelo, bajo la luz de neón de unos establecimientos de comida rápida. La bruma flota sobre los lagos. Más allá, contra el cielo, se divisan las cúpulas del Chimes Bar y del Palace Pavillion. Está claro adónde se dirigen.

Pilgrim no se puede creer que los planes para su cumpleaños hayan descarrilado tan rápidamente. En los últimos años las cosas se han complicado tanto que entrar en el Palace Pavillion es como atacar la *Estrella de la Muerte*. Seis ejecuciones de pandilleros en Lower y Upper Clapton Road en dos años. Es más probable que haya algún tiroteo allí, en la milla de la muerte, que en ningún otro lugar de Inglaterra. La policía pasa el rato en la esquina en su Vehículo de Intervención Armada sabiendo que no tardarán en llamarla. A sus tiradores no les hace falta quitar el seguro a sus Glock 17 automáticas ni a sus carabinas Heckler y Koch MP5 antes de entrar en el aparcamiento de la discoteca para impedir el último tiroteo. Tienen buena puntería, un noventa por ciento de acierto, que es más de lo que se puede decir de los Peques y de los Bebés, proyectos de pandillero de doce años que se hacen papilla los huesos del pie antes de acertarle a nadie. Y la situación empeora. La escalada de violencia es peor que en Beirut. Cruzando la calle, un hombre muere de un disparo en Too Sweet, la tienda de comida india para llevar. El asesino lleva una peluca a lo afro. Dos días después, dos motos se abalanzan sobre un tío que va en su BMW descapotable y le cortan el paso. Se bajan y disparan a través de las ventanillas. El conductor se retuerce, abre la puerta y cae redondo golpeándose la cara contra el pavimento de grava y cemento, donde muere. Una semana después, pegan una paliza de espanto a un peatón de cuarenta y seis años, y lo arrastran hasta el medio de la calzada, donde un autobús lo atropella como si fuera el cartón de un Big Mac. ¿Por qué? Pues porque pasaba por allí y tuvo mala suerte.

Lo mismo que Pilgrim, que en su casa no tuvo suerte y se vio obligado a imponer su voluntad. Los problemas te acaban encontrando. Te están esperando a la vuelta de la esquina.

Aparcan a las puertas del Pavilion. El Chimes Bar está al lado y lo frecuentan principalmente jamaicanos. El Palace Pavilion es para jóvenes aficionados a la música garaje, al rap y al hip hop. Pilgrim llama por teléfono a la chica que trabaja dentro y le dice que van a entrar. Se sientan y esperan al chico de la cazadora de piloto. Al cabo de un rato comprenden que no va a venir.

—Debe de habernos visto aparcar y se ha largado —deduce Ribz, abriendo la puerta. La goma de la puerta absorbe el aire con un chiflido.

—Sus amigos sí han venido —dice Pilgrim, que ha visto entrar a las comadreas. Se saltan la cola haciendo caso omiso de las protestas, y el portero, un gorila de noventa kilos que ha hecho músculo en la prisión de Wandsworth, de la que acaba de salir, y toma esteroides, empuja la barra de la pesada puerta metálica y les deja pasar. Entre una nube de sudor agrio, humedad mohosa y olor a hachís, aparece una chica estrábica con microfalda. Los acompaña a la zona VIP del piso de arriba, que es más tranquila. En la pista de baile, los chicos se restriegan y dan empujones al ritmo de «Fuck You», de Pharoahe Monch. Al ojo no habituado le podría parecer una riña masiva, pero no es más que la forma de bailar de los jóvenes. En cuanto se fijan en los tres recién llegados, saben que alguien la ha cagado. Todos empiezan a saludar a Pilgrim con asentimientos de cabeza, y están tan nerviosos que hacen tres o cuatro hasta que él los ve. Pilgrim escudriña a la masa rastreando las caras hasta que encuentra a las dos comadreas, que están al final de la barra, en la que apoyan los codos. Avisa a Ribz.

—Termina lo que estés haciendo y vamos.

Pilgrim los mira y a los dos chicos se les ponen los pelos de punta. A él le brillan los ojos al imaginar el A3 calcinado de Elijah. Nunca jodas el Audi recién comprado de un tío. Quiere que esos dos imbéciles sufran y nota cómo crece la furia en su interior. Los demás chicos miran como si Pilgrim y sus amigos estuvieran iluminados por un foco. Todo el mundo los conoce. Cuando están cerca, siempre ocurre algo malo.

—Dale su merecido —dice Pilgrim a Ribz, provocándole.

Ya han perdido su mejor arma: el elemento sorpresa. Ribz se apoya en los puños, alardeando de lo que piensa hacerles a esos cabrones, calentando motores. Aprieta la espalda contra el respaldo de piel para sentir la culata de la pistola. Ribz vende droga fuera de Londres. En realidad, solo lucha cuando se ve entre la espada y la pared. Pero eso le hace más peligroso, porque tratará de poner fin a la pelea cuanto antes, con navaja, con pistola o con gas.

Cuantas más cosas oye Pilgrim, más nervioso se pone. En el juego al que está jugando, no puedes dejar correr los minutos. En el club hay otros matones que podrían dejarlos en pelotas y barrerlos de allí con un puto cepillo en cualquier momento. No quiere arriesgarse a ir al servicio, aunque esté a punto de reventar. Podrían atraparlo allí, sin margen de maniobra ni vía de escape. Así que busca una columna y se apoya en la pared para que no le vean. Ya se siente mejor.

Frecuenta las discotecas desde los nueve años. Hace once que su padre lo sacó de Jamaica para vivir en aquel agujero. Lo llevó a la apretada casa de su segunda mujer, donde compartía habitación con el hijo de ella. La mujer y el chico se quedaron de piedra al ver a Pilgrim en el aeropuerto. «¿Cuándo se vuelve?», les oyó decir, y nada más. Nunca lo quisieron en su casa. «Me sacas de Jamaica, me separas de mi madre y me traes a este infierno», pensó. Todavía merodeaba por allí el padre de su hermanastro, y le compraba zapatillas nuevas, un ordenador, la Game Boy,

una bicicleta de montaña. El padre de Pilgrim lo perdía todo en las casas de apuestas y entregaba lo que le quedaba a su madrastra. Fue el último niño de Stoke Newington en tener la Game Boy.

En la casa abundan las peleas por el dinero. Pilgrim ya no soporta vivir en la habitación de su hermanastro. Dos adolescentes en una habitación atestada, igual a olla a presión. Pregunta si puede tener cuarto propio. La única posibilidad es un armario donde guardan un congelador. Se traslada. No tiene ventanas, no tiene de nada. Igual que Cenicienta. Pero es solo para él y está contento. Para bajar tiene que salir a la calle, así que puede irse y volver cuando quiera. Vivir en su habitación y, más tarde, traer chicas, meterlas y sacarlas furtivamente de la casa.

Es muy probable que sea de los que mejor pelean del colegio. En realidad, en la calle nadie se mete con él. Aunque vive en Stoke Newington, sale por Pembury y, ya con trece años, es el líder de una banda. Se dice que ahora son las bandas de London Fields y Tottenham, pero entonces eran las de Pembury las que dominaban el conjunto de Hackney: la gente importante y unas pocas personas de Clapton. Pembury, el barrio principal.

Pilgrim había avanzado mucho en la vida callejera cuando le aborda Wolf, un blanco de cuarenta años. Wolf llevaba en danza desde los ochenta. Pilgrim tenía quince y fama de abalanzarse sobre cualquiera para darle una paliza y robarle. Como un sicario. Su lista de víctimas era tan larga que los London Fields Boys querían su cabellera. Wolf le buscó porque sabía que le temían.

—Te estás labrando una gran reputación en el barrio —le dijo el día que se conocieron.

Pilgrim se fijó en el flácido cuello de pollo de Wolf, en los pelos blancos de su barbilla. Aquel viejo no le daba ningún miedo. Supuso que tampoco se lo daba a nadie y que por ese motivo le necesitaba a él. La reputación de Wolf debía de estar por los suelos.

—Pero te puedo prometer las llaves de la ciudad —prosiguió Wolf con astucia.

—¿Qué gano yo con el trato? —soltó Pilgrim—. ¿Qué tienes que me pueda gustar?

Wolf lo miró ceñudo, clavando en el chico sus pequeñas pupilas negras mientras desenvolvía el caramelo.

—La posibilidad de tener armas —dijo.

Gracias a sus antiguos y sólidos lazos con el crimen organizado, Wolf podría proporcionar a la banda de Pilgrim lo que le hacía falta para ser más poderosa. Así que formaron equipo por un tiempo. Wolf mandó a Pilgrim a recaudar dinero de promotores, de la comunidad turca y de los clubes de estriptis que estaban en nómina. Pilgrim ya no tenía que pagar para entrar en las discotecas. En los clubes de estriptis investigaba un poco, averiguaba qué noche acudían los promotores y se presentaba sin más. Los clientes se fijaban en las botellas de champán que adornaban su mesa y el respeto por él seguía aumentando. Algún famoso con ganas de probar esa vida, de catar el peligro por una noche, se acercaba a él. Llevaba chicas a casa todas las noches. A ellas les sorprendía que viviera en un armario sin ventana pero con congelador.

Nota que alguien le aprieta con fuerza el hombro y se vuelve.

—Hola, Pilgrim, ¿qué tal te va?

Es un chico malo del barrio con el pelo al rape y una gruesa cadena de oro. Se ha acercado a Pilgrim para que todos vean que le devuelve el saludo. Luego vuelve a la pista, donde baila con ademanes urgentes. Suena un enrabiado *ragga*. Pilgrim recorre el local con la vista. De las comadreas no hay ni rastro. Se asoma al otro lado de la columna y las ve al fondo. Están serias, con gesto de determinación. Da media vuelta y desaparece entre la masa. Se aleja rodeando la

pista de baile en dirección contraria y sube al reservado donde ha dejado a Ribz.

—Están cerca del DJ. Si vamos a hacer algo, hagámoslo ya —dice—. No hay tiempo para pensárselo.

Así trabaja Pilgrim. Haz lo que tengas que hacer y ya harás frente a las consecuencias. Los chicos están en posición, los miran directamente desde la pared opuesta como si supieran perfectamente cuál es la próxima jugada. No se arriesgarán a disparar. Hay demasiada gente. Tratarán de sacarlos a la calle. Se han convertido en presa. Ribz sigue hablando, pero Pilgrim no le presta atención. Con tanta charla, su ventaja se ha esfumado. El móvil vibra en su bolsillo.

—¿Dónde estás?

Es Lil Solja, uno de los jefes de los Tottenham Boys. Pilgrim ha olvidado que había quedado en que lo recogería, que celebrarían su cumpleaños en Tottenham.

—En el Palace Pavilion —dice.

Dada la prolongada disputa con Hackney, Pilgrim corre un riesgo teniendo aliados en los Tottenham Boys. Pero Lil Solja y él fueron compañeros de clase. Se llevan bien. Los Tottenham Boys tienen vetado acercarse al Palace Pavilion. Las hoscas fotos de su ficha policial adornan los corchos de todas las comisarías de Hackney; y, debajo, la leyenda: «Se busca... Atraco a mano armada». Flamantes jóvenes agentes especiales y patrulleros de barrio se fijan bien en ellas de camino al comedor. Chicos que hablan turco y amenazan colocándote el cuchillo en la garganta, y recaudan el diezmo en salas de billar y pisos de putas. Pero en Hackney son hombres muertos. El otro día un turco se quedó atascado en el tráfico y un peatón se acercó tranquilamente y le descerrajó seis tiros. Estaba encajonado detrás de un autobús en el cruce de Lower Clapton Road. Lo ejecutaron a plena luz del día, una tarde soleada, delante de un puñado de mujeres y niños.

—Te espero fuera. Llamo en cuanto llegue —dice Lil Solja.

Pilgrim cierra el móvil. Se levanta para marcharse de la discoteca. «A la mierda todo», piensa, y baja al primer piso tensándose con cada negro con quien se cruza. Tiene que salir sin que le vean. Al parecer, en todos los tiroteos de los últimos meses la víctima ha sido un tío que salía del Chimes Bar, que está justo al lado. Al otro extremo de la pista hay alguien a quien conoce. Posa con gafas de sol ante dos adolescentes excesivamente maquilladas. Por cómo se mueve, Pilgrim sabe que les está relatando su viril intervención en un tiroteo que jamás ha ocurrido. Alardea, quiere pasar por héroe. En cuanto le ve, el chico enmudece. Un Joven tiene que plegarse a la autoridad de un Viejo como Pilgrim. Vigilará las fronteras, participará en incursiones, cobrará deudas, esconderá armas y hasta irá a la cárcel, y todo con la vana esperanza de calzarse algún día los zapatos de Pilgrim.

Al cabo de diez minutos, el móvil vuelve a sonar. Es Lil Solja otra vez. Parece nervioso. Está en el coche a la puerta del Chimes Bar. Espera a Pilgrim, pero el lugar es arriesgado.

—Estás tardando mucho.

—Ya voy, ya voy.

—Sal por la parte de atrás —dice Lil Solja—, hay policía. Nos vemos en Ferry Lane, que allí es la fiesta.

Solja cuelga. Pilgrim se acerca al Joven de las gafas de sol.

—Préstamelas un momento, ¿vale? —le dice, quitándole las gafas y poniéndoselas él.

El Joven sabe por qué le hacen falta, porque tiene que salir de la discoteca sin que lo reconozcan. Saldrá por la puerta principal. No es tan arriesgado que le vea la policía como que le

peguen un tiro. En la entrada hay una mesita con unos folletos. Coge dos y se tapa media cara. Los de seguridad le abren la salida de incendios y él se pone la capucha de su Avirex y sale a la calle. Con las gafas de sol, los folletos y la capucha nadie podrá saber quién coño es. La pesada puerta de metal se cierra con estruendo a sus espaldas y la música se convierte en un sordo retumbo. Al instante se da cuenta de que algo no marcha bien. El aparcamiento está demasiado tranquilo. Mira instintivamente a su derecha.

Un chico muy joven hincado en una rodilla coge con sus manos enguantadas una pistola de cañón chato y le apunta directamente. Pilgrim oye el pestillo de la puerta. Está jodido.

Su único refugio es una fila de coches a cien metros. Para cuando saque su pistola y tenga tiempo de apuntar, le habrán metido cuatro tiros. Solo le queda una opción. Grita como un descosido, extiende los brazos y baja las escaleras a paso de carga contra su asesino. El chico vacila un segundo como si hiciera frente a un loco y baja la pistola unos centímetros. Le han cogido de improviso. Es solo un segundo, tiempo suficiente para que Pilgrim saque su arma. Apunta al pecho y aprieta el gatillo. No ocurre nada. La pistola se ha encasquillado. Pilgrim no espera, corre hacia la noche. Bombeando los brazos como pistones, esprinta calle abajo y hace eses irregulares, como un *quarterback* que ha visto en la tele. Oye los disparos: el chico está descargando todos los proyectiles. Delante, una bala azota las ramas de un árbol. Acorta hacia el lago. Cuanto antes se interne en la oscuridad, mejor. Por la cadencia de los disparos, sabe que el chico utiliza una semiautomática. «Este es el momento», se dice. Los pulmones le abrasan, la boca se le llena de un sabor metálico. Apenas puede levantar las rodillas. Es como vadear un río con el agua hasta la cintura. No hay forma de que pueda cubrir la distancia que le separa del lago y sobrevivir. Se arriesga a mirar detrás de él, a su asesino, pero lo único que ve es calor, que se eleva del suelo en ondas temblorosas. Ya ha oído seis disparos.

Otro estampido. Bam, bam. Salta, se revuelve. Algo le quema la mano. Parece cera ardiendo. Como si alguien se la hubiera aplastado con una plancha.

—¡Mierda!

Levanta la mano. La tiene hinchada y como cubierta de ceniza de cigarrillo. Se vuelve. Varios encapuchados salen de las sombras y se le echan encima. Muchos tiroteos terminan así, con un idiota con el arma encasquillada en la mano. Cuando lo encuentran, lo primero que piensa la policía es que en el fragor de la batalla no ha tenido el valor de devolver los disparos. Y luego comprueban que la pistola se le ha encasquillado. Muchos pandilleros no saben disparar, son incapaces de acertarle a un blanco móvil a cien metros. Por eso en tantos tiroteos los perseguidos reciben algún tiro en una pierna o las balas vuelan por encima de sus cabezas. Sabe, porque lo ha leído en *El arte de la guerra*, lo importantes que son la táctica y el armamento. Le palpitan las sienes, es consciente de que su única esperanza estriba en arreglar la pistola. Tiene que actuar deprisa. Es posible que esté fuera del alcance de los que le persiguen, pero les oye y sabe que acortan distancias rápidamente. Dentro de unos segundos estarán lo bastante cerca y no podrá fallar.

Pilgrim ha tenido tiempo de estudiar el funcionamiento de una pistola. En la suya ha puesto un calcetín, para no dejar huellas. Debajo del calcetín hay una Browning de nueve milímetros de autocarga, la reglamentaria en la Real Fuerza Aérea. La compró por cien libras sin marcas ni número de serie en la tienda del ejército de Bethnal Green. Él mismo la reactivó y perforó. Cortó el plástico, lo sacó y metió la cabeza de la bala. Fue a un almacén y compró un cañón nuevo y lo

volvió a colocar. Luego compró un cepillo para limpiarlo y un cargador, y ya estaba lista. Ya solo le quedaba comprar las balas, cartuchos 9 mm Parabellum. Todos los pandilleros se creen técnicos en balística, pero no saben una mierda. La mayoría de las pistolas que hay en la calle son de imitación, armas para principiantes, pistolas de aire comprimido modificadas para disparar cinco balas. Pilgrim se ha convertido en un experto. Sabe que cuando las usas cinco veces, el cañón se dilata, y cuando el cañón se dilata, luego, al volverse a enfriar, se contrae. Y entonces la pistola se encasquilla o, como suele decirse, el tiro te puede salir por la culata y te puedes reventar un dedo. Cuando alguien se hiere la mano, es porque ha rectificado el arma y el cañón se ha quemado. A veces poner demasiada pólvora te puede joder. O no haber colocado bien el percutor. Son muchas las cosas que pueden salir mal.

Pilgrim coge su Browning de nueve milímetros y busca el seguro. Las partes dentadas de una pistola son partes móviles. A veces, cuando una pistola se encasquilla, el tirador, presa del pánico, aprieta con un dedo la parte dentada y la fuerza, y quedan restos de ADN. Es el sueño de la policía científica. Pilgrim encuentra el seguro, tira de él hacia la derecha. La bala que se ha encasquillado cae al calcetín. Ha conocido a muchos chicos que han acabado en la trena por dejar los casquillos en el suelo. Algún agente de balística con vista de águila los recoge con unos alicates y los manda al superordenador del Servicio de Inteligencia Balística Nacional para que los analicen. Las marcas de las estrías son como una firma, como una huella dactilar. Pilgrim amartilla el arma de nuevo. Ya está lista para disparar. Oye a su izquierda las sordas y fuertes pisadas de su perseguidor. Se vuelve, estira el brazo y apunta al lugar de donde provienen. Ahí está. Aprieta el gatillo. La bala sale con una ruidosa detonación. Las pisadas cesan. Silencio. Y ve dos siluetas que se agachan y vuelven corriendo al callejón. Pensarían que no iba armado porque no había respondido a los disparos. Guiña un ojo y sigue la carrera de los que huyen. Dispara otra vez. Aceleran y se dispersan como cervatillos. Él se vuelve, mete la pistola en la cintura y se interna corriendo en las alargadas sombras.

Media hora después, Ribz aparca a dos manzanas. Pilgrim sale de un callejón y sube a la parte de atrás. La mano le duele atrocemente. La cubren con un paño húmedo y la vendan. No pueden llevarlo a un hospital con una herida de bala. Ni tampoco si se hubiera herido en la pierna. Es mejor no arriesgarse a que te internen, o a que llamen a la policía. Te las tienes que apañar.

Sus amigos no reparan tanto en su dolor y están más interesados en el relato de lo ocurrido, en la crónica desde primera línea del frente. Es el rito para el que viven. Todo se basa en la reputación y Pilgrim ha recibido un balazo. Todos quieren que los teman, porque ser temido es ser apreciado. En las cárceles, en los tribunales de menores, en las esquinas, abundan las historias, las fanfarronadas de cuando los chicos se hacen hombres.

A Pilgrim le tiembla la mano al coger la botella helada de Red Stripe que le ofrece Ribz. Echa dos largos tragos, se limpia la boca con el dorso de la mano y empieza a contar. Cómo sale de la discoteca con las gafas de sol puestas. Cómo ve al tirador agachado. Cómo cruza el aparcamiento a la carrera. Arreglar la pistola encasquillada. Extiende los dedos y procura que no le tiemble la mano. La tiene color púrpura, hinchada como si se hubiera infectado.

—Volví la cabeza, pero no vi a nadie —cuenta. Está aturdido—. Solo el calor, en oleadas.

—Tú no veías el calor —dice Ribz de forma misteriosa. Los demás lo miran ceñudos. Si él ni siquiera estaba allí—. Eran los *duppies*, que salían de tu cuerpo.

Pero Pilgrim no hace magia negra, no fuma *crack* y normalmente no bebe, sobre todo, no

cree que lo puedan perseguir espíritus del mal sacados directamente de la serie *Doctor Who*.

—No soporto ese rollo del vudú —afirma.

—Los *duppies* no aparecen nunca cuando estás vivo —farfulla Ribz—, pero cuando estás a punto de palmarla llega el *duppy* para reclamar tu negro culo. Ese es el calor que viste. Estuviste así de cerca —dice, acercando el índice al pulgar justo delante de las narices de Pilgrim.

Pilgrim está enfadado. Ribz quiere meter baza, pero la historia de la tarde es la historia de un tiroteo, de un duelo singular.

—Ese rollo es para mujeres. Para mujeres que se lavan con líquidos raros para hacer magia negra —dice—. Son tonterías. ¿Sabes lo que no es una tontería? Ese tío disparando su pipa.

—Deja que nos cuente —interviene Steps con seriedad.

Finalmente todos callan. Pilgrim concita la atención que quería.

—Todos los tíos de Hackney —Steps vuelve a hablar— dicen que han disparado —suspira—. Pero solo lo han hecho con sus amigos, rodeados de quince o treinta personas. Eso no es disparar. Uno contra otro y los dos tíos con pistola. Matar o que te maten. Eso es respeto, tío.

Aparcan y Pilgrim se baja. La mano le duele como si le hubiera pasado por encima un camión. Siente mareos y está cansado como un perro. Cuando llega, las palabras «Eso es respeto, tío» resuenan en su desangelada habitación. Desde el coche, Ribz se despide esgrimiendo el puño, el saludo del Black Power. La lluvia rebota en el capó de su coche, que se aleja. Pilgrim no ha dicho a sus amigos que cuando disparó a sus perseguidores no quería matarlos. Solo asustarlos y que lo dejaran en paz. Al otro lado del tabique oye una estridente alarma de incendios. Al poco se da cuenta de que son los persistentes lloros de un bebé que se ha despertado con hambre. La voz de su madre lo acaricia y lo calma, hasta que el llanto cesa. La madre de Pilgrim lleva tres años muerta. Un metro sesenta de nada salvo de la mujer más valiente que ha conocido. Hablaba mucho con ella por teléfono. Luego, nada más volver de Jamaica tras visitarla, su padre y su madrastra cambiaron el número de casa. Y no se lo dijeron a la madre de Pilgrim. En Jamaica, además, ella no tenía dirección. Vivía «en algún lugar de la calle». Andaba hasta una cabina telefónica para llamar a su hijo y no conseguía comunicar. Le escribió algunas cartas, pero el padre de Pilgrim las interceptó. Siguió escribiendo hasta que, finalmente, se cansó. Pilgrim seguía en Inglaterra viviendo su vida y pensando que había muerto. «Cuando te vea, te veré». Tuvo que vivir desde los ocho años con ese tipo de pensamientos en la cabeza. Perdió el contacto.

Más tarde, a los dieciséis, recibió una llamada de su tía. «Tu madre se está muriendo», le dijo. Padecía un cáncer de útero. «Utilizaron láser, pero más bien hicieron pruebas con ella. El láser la quemó por dentro. Acabaron con el cáncer, pero no pudo soportar el tratamiento y no podía comer».

Quita el calcetín de su Browning de nueve milímetros y sopesa el arma en la palma abierta de su mano. Si le hubieran matado, en qué página del periódico habría aparecido, se pregunta. Un tiroteo entre negros ha dejado de ser noticia. Tan solo otra raya de tiza que los de Trident, la unidad de investigación de los crímenes por tráfico de drogas, tiene que investigar. Si muriese, vería a su madre. Por eso no le preocupa que otro asesino vaya en su busca. Puede acabar con él y con sus amigos. Por dentro, ya se siente muerto.

Han pasado dos días y la mano todavía le duele. Sobre él pesa ya una acusación de intento de

homicidio y apenas puede sostener el arma y apuntar. Tiene una reputación que conservar y necesita dinero. Consulta la agenda telefónica de su móvil y llama a su primo, un camello de la vieja escuela, y mientras se le va curando la mano sale y da vueltas con él. El barrio sufre una superpoblación de camellos, así que amplía su mercado al West End, aunque esté controlado por los Yardies. Compra un taxi negro de segunda mano, un Fairway TX1, un vehículo funerario de dos puertas. Coge a un yonqui, le engomina el pelo y le pone unas gafas no graduadas para que su rostro marcado por la viruela parezca el de un verdadero taxista. Paga al yonqui con papelinas. Los Yardies están a cien metros de distancia, fumando. Son tipos duros, musculosos, recién llegados de Trench Town, Jamaica, con flamantes Nike y una Glock en la cintura. Pilgrim y su primo aparcan en el West End justo antes de las ocho, hacen sus entregas y se marchan puntuales como un reloj. Dejan plantados a los Yardies, que se disponen a pasar su enésima noche en blanco. Pilgrim continúa con sus negocios. Oye que Steps ha sido arrestado. Sigue con el taxi hasta que las cicatrices de la mano se tornan púrpura y se cierran.

Una noche que se encuentran descansando en el asiento de atrás del taxi, suena el teléfono de Pilgrim. Es Drek, un viejo amigo.

—Me ha surgido un robo fácil —dice Drek—. Vente. Hazlo con nosotros.

Pilgrim frunce el ceño, se cambia el teléfono de oreja. La última noticia que tenía de Drek era que estaba en la universidad estudiando segundo de aerodinámica. Ahora se le ha metido en la cabeza que es un traficante de relumbrón y se niega a volver a la uni. «Vale —piensa Pilgrim— que te vaya bien».

—Ahora mismo tengo algo entre manos —contesta, sin querer comprometerse.

Ribz ha desaparecido del mapa. Están deteniendo a toda la gente importante. «Más pronto o más tarde, me van a meter en el trullo», piensa. Muy a su pesar, la llamada de Drek le salva la vida.

—Ven a verme mañana —le dice.

—Kentish Town, ¿no?

Al día siguiente, Drek llega a casa de Pilgrim acompañado de un amigo. El amigo lleva una sudadera gris dada de sí. Parece un estudiante. No asustaría a una vieja con un paraguas. Pilgrim lo mira ceñudo y habla con Drek aparte.

—No traigas gente a mi casa, tío.

Drek no sabe qué decir. Le parece que Pilgrim tiene delirios de grandeza, como si imaginara que está en la lista de delincuentes más buscados del FBI.

—¿Quién te crees que eres, el Fugitivo? —le suelta.

—No conozco a tu amigo —dice señalando al extraño, que le devuelve una mirada nerviosa—. Tú y yo podríamos romper mañana y este idiota sabe dónde vivo.

—Es mi amigo Jimmy, eso es todo —replica Drek encogiéndose de hombros.

El robo parece sencillo. Un camión cargado con ropa de diseño. Lo detienen a punta de pistola y meten la mercancía en otro vehículo. Ya está. A Pilgrim le parece muy fácil. La única incógnita es la capacidad de esa gente, de Drek y de Jimmy. No son tíos de verdad. Tendrá que estar pendiente de ellos a cada palmo. Pero una cosa es segura: este será su último robo. Está harto de tonterías.

A los pocos días, Drek y su amigo recogen a Pilgrim y conducen hasta Kingston, donde han quedado con otro tío, Obi. A Pilgrim le cae mal nada más verlo. Sonríe demasiado. Se ríe, cuenta

chistes. Es todavía peor que Jimmy.

—¿A qué vienen tantas risas, Obi? —le espeta con brusquedad.

Obi lo mira asustado.

—Y qué pasa por reírse o por contar un chiste —contesta encogiéndose de hombros. Es como un niño de colegio, ansioso por haber acertado la respuesta, que se ríe porque está muerto de miedo. Y Pilgrim, el ladrón armado que no ha sonreído ni una sola vez, es lo que más miedo le da.

—Vamos a cometer un robo —dice Pilgrim con el orgullo del profesional—. Es algo muy serio. Acabamos de conocernos y ya estás con tus risitas. Mientras estés conmigo, no quiero bromas.

El atraco está tan avanzado que ya no puede volverse atrás. Su única esperanza estriba en transmitir un poco de sentido común a esos idiotas. Si pudiera contar con alguien como Marlon... Marlon es dos años mayor que él y lo acogió bajo su tutela. Ha infringido la ley muchas veces y ha estado en la cárcel y robado bancos desde los ocho años. Empezó con tirones. Era divertido. Dinero fácil. Adrenalina. Algunas mujeres le perseguían. Otras no.

A veces te tocaba el premio gordo: cincuenta libras y un móvil. Vendías las tarjetas de crédito a los africanos y sacabas para toda la semana. Estafadores nigerianos, los *uncles* (los tíos). Mejor todavía era cuando en el bolso había un talonario. No hacían preguntas. Se concentraban en su estafa y a otra cosa. Evidentemente, por una tarjeta de crédito pagaban más de cien libras. Cuando eres niño, no haces preguntas. Coges las cien libras y te compras lo que te parece.

Es muy claro:

—Quitadles el móvil a los conductores.

Asienten.

—Poneos una media en la cabeza.

Asienten.

—Nos hace falta una furgoneta para meter la mercancía.

Asienten. Y se disuelve la reunión.

Llegado el día, Pilgrim espera en una esquina. Es por la tarde y a su lado pasan embalados niños recién salidos del colegio. Uno lleva una máscara de calavera. Sus camisas están impolutas, se carcajean echando la cabeza hacia atrás. A pocos metros, un autobús escolar abre las puertas con un ruidoso siseo y los niños suben dándose empujones. Pilgrim podría subir también y no volver a mirar nunca atrás. Al cabo de unos minutos se habría perdido en las calles. Alguien toca el claxon. Se vuelve. Jimmy está al volante de un Mitsubishi Colt, un coche pequeño con un maletero con capacidad para un puñado de bolsitas de té. Y con eso pretenden robar un camión entero. Pilgrim sube al coche y cierra de un portazo.

—Os dije que trajerais una furgoneta —dice, con mirada iracunda.

—Ahora vamos a buscarla —responde Jimmy.

Pilgrim se queda mirando el autobús, que ha puesto el intermitente y se introduce pesadamente en el tráfico de la ciudad.

—¿Cómo vamos a vaciar un camión en esta mierda de coche?

—La furgoneta está aparcada cerca de la uni.

«Putos estudiantes —piensa Pilgrim—, se creen que estamos de mudanza». Van a tardar demasiado. Un hosco silencio se instala en el coche mientras se dirigen a su cita. Doblan una esquina y entran en un polígono industrial desierto. El camión está aparcado un poco más adelante.

—En cuanto saque la pistola, poneos las medias y salid —les indica, y se vuelve para comprobar que Drek y Obi le están escuchando. Le miran con los ojos como platos, como niños. A medida que se acercan, la masa del camión se eleva sobre ellos como un iceberg. Pilgrim sale disparado del coche en dirección a la puerta del conductor. Este, un hombre de cara curtida, baja, tira un cigarro a medio fumar y se queda mirando a Pilgrim.

—¿Qué quieres? ¿Unos vaqueros? —pregunta. Tiene la impresión de que puede ganar un dinero extra antes de entregar la mercancía—. ¿Qué talla usas?

—Treinta y seis de cintura —contesta Pilgrim.

El conductor se dirige a la parte de atrás y levanta la lona mascullando algo sobre las etiquetas. Pilgrim le pone la pistola en la nuca.

—¿Sabe qué? Me lo voy a llevar todo —dice—. Dígale a su compañero que baje.

Saca al segundo conductor del camión a punta de pistola. Hace una indicación a Obi y a Drek para que empiecen a descargar. Apunta a los conductores mientras los demás apretujan la mercancía en el diminuto maletero del Mitsubishi. Rodea el coche sin dejar de apuntar, abre la puerta del acompañante del conductor y sube. Jimmy acelera y se marchan con el motor a las máximas revoluciones. Salen disparados de la zona comercial, el coche petardea al pasar junto a una fila de vehículos aparcados todavía en primera marcha. Están eufóricos.

—Tirad sus móviles —dice Pilgrim a voces, bajando rápidamente la ventanilla. No ocurre nada. En el asiento de atrás reina el silencio. Se vuelve rápidamente, da un palmotazo a Obi en la cara. Drek y Obi tienen la cabeza gacha, incapaces de mirar a Pilgrim a los ojos. Llevan la cara cubierta con unas medias tan finas que sus rasgos son claramente reconocibles. Lo mismo les daría haberse tapado con una telaraña.

—Pero ¿qué coño os habéis puesto? —les grita Pilgrim mientras el coche da bandazos—. ¿No podíais haber buscado unas medias más gruesas? Hasta mi abuela os señalaría en una ronda de reconocimiento sin las gafas puestas. —Extiende la mano para que le den los móviles. Obi arruga la cara y mira por la ventanilla—. No me digáis que os habéis olvidado —dice Pilgrim sin poder creérselo. Se dobla hacia delante escondiendo el rostro entre las manos. Luego se frota la cabeza con ansia, dominado por un espasmo de rabia. Es como si el pelo se le hubiera llenado de moscas—. Seguro que ya han llamado a la policía —dice, y da un golpazo en el salpicadero.

Regresan a la uni para buscar la furgoneta. Pilgrim consulta el reloj. No puede pasar en ningún sitio más de cinco minutos, si no, acabarán en el trullo. Es su norma. Su reloj dice seis minutos y contando. Los demás están demasiado asustados para decir nada. Aparcan. Pilgrim observa el campus. Está lleno de estudiantes con archivadores, zapatillas de marca y mochilas. Son todos muchachitos blancos con ropa de colores pastel comprada en Gap, mascan chicle y van escuchando sus iPods.

—¿Dónde está la furgoneta, Jimmy? —pregunta Pilgrim.

—Voy a llamar por teléfono —contesta Jimmy, nervioso.

Al conductor de la furgoneta nadie le ha dicho que va a tomar parte en un robo. Cuando llega, han pasado muchos más minutos. Los estudiantes dejan de mascar sus chicles, ponen en pausa sus iPods. Oscurece ya, pero hay luz suficiente para ver a tres chicos negros sacando a toda prisa ropa de diseño de un Mitsubishi Colt para meterla en una furgoneta. Antes incluso de haber terminado, Pilgrim se para un momento y oye el ruido que estaba temiendo. A una manzana de distancia, aúlla una sirena. Se dirigen una última mirada de reproche —todos echan la culpa al otro— y salen

corriendo en distintas direcciones. Pilgrim baja la calzada a toda velocidad. El aire se ha llenado de sirenas. Los conductores del camión deben de haber llamado por el móvil segundos después del robo. Pilgrim tiene a la vista un callejón sin salida y no sabe por dónde tirar. Se para y mira a su alrededor. Detrás de él ve las luces palpitantes de los coches patrulla, cuyo resplandor ilumina las fachadas. La calle está delimitada por cercas de madera rematadas con alambre de espino que protegen los jardines delanteros. No quiere ir a la cárcel. Así no. No por culpa de un hatajo de aficionados en una chapuza de robo.

En una fracción de segundo toma la decisión de ir hacia la derecha. Esprinta en paralelo a una cerca, salta sobre un cubo verde de basura del ayuntamiento y trata de pasar al otro lado. Como no ha cogido bastante impulso para superar la cerca, tiene que apoyarse en uno de los postes. El alambre de espino se le clava en la mano. Pero el salto no se detiene, su cuerpo gira, los pies primero, retorciéndose en el aire. Oye cómo se astilla el poste de la cerca y cae pesadamente al otro lado, haciéndose un corte en la espinilla. Se pone en pie y echa otra vez a correr. Sobre su cabeza oye el potente zumbido de las aspas de un helicóptero de la policía. Con su foco de blanco resplandor rastrean el terreno. Detrás de él, ladran los perros, que tiran con fuerza de la correa de sus adiestradores. No hay nada que los jamaicanos teman más que a los perros, recuerda Pilgrim que le ha contado su padre. Probablemente sean pastores alemanes, entrenados para morderte la mano que coge la pistola. No quiere ir a la cárcel. Así no. El círculo de luz blanca retrocede y lo descubre. El descampado está mejor iluminado que un campo de fútbol. Cada bolsa de basura, cada raya de grafiti brilla y lo encierra. Sobre su cabeza, ruge el rotor del helicóptero. En las casas que le rodean se encienden las luces y se abren las ventanas. El barrio entero se ha desperezado. ¿Cuánto tiempo podrá seguir corriendo? ¿Ha conseguido alguien burlar a un helicóptero de la policía? Es imposible. Tiene pocos segundos para idear una salida, para sacarse un as de la manga. A cincuenta metros, en la calzada, ve una fila de tapas de alcantarilla. Corre hacia ellas y se hincó sobre una rodilla. Saca del bolsillo la llave de su casa, una llave grande, antigua, y hace palanca para levantar la tapa. Sus manos son fuertes y lo consigue. Se sumerge previamente en la oscuridad del agujero, tanteando con los pies hasta encontrar los escalones de metal.

Al llegar al pie de la escalera, se lanza por el túnel. Estira el brazo y lo alza, rozando con la punta de los dedos el áspero cemento. Corre ciegamente, a oscuras, oyendo el eco de sus pisadas en el agua. Cada veinte metros se detiene, se agacha, jadea y procura captar la dirección del aire. Luego continúa corriendo. No podría calcular cuánto tiempo pasa bajo tierra, cuánta distancia recorre en el oscuro hedor. El furor, la rabia lo impulsan.

Finalmente, le duele el abdomen del esfuerzo, sus dedos encuentran un agujero en el techo. Tantea hasta encontrar una escala metálica en la pared de ladrillos. Al llegar arriba, se para a escuchar. No oye tráfico. No quiere aparecer en una calle frecuentada, iluminada. Haciendo un último esfuerzo, levanta la tapa de alcantarilla y sale.

Al cabo de una hora de escabullirse por callejones desiertos, se tropieza con una cabina telefónica. Está en Tottenham. Hace poco ha pasado un par de noches con una chica. La chica sabe quién es y qué hace. Se presenta en su casa y le da una sorpresa. Pilgrim llama al telefonillo y la chica le deja pasar. Le dice que tiene que quedarse unos días. A la policía no se le ocurrirá buscar a un chico de Hackney en territorio enemigo.

De madrugada, los agentes rodean su casa de Kentish Town y esperan su llegada. Su subsidio

de vivienda está domiciliado en esa dirección. Al día siguiente, Pilgrim se entera de que los demás han sido arrestados. Los testigos solo hablan de tres personas. Pilgrim deja de utilizar su tarjeta de débito y la chica le hace la compra. No deja ninguna pista documentada. A los tres días del robo, llama a su padre.

—La policía viene todos los días preguntando por ti.

Pilgrim advierte la preocupación en la voz de su padre. No se le había ocurrido pensar qué sentiría al oírle.

—¿Has matado a alguien?

Pilgrim exhala un largo suspiro y suelta el aire por la nariz.

—No.

—Entonces ¿qué has hecho?

Pilgrim echa la cabeza hacia atrás y se frota los ojos, tiene sueño. ¿Cuánto tiempo puede seguir viviendo así? Recuerda el rostro de su padre, su silueta en la puerta. Estaba tan viejo... Piensa en lo difícil que debe de resultarle aceptar la vida que lleva su hijo.

—Voy a presentarme ante la policía —le dice—. Voy a ir a la cárcel y a cumplir la sentencia.

Esa misma tarde se acerca a una comisaría y se entrega. Unos agentes le leen sus derechos. Se sienta en un cuarto vacío con una lámpara fluorescente, una taza de café y una grabadora. Un policía calvo con un forro polar negro Polartec y vaqueros se sienta frente a él.

—Los otros tres, Obi, Drek y Jimmy, han aducido coacción —dice el policía—. Ante el tribunal dirán que les hiciste todo tipo de cosas para obligarles a cometer el robo.

Pilgrim tuerce el gesto y sonrío, negando con la cabeza. No esperaba otra cosa.

—Hablemos de Elijah —dice el policía. Quieren que Pilgrim entregue a Elijah, el chico al que le quemaron el Audi A3. Por él fueron al Palace Pavilion a matar a aquel chico. Buscan a Elijah por intento de homicidio.

—No pienso decir nada —dice al policía—. Voy a ir a la cárcel y a cumplir la sentencia.

Pilgrim se presenta ante el tribunal, donde le juzgan como adulto y le sentencian a seis años por atraco a mano armada. Primero lo recluyen en el Centro para Jóvenes Delincuentes de Portland. En los acantilados de la isla de Portland, Dorset, Pilgrim está rodeado de adolescentes. Oye rumores sobre la violencia, el acoso, la intimidación, la brutalidad de los guardias. Cuando se cierra la puerta, piensa en cómo va a pasar el día de su vigésimo primer cumpleaños en un sitio como ese.

Capítulo 6

La cárcel

Es la primera noche de Pilgrim en el penal de Aylesbury. Lo han trasladado desde Portland por causar problemas. Cuando se acuesta en el catre, ve un ventanuco que da a un patio tapiado. Por él llega la voz de un recluso que incita a otro a quitarse la vida. Sus pullas, sus insultos, mantienen despierto a Pilgrim. Siguen hora tras hora, interminables. Un rato de silencio, y el sádico vuelve al ataque. En la celda contigua, su vecino calla, como si el sádico hubiera logrado su objetivo. Por la mañana, cuando abren las puertas, el sádico se asoma rápidamente, quiere contemplar su obra. Espera encontrar a su víctima ahorcada con un cinturón. Pero el vecino le aguarda en pie, acunando una taza con ambas manos. Su expresión es tranquila, insolente. De pronto da un paso y arroja el contenido de la taza al rostro del sádico. Una mezcla de agua hirviendo y azúcar. El azúcar se adhiere a la piel y agrava las quemaduras. Es una agresión típica en las cárceles. El sádico grita y se retuerce, se lleva instintivamente los dedos a los ojos. Pilgrim observa el duelo. Ha de mantener sus propios ojos bien abiertos. Aprende la lección fundamental de la cárcel: o plantas cara o estás acabado.

El penal de Aylesbury está repleto de reclusos violentos de entre diecisiete y veinte años que pasan encerrados todo el día. El aburrimiento y la presión acaban con ellos. Al principio, Pilgrim cuenta los días, pero parece que la condena no va a terminar nunca, así que deja de contar y se encierra en sí mismo. No solicita ninguna visita. Ver a la familia le molesta. No llama a casa. El tiempo nunca pasa tan deprisa como cuando trabaja en la cocina, lavando los platos desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche, cuando vuelve a su bloque. Algunos reclusos se unen a Prislam. Lo hacen buscando amistad y protección. Prislam es una banda muy numerosa y recibe comida especial. Algunos de sus miembros han perdido la cabeza y aseguran que van a matar a todos los camellos. Cuando lo hagan, utilizarán el dinero que les encuentren para construir retretes en la mezquita, porque así se benefician todos. Pilgrim empieza a estudiar religión islámica para que lo dejen en paz.

Cuando cumple veintiún años, lo trasladan a un centro penitenciario para adultos, Swinfen Hall, Staffordshire. Afronta con temor el traslado lejos de Londres, al campo. Hasta el momento, su reputación en la calle le ha valido el respeto de los reclusos adolescentes. Alejado de Londres, la reputación no le servirá de nada. Ahora sus únicos aliados son el puñado de presos que van con él en la furgoneta.

—Escuchadme —dice, inclinándose hacia delante—. Seis de nosotros somos de Londres. Si pasa algo, nos mantendremos unidos.

En efecto, al ingresar en la nueva prisión encuentra a jóvenes de entre veintiuno y veinticinco años que cumplen condenas que van desde cuatro años hasta la perpetua, pero no hay caras familiares. Mientras avanza por el pasillo, es objeto de miradas muy feas. Es un novato, no conoce a nadie en el bloque B y está peligrosamente aislado. La violencia puede prender en el instante en

que alguien se coloque delante de ti en la cola del comedor. No le plantes cara y al día siguiente todos harán lo mismo. Sopesa la situación y comprende que necesita un plan de supervivencia cuanto antes.

Primero reúne alguna información. Estudia la prisión. Nueve pabellones en total. Observa a un recluso jamaicano de cierta edad que habla con todo el mundo, espera su oportunidad y le aborda.

—¿A qué banda perteneces? —le pregunta el viejo.

—Love of Money.

—Suenas a una panda de maricas de Londres —contesta el jamaicano con hosquedad—. Aquí, si no eres de la segunda ciudad, no eres nadie.

—¿De Manchester?

—No, de Gunchester no, a la mierda con Gunchester[9]. De Birmingham. Gestiona todo el negocio de la droga de las West Midlands, tiene las mejores discotecas del país. Aquí, si no estás con los Johnson Crew o con los Burger Bar Boys, más te vale estar muerto.

—No he oído hablar de ellas. Nunca he prestado atención a la gente del campo.

Cuando se mueve entre ellos, puede sentir el peso de la amenaza. Necesita establecer alianzas, aunque no sea más que con uno o dos reclusos. A los solitarios les pegan o les explotan. Está vigilante, busca contactos. Así que a partir de las ocho de la mañana, cuando los presos tienen la opción voluntaria de salir a practicar ejercicio, y luego desde las nueve, hora en que comienzan las actividades, averigua todo lo que puede.

—Los Johnson Crew y los Burger Bar Boys están peleados desde hace como diez años. Los BB eran Johnson, pero luego se separaron. Johnson domina las puertas de las discotecas y vende drogas dentro. Su territorio es Aston, Erdington y Lozells.

—¿Y los otros?

—Desde el año 2000 ha sido el caos. El día de Año Nuevo, los Burger Boys mataron a dos chicas y los periódicos se pusieron de los nervios. Así que la policía encerró a toda la gente importante.

—Gracias, cariño.

Pilgrim se pasa el día en busca de acentos londinenses. A partir de las seis de la tarde, se permite a los presos socializar. Se dan una ducha, van a la biblioteca, llaman por teléfono o se mezclan libremente con otros reclusos de su mismo bloque. Es entonces cuando toma la iniciativa. Se acerca a un recluso y le pregunta en voz baja:

—¿Eres de Londres?

El otro lo mira con suspicacia. La cárcel está dominada por las brutales bandas de Birmingham, así que no le gusta admitirlo.

—Yo soy del este —dice Pilgrim—, de Hackney.

—Yo del sur —le confiesa el otro sin levantar la voz y mirando a ambos lados—. Pero no se lo digas a nadie, hermano.

—¿Hay alguien más?

—Claro. Del sur. Pero no quieren decirlo, tienen miedo. Los *brummies* son muchos más. Aquí todos los gusanos hablan igual que Ozzy Osbourne.

A las ocho de la tarde tienen que volver a sus celdas. Pilgrim necesita un plan para pasar el rato. Decide mudar a todos los reclusos de Londres al bloque B, donde está él. A la hora del paseo, les dice que causen alboroto para que los trasladen. Así que empiezan las peleas. La

primera en la mesa de billar. Aparece alguien salido de ninguna parte con dos bolas metidas en un calcetín. Uno a uno, todos los londinenses van siendo trasladados al bloque de Pilgrim. Cuando los funcionarios se dan cuenta de lo que está ocurriendo, es demasiado tarde.

De camino a la biblioteca, un chico le coge por el brazo.

—Tengo un mensaje de fuera —le dice al oído sin mirarle—. De uno de tus soldados.

Pilgrim asiente. Se alegra de que sus hombres no le hayan olvidado. Ha cuidado de ellos desde que iban al colegio, les ha convertido en guerreros.

—Kid te quiere ver muerto —le dice el mensajero—. Dice que va a acabar contigo a la primera oportunidad.

—¿Y ahora esos maricas me vienen con amenazas? —replica con desdén—. Cuando era su vecino, no se atrevían. Los Jóvenes no saben cuál es su sitio.

Conocía a algunos chicos de piel clara a quienes nunca dejaría a solas con su hermana. En Jamaica, los morenos consiguen mejores empleos, así que hay personas que se aclaran la piel con lejía. En su banda, los morenos perseguían a las mujeres, pero eran débiles. No tenían sentimientos. Atacaban a las chicas. Salían corriendo si aparecía una navaja.

—Ahora estás dentro, y el patio está lleno de pandilleros de verdad —dice el mensajero—. Es de ellos de quienes tienes que preocuparte. Les rozas un poco y te la tienen jurada.

—Mírame, hermano —le dice Pilgrim sonriendo y con una nota de amenaza en la voz—. ¿Te parece que estoy asustado? Quiero saber cuántos tíos del sur de Londres hay aquí —le ordena, y se marcha.

Decide que necesita un arma. De vuelta en su celda, pisotea su maquinilla de afeitarse Bic para quitarle las cuchillas. Luego coge el cepillo de dientes y quema el extremo con un mechero para poder pegar las dos cuchillas. Lo mejor es acercarte a tu objetivo por detrás y rajarle la cara a partir de la boca.

Poco a poco, Pilgrim reúne a todos los chicos del sur de Londres y forma su propia cuadrilla. Se le ocurre que tal vez podría trabajar con algunos de los mayores cuando salga. Pero el grupo de Birmingham domina el penal. Y los guardias han comprendido lo que Pilgrim está tramando. Son las cinco de la mañana y le despiertan las llaves que rascan la cerradura. La puerta de la celda se abre de un empujón y entran varios hombres. Rodean la cama. Los mira a la cara. Son todos guardias.

—Prepárate, que te vas —le espeta uno—. Te trasladan.

Así son las cosas. Se lo llevan a otro centro penitenciario. Llega, forma otra banda. Empiezan las trifulcas y los problemas hasta que trasladan a sus hombres. Roban a quienes trafican con drogas, birlan teléfonos móviles. No puede parar quieto, así que intenta hacerse con el control de la cárcel. Llegan los guardias y lo vuelven a trasladar. Una y otra vez.

Pero todos esos meses en la cárcel le hacen reflexionar. Tantas horas mirando al techo, que está a pocos centímetros del catre, oyendo cagar a su compañero de celda. Luego puede salir unos minutos a pasear por el patio. Todo ese tiempo se pregunta qué ha sucedido para que acabe pasando el primer lustro de su década de los veinte en ese maldito agujero.

—A la policía, que la jodan. Son todos unos racistas —dice su compañero de celda. Y cuenta una teoría popular entre los presos—. Los chicos de hoy no saben nada de Jamaica. Esclavos que hacían todo el trabajo duro cultivando el azúcar para que los ricos tomaran el té. Y ahora siguen haciendo los trabajos más duros, los que nadie valora. La policía solo busca y registra a los

negros. Ponte unos pantalones caídos o un chándal Nike, y te meterán en la base de datos de los pandilleros. Te criminalizan por ser joven, tío. Si vuelve a haber revueltas como en Liverpool, yo seré el primero que le tire un bidón de gasolina a la policía.

—Tonterías —contesta Pilgrim—. Todo el mundo con el rollo de la raza... En cuanto superas las expectativas, dejan de soltártelo.

—¿Sí? ¿Y cómo es que hay tantos negros en el trullo?

—Porque son estúpidos. Solo uno de cada diez acaba en la cárcel. Le preguntas a cualquiera por qué están aquí y la mayoría de las veces es porque han cometido un error. «Oh, ese tío dio el soplo». Muy bien, pero ¿por qué te mezclas tú con ese tío? Elige amigos capaces de tener la boca cerrada. Yo estoy aquí porque organicé un robo con una panda de idiotas.

Pilgrim mantiene los ojos abiertos, aprendiendo siempre. En la prisión hay distintos tipos de gente.

Hay brutos que se comportan como personajes de un vídeo de rap y se aseguran de que todo el mundo sepa que blanquean dinero y venden droga. Andan balanceando el cuerpo, ladeados, como si tuvieran una pierna rota. Pero si eres un gánster de verdad, actúas con discreción. Hay chicos de gimnasio que se pasan todo el rato trabajando los músculos. Consumen esteroides y siempre andan enfadados. Pilgrim observa también que los que cumplen una sentencia larga o han sido condenados a cadena perpetua están más tranquilos, caminan más despacio. En prisiones preventivas como Pentonville y Brixton, están más alterados porque entran y salen presos constantemente. En Feltham todos los jóvenes están alborotados. Es su seña de identidad, su distintivo de honor. Algunos tenían miedo, pero no podían mostrarlo. High Down está muy cerca de Downview, la cárcel de mujeres, con la que comparte aparcamiento. Puedes hablar con las chicas por la ventana, pero todo el mundo te oye.

Hay tíos autodidactas. Estudian la historia de la esclavitud, leen sobre Marcus Garvey y Malcolm X. A Pilgrim no le va ese rollo. Algunos policías son unos cabrones, pero buenos y malos hay en todas partes. A él ningún policía racista le obligó a coger una pistola y buscarse problemas. Se pregunta por qué ha terminado malgastando su juventud en la trena y cuándo empezaron a torcerse las cosas.

Todo empezó en el colegio, con las lecciones de natación. Normalmente, le asustaban. Tenían que aprender a nadar en un colegio de triste fama llamado Hackney Downs. Era como una cárcel, iban los peores chicos del barrio. Cuando llegaban a nadar, los mayores les estaban esperando como una turba de matones o de *hooligans*. Sus amigos y él se acercaban a la piscina despacio, arrimados unos a otros. A Pilgrim le dio un misil en la cabeza. Lo envolvió un humo blanco. Le quemaban los ojos, se le saltaban las lágrimas. Dobló la cintura, se agachó y empezó a toser como si fuera a vomitar en sus zapatos. El corazón le latía a toda velocidad. No veía nada. Dio un traspíe y cayó al agua.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó casi sin voz, dejando un rastro de agua en el suelo.

Los profesores les dejaron solos en la piscina y se sentaron a hablar en un rincón, visiblemente consternados. Luego, a la hora de marcharse, los reunieron para aleccionarlos.

—Han utilizado gas lacrimógeno —dijo el profesor, con semblante ceniciento—. Ahora, cuando salgamos, vamos a ir todos en grupo hasta la puerta.

Esa fue la lección del día. Pilgrim tenía diez años. Llegó a su casa sin novedad y, antes de entrar, se paró en la calle entre la peluquería unisex y la tienda de electrodomésticos, que tenía

algunos apilados en la acera a «precios rebajados garantizados». Miró al extremo de la calle, a la comisaría de Stoke Newington. Los malos del barrio llegaban a menudo en sus ciclomotores, entraban en la comisaría y se enrollaban.

—Qué tal, Pilgrim —llamo una voz.

Pilgrim se volvió y vio a un hombre en la parada del autobús. Llevaba un traje verde oscuro con una camisa negra desabotonada y bien ajustada a su enjuto y musculado cuerpo. Versace, probablemente. Parecía medio indio y medio negro. Llevaba gafas de aviador con cristales azules y se las había bajado al puente de la nariz. Lucía dos vistosas sortijas y de su cuello colgaba una delgada cadena de oro. A aquel tío le gustaban las joyas, era alguien llamativo. Parecía seguro de sí mismo y, al mismo tiempo, muy contenido, como si solo reprimiéndose evitara dejarse llevar por la violencia.

—¿Qué tal? Bonitas gafas. ¿Dónde las has comprado?

—Son unas Ray Ban 3025 —respondió el hombre, y se echó a reír—. Voy a conseguirte un par. Conozco a un tío que me las saca a buen precio. ¿Cómo te gustan?

—¿No me lo creo! ¿Me vas a conseguir unas gafas? ¿Y tú qué ganas con eso?

—Nada. Me gusta ayudar a los chicos, eso es todo. Te las voy a regalar con cristales de espejo.

Pilgrim no daba crédito. Aquel tío era llamativo. Tenía dinero. Sus gafas debían de costar unas doscientas libras.

—¿Cuántos años tienes?

Pilgrim contestó y el hombre enarcó una ceja.

—Pareces mayor —dijo. A Pilgrim le gustó que aquel hombre le tratase con respeto. No estaba acostumbrado—. ¿Cuándo terminas primaria?

Pilgrim preguntó por ahí y averiguó que se llamaba Solo. Lo que no sabía era si traficaba con drogas o no.

—¿Solo? Es un tío de verdad, un tipo serio —le aseguró un amigo—. Un tío con quien nadie se mete.

—¿Por qué?

—Porque si te metes con él, luego vuelve y es peor. Saca su buen dinero. O te pega un tiro o te raja.

Los Viejos como Solo siempre esperan a las puertas del colegio, se toman su interés, buscan nuevos reclutas. Se ponen en fila y acogen a Pilgrim bajo su protección. Le regalan unas zapatillas nuevas, le dan un billete de cincuenta libras.

—Hay muchos más de donde ha salido ese —le dicen al día siguiente. Al poco tiempo, los chicos trabajan para ellos vendiendo droga. Otros Viejos se acercaban apestando a hierba. Pilgrim no fumaba, así que cuando le daban hierba, la vendía. Poco a poco se fue ganando el respeto de los Viejos porque con él ganaban dinero. Siempre andaban buscando niños enérgicos con los que ganar pasta, ampliar su pequeño imperio. Solo era uno de ellos. Cada vez que Pilgrim lo veía, llevaba unas deportivas nuevas, lo último de Armani, lo último de Versace, de Avirex. Lo que estuviera de moda. Siempre llevaba un corte de pelo de niño formal, al uno, o corto por detrás y por los lados, y le rodeaban las chicas más guapas. Llamativo. Cuando volvieron a verse, Pilgrim le preguntó por la ropa.

—La ropa no importa. Tú como persona podrías tenerlo todo, pero lo que cuenta es la forma

de llevarla —le explica Solo—. Que cuando entres en algún sitio, la gente sepa que has llegado.

—¿Qué quieres decir?

—Confianza —responde Solo, ahuecando las manos alrededor de su encendedor de plata—. En este mundo, si no tienes confianza, no eres nadie. La confianza es lo que importa, nada más. Ya puedes ser todo lo listo que quieras, tener todos los estudios que quieras, que, si no tienes confianza, no eres nadie.

Prende otro cigarrillo con el que acaba de encender y se lo ofrece a Pilgrim. Baja la voz como si fuera a revelar algo importante.

—Soy una persona inteligente, de acuerdo, vale, pero si hoy estoy vivo es gracias a mi confianza en mí mismo. Me he visto en situaciones complicadas en las que un tío quería matarme, pero siempre supe que ese tío me tenía miedo, así que era yo el que lo atacaba a él. Por eso sigo con vida hoy aquí.

Era mejor estar bajo la protección de uno de los Viejos. Si no, cualquier tío que te llevara cinco años podía pegarte una paliza de muerte solo porque le apetecía. Dar una paliza estaba bien visto, te labrabas una reputación. Los Pembury Boys estaban en alza. Por ejemplo, Daniel Cummings, un sicario de los Hackney Boys. Años después mató a un pandillero importante, Adrian Crawford, de los Tottenham Man Dem. Le cortó el paso con su Vectra, se plantó en mitad de la calle y le acribilló a balazos. Y mientras, su novia, que estaba embarazada, se escondía detrás del coche. Fue un gesto temerario, porque así es como uno se labra una reputación. Arrestaron a Daniel el día siguiente y llevaba puesto el chaleco antibalas. Esperaba represalias. En esa zona mucha gente intentaba sacar tajada. Pero Solo era un tío auténtico y hoy todavía lo es. Siempre llamativo, siempre un paso por delante. Era un buen maestro y Pilgrim aprendió de él muchas cosas que le permitieron conservar la vida.

Había otro Viejo. Lo llamaban Sweet (Dulce) porque tenía cara de niño. Era el jefe de los Wood Green Boys. Al igual que Solo, era un tío muy serio. De manera que Pilgrim era el protegido de dos capitanes de alta graduación que ya se habían ganado sus galones.

Pilgrim miraba a los demás niños y presumía de teléfono nuevo, de colgante nuevo, de flamantes deportivas Nike Jordan. Estaba en boca de todos. En su casa abundaban las discusiones por dinero. No tenían vacaciones, no había nada que hacer, de niño no tuvo ningún juguete nuevo, nada de comida fresca, solo latas de marcas blancas, nada en la tele salvo carreras de caballos y apuestas hípicas y anuncios de gente guapa jugando con objetos brillantes y sexis como los de las películas porno. Sentía un inmenso océano de rabia dentro, porque envidiaba las cosas de las que otros niños alardeaban en el colegio. La rabia le quemaba las entrañas como ácido. Hasta que ya no pudo soportarlo más.

Sweet le enseñó a robar zapatillas y cazadoras Avirex en el West End.

—Tú entras en una tienda —le explicó— y te llevas el zapato izquierdo de Wood Green y el derecho de West End. O vas al West End, pides tres modelos distintos, confundes al personal y sales pitando.

Lo llevó al West End en metro. Salieron en Oxford Circus, un mundo totalmente nuevo para él. Esperaban en la parada del autobús y Pilgrim escuchaba con atención.

—Entra en esa tienda. Tienen el pie izquierdo en ese escaparate. Cógelo y vete —proseguía Sweet, delante de una tienda de ropa y calzado deportivos—. Vuelve a Wood Green. Tienen el pie derecho en el escaparate. Entra, cógelo y vete. Así de fácil. No hay más. También puedes pedir

zapatillas de tu número y robas la otra de la caja. O te pruebas las dos, dejas allí las tuyas y sales corriendo.

Esa tarde llegó a casa con un par de zapatillas recién estrenadas. Cuando se acercaba a su casa, uno de los Jóvenes le saludó con un silbido de admiración.

—¿De dónde has sacado esas zapatillas —le preguntó su padre, mirándole por encima de las gafas— si no tienes trabajo?

—Me las he comprado con el dinero de la paga —contestó él encogiéndose de hombros.

Su padre se quitó las gafas y lo miró, muy serio.

—¿Cómo demonios te puedes comprar unas zapatillas de cien libras con una paga de cinco libras a la semana?

A los pocos días llegó a casa con una cazadora de diseño. Su padre no dijo nada. Sorbió su té y se fijó con desprecio en el corte y los detalles de la prenda, pero guardó silencio. Eso sí, levantó una ceja para demostrar que sabía perfectamente que la cazadora no había salido de TK-Maxx. Pero dejó de hacer preguntas. Pilgrim era ya un joven novillo. A su padre no le quedaban arrestos ni fuerzas para impedirle nada. Había intentado instruirle, explicarle las leyes, pero él hacía caso omiso y salía por la puerta. En el otro extremo de la calle lo esperaba Sweet, de quien siempre se podía fiar, que siempre se interesaba por su educación. Empezó a pasar algunas noches fuera. Un día se arriesgó y no volvió hasta el domingo. Transcurridas unas horas, su padre llamó a la policía y dijo que había desaparecido. «Hay muchos chicos problemáticos en la calle —respondió la policía—, los vigilamos lo mejor que podemos».

—Es suficiente con que nos llames y sepamos que estás bien y lo que estás haciendo —le dijo su padre. Tenía la piel correosa, surcada de arrugas—. No podemos tenerte controlado. Algún día tendrás que aprender.

Cuando cumplió quince años, su hermanastro tenía diecisiete y también estaba cambiando. Fue a verlo a su habitación y vio bolsas llenas de dinero y otras con papelinas de *crack*.

—¿Te traes esta mierda a casa, hermano? —le preguntó Pilgrim en voz baja. Estaba perplejo.

—¿Y a ti qué te importa, hermanito pandillero?

Su hermano siempre le había parecido un pazguato con ganas de ser formal. Su madre no quería que cruzase al otro lado de la casa. Pero se escabullía. Invirtió todo lo que tenía en el tráfico de drogas e hizo mucho dinero. Si alguien se metía con él, sabía que Pilgrim le defendería.

Cuando llegó el momento, matricularon a Pilgrim en el instituto de Hackney Downs. Montones de alumnos del Hackney iban a la cárcel o acababan en la calle. La junta de educación permitió que se fuera pudriendo durante años, hasta que ya ni se molestaban en mirar. Los profesores se marchaban en cuanto podían, los chicos no iban a clase y las aulas se caían a pedazos. Lo clausuraron en el año 1995. Todos sus profesores se fueron al paro. Soltaron a doscientos adolescentes conflictivos que hablaban mal el inglés y habían sido expulsados de otros colegios de Hackney. A la junta de educación le importó poco el riesgo de que se produjera un baño de sangre. Cuando llegaron los alumnos del Hackney Downs, fue una pesadilla. Las peleas eran mortales. Pilgrim vio apuñalamientos, profesores a los que robaban el móvil, el bolso.

Pilgrim iba camino del recreo con sus amigos. Debía de estar en séptimo o en octavo. Pasaron junto a un aula que tenía la puerta entreabierto. Se asomaron y vieron a algunos de los alumnos problemáticos del Hackney Downs. Y oyó gritar a alguien.

—¡Dejadlo ya!

Era la voz de una mujer. Se asomaron. Con los chicos había una profesora de más de treinta años. La tenían sujeta, le habían tapado la cabeza con una cazadora. La estaban magreando, tocándole las tetas, los muslos.

—¡Fuera!

Pilgrim sintió una punzada de espanto en las costillas. Sus amigos y él eran muy pequeños todavía. Habían visto cosas en las calles, pero era la primera vez que contemplaban algo así. Lo que vieron en aquella clase no lo olvidaron. Aunque ya no se ven mucho, porque la mayoría están en la cárcel, cuando se encuentran, se dicen: «¿Te acuerdas de aquella vez cuando vimos a aquella profesora del colegio?».

Todos se acuerdan. Les obsesiona. Los chicos evitaron los problemas.

Cuando juntaron los dos colegios, todos los días a partir de las tres había alguna riña. Formaba parte del horario escolar y continuó buena parte del año. Pilgrim concertó unas cuatro citas a las tres de la tarde: otro alumno le pedía hora para pelear con él. Rozabas a alguien y te soltaba: «En el cementerio a las tres en punto».

Así que se pasaba todo el día en clase mirando al reloj, contando las horas —«Todos mis amigos estarán allí»—, aunque a veces pensara que podía no ganar la pelea.

Ya habían formado su pequeño grupo con los Holly Street Boys. No tenían por qué preocuparse, porque si alguien tenía algún problema, otro intervenía y lo ayudaba. Ninguno de ellos perdió ningún combate. Para eso servían las bandas, para tener protección, seguridad en función del número de tropas.

Había una vez un tío que nunca llevaba un chelín encima y le pedía a Pilgrim dinero para comprar refrescos. ¿Por qué iba Pilgrim a invitarle mientras él se dejaba el dinero en casa? Pilgrim apuró una botella negra de Tango y meó dentro. Todo el mundo le vio. Luego ese chico llegó corriendo, recién salido de la clase de educación física, empapado en sudor. Pilgrim le dio la botella. El chico tragó con ganas... y se quedó helado. Escupió la orina en la hierba como si fuera un aspersor. Los que estaban observando se echaron a reír.

—En el cementerio a las tres en punto —retó a Pilgrim.

El chico tenía un hermano en un curso superior. Los dos pertenecían a los London Fields Boys. En esa época, Pilgrim era un Holly Street. Aunque estaban en la misma clase, al salir del colegio no podían ser amigos, lo cual empeoraba las cosas: un Holly Street Boy contra un Fields Boy. El cementerio no era el MGM Grand de Las Vegas, pero lo ampliaron como el MGM para el combate Tyson-Holyfield. Pilgrim había visto a Tyson dar rienda suelta a una violencia más propia de un gueto, le había visto hundir la cabeza en el cuello de Holyfield como si fuera Drácula y arrancarle de un mordisco el lóbulo de la oreja y escupirlo. Así que un público muy numeroso acudió a ver aquella pelea al terminar las clases. Cada vez que Pilgrim golpeaba al chico, su hermano mayor hacía una mueca de dolor como si le estuviera dando un infarto. Pilgrim estaba castigando en serio a aquel chico y todos lo veían. El chico tenía el rostro cubierto de sangre, un ojo hinchado y manchas de sangre en la camisa. Al cabo de un rato, se había derrumbado y no podía más. El hermano irrumpió de entre la multitud y cogió a Pilgrim por la cabeza. Empezó a pegarle con furia. Por suerte, estaba allí un antiguo colega de Pilgrim, un Pembury Boy. Pilgrim ya no pertenecía a los Pembury Boys, pero daba igual, su colega acudió en su ayuda. Fue la primera paliza que recibió en el colegio.

Pilgrim tenía talento como ladrón, así que se cambiaba de banda como un delantero de primera

división se cambia del Manchester United al AC Milan. Empezó con los Pembury, siguió con los Holly Street. Pensó que la mejor forma de ganar dinero era robar a otros camellos. Robas a un ciudadano normal, te denuncia a la policía y se pone en marcha una investigación que paga el erario público. Le robas a otro camello jamaicano, y qué puede hacer.

Para entonces ya había empezado a saltar mostradores, etcétera, etcétera. Estaba siempre en la calle con los mayores, así que empezaron los atracos a punta de pistola. Unas personas se negaron a darle nada y les puso el cañón en la cara. Tuvo que decidir si de verdad se atrevería a seguir adelante. Un grupo de amigos del colegio salía por la mañana a robar tiendas. Por la noche, salían también y robaban coches. Los vendían a los *uncles* africanos que exportaban vehículos robados y vendían tarjetas de crédito. Todo el mundo tiene que especializarse en algo.

Los unía algo más profundo que el frenesí del delito. Todos padecían dificultades similares en casa. Tal vez su padre estuviera ausente. Tal vez tuvieran que vivir con sus abuelos. Y siempre andaban metidos en algún lío. Ese era el lazo que cimentaba las mejores amistades. Pilgrim también lo tenía difícil en su casa. Le incordiaba cierta confidencia de su hermana. En cierta ocasión en que estaban solos en el piso de ella, le dijo:

—¿Sabes por qué tu madre se marchó a vivir a Jamaica?

—No, ¿por qué?

—Ya te lo contaré algún día.

Pilgrim se encogió de hombros. A su padre, Leeroy, también lo abandonaron cuando era pequeño. Su madre se marchó con otro hombre que ya tenía siete hijos de otra mujer. En Jamaica, para sobrevivir hay que arreglárselas, actuar con astucia. Buscaba su oportunidad para escapar. A Leeroy le presentaron a la madre de Pilgrim por teléfono. Estaba soltera y vagaba con su hija en busca de una nueva vida. Huía de su pasado. Por teléfono se gustaron. Y ella se trasladó con todas sus pertenencias de Inglaterra a Jamaica y se casaron. Pilgrim nació en Jamaica.

Una cólera candente entra en erupción y recuerdos enterrados en las profundidades salen a la superficie. Su madre se estaba muriendo y a Pilgrim le carcomía la ira. Tuvo una discusión furibunda con su madrastra y se mostró todo lo vil y despiadado que pudo. Al terminar, la mujer estaba temblando.

—Se lo voy a decir a tu padre en cuanto vuelva —gritó.

—¡Pues díselo! —bramó Pilgrim.

Y volvió su padre. La noche era húmeda y oscura. Cuando estaban sentados a la mesa, se encararon. Para entonces, Pilgrim era ya todo lo peligroso que llegaría a ser. Escuchó sin responder las voces, los improperios de su padre. Un ascua incandescente le quemaba el plexo solar. Sentía en las sienes el fragor de la sangre. Le temblaban los dedos.

—No me gusta eso que estás diciendo —espetó. Estaba allí sentado, con su Browning de nueve milímetros en los riñones—. Soy de los malos. Cuidado con lo que dices, hermano.

De niño, el padre de Pilgrim tuvo que sobrevivir en Jamaica sin ayuda, así que no era ningún angelito. Tenía cierta experiencia, pero Pilgrim se había convertido en un guerrero temible. Se había hecho mayor y cada vez tenía más poder en la calle. Era un pandillero, muy capaz de cuidar de sí mismo.

—En las calles hay gente que temería por su vida si se atreviera a hablarme como tú me estás hablando.

Era una amenaza. A su propio padre. Se levantó de la mesa.

—Yo te traje a este mundo —replicó su padre entre dientes—. Y yo te voy a echar de él.

La silla de su padre quedó destrozada en el suelo. En otra habitación, alguien sollozaba. Un golpe. Otro más.

—Si no quieres respetar mis reglas, de acuerdo, pero bajo este techo solo puede vivir un hombre —dijo su padre—. Tienes que irte.

En el fondo de su corazón, Pilgrim sabía que no podía pegarle un tiro a su propio padre. Por mucho que le cegara la rabia, su padre era su sangre. Lo único que podía hacer era marcharse. Dejó a su familia, se desterró. Vivió durante un tiempo en casa de su hermana. Una noche, exhausto tras un día de robar y huir por las calles, le despertaron unos gritos. Provenían del pasillo. Era su hermana, hablaba a voces por teléfono.

—Entonces, ¿quién es mi verdadero padre?

Pilgrim se incorporó y empezó a atar cabos. Se enteró de que a su madre la había violado su propio padre. De que se quedó embarazada y dio a luz a su hermana.

—¿Cómo puedes decir algo así?

Su hermana lloraba sin soltar el teléfono. Y repetía la misma pregunta una y otra vez.

Pilgrim se quedó de piedra. Por eso su madre abandonó Inglaterra y se marchó a Jamaica para casarse con Leeroy, para escapar de los abusos de su padre. Su hermana seguía gritando.

—¿De qué mierda estás hablando?

La situación empeoró. El padre y la hermana de Pilgrim no se llevaban bien. Su hermana afirmaba que Leeroy abusaba de ella. La madre de Pilgrim lo negaba. Pilgrim no quería ni pensarlo. Se trataba de su padre y de su hermana. Empezó a oír historias de las chicas del barrio. Una de ellas queda con un amigo para jugar a la PlayStation, y tres de los colegas del chico irrumpen en la habitación y la violan. Otras chicas tienen que hacer mamadas a un grupo de pandilleros que graban la escena con sus teléfonos móviles.

Aparta todo eso de su pensamiento. Aparta de su pensamiento muchas cosas. Las esconde en algún lugar de su cabeza, como si pretendiera no haberlas oído. Es una táctica que aprendió de pequeño. Desconectaba y se ponía a pensar en cómo ganar dinero. Y no pensaba más que en eso. En cómo ganar dinero.

No vivió mucho tiempo con su hermana. A los dos les resultaba difícil la convivencia. Pilgrim era como un viajante, siempre en movimiento. Su hermana le pidió que se marchara. Alegó ante el departamento de vivienda que padecía desde pequeña problemas médicos y mentales. Aseguró que el padre de Pilgrim había muerto. A Pilgrim no pudieron encontrarle otro hogar, solo una habitación en casa de unos ancianos.

—Es más grande que el armario —dijo Pilgrim con un suspiro al verla. Examinó la cama. Era metálica y tenía un somier también metálico y un delgado colchón de quince centímetros. Además, estaba atornillada al suelo. Se tumbó. Era muy incómoda y el somier se le clavaba en la espalda. Como el catre de una celda.

Ahora vivía con unos viejos. No les dijo su verdadero nombre. Parecía que a todos les quedaba poco tiempo de vida.

—David, ¿no quieres cenar?

—No, me voy a dar una ducha.

—Ven a charlar un ratito con nosotros.

Pero no quería cenar puré de patatas con guisantes.

—Mañana como con vosotros.

El hombre de la habitación de al lado ponía el mismo disco todas las mañanas. Un cantante de voz grave, cavernosa. Entonaba unas cuantas baladas. Pilgrim asomó la cabeza por la puerta. Su vecino, blanco, inglés, elegantemente vestido y con zapatos de charol, danzaba por toda la habitación siguiendo los pasos de un anticuado baile: un pie a un lado y el otro pegado a él. Y daba vueltas y vueltas.

Pilgrim conversaba con él. Había vivido en el East End, donde tenía un puesto de frutas y verduras en el mercado de Brick Lane. Le contó que de niño había conocido a los Kray, los gemelos que dominaron el crimen organizado en el East End londinense durante los años cincuenta y sesenta. Había estado metido en unos cuantos líos, Pilgrim estaba seguro de ello. Hablaba de los Kray de una forma que a Pilgrim le hacía gracia. ¿Cómo se puede sentir tanta admiración por nadie? Pilgrim nunca había tenido una figura paterna a la que respetar, en la calle no conocía a nadie en quien confiar, ningún general o jefe al que admirar. Si seguía viendo a Solo, era porque Solo lo trataba con respeto.

—No quemes tus naves, nadie querrá ir a verte —le aconsejó el viejo—. Que tu vida transcurra por el recto camino, porque más pronto o más tarde vas a terminar como yo.

Contó a Pilgrim que su familia ya no podía cuidar de él.

—No quiero ser una carga para nadie.

Sabía que muchas noches Pilgrim metía furtivamente chicas en la casa.

—Anoche te vi —le dijo guiñándole un ojo—. Si no puedes ser bueno, por lo menos sé precavido.

En su celda vuelve a pensar en sus recuerdos. Finalmente, piensa en su padre. Muchos presos son huérfanos. Sus padres les abandonaron en un momento temprano de su vida. El padre de Pilgrim no. Piensa en el infierno que le ha hecho pasar, haciéndose pandillero, viviendo de la calle. Le duele.

Cumple los seis largos años de su condena en el penal de Bullington, Oxford, un nuevo centro penitenciario, con galerías. Bullington está peligrosamente superpoblado —novecientos reclusos —, es una olla a presión. Las condiciones de vida son malas cuando hay que compartir celda. La educación es superficial. En la biblioteca no hay espacio. Un preso no lo puede soportar más y se fuga. Pilgrim es un recluso de categoría B, solo le superan en peligrosidad los más violentos, categoría A, máxima seguridad.

Por fin sale en libertad condicional. Se ve de nuevo en las calles de Hackney. Es el año 2005. En la cárcel se prometió que cambiaría de vida. Todo el mundo está pendiente de su próximo movimiento. Dos meses antes de que lo pusieran en libertad, apuñalaron a su hermano. No deja de darle vueltas. Lleva cazadora de cuero y gafas de sol y vaga con discreción por su antiguo territorio procurando no tropezarse con viejos enemigos.

—¡Hola, Pilgrim! ¿Cuándo has salido?

Es Jay, un antiguo compañero del colegio. Jay es el hombre más peligroso de Hackney. Los Jóvenes que lo acompañan miran a Pilgrim con recelo. Pilgrim no se puede creer lo pequeños que son algunos de ellos. No pueden tener más de siete u ocho años. Le saludan porque todavía le temen. En los viejos tiempos, si un Joven cruzaba la línea, llamabas a su jefe y le decías que lo

metiera en cintura porque, si no lo hacía, tendrían que eliminarlo. Ahora es distinto.

—La semana pasada —responde Pilgrim.

—Mirad con respeto a este hombre, Jóvenes —dice Jay sonriendo. Se pavonea. Es orgulloso, altanero—. Es un hombre duro de verdad. En Hackney no ha habido mejor atracador a mano armada. Acaba de salir de Bullington.

Jay se aleja unos metros para atender una llamada, dejando a Pilgrim con los Jóvenes.

—Hola, Pilgrim —le dice uno de los pequeños—. He oído hablar de ti.

—¿Con quién estás ahora?

—Acabo de salir, tíos. Puede que deje las calles.

Los chicos se ríen.

—Las echarías de menos.

—No lo puedo negar, cuando vives en la calle, lo pasas bien —responde Pilgrim con una sonrisa. Con los niños aflora su espíritu paternal—. Todas esas películas, cuando las ves, te das cuenta de lo que al final te pasa si no lo dejas antes de que sea demasiado tarde. Se puede llevar una vida estupenda robando, no permitáis que nadie os diga lo contrario. Aunque hay que hacerlo bien. Pero hay que saber cuándo hay que dejarlo.

Los Jóvenes no parecen escuchar. Están demasiado enfebrecidos.

—Me gusta vivir en la calle —afirma uno—. Alquilar coches, salir con tías. Consigues fama, dinero y respeto, *yeah*.

Jay termina de hablar y vuelve a acercarse. Habla aparte con Pilgrim.

—¿Cuántos años tienen los más pequeños? —pregunta Pilgrim entre susurros.

—Son Peques. Ocho o diez. Ahora se ve mucho. Es menos probable que la policía los detenga. El líder de su banda debe de tener unos catorce años.

—¿Hay niños de ocho años?

—Y más pequeños aún. Ahora los niños empiezan a estar en el rollo. Para cuando llegas a los quince, te han rajado tantas veces que ya eres un veterano.

Pilgrim no da crédito.

—En mi época teníamos un código —comenta—: nunca metas a un niño en el rollo, no te metas nunca con la familia.

—Las cosas han cambiado mientras tú estabas en la cárcel —explica Jay—. Hoy los chicos se pueden presentar en casa de tu madre, pueden meterse con tu madre en la calle. Pueden arrastrar a tu hermana calle abajo antes de que se quite el uniforme, pueden hacer cola para violarla. He hablado con algunos chicos. Me han dicho que la casa de su madre había sido acribillada a balazos y que había habido algún muerto.

—¿Ningún general los tiene controlados?

—Ahora se puede ser general a partir de los catorce. Le pegas un tiro en la pierna a tres tíos y ya eres el jefe. Hasta los más pequeños tienen una Baikal de nueve milímetros. En tu época se la daba algún Viejo. La guardaba debajo de la almohada y mandaban a la cárcel al muy imbécil. ¿Qué va a hacer el chico? Agarra la pistola y se siente supermán. Las Baikal y las Tokarev llegan por docenas de Lituania por Navidad.

Tira la colilla del cigarrillo que estaba fumando a un quiosco. Un periódico habla en titulares de una «Ruidosa pelea» entre bandas. Jay no puede pasar mucho tiempo con Pilgrim. Todos le siguen asociando con Love of Money, que no es la banda de Jay. Pero hay veces en que los

antiguos compañeros de colegio sienten un gran respeto mutuo. A Pilgrim no le acompañan sus amigos, a Jay tampoco. Pueden encontrarse en la calle, compartir una carcajada y un chiste. Pero si Jay fuera con su gente y se tropezara con Pilgrim, tendría que hacer lo que tiene que hacer. Así son las cosas.

Pilgrim se despide de Jay con un gesto y se aleja.

Se siente incómodo en Hackney. Sus enemigos tienen cuentas que saldar. Esperan el momento oportuno para vengarse. Cualquiera día alguien podría acercársele por detrás y matarlo. Si baja la guardia, le pegan un tiro.

Pero necesita un poco de dinero. Es conocido como ladrón, así que utiliza su mala fama para extorsionar a algunos vecinos del barrio. Tarde o temprano topará con Wolf, que ahora es el jefe de su vieja banda. En la banda también hay caras nuevas, y quieren labrarse una reputación. Una de esas caras le preocupa. Es un viejo enemigo, un tío al que intentó matar antes de que le metieran en el trullo. Espera a que Wolf esté solo.

—¿Por qué ahora ese cabrón forma parte de la banda?

—Venga ya, tío. Es un tío legal, tío. Hace su buen dinero.

Wolf tampoco respeta ya los viejos códigos. Solo quiere buenos camellos en la banda, es lo que importa. Con dinero consigues armas, coches, lo que te dé la gana. Ahora la gente le compra la droga directamente, puenteando al intermediario.

—Un traidor siempre es un traidor —sentencia Pilgrim.

—Antes robabas a los camellos como él —dice Wolf, sorprendido—. Cuando sales de la cárcel, la gente se pregunta si todavía tienes ganas de pelea.

Pilgrim comprende que Wolf le está desafiando. Tiene que demostrar que todavía tiene algún poder. Así que vigila el piso del tío del que estaban hablando. Lo ve bajarse de un pequeño BMW metalizado. A punta de pistola le obliga a volver al piso y le birla las armas y todo el dinero que encuentra. Entrega armas y dinero a Wolf, y vende el BMW por seis mil libras. Es dinero rápido y ha demostrado lo que tenía que demostrar. Wolf le llama pasados unos días y le dice que tiene que devolver el coche. No se lo esperaba.

—La policía está buscando al tío que le trincó el coche —le dice Wolf—. Te lo advierto, devuélvelo o Trojan irá por ti.

Trojan es una unidad policial. Pilgrim no lleva fuera de la cárcel el tiempo suficiente para correr el riesgo. Llama al comprador del coche y le dice que necesita que se lo devuelva. Quedan, pero antes de la cita, al coche se lo lleva la grúa en plena noche. Piensa en Wolf. Se ha quedado las armas y el dinero de su camello, pero el camello sigue trabajando para él. Le recuerda a un libro, *Las 48 leyes del poder*. La primera ley: «No eclipses nunca a tu maestro». Se pregunta si puede seguir fiándose de Wolf y de Love of Money.

Wolf le llama al poco tiempo.

—Quiero que liquides a una persona. Te daré quince mil libras —le encarga—. No lo conoces.

—Parece interesante. Te llamo en diez minutos.

Pilgrim cuelga y llama a un amigo, un conocido asesino de Tower Hamlets. Le cuenta la oferta.

—¿A cuánto está un trabajo así?

—Veinticinco si no conoces al tío —le dice el hombre—. Quince si le conoces.

—No conozco al tío y me pagan quince.

—Te quieren trincar diez mil libras.

Pilgrim llama a Wolf y le pide más detalles. El objetivo es un hombre de negocios de la City. Esta vez Wolf dice que quiere de comisión cinco mil de las quince mil libras. De manera, se dice Pilgrim, que se quiere quedar con quince de veinticinco y que él haga todo el trabajo.

Pilgrim necesita distanciarse de Wolf, pero se está quedando sin gente en quien confiar. La vida estrecha el cerco en torno a él. Necesita dinero, pero todas sus naves están ardiendo. Debe tomar una decisión. Todos esperan su siguiente movimiento.

Capítulo 7

Caballo

Pilgrim coge el teléfono.

—¿Trabajas en West London?

—Sí, me he movido por West. ¿Qué hay?

—Hay un chico nuevo que quiero que conozcas —dice la voz.

Pilgrim está en su oficina de Hackney, sentado delante de su ordenador. Sobre la pared cuelgan fotos de algunos de los hombres con quienes en los viejos tiempos compartía la calle. Uno está muerto. El otro está en la cárcel. Tiene casi veinticinco años. Lleva los últimos haciendo contactos por todo Londres, pero principalmente en Lewisham y Southwark, donde cada vez hay mayor actividad. Son barrios mucho peores de lo que Hackney llegó a serlo jamás. No le gustaría vivir en su viejo barrio, así que vive en otra parte. Tiene demasiados enemigos, y cuentas pendientes y antiguas víctimas. Mira constantemente por el espejo retrovisor; si va por la autopista, evita el tráfico; si se topa con algún colega del barrio, evita hablar mucho. No se puede confiar en nadie.

—¿Dónde?

—En Southall. Es somalí. Puede que tenga armas ya utilizadas. Tiene catorce años y va camino de convertirse en un verdugo.

—Vale. Comprueba primero que no tiene inconveniente en que me des su número.

—Es muy difícil de localizar. Peor todavía convencerle para quedar. En la calle le llaman Troll.

Pilgrim lleva una camisa beis bien planchada que hace juego con su camiseta, un diamante en la oreja y un colgante de plata con una elegante cadena. Coge un trozo de papel y garabatea: «Southall. Troll».

El día se apaga. Dos jóvenes asiáticos se alejan del *gurdwara*, templo sij de granito y mármol blanco, y pasan junto al cementerio. Se encaminan a Havelock, una urbanización de bloques de pisos baratos de Southall, un barrio en rápido crecimiento. Uno de ellos carga con una pesada bolsa de deportes en la que lleva unos objetos metálicos. Avanzan a la sombra de la valla de madera de un jardín que se comba bajo el peso de tres filas de alambre de cuchillas colocadas recientemente. Havelock se va elevando hacia el cielo hasta encontrarlos. Feas casas de tres plantas tapan el sol, próximo a ocultarse. Los dos hombres vacilan, se abrazan las costillas y parpadean ante un laberinto de oscuros callejones. Es una zona vetada a la policía. Siguen avanzando y les traga un callejón negro como la pez entre macizos muros de cemento. Una vez dentro, uno se apresura, impaciente por llegar al otro lado sin cruzarse con nadie. Kam, un chico delgado de veintiún años, se agacha y pasa la mano por la pared hasta encontrar una grieta a la

altura de los ojos. Pega la cara al agujero y mira. Al otro lado ve un aparcamiento subterráneo sin iluminar. Está tranquilo, casi le vence una pesada somnolencia. El espacio que se abre delante de él le parece una cueva marina. «No te vengas abajo —se dice—, concéntrate». Clava las uñas sin cortar de una mano en la palma de la otra mano. De nuevo alerta, advierte movimiento en la penumbra. Divisa tres siluetas: tres hombres apoyados en sus bicicletas. Están descansando, pero su mera presencia resulta amenazante. Jas aparece a su lado y se agacha para mirar.

—Son los tíos que me robaron hace dos días —susurra en punyabí asintiendo con nerviosismo—. Me dieron con un ladrillo en la cara.

Tiene la nariz rota. El esfuerzo de estar en cuclillas le provoca calambres. Lleva dos días sin meterse un chute y los escalofríos son constantes. Moquea, le lloran los ojos y le da vueltas la cabeza. Kam es flaco, pero Jas es esquelético. A los veintiséis años, el caballo ha consumido toda la carne de sus huesos. En la parte interna del antebrazo lleva un vendaje improvisado y sucio.

—Somalíes —dice Kam—. Siempre se meten con los asiáticos.

Pero no piensa dejar que el miedo de Jas a los somalíes les impida robar las ruedas de algún coche.

—Son letales —se queja Jas.

Tiene un doloroso bulto detrás de la sien, de hace algunas noches, cuando durmió entre lápidas en el cementerio de Havelock Road. Las bandas de somalíes se han hecho con Havelock. Tienen todo el día a niños con uniforme del colegio vendiendo droga en las escaleras de los bloques altos. A quienes se niegan los llevan al parque, les desnudan y les azotan con un látigo. Luego les dan una taza de té y se los devuelven a sus madres. A un chico de un bloque cercano le metieron desnudo en un ascensor con un pitbull y lo mandaron al piso quince. Cuando se abrieron las puertas, otro chico de la misma banda filmó la escena.

Por la noche, Jas sigue despierto y oye los silbidos y las pullas de los pandilleros, que resuenan por todo aquel laberinto. Está aterrorizado. Debe dinero a Troll, un somalí. Corre el rumor de que Troll es el peor chico de Havelock. Un tío, gran error, le compró drogas a crédito y le dijo que le pagaría en dos días. Consiguió evitarle una semana, pero Troll mandó a sus colegas a que lo buscaran. Cuando lo atraparon, le dieron una paliza y le rompieron varios huesos. No podía tenerse en pie. Le dijeron que tenía dos horas para devolver lo que debía. Ahora Jas se siente acosado y le puede la desesperación. Tiene que conseguir algo de dinero.

Una vez a la semana sale a robar con Kam. Preferiría quedarse mirando remolinos o dando de comer a las palomas o sentado a las puertas del templo, pero les toca el turno de alimentar la adicción de otros. Conseguir dinero es su ocupación diaria. Otro día con las manos vacías y recibirá una paliza o le echarán del grupo. Kam se está cansando de él. Le parece un vago y no se fia. Al parecer, los sijs sin hogar sobreviven unidos, pero sirven a un solo amo: el caballo. Lo arriesgarían todo por abandonarse en su cálido abrazo. Al cabo de dos días, Jas tiene la mirada huidiza de un yonqui con el mono. Tiene decidido hurgar en las pertenencias de Kam y quitarle la papelina cuando se vuelva para coger una cerilla.

Los dos hombres entran en el aparcamiento ocultándose entre maderas y tablones y se esconden detrás de una fila de coches. Kam deja en el suelo la bolsa de deportes. El gato y la llave de cruceta pesan una tonelada y no deja de jadear. Oye el palpitar de la sangre en la sien. Si le parase la policía, ¿podría salir corriendo y esconderse entre los arbustos? Los somalíes de Havelock le partirían la espinilla con la llave de cruceta. Da a Jas un fuerte codazo.

—Ven conmigo.

Salen agachándose todo lo que pueden. Cada tres coches, Kam se pone en cuclillas y espera a que llegue Jas. Recuperan el aliento detrás de un Ford viejo. Jas comprueba que los somalíes no se han movido. Siguen hablando en voz baja.

—No nos verán —susurra Kam—. Hay muy poca luz.

—¿No? —dice Jas entre jadeos. Está deseando salir de allí, darse por vencido, pero no puede dejar de pensar en lo que le haría Troll—. ¿Cuánto valen las ruedas?

—Sesenta libras. Las tiendas las revenden por trescientas cincuenta. O por cuatrocientas.

—¿Por qué no cogemos estas? —sugiere Jas refiriéndose a los neumáticos del Ford en que están apoyados—. Podemos vender dos y sacar ciento cincuenta.

—Míralas —le suelta Kam arrugando la cara. El coche está cubierto de polvo; el parachoques cromado, moteado de óxido. Es una reliquia. Probablemente no haya pasado la inspección técnica y lo hayan dado de baja—. No nos darían ni cinco rupias por unos neumáticos viejos y sin dibujo. Los quieren nuevos o con dos años como mucho. BMW, Mercedes, marcas así. —Se acerca a la parte trasera del coche y se asoma para echar un vistazo—. Ahí hay un Mercedes metalizado.

Jas estira el cuello como una ardilla y mira a través de la ventana trasera del Ford. No ve una mierda. Está ansioso por el tubo de escape del Ford. A tres coches de los somalíes ve un Mercedes metalizado. ¡A tres coches! Es una misión suicida. Los somalíes están en forma, son musculosos, unos matones. Se toca otra vez el huevo que tiene en la sien. Late como si fuera a estallar. Es hora de dejarlo, marcharse y afanar unas chokolatinas o unas cervezas en Tesco. Todo es una locura.

Kam progresa como un cangrejo, con las piernas dobladas, agarrado a los guardabarros y a los parachoques para no caerse. «Cómo podrá contorsionarse de esa manera», se pregunta Jas. Le duelen las rodillas como a un viejo. Solo el mono le mantiene alerta, la promesa de que pronto todo el dolor se disipará como si se diera un baño caliente.

—Ahora —murmura para sí—. ¡Venga!

Coge aire y se lanza en pos de su amigo. Le da la impresión de que avanza a cámara lenta. Finalmente, llega detrás del Mercedes y se arrima como puede al lado de Kam, que no le mira. Kam trabaja deprisa. Primero examina la superficie del neumático delantero izquierdo. Luego abre la bolsa de deportes y saca el gato. Lo coloca hábilmente debajo de la rueda e introduce la manivela.

—Hazlo tú —ordena. Jas gruñe, se sienta y mueve la manivela. Se detiene porque emite un ruido metálico—. Sigue.

Jas reanuda la tarea. Mover la manivela cuesta cada vez más a medida que el peso del vehículo va reposando en el gato. Kam empieza a impacientarse.

—¡Venga! —azuza clavando los dedos en el brazo de Jas.

De pronto se oye una explosión. Un grito terrible les ensordece. Por un momento Jas manotea como si le atacase una chillona bandada de murciélagos. El sorprendido rostro de Kam aparece ante él entre relámpagos amarillos. Luego desaparece. Un espanto helado asalta a Jas..., la alarma de un coche.

—¿Quién anda ahí?

Son los somalíes. Rodean rápidamente el Mercedes, como una unidad militar.

—¿Queréis robarnos los coches?

—¡Putos ladrones de coches!

Kam sale corriendo por el pasadizo, rozando las paredes con los hombros, y carga de cabeza contra la noche. Nota al menos a un somalí tras él, en bici de montaña, frena y agita los brazos como si fuera en monociclo. Jas, olvidado, abandonado, no tiene plan de fuga. Repta debajo del coche más cercano. Aprieta los dientes, está temblando. Suenan disparos. Sigue reptando y se agazapa bajo otro coche como una araña. Allí se queda, temblando, cogiéndose la tripa para que no suene.

—¡Cabrón de mierda!

—¡Hay uno ahí!

—¡Cógelo!

Dos somalíes recorren el garaje en sus bicis sin levantar los pies de los pedales. Uno blande su arma apuntando a una fila de coches. Tienen que cazar al intruso. Son la primera línea, el frente. El barrio les pertenece. Hay que dar un buen escarmiento, que sirva de ejemplo. Aguzan el oído en busca de un jadeo, una respiración, el gímoteo de su presa. Jas sigue quieto, paralizado por el pánico, un agujero le taladra las tripas. Cierra los ojos y reza a su gurú. Dejará la heroína, volverá con su familia.

—¡Eh, mirad esto!

Los somalíes han visto la bolsa de herramientas.

—Querían llevarse los neumáticos —dice uno—. Serán yonquis.

Otro coge la llave de cruceta y la blande en el aire. Pronto regresa el ciclista que ha perseguido a Kam. Está sin resuello. Le ha perdido la pista en algún lugar del laberinto.

Jas permanece inmóvil en la oscuridad y el frío le cala los huesos. Le da la impresión de que pasa una hora antes de que suspendan la búsqueda y sigan charlando. Se arrastra hasta el último coche de la fila y sale del garaje como puede. Atraviesa corriendo el callejón sin dejar de mirar atrás. Está muerto de miedo y se desorienta, pero al cabo de unas cuantas bifurcaciones en las que toma la ruta equivocada llega a una estrecha garganta de cemento. Al final hay una puerta azul. Corre hacia ella, pero se para a la derecha antes de llegar, en un pequeño nicho de la pared. Se acurruca en medio de la noche ya sin aliento.

En el muro, a la altura de los ojos, hay una abertura cuadrada por donde los vecinos tiran la basura. Jas mete el cuerpo por el hueco y se sume en la oscuridad. Una franja de luz entra por debajo de la puerta metálica con candado que hay al otro lado del cuarto, el cuarto de la basura, donde el tufo es dulce, húmedo y penetrante.

Jas apoya la rodilla en el alféizar y salta dentro. Le rodean los cubos de basura de forma cilíndrica del ayuntamiento. El cuarto, la celda, concentra la basura de un bloque entero. Jas empuja los cubos contra el hueco para quedar más protegido. Divisa en el suelo de cemento la silueta de Kam, que se ha metido en su saco de dormir. Se saludan entre susurros. Jas se sienta y desata torpemente los cordones de sus botas militares.

—¿Nos habrán visto la cara? —pregunta.

—No —responde Kam, que se quita un insecto del pelo con sus negras uñas—. Somos quince, acuérdate. En seis cuartos de la basura.

—¿Todos punyabíes?

—Y un paquistaní —aclara, y añade—: Es imposible que sepan quién ha sido. Hasta podría ser alguien de otro barrio.

Jas no se queda tranquilo. Troll sigue ahí fuera, esperando. Southall es el hogar de los sijs del Punjab desde hace tres generaciones, por sus viviendas baratas cerca del aeropuerto. Pero el grupo de Jas, unos cien miembros, lo componen yonquis sin hogar, parias. Hasta en el templo les pueden negar la entrada. Que el pub Glassy Junction acepte rupias y el hecho de que, aunque vivas diez años en King Street, no te haga falta saber ni una palabra de inglés no le ayudará si le cazan bandas del barrio como Murder Dem Pussies o Grit Set y le castigan por haberse retrasado en el pago.

La nariz no deja de moquearle y tiene el labio irritado. También tiene tensos los hombros, le duelen, y al andar, los dedos de sus pies se aferran al suelo como para evitar caerse. El garaje donde querían robar y otros oscuros espacios comunales bullirán toda la noche con las voces y gritos de los camellos, que ponen los pequeños altavoces de sus teléfonos móviles a todo volumen. Una madre suplicó a la policía municipal, se tiró al suelo llorando, diciendo que ya no podía soportar tanta intimidación. Los policías le recordaron que hacía no mucho se negó a firmar la petición de cierre de una casa ocupada por yonquis cuando se lo pidieron. Jas pasa la noche tumbado junto a Kam al lado de las ruedas del cubo de la basura.

—He conocido a un tío en el *gurdwara* —dice—. Vive en un centro de salud abandonado de Hamborough Road. Tienen agua y luz.

A Kam no le apetece escuchar al quejica de Jas en ese momento. Los efectos de la heroína todavía no se han pasado y quiere dormir.

—Te acuerdas ahora porque no estás colocado —dice.

Necesita el caballo para dormir, para cerrar el paso a toda la mierda que entra en su cabeza. Se inyecta treinta libras de heroína al día para poder envolverse en lana y algodón. Ahora nada le molestará hasta que amanezca, cuando, una vez más, tendrá que abordar el problema de mantener su adicción de tres papelinas diarias. Piensa en los tres años que estuvo arando campos en una granja de Italia. Entonces estaba limpio. Llegó a Londres hace dos años, trabajó seis o siete meses en la construcción. Pero la recesión le dejó sin empleo y no tenía sitio adonde ir. Encontró a otros indigentes del Punjab y los de más edad le convencieron de que tomara drogas como medio de combatir el frío. Tiene amigos que trabajan y le dan dinero. Hay camellos sijs y somalíes. Kam se dice que dejará la droga y conseguirá otro trabajo en cuanto encuentre a alguien que le apoye. En invierno hace frío y tendrán que tapar la rendija de la puerta, pero las ratas seguirán entrando. Cierra los ojos y piensa en la verde hierba de Jalandhar después de la lluvia.

—Podría ser peor —comenta—. Hay unos tíos de Nawashahar y Ludhiana que viven en un pub abandonado al otro lado de Broadway, el Northcote Arms. Uno tiene gangrenada la pierna, pero no quiere ir al médico. Cree que si pierde la pierna, le darán el permiso de residencia permanente y podrá quedarse en Inglaterra.

Lo dice y sonríe calladamente sin saber muy bien qué le divierte tanto. Esos tíos estarían mejor en la calle. El Northcote es húmedo, tiene goteras, hiede a enfermedad. Algunos tienen picores y granitos rojos y morados. Los tienen por todas partes, entre los dedos de las manos y los pies, en los codos y en los pliegues de los huecos. Es sarna. Se contagiarán todos, como ocurre con un resfriado o la gripe. Dentro de dos años algunos estarán muertos. A Kam se le ilumina el semblante al encontrar un bulto duro en el bolsillo. Es el Nokia que robó la tarde anterior.

—Mira. —Desplaza una lucecita blanca del móvil de lado a lado—. Seguro que se lo coloco a algún vendedor de South Road.

Los vendedores ambulantes —sijis de Afganistán— compran teléfonos a cualquiera aunque sea yonqui, indigente y tenga las pupilas como la punta de un alfiler. Saben que cuando hay urgencia los pueden comprar por diez o veinte libras y revenderlos por cien. Los adictos hurtan ropa, televisores, pequeños equipos de música, pero sobre todo teléfonos móviles, los últimos modelos de Nokia. Se trata únicamente de sobrevivir día a día, a salto de mata. Treinta libras de adicción al día equivalen a doscientas diez libras a la semana, novecientas diez libras al mes.

—¿Me lo dejas ver? —pide Jas con astucia, extendiendo la mano, con los ojos como brasas. Kam le mira con suspicacia y esconde su botín en lo más profundo de su saco de dormir. No piensa dejar que Jas se lo birle para acabar con su mono. Se vuelve y da la espalda a Jas.

Con el mono, Jas no puede dormir. Ojalá no hubiera hecho su llamada telefónica semanal a sus padres. Ha sentido una vergüenza atroz cuando su madre le ha dicho que su padre llegaba corriendo del campo que estaba labrando para hablar con él. Mientras aguardaba en el locutorio de King Street, donde siempre hay rebajas, se fijó en un sij orondo, ufano, de la cabina de al lado. La tripa le ondulaba como gelatina cuando se reía. Tenía un BMW aparcado a la puerta. Llevaba auriculares sobre el turbante para escuchar el Skype, la camisa limpia y desabrochada, la barba perfectamente recortada. Se carcajeaba ante la pantalla del ordenador, en la que dos mujeres con vistosos saris aparecían sentadas en una cama riéndose también. Le tomaban el pelo con algún chiste privado, propio de la familia. Le temblaba todo el cuerpo. Su brazalete de hierro, propio de los sijis, golpeteaba en la mesa. Jas le ha dicho a sus padres que no tiene acceso a Skype. No quiere que vean lo demacrado que está, lo hundidos que tiene los ojos.

Llega su padre, jadeante tras la carrera.

—Estaba fumigando el trigo con una manguera —se disculpa.

—Ponte ropa que te proteja bien..., por el pesticida... —le aconseja Jas.

—Los bichos son demasiado listos —se ríe su padre—. Se adaptan demasiado deprisa a los nuevos pesticidas. No sé por qué sigo gastando tanto dinero. La tierra ha dejado de dar buenas cosechas. Las plagas, las inundaciones...

Jas quiere dar una alegría a su padre y le dice que está buscando trabajo con más ganas que nunca. Piensa en las manos encallecidas de trabajar en el campo, regularmente envenenadas por los pesticidas. Su padre, que tanto se ha esforzado por ahorrar algún dinero que sirva para que Jas lleve una vida mejor. Hace dos años invirtió su dinero en que Jas viajase a Inglaterra con visado de estudiante y pudiera matricularse en gestión de empresas en el North West London College. Jas no consiguió encontrar trabajo dentro de su cuota de veinte horas semanales máximo y el dinero de su padre se lo fue tragando el alquiler. Su casero lo echó al cabo de tres meses, cuando ya no podía pagar, y pronto se vio entre los indigentes punyabíes de las calles de Southall.

—Vivo con unos amigos estupendos —ha mentido Jas—. Muy buena gente, muy amable.

Su padre murmura con aprobación.

—Dentro del sijismo, el gurú nos enseña que acabamos siendo como las personas con quienes compartimos nuestro tiempo —ha dicho.

«Cuán cierto», ha pensado Jas. Cuando llegó a Southall, él era el único indigente que no se chutaba. Pero te rodeas de otras personas y quien no fuma heroína no tarda mucho en engancharse. Es la naturaleza humana. Especialmente si en la calle está nevando. Nunca ha podido hablarle a su padre del cuarto de las basuras, de las drogas y las ratas, de su ocupación diaria: robar.

Temblando en la oscuridad de su celda-basurero, no puede evitar que le abraza la culpa. Así

que aprieta los dientes y se concentra en la forma de robarle el teléfono a Kam, que es lo único que ahora importa.

Resulta irónico, pero ayer mismo consiguió una papelina. Dejó tranquilamente el polvo de caballo apoyado en la rodilla, en su bien doblado envoltorio de aluminio. No podía esperar a prenderlo, a ver cómo empezaba a licuarse y a correr, a quemarse hasta ser escarabajo, a adquirir el color de la Coca-Cola. Cuando lleva demasiado Manitol, se vuelve parduzco y rojizo y no te coloca. Ese matiz rojizo quiere decir que el camello se ha burlado de ti. Te ha tangado. Básicamente, has comprado mierda. Algunos compran Manitol y se colocan, pero es una estupidez. A veces no es muy puro, pueden haberlo cortado y mezclado con bicarbonato de sosa. Los traficantes reciben la heroína en buen estado, pero luego la manipulan. Le añaden Manitol para que se licue, si no, permanecería sólida y no se movería de su sitio, de sus cincuenta centímetros cuadrados de papel de aluminio, y se carbonizaría.

Se volvió hacia la izquierda buscando no una caja de cerillas, sino una sola cerilla.

A veces, algunos amigos han retocado la heroína. O se han hecho con recetas para obtenerla. Ingieren un comprimido de Naltrexona, que bloquea el paso de los opiáceos al organismo, pero una caja de doce comprimidos... ¿quién tiene paciencia para terminársela? La metadona tampoco sirve. Al Estado le encantaría tener a todos los yonquis metidos en parques de metadona. Es tan barata... La inventó Hitler para mandar a sus tropas a misiones suicidas.

—¿Tienes una cerilla? —preguntó ayer a Kam.

No hay en toda Gran Bretaña mejor sitio para mercar drogas de primera clase a poco precio que Southall. Ha tenido amigos que han muerto entre sus brazos porque la heroína de Southall es demasiado fuerte. Una papelina de 0,3 gramos de caballo solo vale diez libras, y 0,6 gramos cuestan veinte libras, pero te pueden timar y que resulte que solo sean 0,4. Puedes comprar «una de cada», una bolsita de jaco y otra de farlopa, una de burro y otra de perico, por veinte libras. Diez libras de *crack* bastan para dos o tres chutes: un subidón de quince minutos y luego te vas fumando la heroína poco a poco el resto del día para capear el bajón.

—Ahí, a tus pies —le respondió Kam—. ¿La ves?

Bajó un centímetro la rodilla y el aluminio se deslizó hasta el suelo. Intentó cogerlo, pero... demasiado tarde. Palmoteó el aire mientras el polvillo se desvanecía en una fina nube. Para un yonqui es como quedarse fuera de casa con las llaves dentro. De idiotas. Echó la cabeza hacia atrás con un grito ahogado de desesperación. Y ahora han pasado veinticuatro horas y no se ha metido nada en el cuerpo. Kam ya está tranquilo. Tal vez sea el momento de entrar en acción.

—¿Kam? —inquire, probando. Oye los leves ronquidos de Kam. Se arrima para comprobar si ya está colocado. Por precaución, chasquea los dedos cerca de su cara. Luego mete con cuidado la mano en el saco de dormir y busca el móvil. Supone que Kam lo custodia entre los muslos. Introduce el brazo hasta el codo y palpa suavemente el estómago de Kam en busca del duro bulto de la carcasa.

Kam gruñe y gira sobre el otro costado.

Jas gira con él y luego saca el brazo y se vuelve a tumbar de espaldas. «Si robas a alguien muchas veces, te conviertes en un paria», piensa. La noche será larga y dura.

Se levantan antes de las seis. Otro miembro del grupo se marcha a trabajar. Kam no puede correr

más riesgos, Jas sufre del mono cada vez más. Se dirigen al templo a las siete y media para desayunar.

El *gurdwara* es una fortaleza de mármol y granito. La cúpula dorada se eleva hacia el cielo como si flotara entre nubes. Los turistas atestan las aceras sacando sus cámaras con asombro. Gurdwara Sri Guru Singh Sahba es el mayor templo sij de Europa y costó diecisiete millones. Jas se fija con ansia en las caras Nikon y en los bolsos de hombre de pulida piel. Luego Kam y él suben lentamente la reluciente escalinata de mármol y entran en el primer vestíbulo.

Jas casi espera que algún adepto se acerque y les cierre el paso. Cuando van muy colocados, les niegan la entrada. Si huelen a alcohol, les sacan la comida a la calle. Se paran ante la puerta, se descalzan y dejan las botas en unos zapateros de madera.

—Este sitio recibe medio millón al mes en donaciones —dice Kam.

—¿Y eso? —pregunta Jas.

—Un día de oración. Tres días de oración. Donan dinero para que recen por ellos en los reservados de cristal de arriba.

Cogen unos trapos de color naranja de un cubo grande y se los ciñen cuidadosamente a la cabeza. Cruzan a continuación unas estancias de mármol hasta llegar a la gran sala. Es colosal y puede acoger a tres mil fieles. Largas y estrechas filas de alfombras se extienden ante ellos hasta las mesas donde sirven el *langar*. Hombres y mujeres se sientan a comer en las alfombras. Cogen una bandeja metálica con compartimentos y se ponen a la cola. Viejos sijs con turbante ofrecen sin decir palabra platos tradicionales indios: chapatti, lentejas y patatas con especias, y de postre, sémola dulce y yogur. En tazas de plástico marrones les dan agua y té. Los que sirven la comida son voluntarios.

Jas y Kam sienten demasiada vergüenza para subir a rezar a la primera planta. Un buen sij debe ir limpio, llevar ropa interior limpia y su mente debe estar limpia y pura. La limpieza es uno de los principios más firmes del sijismo. Jas y Kam están sucios y huelen mal, tienen la sangre contaminada por drogas duras. Se van con la comida a un rincón oscuro, detrás de una columna, y la engullen de cara a la pared. Cerca, también comiendo, también de cara a la pared, Jas divisa a un compañero ladrón.

—Voy a saludar a Vijay —dice, y se levanta—. Luego quiero probar suerte en Tesco.

Vijay lo ve acercarse y lo mira sin dejar de comer. Es el ladrón más prolífico de Southall. Luce una enorme barba negra y su pelo es recio y rebelde, como el de un capitán pirata. Vijay y Jas eran como hermanos, pero se pelearon a consecuencia de un robo. En otra ocasión, Vijay se llevó debajo del brazo diez abrigos de señora del TK-Maxx. Sonaba la alarma, pero él salió tan pancho. El guardia de seguridad registró a otro tío. Lo cierto es que al guardia le dio pena su hermano sij e hizo la vista gorda.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Jas—. Tengo un mono que me muero.

—Vamos a pillar unas botellas a Tesco —dice Vijay, acariciándose la barba.

—¿Cuánto?

—Quinientas libras.

Jas lo mira con escepticismo. A Vijay le molesta que dude.

—Mira, la última vez el jefe de seguridad me preguntó cómo lo hice y me sugirió que les diera algunos consejos. Hablaba de defectos del sistema, pero la verdad es mucho más simple. —Le enseña una mano a Jas—. Mira, Vijay tiene unas uñas increíblemente fuertes. Arranco todas las

etiquetas. Nadie más puede.

—Así que esta vez te van a ver venir.

—Esta vez será distinto. Vamos a ir tres tíos.

—¿Tres? ¿Y eso?

—Un tío llega con una mochila. Se coloca bajo una cámara de seguridad y otro tío llena la mochila de botellas. La cámara lo ve todo. Eso alerta al seguridad. Pero a la vuelta de la esquina está esperando un tercer tío con un carrito y unas bolsas de Tesco vacías. El tío de la mochila descarga las botellas en el carrito y luego, simultáneamente, el carrito y el cebo salen por la puerta al mismo tiempo. Los de seguridad cogen al tío de la mochila.

Parece buena idea. Quedan para después y Vijay se marcha del templo.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Kam.

Jas se pregunta si estaría despierto cuando intentó quitarle el móvil. ¿Notó que metía la mano en el saco de dormir?

—Tesco —contesta Jas, masticando su chapatti. Decide no contarle a Kam la táctica de Vijay —. Tienen esas enormes tabletas de chocolate. Puedo venderlas por cincuenta peniques en las tiendas de Broadway.

—Pues tendrás que sacar veinte tabletas —dice Kam, nada impresionado.

—No hay problema.

Jas se pregunta si podría pasar unos días vendiendo droga para salir del apuro. Recuerda un periodo de quince días en que trabajó de camello para los somalíes. Le pagaban cuarenta libras al día. Vendió treinta y seis papelinas y les consiguió trescientas sesenta. Pero todos llevan navaja. Se aburren, no tienen cultura, se pulen los beneficios para no tener que trabajar. Todos fuman mierda. El último día de los quince le robaron a él.

Una figura solitaria les observa como un centinela.

Desde una mesa, un hombre los mira fijamente mientras bebe un vaso de agua. Lleva el turbante como si fuera una corona, es un orgulloso embajador de su fe. Luce una barba impoluta, su daga, el brazalete de hierro..., las cinco kas de los sijs. «Oscuras fuerzas acechan y debilitan a nuestro pueblo», piensa al ver a aquellos desgraciados chicos encorvados. ¿Cómo es posible que esos punyabíes de poco más de veinte años, con toda la vida por delante, terminen así, durmiendo en la calle, adictos a las drogas duras?

El observador recuerda que en los años noventa, cuando él iba a clase en Southall College, nunca vio tomar drogas a ningún sij. Sí se dio cuenta de que en el barrio se abrían más licorerías cada vez, a medida que los sijs se iban pareciendo más a los británicos, una nación de bebedores. Se levanta y se acerca a saludar a Jas y a Kam. Llevaba semanas sin verlos.

—¿Qué tal estáis, chicos?

—Bien. Hola, Hardeep.

Recuerdan su nombre.

—¿Dónde estáis durmiendo ahora?

—En un cuarto de la basura de Havelock.

Hardeep intenta cerrar las aletas de la nariz al olor que desprenden Jas y Kam. Kam cabecea ligeramente como si tuviera sueño. Lleva tiempo trabajando con adictos e indigentes, pero nunca ha visto a ninguno con turbante, porque un sij honrado y practicante nunca caería tan bajo. Los sijs de la última generación son diferentes. Conocía a otro ya mayor, Singh, que vivía en un garaje

abandonado. Decía que tenía trabajo, pero lo perdió y su casero lo echó a la calle. Le dieron la renta de un mes, suficiente para volver a levantar cabeza. Pero es más fácil lograr que dejen la heroína que la Special Brew o bebidas más fuertes.

—Tenéis que ser valientes —le dice a Kam mirándole fijamente a los ojos—. Nuestro gurú nos enseña a tener coraje y a mantener el ánimo, porque, por la gloria de Dios, algún día veréis el brillo de la libertad. —Señala con el brazo el atrio del *gurdwara* y un retrato que cuelga en la pared. Kam desvía la mirada a las mesas donde sirven la comida, luego se fija en el enorme retrato de un santo sij, Sant Jarnail Bindawarra—. Recordad cómo luchó Jarnail por nosotros y nos enseñó a plantar cara a la opresión.

Hardeep busca los ojos de Kam, pero solo ve sus párpados, relucientes y entrecerrados.

—La India nos prometió independencia, pero la Constitución dice que todavía somos hindúes. Invadieron nuestro lugar más sagrado, asesinaron a sijs ancianos y jóvenes. Y la prensa india guardó silencio.

—Sí, es verdad —replica Kam—. La situación es cada vez más grave.

—Mi padre siempre dijo que el Punjab es la zona más rica de la India —interviene Jas—. Pero los pesticidas han envenenado la tierra. La juventud no tiene trabajo.

Hardeep asiente con tristeza. Esos chicos debieron de soñar que emigrando a Inglaterra todo iría mejor. Intenta ayudarlos a ponerse otra vez en pie, pero los viejos que dirigen el templo viven con la cabeza bajo tierra. Se ocupan antes que nada de las mujeres. Para su generación, los yonquis son una vergüenza y no les dedican tiempo. Jas y Kam tienen demasiado miedo a regresar al Punjab, a decirles a sus padres que la han jodido. Sabe de un chico que abochornó a sus padres por fumar drogas en su cuarto con catorce años y fue desterrado de por vida a las calles de Southall. La familia sintió que había caído en desgracia y volvió al Punjab, lo prefirió a vivir con el estigma de un drogadicto. Cuando él era joven, los niños fumaban tabaco, luego, hacia 1994 o 1995, los alumnos de su colegio empezaron con el cannabis. Ahora, en Southall y en el Punjab el problema de la droga se ha generalizado.

Y ese problema es el causante de la aparición de bandas musulmanas y sijs como los Holy Smokes[10] o los Tuti Nuns. Estalló aquella bomba de metralla en un pub de Lady Margaret Road y nadie dijo nada, pero fue sin duda por un asunto de drogas. Luego organizaron un concierto con Dizze Rascal para protestar contra las armas de fuego y en el Tudor Rose un tipo disparó desde los reservados y mató a dos chicos jóvenes. Ahora el Tudor Rose está cerrado, tapiado con tabloncillos. Pero la juventud gana dinero con la droga. En el mural de los pandilleros de la policía ha visto treinta fotos.

—¿Por qué no los detenéis? —preguntó un día.

—El papeleo —le respondieron.

El gobierno dice que son ilegales. Si no dejan las drogas, les recortan las ayudas. Hardeep seguirá ayudándoles por motivos humanitarios tanto si tienen permiso de residencia como si no.

—¿Se acuerda de Dick Whittington? —dice Kam arrastrando las palabras, soñoliento—. Vino a Inglaterra porque oyó que en Londres las calles estaban asfaltadas con oro. Pero al llegar, lo abandonaron entre ratas. Luego apareció un gato mágico, mató a todas las ratas y lo salvó.

Hardeep frunce el ceño y los vuelve a mirar con detenimiento. Son tan jóvenes..., apenas más de veinte. ¿Cómo acabará la historia de Kam? Asiente mirándolos a ambos, como si comprendiera que se trata de un chiste privado.

—Y —dice Kam por fin— ¿dónde está el maldito gato?

Jas se ríe agachando la cabeza como un idiota. Hardeep resopla por la nariz. Es hora de irse. Ya no dicen más que tonterías. Les ofrece la mano con calidez.

—Intentaremos ayudaros —repite—. Rezaré por los dos.

Se aleja y sube por una escalera de mármol que hay junto a una vidriera alargada. La luz entra por las banderas de color azafrán que tremolan sobre un cántaro del agua bendita del *amrit*, el bautismo sij. En el agua hay una espada de doble filo. Durante la oración, la esgrimirán y traspasará el agua una y otra vez, introduciendo en ella el rezo que la hará sagrada. A la puerta de la sala de oraciones, Hardeep junta las manos, hace una reverencia y coge un reluciente cuenco de arroz integral. Se dirige hacia el altar donde un hombre santo agita una gran pluma de lado a lado. Ojalá esos chicos indigentes pudieran ver todo aquello. Pero se sienten demasiado avergonzados para subir a la planta de arriba.

Jas y Kam salen del templo y vagan por las calles. Kam desaparece en una tienda de King Street para vender el móvil. Luego buscarán a los camellos para colocarse. Jas espera fuera. Confía en el plan de Vijay para robar en Tesco. Al poco ve a Vijay al otro lado de la calle. Lo rodean cuatro policías de uniforme que le están registrando los bolsillos. Vijay parece terco y desgraciado a la vez.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —le pregunta uno de los agentes a voces para que le oiga toda la calle. De los cuatro policías, dos son mujeres muy jóvenes. Llevan portapapeles y observan detenidamente a Vijay sin dejar de pasar la lengua por los dientes.

—¿Cómo ha acabado esto en tu bolsillo? —pregunta el otro policía bruscamente.

Jas sigue caminando, busca a otros yonquis, quiere ver en qué andan metidos. Todos los yonquis se conocen y conocen también sus vidas. Cuando Kam se reúne con él, divisan a Tony, un blanco con iris azul cielo y pupilas como puntas de alfiler. Tony recibía asistencia social en Gloucester. Tiene veinticuatro años y en Hammersmith una novia de quita y pon que trabaja fabricando software. Siempre soñó con ser padre, pero ella perdió el niño bien avanzado el embarazo y luego tuvieron otro que sí nació pero murió de leucemia al poco tiempo. Tony es culto, amable, incluso cordial. Pero el caballo desordena sus pensamientos y, mientras habla, los detalles se confunden en su cabeza. Su novia dice que, si deja la droga, podrá recuperar el negocio de limusinas que en tiempos dirigía. Pero ¿tiene novia? Nadie está seguro. Lo que Jas sí sabe es que todos los yonquis tienen un plan para dejarlo. En cuanto a Tony, si puede llegar a Perivale, dispone allí de una habitación donde puede quedarse pagando diecinueve libras a la semana y donde podría pasar los tres días. Pero solo un conductor de la línea 607, la que lleva hasta Uxbridge, le deja subir sin pagar al autobús cuando no están los inspectores. Así que siempre le espera.

La pareja pasa junto a unos sijs ancianos de blancos bigotes y azules turbantes y ante escaparates con chabacanos saris rosas y púrpuras con lentejuelas. Música *bhangra*, olor a especias. Un joven asiático con trencitas en el pelo, barba corta y erizada se pasea con los vaqueros por las nalgas enseñando unos calzoncillos grises. Joyerías de descuento con baratijas doradas junto a un salón de belleza con un enorme letrero plateado: TULIP. Kam anda con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, con la boca abierta, mira al cielo con ojos estrábicos.

En la esquina de Havelock Road unos yonquis observan embobados una reunión de palomas. Uno tiene los brazos en cruz. Imagina que ha sido él quien ha pastoreado a esas aves hábilmente y

logrado que se concentren en un círculo tan pequeño que unas se suben encima de otras. Un guapo paquistaní de unos treinta años saluda a Kam con una inclinación de cabeza. Ha empezado a dejarse una barba muy poblada y conversa con unas chicas muy bonitas mientras revuelve distraídamente unos dibujos. Los vende por las cafeterías y restaurantes, no porque quiera dedicarse a la pintura, sino porque así consigue el dinero suficiente para comprar caballo. Kam, claro está, conoce su historia, sabe que fue a un instituto de renombre en Slough y luego a la universidad para estudiar Informática, y que cuando se divorció empezó a tomar heroína. Culpa de los derroteros de su vida a su mujer, que le impidió y le impide ver a su hija. Vive con sus padres y les ha jurado que no toma drogas. Deben de estar ciegos para no darse cuenta. Porque se ha convertido en un hombre en caída libre... y nada más. Dentro de unos seis meses dormirá con Kam y Jas en el cuarto de la basura.

Una docena de incansables adolescentes somalíes ha plantado su mercadillo de venta de droga en la entrada del parque, a unos metros de Tudor House, una mansión medieval con fachada de vigas negras transversales que alberga un centro social. Uno hace guardia junto a un alto monumento de granito conmemorativo de alguna guerra que lleva el lema: «En agradecimiento sincero a aquellos jóvenes que dieron la vida por su país». Jas espera allí con impaciencia. Cuando Kam se acerca a los camellos, una potente cámara oculta en una farola cobra vida. Se activa el zoom y se centra en él, lo sigue en su avance por el prado y transmite la imagen, con mucho grano, a una pantalla de televisión ante la cual, en una sala del tamaño de una taza de café, hay un agente de policía que supervisa esa y otras cinco pantallas. Es la primera planta de la comisaría de policía de Southall. Un oficial de uniforme le indica con una vara que fije la cámara en Kam.

—Indio, categoría 4, varón, uno setenta y cinco, sospechoso de consumo, chándal azul marino. Se acerca a la zona —dice.

Las pantallas muestran las tomas de varias cámaras de televisión distribuidas por todo el barrio. El oficial se afloja el cuello de la camisa. Hace calor y falta el aire en el cuchitril, pero no permite que su mirada se distraiga. Saborea su cometido. Es el principal OP —*Observation Point*, Punto de Observación— de la operación de vigilancia que está en marcha. Le ha parecido oír un murmullo de interés en el informe matinal mientras detallaba la misión con una presentación en PowerPoint. Los objetivos de la fase inicial son consumidores como Jas y Kam. Su descripción de Kam llega a tres coches de policía camuflados y a otros vehículos con agentes uniformados apostados en puestos estratégicos alrededor del mercadillo de los camellos. Agentes de la secreta se valdrán de los detalles para seguir al objetivo a pie. Lo harán un par de manzanas y luego unos policías de uniforme se acercarán a Kam, le abordarán y le registrarán. A continuación, tras encontrarle una papelina encima, le detendrán por posesión. Cuanto mayor sea el número de consumidores que detengan, más pruebas habrá contra los traficantes, o eso reza la teoría. OP mueve el cuello. Quiere interpretar bien su papel, que, decide, es comentar la operación en directo, como si fuera un locutor. Kam, observa, aligera su pesado caminar cuanto más cerca está de su merca de media mañana.

—Camina con un muelle en las piernas —dice OP. Sus palabras suenan en los disimulados auriculares de tres detectives, dos mujeres y un hombre, que esperan a dos calles de allí, en un Mondeo destartado aparcado junto a otros coches en una manzana de naves industriales.

—Mierda —maldice la detective que está en el asiento trasero cuando una interferencia le

perfora el tímpano.

Kam se fija en la amistosa relación de los camellos entre sí. No es nuevo para él. Su forma de abrazarse, chocar los puños, cogerse los antebrazos... Algunos dan vueltas en sus bicis de montaña muy despacio. Hay también un chico bajo, fornido, con pantalones grises por la cadera y deportivas negras. Kam se vuelve para alertar a Jas.

Es Troll.

Capítulo 8

El verdugo

Jas se queda helado. Los camellos le miran ceñudos, con cara de pocos amigos. Troll está hablando con un amigo que hace equilibrios sobre los pedales de su bici. Se interpone en su visión de Jas un enorme paraguas de propaganda de Ricoh bajo el que parece un enano. Una seta gigante. Si lo mira, verá a un yonqui que le debe la droga que le vendió hace cuatro días. Jas sabe qué les ha ocurrido a otros. Sabe de las palizas, los bates de béisbol, los martillos. Troll tiene fama de brutal: catorce condenas a sus espaldas. Bajo su infantil apariencia es un guerrero cruel, un pequeño hombre de acero. Tiene catorce años, pero se rumorea que ya ha matado a un hombre. Sin esperar a Kam, Jas da media vuelta, se confunde con la multitud y desaparece por una calleja dejando a su amigo solo entre los camellos y Troll, y bajo el ojo vigilante de la policía de Southall.

—Llévame —dice Troll al amigo de la bicicleta.

Por un momento parece un chico cualquiera pidiendo un favor. No tiene la frente amplia, los rasgos suaves y elegantes de algunos somalíes. Es hosco, achaparrado, y tiene la piel muy oscura y el cabello espeso y rizado. Un peso muerto agacha ya su cabeza por debajo de los hombros. Cuando habla, casi no se le escucha. Nunca sonrío. Su actitud encaja bien entre los Peques y los Jóvenes, que la toman erróneamente como amenaza. Solo su madre ve al tímido adolescente que nunca le había levantado la voz hasta hace dos semanas, cuando le pidió de mala manera dinero para tabaco. Lleva ropa discreta y no exhibe la presunción y arrogancia de otros aspirantes a jefes de banda.

Está en décimo, el cuarto curso de la enseñanza secundaria, pero su inglés sigue siendo primario. Vivarachos asiáticos de trece años refunfunan y dan cabezazos en la mesa mientras él responde al profesor lenta y torpemente. Pero solo se burlan una vez. En el recreo los busca y desata su furia y violencia. Hay cinco niños demasiado asustados para volver a clase. Un profesor lo llama doblando el dedo índice. Troll reconoce un insulto reservado a los perros en Somalia y se siente menospreciado. Retrocede y mira colérico al profesor.

—No se meta conmigo —le amenaza entre susurros.

Su madre sigue limpiando la casa, preparándole la comida, esperándolo a las tres y media, sin saber que también tendría que asistir a las reuniones con el profesor, ayudar con los deberes y comunicar regularmente los progresos de su hijo.

Del colegio llegan advertencias formales. Se las da a Troll para que traduzca. Hablan de lo violento que es, de que otros alumnos le tienen miedo y no van al colegio. Si las agresiones continúan, será expulsado definitivamente. Le lee a su madre en voz alta: «Su hijo es el mejor de la clase. Hacía mucho tiempo que no veíamos a un chico tan bueno. Da gusto enseñarle». La mujer se alegra tanto que empieza a aplaudir.

Durante meses no sabe que lo han expulsado de la clase y ahora pasa las mañanas con otros

dos chicos conflictivos en un aula minúscula y sofocante donde el radiador siempre está ardiendo. Es un alumno marginado. Le ponen un psicólogo y un logopeda. Pero en el recreo y en los pasillos todavía recurre a la violencia para resolver sus problemas. Finalmente le dicen que es su último día, que no vuelva más.

Los chicos salen en fila del colegio. Troll se abre paso a empujones, arrastrando los pies, con enfado. Se fija en los coches que esperan. Ve a un chico que blande una máscara pintada. Otro juguetea con un MP3 nuevo. Miran con una sonrisa a sus padres, que les preguntan qué tal les ha ido el día y luego les acompañan al coche haciendo sonar las llaves. Troll los observa mudo. A él no le espera ningún familiar. Ganduleando junto a su coche, con camisetas de diseño y gruesas sortijas de plata, están lo que más se le parece: los Viejos.

Troll se fija en Alí, un Viejo que también procede de Somalia. Está apoyado en su Golf negro, un coche que por dieciséis mil libras sí se puede permitir un pandillero que quisiera un Audi A3 pero tiene que conformarse con alquilarlo. Lleva una larga chilaba blanca de algodón, y no porque las prendas de estilo árabe hayan desplazado al *sarong macawii* somalí, o porque su madre quiera que vaya vestido como un buen musulmán, sino porque con una chilaba es menos probable que un cuerpo de policía en el que predominan los agentes de raza blanca le registre que cuando lleva su sudadera negra Nike Jordan con capucha. La música *grime* atruena a través de la ventanilla abierta del Golf. Saluda con un gesto a Troll, que se acerca con paso firme, enfadado: su pequeño soldado de pies planos, su gallina de los huevos de oro, su hombre de acero. Alí siente alivio al comprobar que Troll sigue siendo un solitario sin mentores ni amigos entre profesores o alumnos.

Pero una bonita muchacha asiática lo saluda. La chica sabe que a Troll le interesan los móviles, así que le enseña la funda de aluminio de su nuevo Nokia N97. Troll parece incómodo con tantas simpatías. A la mayoría de las chicas les molesta su limitado inglés. La chica saluda de nuevo y se aleja con sus amigas.

—¿Quién es esa? —pregunta Alí, muy serio.

—Está en mi clase.

El Viejo pone cara de sorpresa.

—¿A quién le importan las tías, tío? Las tías son para montárselo. D-P-P-D: el Dinero Primero, las Putas Después.

—Se llama Geeta.

—Lo que tú digas. Ten cuidado, tío. Las tías guapas son un cebo. ¿Entiendes lo que quiero decir? Te va a mirar con una sonrisita, con esa miradita, con ese flequillo... Te va a preguntar si te apetece dar un paseo por el parque, solos los dos. Y cuando llegues..., emboscada: diez tíos con bates de béisbol y cuchillos y toda la hostia. Perderás la vida. Por pensar con esto —concluye Alí, agarrándose el paquete.

Troll le mira con suspicacia. Duda de que Geeta sea así, pero no dice nada. El Viejo se da cuenta de que no le ha convencido. La música del coche se oye en toda la calle: «Frisky», de Tinie Tempah.

—¿Te acuerdas de aquel chico, Shakilus, que salió en los periódicos, el que apuñalaron en Thornton Heath? Su preciosa chica-trampa le preparó una emboscada. Se lo llevó a dar una vuelta en autobús. Y todo el tiempo mandaba mensajes a la otra banda: ya llega, ya llega. Y cuando llegó, un montón de tíos le acuchillaron. Le jodieron tanto que lo mataron.

Troll barre el suelo con el pie, mira a lo lejos. Geeta ya va por la esquina. El viento revuelve

sus cabellos. Se tapa la boca y grita con sus amigas leyendo el mensaje de texto que acaba de recibir una de ellas. Troll ha oído que un Viejo somalí recién salido del centro de menores de Feltham se enamoró de una muchacha paquistaní y decidió dejar las calles por ella. El padre de la chica le dijo que no era lo bastante bueno para ella porque no tenía estudios, así que se matriculó en un curso y lo pagó por seis mil libras en efectivo del dinero que había sacado de la droga. Imagínate..., un buen puñado de libras que tanto cuesta ganar, tiradas a la basura por culpa de una chica.

—Nosotros utilizamos a las tías —dice el Viejo tranquilamente siguiendo la mirada de Troll—. Cuando un camello anda por ahí presumiendo y haciendo dinero de verdad, le ponemos a una tía para que lo vigile. Se hace amiga suya y, cuando descubre dónde guarda el otro la pasta, le prometemos una parte y vamos, echamos abajo la puerta, le destrozamos la casa al tío y nos llevamos todo.

—¿Sí?

—Claro. Si es lo bastante idiota para dejar que una tía entre en su casa y decirle dónde esconde el tesoro, merece que le roben.

«Parecen frías como el hielo las tías», piensa Troll. Lo mejor será mantenerse alejado de Geeta.

—Ya, claro, ¿a quién le hace falta una tía? —dice, encogiéndose de hombros—. D-P-P-D.

—Exacto —replica Alí con satisfacción. Por lo menos el mensaje ha calado—. Lo mejor es ganar tu pasta y hacerte millonario.

Alí consiguió que Troll empezara a vender droga. Los chicos empiezan jóvenes, sin quitarse el uniforme del colegio, en las escaleras de un bloque. Los Viejos les obligan a estar todo el día, de la mañana a la noche, para que no se despisten. Cuando llevan una semana, encargan a alguien que les robe para que tengan una deuda que devolver. Y ya están enganchados para siempre. Si su madre acude a la policía, van a por ella. A veces la violan. Cuando Troll empieza a ganar dinero, hace paquetes de cien libras con una goma elástica y los guarda en un baúl metálico al que solo se puede acceder por un agujero del tabique de su habitación. En ese baúl vino toda su ropa desde Somalia. Ahora está casi lleno. Cuando sea Viejo, sabrá en qué quiere gastar sus ahorros. En Mogadiscio su familia no tenía a nadie en el extranjero que les mandase dinero y eso les hacía vulnerables. Todo lo que tenían estaba a disposición de quien quisiera cogerlo: un coche, un caballo, un saco de comida.

Cuando Troll tenía ocho años e iba con su hermano, un todoterreno aparcó a su lado. Le habían serrado el techo para montarle una ametralladora. Un hombre con uniforme de faena se colocó las gafas de sol en la cabeza y le miró.

—¿Dónde anda tu padre? —preguntó, encendiendo un cigarrillo. No esperó la respuesta. Sabía que no estaba allí—. Seguro que ahora eres tú el hombre de la casa —añadió fijándose en la ropa de Troll— y que eres tú el que cuida de tu madre.

Le pagaría solo por llevar armas de un sitio a otro, le dijo. Primero le dio un látigo. Luego un fusil de asalto ruso AK-47. Colegios no había, excepto una escuela privada en el centro de Mogadiscio. La guerra civil había supuesto el adelanto de las vacaciones de todos los niños. Ahora Troll tenía que educarse por su cuenta y entre hombres. Le pagaban veinte libras a la

semana, y parecía un buen trato. Le obligaban a él y a otros niños a ofrecerse voluntarios.

Se sentaba en la trasera del todoterreno, que volaba sobre los baches en dirección a Mogadiscio. Las edificaciones blancas de una sola planta de la ciudad se iban alejando. Pronto se encontraban en campo abierto y entre árboles delgados, recios, sin hojas. El campamento consistía en dos tiendas de campaña hechas con plásticos. Ardía una hoguera hecha con cardos. El instructor era un hombre de piel tostada del Cáucaso con cicatrices en una mejilla y algunos dientes rotos. Se dirigía a los niños en árabe y en inglés. Les enseñaba a sacar el cargador, comprobar el percutor, desmontar y montar su fusil.

—Ahora hacedlo con los ojos cerrados —les decía. Ellos colocaban las piezas cuidadosamente sobre la arena. Cuando Troll cogió el arma, llegó el hombre y con dos fuertes patadas le separó los pies para que distribuyera mejor el peso y adoptara una postura más estable. Pero cuando apuntó por la mirilla, a Troll le temblaban los brazos y el horizonte subía y bajaba.

—Tumbado, con la tripa pegada al suelo —ordenó el instructor—. Separa las piernas y sostén el arma sin que se mueva.

El hombre señaló una fila de objetos metálicos que despedían destellos bajo el sol a unos veinte metros de distancia. Troll apretó el gatillo y sintió el golpe de la culata en el hombro. Cerró un ojo y apuntó. Los objetos salían disparados a medida que les iba acertando. Hacía calor, cuando terminaron estaba cubierto por una fina capa de polvo de barbilla para abajo.

Volvieron y le apostaron en un cruce cerca del mercado para observar a las personas cuando bajaban del autobús. Los hombres que llevaban pantalones largos como en Occidente o fumaban cigarrillos eran señalados y azotados. Todo aquel que hablaba con una mujer que no fuera su hija o su mujer era apartado.

Dos soldados subieron al autobús cuando paró y sacaron a un adolescente varios años mayor que Troll. Los pies del chico dejaron al arrastrarse dos largas y sinuosas huellas en la arena.

—Ven con nosotros —ordenaron los hombres a Troll. Rasgaron la camisa del chico y le ataron a un árbol. Luego le ofrecieron el látigo a Troll. Troll miraba la espalda arqueada del chico, sus costillas y los apretados bultos de las vértebras bajo la piel. El látigo penetraba en la espalda con un chasquido seco como el de una rama al partirse. Luego le pusieron la camisa al chico y le dieron un cigarrillo. Se quedó colgando de su boca como si fuera baba y cayó sobre la arena.

—Eres un auténtico soldadito —le dijeron los hombres. Estaban satisfechos. Troll seguía sin saber qué había hecho el chico. Tal vez llevara ropa poco apropiada.

Un día lo llevaron a una granja y le dijeron que apuntara a los granjeros con un fusil.

—Tienen que creerte capaz de apretar el gatillo —le dijeron—. Si no te temen, no tendrás ningún poder sobre ellos.

Observó que a los guerreros mayores les dejaban sacar a los animales, no tocaban sus tierras, sus casas, nada. Su madre empleaba parte de sus ganancias semanales en comprar una bolsa pequeña de sal, arroz, espaguetis, verduras y carnes en conserva. Él se compraba un solo cigarrillo. Se convirtió en el hombre de la casa.

—Espero que no estés haciendo nada malo —le dijo su madre.

Somalia se desintegraba, era un caos. Pero los hombres observaron lo valiente que era Troll y le dijeron que tendría que combatir a su lado. Fueron al centro de Mogadiscio, donde los edificios se caían a trozos y los muros estaban llenos de orificios de bala.

—Si ves a un hombre con un arma, le disparas —le dijeron—. Si no lo haces, te matará.

De modo que cuando estaban apostados detrás de un muro, oyeron disparos y salieron corriendo en busca de refugio. Troll tropezó y se arañó las manos con unos cardos. El polvo y la arena se le metieron en la herida. Volvió la cabeza para ver con qué se había tropezado y vio un cadáver. Se acordó de la instrucción y siguió disparando atento, con los ojos bien abiertos.

—Estoy cansado —dijo a los hombres.

—Toma esto —dijeron ellos, y le dieron unas píldoras blancas y un puñado de hojas de *qat* para que las mascara—. Por la noche te convertirás en hombre-hiena y pelearás con furia.

Esa noche estuvo excitado y no necesitó comer. Concentrarse en la lucha le resultó fácil. Los hombres quisieron que combatiera cuarenta y ocho horas seguidas sin interrupción. Estaba lleno de confianza, como si de verdad estuviera dotado de los especiales sentidos nocturnos del hombre-hiena.

Un día, cuando todavía tenía ocho años, tomó parte en un enfrentamiento con armas de fuego en una calle derruida. Un hombre con sandalias y *macawii* corría hacia él sin dejar de disparar. Troll apretó el gatillo. Vio caer al hombre y que no se levantaba. Cogió su fusil y salió corriendo. Oía a los otros persiguiéndole, pero él era más rápido y más ligero. Esa noche no cruzó palabra con su madre, se quedó en la cama, temblando. Por la ventana veía la negra silueta de los delgados árboles recortándose contra las hebras rojas del cielo.

—¿Cuándo nos vamos? —le preguntó a su madre a la mañana siguiente.

Todo el mundo intentaba marcharse: a Kenia, Etiopía, Holanda, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos. Europa era como una fortaleza que los somalíes no podían asaltar. Pero su madre seguía intentándolo, preguntando en todas partes.

Finalmente averiguó que podía pedir asilo en el Reino Unido si se hacía pasar por etíope. Le dijo a Troll que le esperaba una vida mejor, que vivirían en Londres solo hasta que en Somalia la situación se tranquilizase.

—Todo somalí sueña con el día de regreso a su país —le dijo con orgullo.

Troll guardó en el pequeño baúl metálico toda su ropa y posesiones. Cuando llegaron a Londres, tuvieron que quedarse cerca del aeropuerto de Heathrow, en Golflinks, unos bloques de Hayes. Era una barriada dejada de la mano de Dios, pero al menos no era un poblado de chabolas ni había edificios reventados por las bombas. En el bloque había grafitis, cristales rotos, y por las noches se oían peleas y hasta disparos. Era el año 2005. Troll tenía diez años.

En el colegio, sus compañeros se burlaban de él enseñándole el *Daily Mail*, que publicaba con frecuencia noticias antisomalíes: «Cooperante extranjero secuestrado por piratas», o «Gorrón miente y consigue vivienda de protección oficial de cinco habitaciones», o «Banda somalí mata a una mujer policía cuando se dirigía al cumpleaños de su hija». Señalaban a los somalíes como conflictivos.

Troll aprendió muy pronto que, para sobrevivir en su bloque, tenía que unirse a la banda del barrio. Atracaban a los niños para poner a prueba su valor. Él era uno de los Jóvenes y tenía que ganarse sus galones. Unos chicos mayores le asaltaron en la escalera, pero él se defendió con virulencia.

Los Viejos siempre le esperaban apoyados en la pared del colegio cuando los niños salían como un ciclón al sonar el timbre. Le trataban bien. Le subían al capó del coche y charlaban con él. Allí pertenecía a su mismo clan, los hawiye, del sur de Somalia y Mogadiscio. Al igual que Troll, nació en una zona de conflicto, en una región sin ley.

Su madre se comportaba como si siguieran en Somalia.

—Te das cuenta de que tienes una madre somalí cuando te dice que apagues la tele y leas el Corán, que te quites el uniforme del colegio, te pongas una chilaba y reces cinco veces al día — bromeaba Alí—. Estamos buscando a un Joven como tú, que quiera ganar dinero —le dijo a Troll—. Tú eres el hombre de la casa. Nosotros siempre estamos buscando un buen soldado que quiera ingresar en los Grit Set.

Otra vez igual que en Mogadiscio.

Los Grit Set eran la banda del barrio. Sus rivales eran los MDP, Murder Dem Pussies, conocidos por adiestrar perros de pelea.

—¿Cómo son los MDP? —preguntó Troll.

—La hostia de letales, tío. Acuchillan a la gente por todo el barrio, tío.

—¿En serio?

—En abril rajaron a ese tío, Kizzle, en Hammersmith. Un tío brillante, tío. Se ha sacado unas diez asignaturas en los finales de secundaria... Había salido con su chica, Cookie, al centro comercial de Hammersmith Broadway. Un tío del barrio se burla de él, y él no lo quiere dejar correr aunque su chica le dice que mejor que se larguen, que lo dejen estar. Doblan la esquina y, ¡zas!, directo a la emboscada. Nueve tíos de los MDP. Navajas, martillos, de todo. Le echan los pitbull, le acuchillan. Lo matan, básicamente, y luego salen por patas. Están eufóricos, se ríen. Completamente locos... Los médicos de la ambulancia saben en cuanto llegan que no hay nada que hacer. Tiene una puñalada en el corazón.

—¿Y vienen por aquí?

—Sí. En septiembre estuvieron en Windmill Park. Cinco meses después de lo de Kizzle. Apuñalaron a un tío porque le habían robado el móvil a uno de los suyos.

Le contó la historia. Un grupo de unos veinte chicos de los MDP subieron a un autobús de la línea 207 y cazaron a Yasin, un estudiante somalí de veintidós años a las puertas del Windmill. Llevaban palos, cuchillos y cuellos de botella. «¡Eres un Grit Set! ¡Eres un Grit Set!», le gritaron. Le dieron tres cuchilladas en la cabeza. Yasin entró en coma y murió una semana después. Ni siquiera pertenecía a los Grit Set.

—Bueno, ¿y de dónde son? —preguntó Troll.

—De todas partes, tío: Southall, Willesden, Acton, Shepherds Bush y West Ealing. De todo el oeste de Londres. —Uno del grupo tenía doce años. El cabecilla, un Viejo, diecinueve.

Con doce años, Troll es ya un miembro activo de la banda. Había decidido tiempo atrás probar suerte con los hawiye. Le prometieron unas deportivas nuevas y ciento veinte libras al día. Los camellos le explican las reglas.

—Coge cuatro papelinas cada vez. Cuando te quedes sin ellas, cruzas la calle, entras en el Cambuulo y coges otras cuatro.

El Cambuulo es el restaurante donde guardan el alijo. Operan así porque conocen las directrices de la fiscalía: si te cogen con veinte piedras de *crack*, te pueden acusar de posesión y tentativa de venta, lo cual puede suponer una pena de dos años y medio de cárcel. Cerraron el Cambuulo por tráfico de *crack* hace algunos años, pero ha vuelto a abrir.

Troll no tarda en ser conocido en la policía por vender droga en la calle: otro chico que

defiende su territorio, que quiere demostrar lo duro que es.

Para entonces ha visto tantas armas que sabe que tiene que protegerse. Lleva desde los ocho años atracando a punta de pistola. Tiene buena puntería. Se tropieza con algunos somalíes que exhiben su violenta conducta como un emblema de honor. Sabe que ser temido le vale el respeto de los demás y una buena reputación. Hubo en un tiempo un código por el que nunca se atacaba a ningún familiar, por lo que todo Joven sabía cuál era su sitio. Pero ya no lo hay. Si atacas a una madre o una hermana, ganas jerarquía, demuestras que eres el tío más duro del barrio. Hay cabezas locas que mascan demasiado *qat*, que apuñalarían a alguien por una mala mirada. Ha visto en Somalia a hombres que pueden mascar *qat* y luego ir al trabajo o al cine. Pero en Londres los adultos no paran, están todo el tiempo colocados. Algunos tienen siempre los ojos como platos, dicen tonterías. Cualquier Viejo puede darte una paliza si eres Joven, así que tienes que buscarte un Viejo que te proteja.

Con catorce años tiene ya antecedentes penales inamovibles. Quiere graduarse del comercio en la calle. Disparar es un juego de idiotas. Poco dinero y muchas posibilidades de que te detengan. Recluta a su propio pelotón, compuesto por otros dos muchachos. Ahora gana cien libras al día y tiene acceso a una gran piedra de cannabis, como de un kilo de peso. Tiene un amigo asiático que puede conseguir material por valor de tres mil libras en diez minutos. Es medio paquistaní y medio afgano. Los demás Viejos son una mezcla de sijs, asiáticos y somalíes.

Ahora en la zona todo el mundo le conoce, tiene una gran reputación. Los que quieren pelear con él, saben que tiene dinero y armas. Tiene acceso a una Mac-10. Una pistola pequeña le costaría ochocientas cincuenta libras, una de nueve milímetros limpia, mil quinientas. Y tiene perros, dos pitbulls en una casa que no es suya, y los puede utilizar cuando quiera.

Los Viejos conocen su creciente reputación de chico que no tiene miedo, que ya ha matado. Un antiguo niño soldado es máspreciado que otros aspirantes. No dejan de preguntarle: «¿Cuánto cobras? ¿Lo harías por mil libras?».

A veces ofrecen más, y es mucho más de lo que le daba el señor de la guerra. Le presionan. Un sij ha violado a la novia de un Viejo. Necesitan vengar el honor de la chica.

—Si le haces daño, te pagaremos —le dicen los Viejos.

Llueve y la tarde es fría cuando un coche aparca donde esperan Troll y otros dos Jóvenes de trece o catorce años, buenos soldados. En el asiento trasero va la novia, encogida, cruzada de brazos, casi sin levantar la mirada del suelo. Dan vueltas por Lancaster Road hasta que aminoran la marcha y la novia identifica a un hombre que pasea por la calle. Es un sij de veinticinco años que camina bajo la lluvia encorvado y con las manos en los bolsillos. Troll indica al conductor que pare a la vuelta de la esquina. Se baja con los demás. Le dan un palo a su hombre por detrás y le tiran al suelo. Siguen pegándole. Troll le cose a puñetazos. Al principio el hombre se defiende, agita los brazos, da manotazos al aire como si se estuviera cayendo. Pero poco a poco se va moviendo menos. Finalmente queda tendido en el suelo. Siguen golpeándole, pisoteándole. Una y otra vez hasta que no se mueve. Entonces, jadeando, con la sudadera salpicada de sangre, Troll da la orden de alto. De pronto, al ver que el hombre no se mueve, se asusta. Sale corriendo con los chicos. En la acera de enfrente, la gente ve lo que ocurre y llama a la policía. Pero los chicos, unos negros, iban encapuchados. Es de noche. No pasa nada. Troll vuelve andando a casa. Quiere olvidar, así que sintoniza Kiss FM en su MP3. Suena «Billionaire», de Travie McCoy.

Las semanas siguientes su madre no le quita ojo. Insiste en que hay que encontrar otro colegio

y le grita hasta que accede a hablar con uno de sus pocos amigos en la comunidad somalí: Jama. Jama es su única esperanza de que Troll siga estudiando.

Troll se cita con él en el pequeño cubículo de su oficina, en una calleja de Western Road, justo frente a la parada de autobús donde sus amigos venden droga. Jama tiene cincuenta años y aspecto de intelectual con su barba corta, las gafas y chaqueta y corbata sobre su chilaba de algodón blanca. Salió de Somalia hace diez años y cursó estudios universitarios en Italia y el Reino Unido. Se ha formado para ser trabajador social y ahora enseña inglés y conocimientos básicos a la comunidad somalí de Southall. En el piso de arriba hay una sala de ordenadores. Las dos mil quinientas libras al mes de alquiler le están ahogando.

—Vamos a buscarte un colegio —le dice a Troll. Su voz es cordial, amable.

Primero se dirige a la junta escolar de Ealing, pero pronto se topa con un muro. Troll ya ha sido expulsado de un colegio y tiene una ristra de antecedentes penales, así que ningún director lo quiere. Jama reconoce la hostilidad hacia los somalíes de las personas con quienes habla en la junta y en la oficina de empleo. Comunidades étnicas más antiguas los ven como una amenaza. Pero ¿cómo pueden tratar así a los somalíes cuando ellos tuvieron que pasar por las mismas dificultades? Jama ha visto ya una larga cadena de niños de la calle como Troll. Los somalíes de dieciocho años que cada quince días visita en el centro de menores de Feltham son cada vez más cultos e inteligentes. Además, tiene ocho hijos.

Cuando Jama se dirige al colegio a buscar a sus hijos, ve a Troll merodeando con unos camellos en la parada del autobús o en Rec Park. Se pregunta cómo podrá salvar a toda su comunidad solo. De vuelta a casa se rasca la frente con el índice y el pulgar. Al cabo de un mes de ayuno está demacrado y fatigado. Con los ojos cerrados escucha las noticias y piensa en cuando pueda volver a comer. Cuando charla con un compañero sobre Troll, se estremece de frustración.

—Demasiados niños en asistencia social, en manos de no somalíes —comenta. Su colega es un jovial profesor de canoso bigote que lleva chaqueta de *tweed*, pantalones holgados e immaculados zapatos. Parece un antiguo *gentleman*. También salió de Somalia: cruzó el mar en un bote—. El sistema no está preparado para Troll. Después de cinco años con los señores de la guerra, ¿cómo va a estar sentado en una clase con niños normales que no saben lo que es la guerra? No es ninguna sorpresa que haya terminado en la calle. Está acostumbrado a apuntar a la cabeza a la gente y a verla suplicar por su vida.

Jama sabe lo sanguinarios que pueden llegar a ser los somalíes. Son guerreros bien entrenados. Una noche salía de la mezquita a las once y vio cómo un coche atropellaba deliberadamente un hombre a las puertas del restaurante Cambuulo y luego le pasaba por encima una y otra vez hasta que el hombre quedó convertido en un inerte muñeco de trapo. Poco después, los somalíes asaltaron el Cambuulo con armas automáticas, y destrozaron los cristales y todo lo demás. Las bandas somalíes se están haciendo tan poderosas, cree Jama, que empiezan a dominar Londres.

Finalmente, Jama tiene que olvidarse de Troll. El futuro del chico será la cárcel o la muerte si no deja las calles. Recomienda a su madre que lo envíe de vuelta al norte de Somalia. Es una zona más estable, alejada de Mogadiscio y de las garras de Al Shabab y los señores de la guerra. Ya han mandado allí a un pandillero adolescente y se ha hecho profesor de religión. Otro se casó.

A Troll no le gusta el plan. Se está labrando una buena reputación en las calles, su baúl está repleto de dinero.

—Mi madre está pensando en pedir ayuda a los servicios sociales para mandarme a Somalia —le cuenta a Alí—. Si me voy, tendré que vivir con unos parientes.

—En el norte estarás bien. O en Kenia. Pero si vuelves a Mogadiscio, la has cagado, tío. Si Al Shabab te ve con vaqueros y camiseta, te corta las piernas.

Troll no teme a su madre, sino a la policía. Otra condena y lo pueden deportar. La policía estrecha el cerco. Los agentes de Vecindad Más Segura están al corriente del poder de los somalíes en Havelock y los secretas han aumentado la vigilancia. Llevan ya varios días grabando con cámaras a Jas, Kam y otros yonquis que compran droga a los adolescentes somalíes. Un consumidor paquistaní se para entre los camellos, se frota la barbilla y pide una de cada. Los camellos le dan una papelina de heroína y otra con dos dosis de *crack*. Él les paga con las veinte libras que ha ganado vendiendo dibujos en los dos últimos días. Y se marcha. Cuando va por la calle, la cámara oculta en una farola gira para seguirle.

—Indio, categoría 4, varón, alto, se va después de comprar droga a un conocido camello —dice OP desde su estrecho y oscuro cuarto, encorvado sobre varias pantallas de televisión. Describe todos los detalles al micrófono de la central de operaciones—. Lleva una chilaba marrón. Parece que ha escondido la droga detrás de la oreja. Se encamina hacia el sur.

Esta vez oyen su descripción unos detectives de la secreta vestidos con capucha, vaqueros y deportivas, que están en un coche destartado. Hay entre ellos una aspirante. Cierra el manual de su examen de ingreso en el cuerpo de detectives. Llevan horas charlando, esperando que ocurra algo. Greg, un detective guapo pero ojeroso, pasea un dedo por una página del callejero de Londres. Tiene mucha experiencia en las calles, cinco años como detective. Se calza una gorra de béisbol y sale del coche. Otra detective sentada en el asiento trasero se baja y lo sigue a pocos pasos. Trabajando en parejas, tienen que seguir al yonqui a pie varias manzanas.

—El sospechoso pasa junto a una casa de apuestas. Lleva cierta prisa —prosigue OP—. Tiene delante a dos hombres solos con camiseta blanca. Van a cruzar la calle.

Greg coloca la mano cerca de la boca. Debajo del forro polar lleva un aparato electrónico. Un cable de color carne discurre por el interior del brazo y tiene que apretar un botón para hablar. Los micrófonos van colocados en las solapas y unidos a los auriculares.

—¿A quién sigo? —dice, hablándole a su muñeca.

Su compañera sigue al paquistaní a cierta distancia. Aprieta el botón de la muñeca para emitir, pero no ocurre nada. Sigue apretando, pero los demás policías solo oyen una serie de ruidos. OP interfiere en su emisión ocupando las ondas con sus comentarios. Cinco minutos después, la detective abre la puerta del coche y lanza su radio contra el asiento.

—¿Por qué no se callará? —protesta.

A pocas manzanas, dos agentes de uniforme reconocen al sospechoso de consumo por la descripción de OP e intervienen para detenerle.

—Registro de rutina —le dicen para que no dé la alerta a Troll y a los camellos. Encuentran la papelina, le leen sus derechos y le meten en el vagón de la carne. Greg sigue nervioso, teme que alguna filtración les delate.

—No creo que tardemos mucho en descarrilar —protesta ya en el coche negando con la cabeza—. Han montado todo este lío solo para calmar a la comunidad.

Por la mañana, durante la reunión informativa, la exhausta y hastiada unidad ha conocido las quejas del imán del barrio sobre la escalada de violencia y tiroteos que se ha producido en las

calles. El Departamento de Investigación Criminal, la unidad que agrupa a los detectives de la policía, ha organizado una operación que únicamente pretende la detención de camellos somalíes. Pero ellos solo son la base de la pirámide. Mister Big seguirá intocable en lo más alto del escalafón de la droga. Greg sabe quién es, en qué casa de cinco habitaciones vive: un hombre de negocios paquistaní que se atreve a abrazar a un abochornado Jama en la mezquita y le llama «tío Jama». Pero esta operación no le tocará. La venta de droga en las calles volverá a las catacumbas por un tiempo y conseguirán cierta publicidad. Pero los resultados serán a corto plazo. La guerra contra las drogas lleva en marcha treinta años.

Greg sugiere que coloquen una cámara en un apartamento que da al restaurante Cambuulo, donde guardan los alijos.

Jama comprende que la policía da lo mejor de sí misma. Pero sabe que la realidad es implacable. Observa que la secreta arresta a unos chicos y les mete en un coche. Los agentes parecen enfermos, macilentos, con el pelo largo y lacio, casi como si apenas hubieran dormido.

A medida que se va haciendo de noche, la operación de vigilancia de Southall va concluyendo. La policía ha efectuado cuatro arrestos y en la comisaría de Southall no hay calabozos para los detenidos. Los llevan al otro lado de la ciudad, a otra comisaría con más celdas. El equipo del Departamento de Investigación Criminal tarda varias semanas en conseguir órdenes judiciales para entrar en diez domicilios donde sospechan que hay droga. El equipo se reúne por la mañana temprano.

—Ese tío se cree intocable en su casa —dice el jefe del equipo con desdén cuando salen en convoy—. Tiene una espada de samurái en la entrada. Y un pitbull.

Cuatro vehículos encabezan el convoy. Uno de ellos es una furgoneta en la que van policías con casco, equipo antidisturbios y monos ignífugos. El equipo pertenece a la Unidad de Apoyo del Distrito, un grupo bien entrenado y especializado en derribar puertas y entrar con rapidez en dependencias y domicilios. Dos de sus miembros son enfermeros titulados. Un frío amanecer empieza cuando los agentes toman posiciones junto a la fachada de una vivienda de protección oficial. Se agachan como esprinteres, forman una fila ante la puerta. El visor de sus cascos se cubre de vaho. Solo tienen unos segundos para entrar. Meten la palanqueta en la ranura de la puerta y la abren unos centímetros. Introducen una mordaza hidráulica. Un agente la acciona furiosamente con el pie. Otro agente enorme sostiene un ariete de color rojo brillante y se prepara para balancearlo atrás y adelante. Cuando oye el crujido de la puerta, se emplea con todo el peso de su cuerpo y estrella el ariete violentamente contra el marco de la puerta sacándola de sus goznes. Los demás entran deprisa y suben la escalera en estampida.

—¡POLICÍA! —gritan.

Detrás de la puerta cerrada de la cocina oyen a un perro rabioso. Un agente especialmente entrenado se acerca. Habla con gran corrección, lleva gafas, tiene canas y viste un forro polar azul marino. Entra y cierra la puerta. El perro de pelea se abalanza sobre él. Él deja que le muerda en el brazo en que lleva un protector y le coloca hábilmente un lazo en el cuello y tira. Luego mantiene al perro a distancia con ayuda de una barra de metal. Mediados los registros de la mañana, los agentes están ya junto a la furgoneta recogiendo mercancía. Uno se quita el casco y se rasca la mejilla, fatigado tras subir las escaleras corriendo. Están decepcionados. Un sospechoso

evita la detención porque está en casa de su novia. Otro porque no está en su domicilio. ¿Qué problema habrá habido con la información que les han dado?

El frío y lluvioso martes posterior a los registros, Jama enseña a algunas madres somalíes expresiones inglesas. Lleva semanas sin ver a Troll y no sabe nada de él. Su madre le ha dicho que a veces pasa fuera toda la noche, que a veces regresa al cabo de varios días. Está preocupada, teme que se le esté escapando definitivamente, sumiéndose en el submundo de la delincuencia. En la calle, Jama pasa junto al consumidor paquistaní arrestado en la reciente operación policial y que ha vuelto ya a Southall High Street a vender sus dibujos por cafeterías y restaurantes. Unos centenares de metros más allá ve a Jas y a un grupo de yonquis. Como de costumbre, observan fijamente un grupo de apretadas palomas. La jornada de Jas va con retraso, pero tiene todavía hasta última hora de la tarde para notar los efectos del mono. Los camellos han permanecido un tiempo alejados de las calles después de la intervención de la policía, pero tiene sus móviles. Siempre se les puede encontrar cuando se les necesita.

Pilgrim baja del cercanías en la estación de Southall. Hoy no lleva diamantes en la oreja ni el colgante de plata, y viste discretamente de oscuro. Ha dejado sus tres teléfonos móviles en un armario de casa y solo lleva un barato Nokia 1661 negro de prepago. Un tren de alta velocidad ruge al pasar por el siguiente andén como un misil nuclear. Levanta una tormenta de polvo y residuos que los pasajeros evitan volviéndose de espaldas. Luego, todos se quedan mirando las vías aunque hace tiempo que ha desaparecido. Pilgrim aprovecha la distracción para revolver en su mochila y comprobar lo que lleva dentro.

Ayer habló con Troll para confirmar la cita. Llega con antelación para examinar el lugar, ver adónde da la puerta de atrás, qué mesas están lejos del ventanal. Lo hace por costumbre. Solo que ahora es distinto. Ahora trabaja para la policía.

No conoce a Troll, pero sabe cómo es. No sabe nada de su vida, pero intuye la excitación y la adrenalina que le dan las calles. Él sabe bien lo que es ser un temido matón de catorce años. La semana anterior se ha entrevistado en Lewisham con otro peligroso chico de catorce años que aspira a general. Quince días antes estuvo en Southwark con otro chico que disparó una pistola a través de un buzón. La misma historia de siempre, el caos absoluto. La mayoría de las veces es demasiado tarde para salvarlos, están metidos hasta el cuello y ya no pueden salir, así que se limita a contarles su propia historia. Les da que pensar antes de que se los trague la oscuridad.

Se levanta el cuello de la cazadora y camina sin llamar la atención por calles atestadas sin cruzar una mirada con nadie. El viento inclina la lluvia y algunos se cobijan bajo el toldo de una tienda que vende llamativos saris con lentejuelas. Agacha la cabeza y sigue adelante. No quiere defraudar al chico.

GLASGOW

Capítulo 9

Setenta y uno

Haz lo que quieras, pero no se lo digas a nadie todavía —dice el inspector superior de la policía mirando a Karyn McCluskey directamente a los ojos. Están solos en su despacho, con la puerta cerrada. Ella le devuelve la mirada. Tiene los ojos azules y el cabello color nuez, y lleva flequillo. Va vestida de negro, aunque lleva un pañuelo de seda alrededor del cuello—. Eso explica por qué abandonaste la reunión tan temprano. Me habías dicho que te estabas entrenando para el triatlón.

—Y sigo entrenando. Además, ahora no puedo beber. Salir conmigo resulta muy económico. Me voy a hacer famosa por ello.

«Dios —piensa el inspector—, qué dura es McCluskey, sigue saliendo a correr por Malvern Hills al amanecer». La nombró jefa de Inteligencia de la Policía de West Mercia hace solo seis semanas y ahora se ha quedado embarazada. Está al frente de un cuerpo de dos mil agentes. Y los hay que todavía piensan que las mujeres solo valen para servir el té.

—No se me notará hasta dentro de varios meses —dice, encogiéndose de hombros. Fin de la discusión.

—¿No piensas volver a Escocia? —pregunta con un suspiro el padre del niño cuando conoce la noticia por teléfono.

—No, acabo de llegar —responde Karyn.

Al hombre le habría encantado que regresara a Glasgow para criar al niño juntos. Es carpintero y se conocen desde que tenían tres años. Pero pocos hombres pueden igualar la fuerza que Karyn ha heredado de su padre. Sexto *dan* en judo, cinturón negro en el equipo olímpico, el padre de Karyn perdió su empleo cuando los trenes dejaron de ser de vapor, se matriculó en la Universidad de Stirling y se formó como profesor de Biología. Karyn se cree capaz de todo. Son muchos los hombres nacidos en Glasgow que jamás pisan el centro, y muchos menos los que salen alguna vez de la ciudad. Se quedan a las puertas de su barrio fumando un cigarrillo y de pronto han cumplido cincuenta años. Karyn, sin embargo, ya ha trabajado en Tanzania, Irlanda del Norte y ahora en Lancashire. Es muy feliz en West Mercia y se queda varios años. Solo algo muy especial podría hacerla marchar.

Cuando la oferta llega, es un reto demasiado grande para pasarlo por alto. Dirigir la inteligencia del cuerpo de policía más grande de Escocia, Strathclyde —ocho mil agentes—, y la oportunidad de organizar desde cero todo el departamento.

Sus primeros días consisten en un sinnúmero de presentaciones y citas cara a cara con té y pastas. Un policía interrumpe una de ellas asomando la cabeza por la puerta. Por su pelo al rape, sus canas y las ojeras, Karyn intuye que se trata de un detective.

—Necesitamos un técnico —dice el detective—. Se ha producido un homicidio en Barrowfield.

—¿Algún detalle? —pregunta Karyn.

—Ha sido un adolescente. Pelea entre bandas. No andará muy lejos.

No, no tardarán en encontrar al culpable, piensa Karyn, que apenas ha acabado de instalarse. Pocas horas después aparece otro agente. Más joven, entusiasta de la sangre.

—Homicidio en Shettleston. Un asunto de drogas.

El día empieza a parecerse a un episodio de *Taggart*, la serie policiaca. Pronto hay seis salas de investigación de otros tantos homicidios. En West Mercia había un puñado al año, solo en Glasgow, setenta y uno. Es la ciudad más violenta de Europa. Las muertes son consecuencia de la existencia de bandas, que ya forma parte de la cultura de los barrios periféricos de Glasgow: niños solos en enormes y desoladas urbanizaciones de bloques como Easterhouse. Los pandilleros son jóvenes blancos nacidos en la zona. En el homicidio tipo interviene un chico de dieciséis años que ha bebido para calmar los nervios, se encuentra a unos quinientos metros de su casa y muere en un duelo concertado a navaja con otro chico que vive a la vuelta de la esquina. Y todo por disputas territoriales. A lo largo del crudo invierno esos chicos desnutridos se aporrean hasta la muerte por proteger un par de calles llenas de grafitis y una porción de tierra sin valor. Cualquiera que se extravíe fuera de su zona se arriesga a ser atacado por una banda rival.

Karyn está perpleja. La mitad de su trabajo consiste en no retrasarse, en mantenerse a la par que los cadáveres que van llegando.

—Setenta y un homicidios al año —dice sirviendo agua caliente en una fila de tazas mientras prepara té para sus hombres—. Es sobrecogedor.

Un fornido policía que debe de pasar de los cuarenta espera su turno sin quitarse un chaleco de Kevlar que lo protege de agresiones de arma blanca.

—Es la cifra más baja desde hace años —dice, cogiendo la tetera de manos de Karyn. Le dirige esa mirada que refuerza enarcando una sola ceja. Karyn la conoce bien. Dice: no pienso permitir que, por importante que sea su cargo, un simple recopilador de datos critique nuestro duro trabajo. Y menos si ese recopilador es mujer—. Resolvemos el noventa y ocho por ciento de los casos.

Es uno de esos policías chapados a la antigua a quienes les gusta llamar civiles a los técnicos porque no le parecen auténticos policías. Lo único que consigue es ponerla furiosa. Setenta y un homicidios es una cifra atroz. Es posible que resolviéndolos sean magníficos, pero no parece que sean capaces de evitar ninguno. Habla con otros agentes a quienes sabe verdaderamente interesados en atajar la violencia callejera. Margaret, una técnica veterana, pelirroja, con el cabello corto y un jersey pijo de Pringle la llama y le pide que acuda a su sombrío despacho.

—Échale un vistazo a esto.

En el ordenador de Margaret parpadean las imágenes. Karyn no tarda en darse cuenta de que son vídeos de baja calidad de un circuito cerrado de televisión. Nada la ha preparado para las escenas que contempla. Observa una pelea entre bandas a gran escala, espectáculo que regularmente ocurre la noche de los viernes cuando chicos de los suburbios se dan cita en el centro de Glasgow o en los puentes del río Clyde. Libran batallas con hachas y tubos de andamio que cogen en las obras, o con machetes y espadas de samurái que algunos exhiben con orgullo encima de la chimenea. En la pantalla, una oleada de chicos carga a lo largo de Sauchiehall Street,

la calle principal de Glasgow, tajeando a sus rivales junto a un atestado centro comercial y luego retroceden. Un chico cae como un fardo detrás de un coche. Cinco pandilleros se lanzan sobre él y recibe una lluvia de machetazos. Karyn observa con semblante grave. Da la impresión de que quieren decapitarle.

—Mira eso —dice Margaret con voz tranquila, dando golpecitos con el dedo en una esquina de la pantalla. Viandantes con bolsas de Tesco vuelven sin prisas a casa tras haber estado de compras—. Parece que están dando su paseo del domingo.

Karyn se acerca a la pantalla cuando la cámara se concentra en un chico solitario con gorra de béisbol. Blande una navaja. Cuando alguien pasa corriendo a su lado, le da una cuchillada en el pecho. El chico se queda mirando la sangre que mancha su navaja y luego agita el puño en el aire con euforia. Se ha manchado de sangre, ya tiene sus galones. Karyn trata de asimilar.

—La víctima recibió la cuchillada en la parte alta del torso —explica Margaret—. No tenía nada que ver con la pelea. Ni siquiera es pandillero. Solo pasaba por allí. Murió a los pocos minutos.

—¿Y el chico?

—Se llama David —dice Margaret—. Había utilizado la navaja esa misma noche para robarle a alguien su gorra de béisbol. Le han condenado a siete años por homicidio intencionado.

Karyn se sienta sin decir nada.

—No fue un caso difícil de resolver —prosigue Margaret—. Teníamos el vídeo, restos de ADN y testigos.

—No parece difícil de resolver, es verdad —dice Karyn finalmente—. Lo difícil es evitarlo.

—Sí —dice Margaret encogiéndose de hombros y consultando la hora en el reloj de la pared.

—Quiero saberlo todo de la vida de ese chico —dice Karyn—. Antecedentes familiares... Toda su vida desde que lo destetaron.

Margaret asiente y se va. Días después aparece en el despacho con una carpeta de piel. Arrastra una silla y se sienta al lado de Karyn hojeando rápidamente el informe.

—Vive en el decimocuarto distrito más pobre de Escocia, que está lleno de bandas. Cada una tiene su territorio y todas practican la violencia por diversión con navajas, palos de golf, ladrillos, botellas, lo que pillen. David pertenece a una de esas bandas. A los doce fue acusado dos veces de alteración del orden público, dijeron que sus padres no le controlaban. A los trece fue acusado de allanamiento de morada, agresiones, hurto y robo. Entre los catorce y los quince empezó a robar coches, bebía cada vez más y aspiraba disolventes.

—En otras palabras, es un gamberro —dice Karyn, secamente—. Es lo que dirán los tabloides: «Matón sanguinario», «Hooligan», «Salvaje», «Escoria», «Indeseable». Otro chico descontrolado sin respeto por nada.

—Sí.

—Sigue.

—Nació a principios de los ochenta. Su madre es alcohólica, así que él vive en una casa de acogida. Tiene una hermana. A los tres años se traslada con su madre por maltrato doméstico. Al año siguiente su madre y él se vuelven a mudar al noveno distrito más pobre de Escocia por maltrato continuado del exnovio de la mujer. Tres años después vuelven a cambiar de casa. David tiene siete años. Cuando cumple ocho, su madre no puede aguantarlo y, de lunes a viernes, David vive con su abuela. En la misma casa viven tres tíos suyos. Entre los tres deben de sumar unas

ciento veinte condenas, sobre todo por drogas y violencia. Un año después, realojan a la familia de David porque aparece la expareja de la madre. En los tres años siguientes, se vuelven a mudar otras tres veces por los planes de demolición y regeneración de las autoridades locales.

—¿Y qué hay del colegio?

—En todo ese tiempo no deja de asistir a clase. Cuando empieza la enseñanza secundaria, a principios de los noventa, es un enclenque y está desnutrido en comparación con sus compañeros. Ya ha empezado a relacionarse con bandas. A los trece falta mucho a clase y comete dos alteraciones de orden público, así que intervienen los asistentes sociales. Amenaza a niños más pequeños y lo expulsan del colegio. Allana dos viviendas, el juez revisa su situación y por tres veces le atribuyen agresiones, hurto, robo y alteración del orden público. Se aficiona al alcohol. Con quince años su familia se queja a los servicios sociales de que está harta. Ese mismo año es acusado de robo de coches. Al año siguiente termina el instituto: agresión, agresión y robo, intento de homicidio y homicidio.

—¿Y nadie advirtió las señales previas? —pregunta Karyn.

—Cuando lo sentenciaron a siete años por homicidio intencionado, el juez dijo en su informe posterior al juicio: «No parece haber en sus antecedentes ni en las pruebas presentadas nada que indique que David no sea un adolescente bastante normal. Y, al parecer, cuenta con una familia honrada que le apoya».

—¿Cómo le fue en la cárcel?

—Cuando cumple diecinueve años, su madre muere por sobredosis de heroína. Su hermana recibe asistencia social. Le pillan traficando con drogas con otros dos reclusos. Al año siguiente sale en libertad condicional y vuelve a la misma casa. El informe de la condicional dice: «Las autoridades de Escocia señalan al concederle la libertad que David puede contar con el firme apoyo de su abuela y de sus familiares de Glasgow, y que las perspectivas de que consiga un empleo parecen favorables».

«Sí, muchas figuras importantes del crimen organizado del East End se morirían por dar empleo a un asesino convicto —piensa Karyn—. Harían cola». Anota el barrio de bloques donde vive David: Easterhouse. Un lugar remoto al noreste de Glasgow.

A Karyn le intriga y perturba cuán común y corriente es la historia de David. Necesita más datos.

—Averigua cuántas bandas hay en la zona. Con cuántos miembros cuentan. Qué edad tienen.

Una tarde, Karyn se está poniendo el abrigo a toda prisa para ir a buscar a Rowan al colegio cuando entra Margaret y con un golpe sordo deja otra gruesa carpeta de piel sobre su mesa. La carpeta reposa en el asiento del acompañante cuando Karyn aparca en Grangemouth, donde está la casa de sus padres. Su madre le lee a Rowan «La hija del cielo», un cuento de hadas, mientras Karyn se descalza con los pies y se recluye en su habitación llevándose la carpeta. Según los datos, hay ciento setenta bandas que integran a tres mil quinientos niños y jóvenes de entre once y veintitrés años. Esa noche no puede dormir y no deja de recordar el vídeo de David. ¿Hay en las calles un ejército creciente de tres mil chicos violentos? Se percibe el frío al otro lado de la ventana. Divisa en el horizonte las luces anaranjadas de las torres de petróleo y las llamaradas de la refinería de BP. ¿Cuándo se podría haber intervenido para cambiar la vida de David? ¿En algún

momento habría sido posible sentarlo a una mesa y tratar de modificar su conducta? ¿Cuando murió su madre o antes, la primera vez que llamó la atención de las fuerzas de la ley? ¿O habría sido mejor ayudar a su madre cuando estaba embarazada y en los primeros años de vida de David?

Al día siguiente se dirige a una reunión importante del Departamento de Investigación Criminal. Hay unos cincuenta hombres sentados alrededor de una enorme mesa. Ella es la única mujer. «La banda más numerosa de Glasgow», piensa Karyn. Preside la reunión Graeme Pearson, subjefe superior de policía. Tiene buena facha y frunce el ceño. La mira como la miraría un político.

—Dama y caballeros —comienza, inaugurando la reunión. Karyn nota un par de miradas.

Cuando concluye, se forman corrillos. Pearson es brusco y no le gusta andarse con rodeos. Es un adicto al trabajo y muy batallador. Entró en el departamento a los veintiún años. Fue testigo de un apuñalamiento en una tienda de alimentación cuando tenía ocho. Karyn charla luego con un grueso agente de uniforme con cabellos sal y pimienta y dos gruesas cejas negras cosidas en el ceño. Habla de las peleas entre bandas. Llevada por su instinto, Karyn le sugiere algunas ideas.

—¿Y si colocamos agentes en los colegios? —dice—. Varones que sirvan de modelo de comportamiento. Todos se sentirían más seguros. Disminuiría el absentismo.

—¿Y eso quién lo pagaría?

—Los colegios pueden sufragar la mitad.

—Ah, ¿sí? ¿De verdad? Los colegios no tienen que detener a nadie. Y nosotros tendríamos a un policía menos para atrapar al niño de la catana.

—Hay que prevenir la violencia antes de que se produzca —insiste Karyn, cortando el aire con la mano—. Cuando el niño coge la catana, ya es demasiado tarde.

Empieza a contar la historia de David, cómo empezó a faltar a clase y se unió a una banda con unos amigos. Mientras habla, su interlocutor levanta el dedo para intervenir. Karyn hace caso omiso hasta que el hombre se le echa encima. En cuanto Karyn termina su argumento, suelta una perorata sobre presupuestos.

—¿Me está usted diciendo que habría que quitar agentes de las calles cuando yo tengo algunos que apenas sacan adelante su trabajo? Cualquier solución tiene que pasar por la aplicación de medidas más estrictas.

Levanta tanto la voz que algunas personas se vuelven y los miran. Otras conversaciones van concluyendo. Karyn siente el peso de las miradas.

—No estoy acostumbrada a librar duelos dialécticos con hombres armados —dice—, pero por usted puedo hacer una excepción.

Se hace el silencio. El hombre mira a su alrededor, sudoroso. Luego se echa a reír. Los demás sonrían y se relajan. La tensión se evapora. «Necesito aliados —se dice Karyn al entrar en el ascensor—. Necesito que me respalde un policía importante con galones en la hombrera». Los policías de la vieja escuela solo reparan en los galones. No están acostumbrados a una mujer como ella, que no hace concesiones, que actúa con determinación. Sus hermanas son iguales que ella. Una vive en Daytona y pilota el jet privado de un multimillonario llamado Randy. La otra vive en Irlanda del Norte, se licenció en Ciencias en la Universidad de Oxford y se ha especializado en el estudio de la diabetes. Están tan centradas en su profesión que no tienen hijos.

Pruebas es lo que necesita si quiere convencer a alguien.

—¿Karyn? Homicidio por drogas.

Levanta la vista de su mesa. Quien se dirige a ella es un detective veterano con una perilla muy cuidada.

—¿Cómo sabes que es por drogas?

El detective entra en el despacho con paso desenfadado, mirando a su alrededor con las manos en los bolsillos. Le brillan los ojos.

—El coche ha aparecido quemado muy lejos del lugar del crimen. La víctima es un conocido camello. Dos disparos en la cabeza.

Karyn coge el teléfono y le encuentra un analista. El detective llama al despacho a un hombre de su equipo para que les haga un breve resumen.

—John Carnochan —se presenta, extendiendo la mano—. Subjefe del Departamento de Investigación Criminal. Me interesa lo que dijiste sobre introducir a un agente en los colegios.

Ahora no es momento de volver a discutir sobre presupuestos, así que Karyn se desvía del tema.

—¿Por qué te hiciste detective, John? —pregunta.

—Una noche a las dos o las tres de la mañana me estaba calando hasta los huesos. Llevaba dos años de servicio en Lanarkshire, iba de uniforme y en esto pasaron unos detectives en un coche. Y pensé: «Maldita sea, eso es lo que yo quiero».

Se ríen otra vez. A Karyn le cae bien John. Ve sobre la mesa el archivo de David. Tiene encima una nota adhesiva en la que pone: «Easterhouse».

—¿Has trabajado alguna vez en Easterhouse?

—Cuando iba de uniforme. Fue genial. 1986. Justo después de los tumultos de Barlinnie.

—¿Viste muchas peleas entre bandas?

—Era lo normal. —Se sienta en el borde de la mesa de Karyn. Está cada vez más locuaz. Le encanta contar historias—. Teníamos lo que llamábamos días de bolsas de papel. Los días de bolsas de papel siempre eran sábados o domingos. Si llegabas para hacer el turno de mañana, te encontrabas la escalera llena de bolsas de papel con ropa manchada de sangre y una etiqueta explicativa. Alguien decía: «¡No toques eso! ¡Es mío y todavía no he terminado!». Luego bajabas a la sala de espera y te encontrabas a dos personas durmiendo, porque hay testigos que estaban demasiado borrachos y había que esperar a la mañana para que estuvieran sobrios y entrevistarlos.

«Siempre cuando están borrachos —piensa Karyn—. Debe de ser la euforia del alcohol».

—En el turno de noche no se hacía gran cosa. Organizabas y seleccionabas a las víctimas como podías, igual que un bombero en un incendio. Si había alguna agresión grave o algún intento de homicidio, ibas al hospital; denuncias de posesión de ropa robada, conseguir la declaración del denunciante... Si te mandaban a la mierda, por lo menos lograr que firmaran en tu cuaderno, para que por la mañana tuvieras una nota y poder decir: esto es lo que hemos hecho, esto es lo que hay que hacer, ese es el culpable. Teníamos que sacar el trabajo adelante.

—Lo mismo que me dijo aquel hombre —dice Karyn—: sacar el trabajo adelante.

A partir de ese día, conversa con John siempre que puede. Son el ying y el yang, pero le cae bien, es una persona sensata, informada. Lleva en el cuerpo treinta y seis años. Todos dejan lo que están

haciendo para escucharle. Y lo que es más, lleva galones en la hombrera. Siguen trabajando mucho: su departamento, el Departamento de Investigación Criminal, todos. A finales de año deja un periódico en la mesa de John y señala un titular con el dedo.

—Lee esto —le dice—. Un nuevo informe del ejecutivo de Escocia.

John coge el periódico y lo sacude para desplegarlo.

—«Glasgow tiene en 2003 un índice de homicidios más alto que cualquier otra ciudad de Europa Occidental» —lee.

Empieza 2004 y el número de muertos no disminuye. Se producen dieciocho asesinatos en tres meses. En marzo sufren uno tan violento que todo el departamento se estremece. En Pollokshields una banda obliga a Kriss Donald, de quince años, a entrar en un coche. Conducen hasta Dundee, a trescientos kilómetros de Glasgow, y dan media vuelta mientras no dejan de llamar por sus móviles buscando una casa adonde llevarlo. Ya de regreso, se dirigen a Clyde Walkway, cerca del campo del Celtic. Lo bajan del coche y le asestan trece puñaladas que le dañan un pulmón y los riñones. Sigue vivo. Mientras gime en el suelo, lo rocían con gasolina y le prenden fuego. La persona que encuentra su cadáver carbonizado cree que se trata de un animal.

Karyn deja el informe, niega con la cabeza y se dirige a John.

—¿Te imaginas por lo que ese pobre chico tuvo que pasar? Ni siquiera formaba parte de una banda. Tan solo vivía en la zona equivocada. —Se levanta y se pasea por el despacho—. ¿Qué estamos haciendo en realidad? En treinta años no ha cambiado nada. Somos geniales en la detección de los culpables, pero el índice de homicidios no ha bajado.

Un mes más tarde, en abril, encuentran en un callejón de Springboig a un capo de la droga de cuarenta y seis años muerto delante de su Mercedes metalizado. Un tiro en la cabeza. Pero sigue habiendo bandas que los viernes por la noche se enfrentan con hachas y martillos.

—Tengo el presentimiento de que, en realidad, el índice de homicidios es más alto de lo que pensamos —le dice Karyn a John dando unos golpecitos con el dedo en un informe de Cardiff. Demuestra que muchas víctimas que acuden a las urgencias hospitalarias ni siquiera denuncian la agresión. Tienen demasiado miedo a que haya represalias. O son pandilleros que no quieren que la policía se entere—. Apuesto a que aquí sucede lo mismo.

—Eso tendrás que demostrarlo —replica John con una sonrisa. Nunca dejará de ser un detective.

Karyn llama a la unidad de Urgencias del Royal Infirmary de Glasgow.

—Me gustaría pasarme por ahí y hablar con ustedes de violencia.

—¿Qué quiere que hablemos de violencia?

—No lo sé. No lo sabré hasta que entremos en materia.

Se entrevista con un consultor llamado Michael Sheridan, un natural de Glasgow con los pies en la tierra.

—Se oye la noticia del índice de homicidios —dice Michael—. Pero aquí lo que vemos son los intentos de homicidio.

—¿Cuántos?

—¿Al año? Unos trescientos.

Karyn se queda estupefacta. Es una cifra muy superior a lo que dicen las estadísticas oficiales.

—¿Qué hay de las heridas con arma blanca?

—Tenemos un ingreso con una herida facial grave cada seis horas. Casi siempre relacionados

con las bandas.

Por desgracia, Michael lleva su propio estudio por la mitad. El dato que acaba de darle, sin embargo, piensa Karyn, es en sí una sólida prueba. Como Karyn sospecha, la mayoría de las personas tienen demasiado miedo para hablar con la policía: Michael calcula que hasta un setenta por ciento de los delitos con violencia ni siquiera se denuncian. Si sus cálculos son ciertos, las estadísticas sobre delincuencia son una broma macabra.

A lo largo de varias tardes y mientras Rowan espera impacientemente sentado en su despacho, Karyn sintetiza las investigaciones definitivas de Michael en un informe. Se dirige al despacho de John y, sin sentarse, se lo lee. John lanza un largo silbido y niega con la cabeza.

—¿Solo se denuncian el treinta por ciento de los delitos violentos?

Karyn se impacienta, quiere saber cuándo pueden presentar sus datos al jefe de policía y al director de los cuerpos de seguridad, esos hombres que peinan canas y llevan galones en las hombreras. Juguetea con las cuentas del collar, una costumbre de cuando está nerviosa.

—Tendrás que guardar el revólver para otro día —dice John—. Nos vamos a Londres. Nos han convocado a una mesa redonda en el Ministerio del Interior.

Cita ineludible. Vuelan a Londres ese mismo día. En el ministerio les citan en una pequeña sala junto con otras veinte personas: John Reid, el ministro del Interior, preside la reunión. Parece mayor que en la televisión y más bajo cuando se sienta. Un ayudante coloca té y pastas en su lugar de la mesa.

—Universidad de Stirling —le susurra Karyn a John mirando de reojo a Reid—. La misma que mi padre.

La reunión es muy formal, con montones de copias de informes en tapa dura. Flanquean a Reid hombres de traje gris arrugado.

—Su negro —dice John dando un codazo a Karyn para indicarle a uno de ellos, un joven muy serio pero tímido que habla de riesgos políticos. Karyn se queda pálida—. Su asesor especial.

—Cuatro jóvenes han sido asesinados en Peckham el pasado fin de semana —comienza Reid con gravedad. Explica los detalles, la preocupación del país por la violencia juvenil. Una elegante mujer negra de unos cuarenta y cinco años toma la palabra. Tiene maneras ligeramente teatrales. Se presenta. Su nombre es Decima Francis.

—Esto llevaba gestándose un tiempo —afirma—. Después del asesinato de Damilola, llevamos a cabo un análisis en Southwark. Sufríamos mucha violencia callejera, en gran cantidad, y las chicas también intervenían. Varias agredían a un niño solo. Diez contra uno. Y ahora empiezan a introducir armas de fuego. En Birmingham hay problemas fronterizos. Hablé con una niña que tenía miedo de cruzar la calle para ver a su madre, que estaba en el hospital, porque pensaba que la podían pegar o matar. —Decima está enfadada. A Karyn le impresiona la pasión con la que habla—. Estuve varios años trabajando en Boston y aquí está ocurriendo lo que ya ocurrió en Estados Unidos. Los pandilleros son cada vez más jóvenes. Todo viene de América. Ahora estamos recogiendo la basura. Los raperos llaman a las mujeres zorras y putas. Nací en San Cristóbal y Nieves, y cuando sintonizamos la televisión americana, el país cambió en cinco años. Las bandas empezaron a pelearse, se rompieron las familias, hubo tiroteos. Los jóvenes compran la cultura pandillera porque es atractiva, peligrosa, invencible, audaz. Pero Inglaterra es el país de

la clase, la elegancia, el lenguaje, la etiqueta. Y lo hemos perdido. Hemos dejado de usar el lenguaje. Todos nos hemos vuelto cobardes.

Decima trabaja con jóvenes negros marginados y ex pandilleros que fueron parte de esa violencia. Subió al escenario en la ceremonia de entrega de los premios MOBO y se dirigió a gritos a los cantantes para pedirles que dejaran de llamarla zorra y puta.

—La clave está en el fracaso de los jóvenes varones negros —prosigue Decima, mirando directamente a los ojos a los presentes—. Cuando volví de Estados Unidos en 1995, vi a esos jóvenes negros haciendo el vago en las calles. Era como: ¿qué hacen? ¿Por qué están ahí? Porque eran muchos. Decían que los habían expulsado del colegio. Esto es Inglaterra. ¿A quién se le ocurriría una estupidez semejante? No se puede expulsar a los jóvenes de su sociedad, es donde van a pasar la mayor parte de su vida, es donde van a vivir su vida, es donde están sus amigos. Si le haces algo así a un adulto, a los seis meses le entra una depresión. ¿Qué creen que le ocurre a un niño? Los jóvenes no se visten ni se comportan ni hablan como los ingleses ni como los caribeños ni como los africanos —asegura Decima—. Nosotros no decimos *nigger*^[11], nosotros no empleamos ese vocabulario. Lo que yo he observado es que, a medida que esa palabra que ahora es tan británica como cualquier otra por culpa de las canciones se ha ido integrando en el habla de los jóvenes, estos se tratan igual que lo hacía el Ku Klux Klan, y la forma que esos jóvenes tienen de matarse es igual de cruel, brutal e inhumana, con absoluta indiferencia por los demás y por todo. Se tirotean en pleno día, a las puertas de los colegios, a las puertas de un *fish and chips*, en un McDonald's, delante de padres e hijos..., y siempre con esa palabra en la boca. Antes de que la usáramos, no sufríamos estas matanzas, los niños no mataban a los niños, y son ellos los únicos que la usan, debemos tenerlo muy presente. Si los asiáticos o los blancos compusieran ese tipo de música, ustedes podrían terminar con esto de un plumazo, de inmediato.

Karyn observa a Decima, que golpea la mesa con el puño. ¿Por qué en Escocia la gente no se enfada de esa manera? ¿Por qué Escocia no cuenta con una voz así? ¿Por qué no hay en Escocia una Decima Francis? Escocia es una tierra desposeída.

—El problema es que nos hemos olvidado de lo que es ser británico —continúa Decima—. Ser británico ya no está bien. No está bien sentir orgullo. No está bien decir: «Barre la calle, limpia los cristales, haz de tu casa un lugar agradable, no tires cosas al suelo, cede el asiento a las personas mayores y a los niños, pórtate como un adulto y pórtate bien, este es un país civilizado». Ya no decimos estas cosas, y necesitamos volver a empezar.

El siguiente en intervenir es el reverendo Nims Obunge, de la Alianza por la Paz. Es culto, enérgico, y viste un traje muy elegante. También golpea la mesa con el puño y habla de la forma en que estamos abandonando en las calles a toda una generación de jóvenes negros. Karyn decide que es el momento de intervenir.

—No es un problema de varones jóvenes y negros —interrumpe—, es un problema de varones jóvenes.

Decima, Nims, John Reid, todos, se vuelven para mirarla. «Habrán notado mi acento escocés», se dice.

—Porque en Glasgow todos los varones con quienes tratamos son jóvenes y blancos. Todas las víctimas son varones jóvenes y blancos. Todos los delincuentes son varones jóvenes y blancos. La afirmación les provoca. Ha conseguido captar su interés.

—En Londres, Manchester, Birmingham, hay gran número de minorías étnicas integradas en

bandas. De acuerdo, sí, la raza es un factor agravante en lo que atañe a la pobreza y otras muchas cosas, pero nuestro índice de homicidios es igual de alto. No me entiendan mal, no se trata de competir por ver quién tiene más homicidios, porque, en este caso, algunos ya son demasiados.

John Reid toma nota en su cuaderno. Karyn continúa.

—En Glasgow llevamos sufriendo el problema hace mucho tiempo, y no tiene que ver con la raza, tiene que ver con la masculinidad: el duro hombre de Glasgow. Es muy fácil pensar que así ha sido siempre y que nunca lo solucionaremos.

Todos asienten. El debate prosigue. Reid se muestra locuaz y contagia su energía. El político consumado. De vez en cuando, intervienen sus funcionarios. Sus comentarios son inteligentes, pero en el fondo apuestan por no hacer nada nuevo. Al final, Reid se despide de Karyn y John con afabilidad —sus compatriotas escoceses—, deja caer algún chisme político a costa de Gordon Brown y se marcha. Decima Francis se acerca.

—Conozco Glasgow —les dice—, trabajé en el Tron Theatre el año de su inauguración, 1981. —Coge del brazo a Karyn—. Tienes razón, es la actitud con los pobres, tenemos tendencia a no prestarles atención. Se trata de ellos. Se trata de los pobres.

En el avión de vuelta, John se muestra muy animado.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta.

—Decima Francis, Nims Obunge, han estado espectaculares —responde Karyn, echando un buen chorro de leche en el café—. Miraba a mi alrededor y me daba cuenta de que en Escocia nos falta algo así: una voz. En Londres están puerta con puerta con el Ministerio del Interior.

—Y aun así, están indignados —dice John negando con la cabeza—. Indignados de que tantos jóvenes mueran asesinados. Nosotros no lo estamos.

—Eso significa algo: que los escoceses somos muy distintos a los del sur.

Karyn cambia de postura para hablar más cómodamente con John.

—Nos han convocado a Londres para asistir a una mesa redonda porque han matado a cuatro niños en Peckham, pero el fin de semana pasado mataron a cinco personas en Glasgow y no se ha organizado ninguna mesa redonda. Ni siquiera lo han mencionado.

Los dos guardan silencio un momento. Cinco asesinatos y nadie ha convocado ninguna reunión en Glasgow.

—¿Te acuerdas del caso de Philip Lawrence? Apuñalan al director de un colegio a las puertas del centro y todo el mundo dice que está harto, que ya está bien. ¿Y el de Damilola Taylor? Ambos casos supusieron un punto de inflexión en el sur. Pero el otro día estuve leyendo unos recortes de prensa sobre una mujer del East End de Glasgow. Habían acuchillado a un chico de dieciséis años y esta mujer salió de su casa y le sostuvo entre sus brazos mientras se desangraba. Yo pensaba que, al leer la noticia, la gente se diría: ya está bien. Pero no pasó nada. ¿Y sabes qué? Que yo tampoco me lo podía creer. Esta pobre abuela, que ni siquiera conocía al chico, sale y le acuna entre sus brazos mientras agoniza. Y nadie dijo absolutamente nada. Sí, le han matado, ¿y qué?

Se quita el collar sacándolo por la cabeza y lo deja en su regazo con rabia.

—Recuerdo un vídeo de un joven agente de Ayre. Hablaba de un chico al que habían clavado un destornillador en el corazón con tanta saña que le salió por el otro lado. Estaba en el suelo desangrándose, muriéndose, y decía: «No quiero morir, ¿dónde está mi madre?». Tuvimos que

quitar del vídeo una parte de la declaración del agente porque se echaba a llorar. Pero te lo digo en serio, casi no pude verlo. No me digas que no te indigna que puedan ocurrir cosas así.

—¿Cómo no me va a indignar? —dice John—. El otro día hubo otro homicidio. Mataron a una anciana y detuvieron al culpable enseguida. Entrevistaron a unas personas en la calle, entre ellos, a dos habitantes de Glasgow de cuarenta y tantos años. Estuvieron perfectos. Dijeron: «Es ridículo, ¿sabe? Ya no puede uno ni dormir tranquilamente en su cama. Es vergonzoso. ¡Una anciana! La gente se toma unas libertades...». Estuvieron geniales los dos. Luego entrevistamos a dos chicos en chándal de diecisiete o dieciocho años. Apenas podían hilvanar dos frases seguidas. No entendías lo que decían. Ni siquiera ellos entendían lo que decían. Solo balbuceaban.

Guardan silencio unos momentos.

—Algo ha pasado —dice John—. No siempre ha sido así.

—Empezó en los ochenta, ¿no te parece?

—Sí. No siempre hemos estado tan borrachos. Algo ha ocurrido en las dos o tres décadas pasadas y tiene que ver con la descualificación de los barrios, con sacarle el jugo a la comunidad y no dejar nada. No aguantan. Desesperados. Son hombres desesperados.

Karyn se ríe.

—Te gusta...

—Hombres desesperados. Me quedo con eso.

Dispersos fragmentos de luz de una ciudad aparecen a sus pies.

—Muchos de esos jóvenes no son ningunos angelitos —dice Karyn—. A veces se meten donde no deberían. Beben demasiado, se arriesgan demasiado y toda una serie de cosas. Pero nadie tiene derecho a quitarles la vida. Nadie.

De vuelta en la central, deciden acudir a las altas esferas, concertar una reunión con el jefe de policía, William Rae. Karyn cierra el puño y golpea amistosamente a John en el hombro. Resulta ser el aliado que estaba esperando.

Al cabo de unos días John aparece en la puerta de su despacho.

—Willie es todo un caballero —dice—. Nos recibirá. Es culto y considerado.

Karyn nunca ha visto tantos galones en una sola habitación. Exponen sus argumentos con la mayor convicción. Rae tiene delante el informe de Karyn con las pruebas que respaldan su postura.

—Tiene que comprender —dice Karyn hacia el final— que de nuestro informe se deduce que solo el treinta por ciento de los delitos violentos se denuncian. De manera que decir que el índice de homicidios ha subido un dos por ciento o ha bajado un tres por ciento en realidad no significa nada.

Se produce una pausa y Rae sopesa este punto. Es un líder tranquilo, prefiere que otros acaparen la luz de los focos. Les pregunta por su trabajo.

—De momento lo único que estamos haciendo es estabilizar al paciente, por así decirlo. Y en realidad se nos da bastante bien. Tenemos un noventa por ciento de éxito en la resolución de casos de homicidio. Una cifra rotunda. Pero atrapamos a los responsables y a los estúpidos, a nadie más. Hablamos de bandas que llevan cuarenta o cincuenta años en acción. La actitud no ha cambiado, así que sabemos que hace falta hacer las cosas de otra manera. Por una parte hay que

seguir con el trabajo policial, pero, además, debemos conseguir que otros sectores arrimen el hombro.

Karyn habla del Departamento de Urgencias hospitalarias, de los datos que ha recopilado sobre bandas.

—El lema de la policía es proteger, custodiar y vigilar —dice—. Para proteger también es necesario prevenir. De modo que necesitamos intervenir antes. Antes de lo que es el trabajo estrictamente policial.

Rae asiente pensativo. Se dirige a John.

—¿Sabéis adónde vais con todo esto? Quiero decir, ¿tenéis... un mapa?

John se le queda mirando en silencio. Una pregunta con trampa. Muchas de las cosas que Karyn y él han estado pensando se basan en la intuición, son ideas que han ido surgiendo porque las que se han aplicado hasta esos momentos no funcionan. Pero John es un detective y a los detectives siempre se les da mejor pensar cuando están en acción.

—No —responde—. Pero tenemos una brújula.

—Eso me gusta. Me gusta.

Rae observa atentamente los rostros de los hombres que se sientan a la mesa en busca del detective superintendente adecuado en quien delegar la tarea. Y vuelve a mirar a Karyn y a John.

—Bueno, parece que ustedes dos han tenido una buena idea, ¿por qué no la ponen en marcha?

Karyn, sorprendida, mira a John. Esperaban que Rae delegara la tarea o asignara algunos recursos, pero no que les diera vía libre. «Dios —se dice—, somos nosotros los que vamos a tener que encargarnos del asunto».

Bajan la escalera como truenos, cruzan las puertas de cristal y salen a la calle. Karyn se vuelve hacia John y le lanza una mirada que dice: «Y ahora, ¿qué?».

—Socios —dice él sencillamente—. Tenemos que formar una coalición de voluntarios.

Rae tampoco es ningún novato. Siempre que se tropieza con alguien le dice: tienes que llamar a John y a Karyn, están estudiando la delincuencia violenta desde otro punto de vista. A los pocos días, se citan con un funcionario importante del Departamento de Prisiones en el centro de menores de Polmont, donde acaban todos los pandilleros y en el que Karyn trabajó años atrás. En sus tiempos era una cárcel pequeña y abyecta, piensa, un espanto sin paliativos. Karyn mete el bolso en la máquina de rayos X y coge un resguardo por sus llaves y teléfono móvil. John y ella cruzan un torno de gruesas barras de acero. Sigue siendo un lugar horrible: los pabellones son verdaderamente estrechos y muy viejos.

Se sientan con el funcionario en una sala mal ventilada.

—Abrimos un bloque totalmente nuevo en 2003 —dice el hombre— que ha terminado por fin con la práctica de usar los cubos como retrete en las celdas.

—Sé que sigue habiendo dos reclusos por celda aunque estén pensadas para uno. Y que no salen del centro en todo el día —dice Karyn—. Escocia cuenta con una de las poblaciones reclusas más numerosas de Europa. Bar-L, Greenock, Polmont. Todas están atestadas. Ocho mil cuatrocientos presos. Tiene usted aquí a más de seiscientos jóvenes. El sistema no funciona. Llevamos intentándolo cuarenta o cincuenta años. Hemos intentado que se pasen en la celda todo el día, pero no funciona. Aparte de eso, hay que hacer algo más.

El hombre escucha con suspicacia. No ha terminado de hablarles del nuevo bloque. Se chupa los dientes como si le supiera mal la boca.

—Seguiremos metiéndolos en la cárcel, no me malinterprete —prosigue Karyn—. Yo soy, entre otros, la mujer que se encarga de traerlos aquí. Pero queremos reducir la violencia, queremos emprender algo realmente distinto. Interrumpir la sucesión de generaciones, para no ver aquí a los abuelos, los padres y los hijos.

El funcionario asiente. En el patio, los carceleros son capaces de recitar de un tirón los nombres de reclusos hijos de reclusos o exreclusos que han pasado por allí. Escucha, pero al final alza la mano para interrumpir a Karyn.

—No funcionará —dice, negando con la cabeza.

—¿Por qué? —pregunta Karyn.

El hombre la mira como si la contestación fuera obvia.

—Es un problema demasiado grande —suspira—. No se molesten.

Empuja su silla hacia atrás y antes de darse cuenta John y Karyn han recuperado sus llaves y sus móviles. Cruzan el torno y salen al aire fresco. Karyn se aleja a grandes zancadas de los altos muros. Está que echa chispas. John tiene que acelerar para no perder el paso. También él está furioso.

—¿Es demasiado grande, no se molesten? —repite sin poder dar crédito y haciendo aspavientos.

—Vamos a renunciar a la reducción de la violencia —dice Karyn—. Tú le sujetas y yo le pego.

—Sufre parálisis institucional. Seguirá como hasta ahora.

—Sí, total, no es más que un canalla de cierta parte de Glasgow y eso nunca cambiará.

Pronto comprenden que otros muchos piensan como él. John mueve algunos hilos para que los reciba un alto funcionario. Lleva traje azul marino. Oculta cuidadosamente su papada de mediana edad bajo lo que parece una pajarita recién comprada en las galerías Buchanan. Existe también una sonrisa permanente que se va ampliando a medida que John insiste. Y no deja de repetir: «Tienes toda la razón, John»; y a John le parece muy molesto. Sabe que detrás de tanto encanto está pensando en no hacer nada.

—Llevas haciendo lo mismo desde siempre —le espeta—. ¿Cuándo habrá resultados?

—Dentro de seis meses, probablemente —responde el alto funcionario con una sonrisa—. Puede que más.

En el aparcamiento, John mira a Karyn negando con la cabeza.

—Estos supergradables son los que más me fastidian.

Karyn asiente.

—¿Seis meses, puede que más! —repite John, frustrado—. Tal vez dos años, puede que cinco. ¿Alguna posibilidad de que coincida con tu retiro? Pues mira, es una idea.

Cada vez están los dos más enfadados por lo reacias que son las personas a cambiar. Karyn no duerme bien. Está irritable a la mañana siguiente, cuando deja a Rowan en la escuela infantil baptista Adelaide's, que, muy oportunamente, queda enfrente de las oficinas centrales de la policía en Pitt Street. Al azote de una lluvia horizontal, esperan que den las ocho y abran. Luego tendrá que subir la cuesta a toda prisa para llegar a la reunión —también a las ocho— y entrar por la puerta cinco minutos después.

—Llevo un año pidiéndoles que cambien la hora —se queja después a Margaret, sacudiendo el agua de su gabardina—. La hora de las reuniones se puede cambiar. Las reuniones no son más

que reuniones. Pero yo no puedo dejar a un bebé de un año a la puerta de la guardería.

—¿Y qué dicen?

—Que no. O estás o no estás. Soy la única mujer.

—No sé cómo te las arreglas tú sola.

—Voy a dejar de asistir. Si quieren mi opinión, que vengan a pedírmela.

Margaret asiente. Le impresiona que Karyn no acepte un no por respuesta, no acepte que le digan que algo no puede hacerse. Todo puede hacerse si es lo que hay que hacer: siempre encontrarás personas que te puedan ayudar. Margaret se acerca sin decir nada a la puerta, señalando su mesa con el pulgar. Karyn está concentrada en el informe de un homicidio.

—Margaret —dice sin levantar la vista—, estás en Shettleston Road a las diez de la noche de un viernes. ¿Quién es más probable que te clave un cuchillo, un chico que lleva una navaja o un chico que tiene que ir a casa a buscarla?

—Un chico que lleva una navaja.

Karyn asiente sin mirarla, como si Margaret hubiera confirmado una de sus corazonadas. Sale disparada de su despacho y cruza las puertas batientes de otra sala. Agentes uniformados con camisa negra de manga corta teclean declaraciones en sus ordenadores. Toca en el hombro a uno de ellos.

—¿Qué pasa cuando cogemos a un chico con una navaja?

—Miramos en el Ordenador Nacional de la Policía para ver si tiene antecedentes. Si no los tiene, le quitamos la navaja, le denunciarnos y le dejamos marchar.

—Le denunciarnos y le dejamos marchar —repite Karyn asintiendo—. No es justicia visible exactamente.

Convoca una reunión urgente de su equipo. En efecto, ha tenido una nueva corazonada: hay más probabilidades de que un asesinato con arma blanca lo cometa quien ya ha llevado un arma blanca anteriormente. Hay muchos casos pendientes de juicio. Tienen que ejercer presión para mejorar el protocolo. A partir de ahora, hay que meter en una celda a todo aquel que lleve una navaja, tomar muestras de su ADN, sus huellas dactilares y tenerlo encerrado hasta el juicio rápido del día siguiente. Justicia rápida visible.

Dan la batalla por esta medida hasta el final. No es fácil. Logran cambiar las directrices del Fiscal General en lo que se refiere a detenciones. Pero no les puede vender su producto a los policías. Recibe quejas. La nueva medida supone una carga extra de trabajo.

A veces ocurre algo que facilita enormemente las cosas cuando quieres que te comprendan.

Justo después del amanecer de una fría mañana de octubre, Thomas Waddell, de diecinueve años, termina su turno de noche en un lavado de coches de Maryhill Road y coge un autobús de la línea 40. Hace un par de comentarios lascivos a unas chicas, presume con el conductor de una conquista y se queda dormido. A eso de las siete y media se baja del autobús y vuelve andando hacia su casa por el paseo del canal del río Kelvin. En dirección contraria se acerca una mujer que camina enérgicamente. Lleva camiseta roja de algodón, vaqueros y deportivas. Farah Noor Adams, que trabaja con jóvenes en la Oficina de Ayuda al Ciudadano, acaba de dejar a su hija de ocho años en el colegio. Tiene treinta y cuatro años, es una pequeña mujer paquistaní de larga melena morena. Ve a Waddell, su figura adusta y agitada, y advierte que la sigue. Llama al 999,

pero nadie coge el teléfono. Waddell se aproxima. Farah vuelve a llamar, pero sigue sin haber respuesta. Y entonces, de pronto unas manos nervudas la cogen por detrás y la tiran al suelo. La arrastran hasta la maleza que crece debajo de un viaducto. Allí, Waddell le pega en la cara con un ladrillo y la viola. Farah suplica que la deje con vida, pero la estrangula. La agresión ha durado media hora y ha ocurrido a plena luz del día.

Dos obreros descubren el cuerpo de Farah. La policía acordona la zona y coge muestras de ADN del cadáver y de la ropa. Confrontan los resultados del análisis con los datos del ordenador y no obtienen nada. Waddell no tiene antecedentes. Está limpio. Al cabo de una semana los policías están desanimados, creen que no lo van a atrapar. La comunidad local está consternada. Los periódicos ofrecen la noticia y publican fotos de la víctima, aumentando con ello las presiones sobre Kenny Watters, el superintendente de la policía que corre a cargo de la investigación. Watters emite un comunicado diciendo: «Hemos recibido una respuesta decepcionante de las personas entrevistadas desde nuestra petición. Todavía no tenemos a ningún testigo que viera a Farah después de dejar a su hija en el colegio».

Parece que Waddell se va a librar. Ni siquiera vive en la zona. Pero las últimas muestras de ADN recogidas no figuran todavía en el sistema. Diez días antes del crimen, Waddell fue sometido a un registro y le encontraron una navaja. De acuerdo con el viejo protocolo, le habrían dejado marchar, pero lo llevaron a la comisaría, tomaron muestras de su ADN y sus huellas dactilares y presentaron una denuncia. Una semana después, vuelven a introducir los datos de su ADN en el ordenador y aparece.

Karyn y John ven las noticias del arresto de Waddell por la tele.

—Es lo mejor que hemos hecho —le dice Karyn a John—. No sé cuántos homicidios evitará, pero tiene que ser bueno.

—Se lo puedes vender a los polis, porque malo no es —replica John.

—Es un comienzo —dice Karyn, y mira a John frunciendo el ceño—. Si podemos establecer esta medida en Glasgow, podremos hacerlo en cualquier parte.

Sabe que los chicos del East End siguen organizando peleas la noche de los viernes y de los sábados. Necesita introducirse de alguna forma en esa cultura. Tiene que comprender quiénes son esos chicos y por qué se pelean.

Se pone el abrigo sobre los hombros y espera junto al ascensor. Se abren las puertas lentamente y aparece el oficial de uniforme de pobladas cejas con quien discutió hace un año. Entra y ocupa el rincón que queda libre.

—No le habríamos cogido si no llega a ser por tu equipo —dice el hombre, apretando el botón. El ascensor baja haciendo ruido.

Capítulo 10

Sábado

Decimotercer cumpleaños de Robbie. Su madre le da un regalo envuelto en papel de estraza. Robbie lo sopesa en la palma de la mano. Lo desenvuelve y aparece primero una empuñadura tallada y luego una gruesa hoja.

Es un machete.

—Nosotros no podemos protegerte —le dice su madre encogiéndose de hombros—. Tendrás que hacerlo tú.

Sábado en Easterhouse. El día más peligroso de la semana. Los padres contienen la respiración hasta el lunes. Robbie mira por la ventana de su habitación. La lluvia azota el cristal, solo puede ver la negra silueta de unas colinas yermas y las hileras de impersonales adosados. Sus ojos se detienen en las oscuras manchas de los descampados, muy alejados de cualquier cámara de infrarrojos de la policía. Sobre ese territorio irregular y pedregoso va a librarse la batalla campal. Se imagina lanzándose a la lucha machete en ristre. Los demás le atacarán al amparo de la noche. No es lo bastante rápido. Un golpe en la nuca. Tropieza. Cierra los ojos, siente mareos. Si hubiera una manera de escapar, esa noche escaparía. Vuelve la cabeza hacia la izquierda y divisa la parada del autobús. Todos le verían subir. Si viviera en Gorbals o Cowcaddens, podría ir andando al centro. Pero los barrios del nordeste están a demasiados kilómetros. Le alcanzarían en el piso de arriba del autobús 38 o del X19. Lanzan ladrillos contra las ventanas. Le esperan en la parada del autobús, suben con los viajeros que pagan, le hieren y salen en tropel por la puerta trasera.

Los policías de la división B se reúnen en la comisaría de Shettleston Road. Cierran la cremallera de los chalecos que les protegen de las heridas de arma blanca, comprueban las esposas. Salen por la parte de atrás, suben a las furgonetas que les aguardan junto a un contenedor lleno de armas confiscadas. Hachetas, espadas, hachas de bombero, piquetas, martillos, machetes. Tienen órdenes de dar una batida por los descampados donde se enfrentan las bandas: Easterhouse, Baillieston y Shettleston. Patrullan por lugares delicados como Edinburgh Road. Huir de la policía es parte de la diversión de los chicos, que saltan verjas y alambradas y corren en mitad de la noche a través de los parques, entre los árboles. Pero los hombres de la división B gozan de una forma excepcional. Uno de ellos recorrió veinticinco kilómetros en bicicleta desde Airdrie hasta el centro después de que operasen a su padre del corazón. Llenan los asientos de las furgonetas, que ya arrancan los motores.

En Easterhouse la lucha empieza de día con los más pequeños, que se sientan en una loma y tiran

piedras a sus rivales, que están en la loma opuesta. Entre las lomas hay varios campos de deporte a lo largo de centenares de metros que comparten dos colegios: Rogerfield y Sinclairs. Es el campo de batalla perfecto. Los niños de siete años calientan motores antes del combate principal. Uno con la cabeza rapada corre pendiente abajo, llega a los campos de deporte y tira una piedra que en realidad no va dirigida contra nadie. Está marcando su territorio. Sus dedos congelados asaetean furiosamente el aire mientras reta a sus adversarios.

—¡Vuélvete a casa con los juguetes! —le responden.

La voz resuena entre los delgados árboles. El niño ve que un rival con chándal blanco baja corriendo la loma hacia él. Profiere un último grito, da media vuelta y sube corriendo la pendiente sin mirar atrás hasta llegar a la cima. Se queda jadeando. Esta cacería es un adelanto de lo que está por venir.

Robbie apaga la colilla del porro y aventa el humo por la ventana. Asienten. Es la hora. Formando un prieto pelotón, sus cinco colegas caminan por callejas sinuosas y desoladas de sucias casas amarillas con el tejado gris. Robbie vive en territorio Drummy. Jamás lo llaman Low Lochend. Es Drummy. Siempre lo ha sido. Un racimo de viviendas, un par de calles. No tiene que ir muy lejos para cruzar la frontera y entrar en territorio Den Toi, a un tiro de piedra de Rogerfield, un colegio de educación primaria. Y ahí corre peligro de que lo ataquen. Si baja por Westerhouse Road para comprar una bolsa de Smarties, estará en territorio Aggro.

Esa mañana fue a cortarse el pelo y se llevó a ocho colegas. Solo dos se cortaron el pelo también. Pero si hubiera bajado solo, le habrían dado una buena paliza. Si va al polideportivo, que está al norte, por Auchinlea Road, se puede encontrar la calle bloqueada por la banda de Garthamlock, los Jet, que se ponen a cantar cuando te cortan el paso.

«¡Con botellas, ladrillos y hierros. ¡Nosotros somos los Jettos!».

Así que nunca salen de las calles de Drummy. Nunca van al centro de Glasgow. Vivirán y morirán en tres kilómetros cuadrados.

—¡Que se joda el mundo!

Empiezan a mentalizarse para la lucha mientras pasan por casas con las ventanas cegadas con tablones y un Spar amurallado detrás de unas rejas.

—Somos los números uno.

—Que se jodan los Provvv.

—¡Soplones! —suelta uno indicando con la cabeza un muro con un grafiti que reza: «Keiran Friel está bajo protección policial. De tal palo, tal astilla». El muro pertenece a la casa de la abuela de Keiran, que tiene setenta y siete años. Robbie sale pitando para comprobar los arbustos donde esconden las armas. Siguen ahí. Se puede comprar una navaja en la tienda de artículos de pesca de Shettleston, un palo de golf en la ciudad, hachas y martillos en almacenes de bricolaje. Hachetas hay en cualquier obra. Las espadas de samurái cuelgan con orgullo en muchas chimeneas. O usan un cuchillo de cocina pequeño.

Pasan las horas muertas buscando la forma de subir fotos en las que aparecen enseñando el dedo índice o bebiendo Buckfast, esa especie de vino. Aunque un chico Aggro tiene una vistosa página web con fotos de los pandilleros más conocidos. Las cambia según el voto de la gente. Todo el mundo habla de él y de su software de pijo. Hortera cabrón.

Suben la loma. Robbie se estremece pensando en lo que se le viene encima. Se siente un poco mareado. Está desesperado por beber algo. Le da un vuelco el corazón cuando en la fogata solo encuentra a los más pequeños.

—¿Y las tropas?

Pronto llegan muchachos mayores, más fogueados en la lucha, rápidos corredores de cuerpo enjuto y fuerte. Uno con una camiseta de G-star Raw acaba de salir del correccional por agredir a otra persona y desfigurarla.

—¿Qué tal en Polmont?

—Un puto paseo. Igual que unas vacaciones.

Lleva una bolsa grande llena de bebidas alcohólicas, señal de que la tarde va a terminar mal. Tres litros de sidra Frosty Jack por tres libras bastan. Licor: Mad Dog 2020. Una botella medio llena de Buckie acaba en manos de Robbie. Echa un trago. Es dulce como la Coca-Cola. Entra con facilidad. Además, la botella de cristal es una buena arma arrojadiza y la cafeína te mantiene eufórico. Ya está menos asustado, listo para la lucha.

—Que se jodan los Den Toi —grita. Está preparado. Su padre formó parte de una banda. Siempre ha habido bandas, desde la construcción de Easterhouse en los años cincuenta. Los Drummy, los Provvv, los Aggro, los Den Toi y los Bal Toi.

Llueve. John y Karyn están sentados en un coche a las puertas del centro comercial de Shandwick tomando una hamburguesa. Acaban de tener una reunión con un asistente social de la comunidad.

—Te lo digo en serio —asegura John—. Las bandas que causan mayores problemas no son los Bal Toi. Las bandas que causan mayores problemas son Sanidad, Trabajo Social, Educación, Policía, Gobierno Local, Gobierno Nacional, porque, al igual que todo el mundo, luchan por el territorio. Entra en el presupuesto, no entra en el presupuesto. No podemos asumir ese gasto, eso no tiene nada que ver con nosotros. Y así todo el rato.

Karyn está a punto de dar el último bocado, pero vacila.

—Trabajaste aquí cuando ibas de uniforme, ¿verdad?

John asiente.

—Una vez celebraron aquí un desfile de la Orden de Orange^[12] —dice sacando el brazo por la ventanilla para indicar dónde—. Había ciertos problemas, así que el superintendente decidió cortar por lo sano. Acabamos en Cairnbrook Road, que discurre entre dos institutos: Saint Leonards, que aún existe, y Lochend, que era aconfesional. Aparcamos allí. Teníamos delante a un grupo de personas muy enfadadas. Sobre todo jóvenes. Llevaban botellas y ladrillos. Fue un momento crítico. Recuerdo que el superintendente se adelantó y que también lo hizo un músico de la banda. Dijo: «Dejad que los músicos suban a los autobuses y se marchen». Estuvo muy bien. Y entonces, de entre la multitud apareció una botella volando. Todavía oigo el zumbido: fii, fii, fii. Alguien gritó: «¡Cuidado! ¡Una botella!». Y el superintendente gritó: «¡Cuidado! ¡Una botella!». Y empujó al músico lo justo para que la botella le diera en toda la cabeza. Si lo hubiera hecho aposta, no le habría salido mejor.

Se echan a reír. John arranca el coche.

—En Cairnbrook dicen *donnybrook*. *Donnybrook* significa «pelea».

Karyn mira al cielo. Ya sabe qué significa *donnybrook*. Se dirigen a la M8 para regresar al

centro de Glasgow.

A sus espaldas cae la noche sobre Cairnbrook Road. Los niños forman un corro para hablar de táctica, como si fueran a jugar un partido de fútbol. No sale a cuenta ponerse hasta arriba de alcohol porque puedes perder el equilibrio. Para sobrevivir tienes que mantenerte en pie. Si tropiezas, se abalanzarán antes de que puedas levantarte. El truco consiste en sumarse al frenesí de golpes que llueven sobre otro capullo cuando es él quien está en el suelo.

Esos niños de diez años son rápidos como el viento. Y no importa que te golpee en la nuca con una hacheta un niño de diez años o un tío de veinte: te van a dar ocho puntos igual. Robbie ve a Drew junto a la fogata. Está atizando el fuego con un palo. Algo le da vueltas en la cabeza. Se decide a soltarlo.

—Me han regalado un machete por mi cumpleaños —dice.

—Genial —dice Drew—. ¿Quién?

—Mi madre.

Drew levanta la cabeza y lo mira. Es difícil interpretar esa mirada. Sigue atizando el fuego.

—Me recuerda un cuento para niños —dice—. El de Arthur y su hijo.

Robbie se pone en cuclillas al lado de su amigo. A Drew se le da muy bien contar historias. Hay un tío en el East End llamado Mick, genuino personaje del East End bien conocido por sus atracos a mano armada, siempre bien planificados y extremadamente violentos. Era muy valiente. A la menor afrenta respondía con furia. Los policías solo se atrevían a abordarle si eran tres o más.

Mick apuñaló a su padre con siete años. Creció en centros de menores, casas de acogida y centros penitenciarios. Se unió a las bandas cuando era joven y tenía muy mal carácter y no lo podía dominar. Lo único sólido y permanente en su vida y la de su mujer era la bebida. Le daba palizas y ella se defendía.

La última vez que salió de la cárcel tenía cincuenta y dos años. Aparentaba setenta. Ha cumplido solo cinco meses por posesión de un arma. El alcohol lo ha perturbado. Es Navidad. Lo han desahuciado. De todos los hogares para indigentes le han echado por sus ataques de furia. Es una noche de perros, diez grados bajo cero. Mick camina arrastrando los pies entre la nieve hasta un palomar, donde se acuesta a dormir entre palomas. Su asistente social le da un termo de té caliente todas las mañanas y llama por teléfono para buscarle una cama. Son los días más fríos del año. «No te lles comida al palomar —le advierte—, vendrán las ratas». Mick se lleva comida al palomar. Esa misma noche vienen las ratas. Le muerden tanto que tienen que hospitalizarlo.

—¿No habías dicho que tenías un hijo?

Mick está muy preocupado por su hijo. Paul. Diecinueve años. Un camello le dio un buen cargamento de coca gratis, hasta que se enganchó. Ahora debe al camello del orden de cuatro mil libras. Así que recurre a su padre. «En el East End de Glasgow —le dice Arthur—, solo hay una forma de hacer dinero», y le da su pistola. Así que Paul la utiliza para amenazar a un guardia de seguridad. Se lleva toda la caja, va hasta la esquina y le suelta al camello la bolsa sin contar el dinero. Cuarenta mil libras.

Robbie piensa en la historia. El padre de Paul le regaló su pistola.

Se quedan en cuclillas mirando las llamas. Luego Drew mira a su alrededor buscando algo de

beber, pero la bolsa está vacía.

—¿Dónde está Caprice con la bebida?

Caprice vive entre dos mundos. Se puede mover con los Drummy y también con los Den Toi. Sale con Chris de los Den Toi. Se conocen desde el instituto, Lochend. Chris echa pestes de Drew delante de ella. Ella no sabe bien en qué consiste el agravio. Hay algo en Drew que a Chris, no le gusta. Probablemente que sea Drummy. Chris dice que Drew es *dummy*, tonto, «¿No sabes quién es? Pues es un esto, es un lo otro...». Entonces sorprende a Chris mandando un mensaje a otra chica para quedar y discute con él. Él la muerde en el brazo. Caprice quiere devolvérsela, así que se pasea por Drummy y se acerca a Drew y le cuenta todo lo que Chris dice de él, pero exagerando y adornando las cosas. «Chris dice esto de tu madre y de tu padre. Te va a hacer esto...». También le pone a parir en Facebook y en Bebo. Manda mensajes a todo el mundo. Eso solivianta los ánimos. No tiene por qué haber una chica de por medio. Es algo entre los Drummy y los Den Toi.

Caprice tiene suerte. Su padre y su madre trabajan a jornada completa. Su hermano mayor la protege exageradamente hasta que la policía lo ve pelear por un circuito cerrado de televisión y lo meten en la cárcel. Entonces ella empieza a relacionarse con las personas equivocadas y se convierte en una gritona, en una instigadora. Caprice odia el colegio porque quiere estar en la calle, deambular, perder el tiempo en el barrio con los chicos que no van a clase. Estarán en la tienda de alimentación, peleando. En la calle hay un pequeño jardín. Los chicos corren de un lado para otro y las chicas y ella gritan y cantan, les incitan.

Hoy sale temprano para evitar a la policía y compra una botella de Frosty Jack de tres litros. Sabe a productos químicos. Caprice puede ir a la oficina de correos de Wellhouse, que está llena de bebidas, o a Jaspers, en Provanhill, que vende a menores y no pide la documentación. En vez de eso se dirige a una tienda de rebajas que tiene un letrero en el escaparate: «Compra una botella de vodka y llévate un pan gratis». Anda deprisa, no quiere tropezar con ningún conocido. «De compras para mi madre», dice si le preguntan.

Hace frío. Le duelen los dedos. Hace cola para comprar una bolsa de pan para hamburguesas. Dos niñas con corbata corta escuchan una pequeña radio y cantan. Una tiene la cabeza gacha, la otra mira a Caprice torciendo la boca con burla y desdén. Detrás de ella cuelga un cartel donde aparece una anciana abriendo la puerta de su casa unos centímetros. «A los que trafican con droga no les importa de dónde sale el dinero». Al lado otro cartel anuncia un seguro de hogar por cincuenta peniques a la semana. Dos chicas de la farmacia con batas de color verde hospital esperan con los brazos cruzados, temblando.

Paga su pan para hamburguesas y se va. Evita el pub Centaur por si se encuentra en la puerta con su abuelo. Tiene sesenta años, trabajaba de operario en los astilleros y unas planchas de metal le aplastaron los dos meñiques. Ahora los tiene torcidos hacia dentro y, jocosamente, sostiene con ellos sus pintas de cerveza. Sentado en el bar, un soldador le enseña sus dos teléfonos móviles.

—¿Un soldador con dos teléfonos? Vamos, no me jodas —suelta—. A la mierda los soldados.

Sin que él lo sepa, su nieta de quince años se encarga de llevar las bebidas a la cima de la loma.

Da a Drew el primer trago. Drew le cuenta cómo le ha ido el día. Se ha levantado tarde, ha visto la televisión, ha ido a casa de un amigo a jugar a Saints Row II. Le gustaría jugar al fútbol,

pero los campos son de propiedad privada, así que tiene que trepar por una alta alambrada y casi se tuerce el tobillo al saltar al otro lado. Algunos chicos vuelan palomas, pero eso no es para él. Empieza a pensar que es un gamberro y que tal vez sea mejor seguir con sus diversiones de niño gamberro. Las peleas entre bandas son un subidón de adrenalina. Todos se pasan las semanas esperándolas. Drew trata de mentalizarse para ir a por la espada que tiene escondida. Caprice le anima a dar a Chris una buena paliza. Recuerda los insultos en Internet. Lo que Chris dijo de su madre. A Drew le hierve la sangre. Echa otro trago.

La lluvia cae en horizontal. Y también hay aguanieve. Los dedos duelen y los nudillos están blancos. Escarba un poco y saca una espada. Son las ocho o las nueve y la oscuridad es total salvo por las fogatas que arden en las lomas. Las llamas se inclinan y sisean bajo la lluvia. Se extinguirán pronto. Drew ha bebido lo bastante para aporrear a cualquiera. Saluda con un movimiento de cabeza a su hermano pequeño.

—Cuando seas mayor, serás uno de los chicos y pelearás con los Den Toi. Protegerás tu territorio.

Su hermano sabe lo que quiere decir. Hasta entonces tiene que quedarse sentado y mirar. Drew le pasa la mano por el pelo. Pueden oír a Chris y a los Den Toi, que insultan a gritos a Drew. Drew observa desde la loma sintiendo la lluvia en la cara. Detrás de él, Caprice y las chicas le provocan.

—Nadie puede contigo, Drew —grita Caprice—. Son unos mierdas. Se creen muy valientes, pero son una panda de yonquis.

Drew comprueba que está flanqueado por sus colegas y cinco se lanzan colina abajo. Los oye detrás. La pendiente está embarrada. Se le escurre un pie y se tambalea, pero recupera el equilibrio de inmediato. Ha estado cerca. Pase lo que pase no puede volver a escurrirse. Si lo hace, está acabado. Sigue corriendo y llega al campo de deporte. La noche es tan cerrada y llueve tanto que no sabe quién es quién. No está seguro de que su colega le guarde las espaldas. Alguien pasa a su lado como un rayo. Agarra la espada y se abalanza sobre él. Da en el hombro a alguien y oye un rugido de dolor. Quién coño sabe quién es. Tú atacas a quien tienes al lado. Muchas veces han golpeado a un colega. Sí, ha pasado cientos de veces.

Jadea, está sin aliento. Se revuelve a un lado y a otro, su mano congelada se aferra a la espada como puede. ¿De dónde vendrá el ataque? Lo único que ve es la sombra de palos y piedras que vuelan. Golpean en el poste de la portería que tiene al lado con un ruido metálico. Entonces oye retumbar de pisadas. Parece que están cerca. Da mandobles al aire. Unas sombras se lanzan sobre él a toda velocidad.

Echa a correr, aunque tiene las botas cargadas de barro. Los oye detrás de él. Le insultan. Los más rápidos ganan terreno. Ocurre tan deprisa que parece una emboscada planeada de antemano. No quiere ceder, pero son demasiados.

—¡Mierda!

Debería haber tenido más cuidado. Encima de él solo ve el naranja de la fogata de los Drummy. Tiene que regresar a la loma. Oye el zumbido de un objeto sin filo. Salta para evitar el impacto. Unas cuantas zancadas más y habrá llegado a la cima y estará seguro entre sus colegas. Asusta, pero es emocionante. Enardece.

Pero la pendiente es empinada y resbaladiza. El chándal se le adhiere al cuerpo. Se esfuerza todo lo que puede, pero pisa mal y se tuerce el tobillo. Extiende los brazos para amortiguar la caída. El suelo se acerca a él a toda velocidad. Se da un golpazo en la cabeza. Aturdido, empuja la tierra encharcada tratando desesperadamente de levantarse. La masa que le persigue le rodea. El pánico entorpece sus movimientos. Oye el silbido de una hoja. Siente un dolor atroz y se derrumba. Un barro frío le tapa los ojos y la nariz. Sus dedos se aferran a las piedras como garras. Las sombras lo engullen.

—¡Rájalo!

—¡Písale la cabeza!

El aire está vivo, es una furia de hebillas, palos de golf, cuchillos.

Cuando sus agresores desaparecen, Drew se queda hecho un ovillo. Le duele todo el cuerpo. Le han apaleado y apuñalado. Pero sigue enardecido, ansioso de pelea. Por sus venas corren el alcohol y la cafeína, desconoce la gravedad de sus heridas.

Se queda allí una eternidad. Muchas manos le cogen y lo arrastran penosamente pendiente arriba. Jaleo de voces. ¿Alguno de esos idiotas se va a atrever a llamar a una ambulancia ahora? Grita llamando a su madre. Negras aguas se cierran sobre él.

Cuando recupera el conocimiento, oye el sonido de una sirena. Está en una camilla, tapado con una manta. Le han colocado una mascarilla de oxígeno. La adrenalina actúa y lo mantiene vivo, cerrando el paso de la sangre a partes de su cuerpo que no necesita. Es un chico sano, rápido como un galgo a campo abierto. Puede recuperarse de la pérdida de sangre.

Por la velocidad a la que van, deben de circular por Edinburgh Road en dirección al centro. Se lo llevan lejos de Easterhouse, piensa medio dormido. Ya en el hospital, la ambulancia coge tan bruscamente una curva para entrar en Urgencias que Drew casi se cae de la camilla. Lo bajan con estruendo metálico y cruzan las puertas. Uno de los médicos le corta la ropa para quitársela y le pregunta qué tal respira. Drew está demasiado débil y desorientado para responder. El médico le abre la boca y succionan ruidosamente la sangre de la boca. Da golpecitos con los dedos en el pecho desnudo de Drew y escucha. Se inclina sobre su rostro y le apunta con una linterna directamente a los ojos.

—¿Drew?

La enfermera le sostiene la cabeza y le coloca una mascarilla. Cuelga unas bolsas con fluidos. Unos tubos bajan por sus brazos.

—¿Drew, qué te ha pasado?

—... una paliza —contesta Drew como puede.

Los rostros se emborronan y desaparecen. Le dicen algo. Él pregunta por su madre.

—Cuando se haya estabilizado, lo veré más tranquilamente y examinaré las heridas de la cara. Tenéis que llamar a un especialista en maxilofacial.

Christine duerme en su cama cuando suena su busca. Manotea por la mesilla, lo coge y lo apaga.

—¿Estás dormido? —susurra a su marido.

—Ya no —gruñe él, y se cambia de costado.

Es dentista y se pone de muy malas pulgas cuando el busca de su mujer lo despierta en mitad de la noche. Pero el daño ya está hecho. Christine sale de la cama y llama al hospital desde el pasillo.

—Acaba de ingresar un chico de Easterhouse —dice el médico de urgencias y da cuenta de las heridas de Drew. Christine escucha y asiente.

—Será mejor que vaya —dice.

La llaman por muchos casos distintos, algunos más urgentes que otros. Hay noches en que se queda en el hospital. Se viste deprisa y sale con cuidado de no pisar a sus dos perros, que siguen dormidos. Quita el hielo del parabrisas, arranca y sale a la calle. Va más deprisa a esa hora de la noche porque no hay mucho tráfico. Solo tarda veinte minutos.

Ve primero a Drew en una cama envuelto en una bata verde. La enfermera le ajusta la mascarilla de oxígeno. Christine se da cuenta de inmediato de que se encuentra en muy mal estado.

Habrán que reconstruirle el rostro desde cero. Christine ya ha visto víctimas con traumatismos parecidos, jóvenes con una situación familiar y social difícil, personas de los barrios más pobres de la ciudad. Llegan con grandes heridas de arma blanca en la cara, con golpes en la cabeza propinados con bate de béisbol o con heridas de machete. Las lesiones son graves, su vida no corre peligro, pero quedan desfigurados. No hay cirujano plástico capaz de hacer la magia suficiente para disimular del todo las cicatrices que dejan heridas así. La típica noche de viernes o de sábado de Christine consiste en llegar al hospital y encontrarse a un joven como Drew en una camilla, con el rostro cubierto de sangre, la espalda llena de tatuajes y viejas cicatrices de heridas de arma blanca. Ocurre en toda Glasgow. Cuando trabajaba en Lanarkshire, llegaba gente de Coatbridge, la zona más violenta de la ciudad. Apeataban a alcohol, pero no estaban tan bebidos como para no saber lo que estaban haciendo. Esos chicos no beben para emborracharse.

Se acuerda de uno al que ingresaron mediada la noche. Un tajo enorme le cruzaba el rostro desde la comisura de los labios hasta la oreja, una herida mucho peor que las verticales, porque no se puede adaptar a ninguna de las arrugas naturales de la cara. «Una cicatriz de la boca a la oreja no desaparece nunca», piensa mientras le aplica los puntos con anestesia local y lo acompaña hasta la cama. Estaba un poco borracho cuando ingresó, así que lo deja en urgencias un poco más.

Antes de la ronda de pacientes del día siguiente, entra a verlo y se vuelve a acercarse justo después.

—Me ha parecido mejor hablar contigo ahora porque estás sobrio y tienes una herida enorme en la cara —dice—. Hemos tenido que darte muchos puntos. Solo quiero que sepas que es muy probable que la cicatriz no desaparezca nunca, porque está en un sitio muy malo. No la hemos podido disimular, así que quería que fueras consciente antes de darte de alta.

El chico la mira. Tiene unos dieciséis años.

—No te preocupes, tía —dice—. No hay ningún problema.

Christine lo mira sorprendida.

—Yo sí tendría un gran problema. Por eso he venido a hablar contigo.

Poco después llegan a verlo cuatro o cinco amigos. Todos tienen una cicatriz en la cara. Así está más integrado. Pasarán los años y las chicas que conozca o la gente con quien se cruce por la calle le mirarán y pensarán que es un hombre duro, un pedazo de hombre: ha participado en actos violentos.

Christine comprueba que Drew también tiene contusiones causadas por objetos no cortantes.

En Glasgow abundan los bates de béisbol, pero las pelotas escasean, reza un viejo dicho. Sopesa todas las posibilidades. Parece que el chico tiene rotos algunos huesos de la cara, y también el maxilar y la nariz, y algunos dientes metidos hacia dentro. Es una combinación de traumas frecuente en los muchachos que sufren palizas, se llama fractura de la mitad de la cara: los huesos de la cara pueden haberse desencajado de los huesos del cráneo. Tendrá el rostro en mil pedazos, como si estrellásemos un huevo de Pascua contra una mesa. La vida de Drew no está amenazada, pero el arreglo será complicado. Con la mandíbula partida es probable que esté fuera de juego varias semanas. Le resultará muy incómodo, tendrá dificultades para comer y perderá mucho peso; se le entumecerán el labio inferior y la barbilla. Durante mucho tiempo, cuando quiera morder, no le encajarán bien los dientes. A veces los golpes con un bate de béisbol o un palo de golf rompen los pómulos y dañan la órbita ocular tan gravemente que no dejan nada que mantenga el ojo en su sitio y se coloca ligeramente por debajo de su posición normal. El chico queda bizco, ve doble y le resulta muy complicado conducir, montar en bicicleta o jugar al billar. Si el batazo o el palazo es muy fuerte, provoca una hemorragia detrás de la cuenca y aplasta el nervio óptico. La víctima se queda ciega de ese ojo. Los palos de golf que usan las bandas suelen ser de madera, que son más largos que los de metal y se puede aplicar más fuerza al golpe. La piel se puede abrir como un tomate maduro.

Christine coge a Drew por la cabeza con mucho cuidado y le obliga a inclinarla. Mira debajo de la mascarilla de oxígeno. Ve otra cosa: una magulladura que ha dejado una ligera marca ondulada. La traza con el dedo: parece la huella de una bota. Alguien le ha pisado la cabeza. Puede imaginarlo.

—Drew, ¿cuándo te ha pasado esto?

—Anoche —contesta Drew con un quejido—. En los campos del barrio.

Le satisface que responda a sus preguntas. No está confuso, lo cual significa que no hay hemorragia ni daños cerebrales, ni tampoco derrames, consecuencias posibles de pisar un cráneo fracturado.

Los enfermeros parecen agotados. Sus batas están empapadas de sudor. Se esfuerzan por recuperar un paro cardíaco, luego lo dejan y registran la hora del fallecimiento. Uno se marcha quitándose la mascarilla. Va a una sala cercana a hablar con la familia. Un grito ahogado de dolor. Un bebé acunado por un amigo de la familia. Pasan otras personas, consternadas por lo que han presenciado.

Christine inclina a Drew hacia delante y le examina la espalda. Tiene cicatrices viejas, más pequeñas, y hematomas recientes.

—Ya te habían ingresado antes, ¿verdad?

—Sí.

Drew tiene una fea laceración facial, se dice Christine, pero, si no se equivoca, el cráneo está intacto. Un machete habría dejado un corte más profundo y el maxilar hecho trizas. Lo reconstruyen con placas pequeñas y una gran placa de reconstrucción, una resistente pieza de metal que se coloca en los fragmentos de hueso. El paciente pierde algunos dientes, no puede sonreír y tiene la cara alargada y caída, porque el nervio facial resulta dañado.

—Fíjate en mi dedo.

Lo peor que Christine ha visto es pérdida de ojos, trozos de nariz o de oreja arrancados a dentelladas. Pensaba que lo de cortar orejas quedaba para *Reservoir Dogs*, pero pronto comprobó

que no. Drew está bastante estable, así que le sutura la herida.

—Pasaré a verte mañana —dice. No encuentra a ningún familiar de Drew. Le pide a la enfermera que lo busque. Vuelve a casa.

La habitación está borrosa. Una franja de luz le ciega. Parpadea. Tiene la boca seca como la arena. Una mujer asoma la cabeza para verle, no es la rubia de antes, esta tiene los ojos azules, el pelo castaño, flequillo. Parece una enfermera, pero no lleva uniforme. Va de negro y lleva un collar de gruesas cuentas también negras.

—Me llamo Karyn —le dice con voz serena. Entonces vuelve a sentir dolor. Va en aumento hasta que la cara y todo el cuerpo le duelen tanto que le da la impresión de que va a estallarle la cabeza—. No parece que te vayan demasiado bien las cosas, ¿verdad? —le pregunta la mujer suavemente.

La cafetería del Centro de Arte Contemporáneo está a rebosar. Está en un patio con una bóveda de cristal. Es muy moderna, con pastelería artesanal: bollos caseros, pasteles de abadejo ahumado, tés de frutas.

—Le he comprado un *spoodle* a Rowan —dice Karyn—. Algunas razas le dan alergia.

Karyn sabe que a Christine le encantan los perros. Se conocen porque Karyn emprendió la persecución de Christine. Karyn escribe a muchas personas pidiéndoles ayuda y Christine fue una de las primeras en responder. Le enseñó un vídeo de una pelea entre bandas, le contó la historia de David. A Christine también le apasiona su trabajo y le desespera la situación de chicos como Drew, que continúan enfrentándose y dándose palizas sin motivo. Antes de marcharse, Karyn le da la dirección de un colegio con el que está trabajando. Christine se ha ofrecido voluntaria para ir también.

Pocas semanas después está sentada frente a una clase en Easterhouse. Los chicos tienen catorce años, son tan bajos que parecen desnutridos. El grupo es alegre y bullicioso.

—No se puede llevar navaja porque es ilegal y te pueden meter en la cárcel —dice Christine.

Los chicos reflexionan un buen rato.

—¿Se pueden llevar dos bolas de billar metidas en un calcetín? —pregunta uno—. Como, oficialmente, no es un arma...

—Si pusieras tanta energía en utilizar la cabeza, quién sabe adónde podrías llegar —dice Christine sonriendo—. ¿Qué queréis hacer cuando seáis mayores y dejéis el colegio?

—No lo sé, la verdad es que no tengo ni idea.

—Podríaís estudiar para ser médico. O dentista, o enfermero.

—Bah, yo nunca podría.

—¿Qué medidas de seguridad tomáis en vuestro barrio, en vuestra casa? —pregunta Christine. Contesta una chica muy bonita, bien vestida y arreglada. Le brillan los ojos, llenos de interés.

—Donde yo vivo, en la escalera de los bloques hay un guardia que siempre está vendiendo droga y nos amenaza cuando pasamos —dice—. Y le clavó un puñal a mi hermano.

Al final, Christine pregunta a los chicos qué han aprendido. La chica bonita levanta la mano.

—Que hay que ser uno mismo.

Christine asiente.

—Sí. Eso es.

Recoge sus cosas y se prepara para marcharse. Vuelve a mirar a la chica, se fija en su cara cuando se despide. ¿Por cuánto tiempo conseguirá ser ella misma mientras el cerco se estrecha a su alrededor? Su recuerdo la inquieta mientras conduce. «Si pudiera traerte conmigo a casa...», piensa.

—Me encantan mis jóvenes delincuentes, en serio —le dice Karyn a Christine. La ha llevado al centro de menores de Polmont para hablar con jóvenes como Drew.

—¿Alguno de vosotros ha sufrido violencia doméstica?

Todos levantan la mano.

—¿Vive vuestro padre con vosotros?

Ninguno levanta la mano.

—¿Alguno ha recibido heridas de arma blanca?

Todos levantan la mano.

Uno de ellos tiene diecinueve años. Se levanta la camiseta. Karyn cuenta unas siete heridas de arma blanca.

—¿Qué diría tu madre de eso? —pregunta Karyn.

El chico se yergue en su silla y la mirada desafiante. Sus ojos son como agujeros negros.

—Mi madre me echó a patadas de casa cuando tenía catorce años —responde—. Ni siquiera sabe dónde estoy.

Capítulo 11

El delantero

Cathy llama a la puerta de una mansión de Dennistoun, en el East End de Glasgow. La fachada es amarilla y ruinoso. Con sus estrechos pantalones negros parece más delgada. Es pelirroja y tiene una abundante melena recogida en un enorme moño. Pasa y sube al piso de arriba. En una habitación individual hay un hombre que debe de tener cerca de cuarenta años y lleva ropa de deporte blanca. Se parecería al futbolista Paul Scholes, si a Scholes le hubiera destrozado la adicción y hubiera llevado una vida dura y extenuante en el East End de Glasgow. Saluda a Cathy con una sonrisa.

—Hola, Kenny.

Pesada, cansinamente, Kenny quita ropa de una silla para que Cathy pueda sentarse. En la habitación hay pocas cosas. Apoyadas en el rodapié hay dos películas policíacas en DVD y las biografías de Alex Ferguson y Wayne Rooney. A su lado, un par de zapatillas de deporte baratas. Se alegra de ver a Cathy. Es lo mejor que le ha pasado en mucho tiempo. La conoce desde que fue a visitarlo a Bar-L, cuando cumplía condena por agresiones domésticas. Cathy le recomendó para la condicional y se ocupó de él durante cinco meses. Kenny, expectante, abre mucho los ojos. Los ojos de un niño. Habla despacio, como si cada frase fuera la pieza de un puzle.

—Estoy harto de este sitio —dice—. Se suponía que iban a ser dieciséis semanas y ya llevo veinte.

—Créeme, los hay mucho peores —le asegura Cathy con tranquilidad.

Ha visto lugares como una célebre y deprimente residencia del East End. Es espantosa. Por fuera parece el Great Eastern Hotel de siempre, por dentro no es más que una masa de cuartos pestilentes. Violencia. Drogas. El personal no hace nada por atajar los problemas. Deberían despedir a la mayoría. Consumo de drogas, venta de drogas, venta de objetos robados. Varios fallecimientos. Casi todos los residentes están al borde de la muerte. Cathy tiene otro cliente en otra tenebrosa residencia de Dalmarnock. Hay muchos jóvenes a los que les falta algún miembro. Algunos verán allí el final de sus días. Luego hay sitios como Fordneuk o Kirkhaven, con un grupo de empleados absolutamente brillante. Los internos también beben, pero lo hacen en un entorno mucho más hospitalario.

Casa de la Esperanza probablemente sea la residencia más grande, con alrededor de cien camas. Está a orillas del Clyde. A la puerta venden droga sin mayores inconvenientes. Está frente al tribunal de distrito. En la oficina la llaman Casa de la No Esperanza. En la calle, Cathy ve camellos en todas partes. Todos los días a las cinco menos cuarto va andando hasta la parada del autobús para volver a casa y ve a un hombre plantado junto a la inmobiliaria de la esquina vendiendo caballo. La policía tiene que saberlo. El otro día un compañero de trabajo pasó por Casa de la Esperanza justo después de comer y vio a una chica claramente borracha doblar la esquina y meterse en un callejón, bajarse los pantalones y ponerse a orinar. El compañero miró a

su alrededor y se dio cuenta de que todos los que estaban cerca iban puestos de heroína y les daba igual que alguien sease contra la pared de una oficina a las dos de la tarde y delante de todo el mundo.

—¿Qué tal estás, Kenny? —pregunta, tratando de hablar despacio y con calma. Kenny ha vuelto a pensar en el pasado.

Vivía en el East End, en Parkhead, con su madre, su padre, tres hermanos y una hermana. Parkhead está tan cerca del campo de fútbol del Celtic que oía el clamor de los espectadores. Es el primogénito. En el colegio jugaba muy bien al fútbol. Su familia era una buena familia. Salía de casa a las siete en punto para ir a clase. Jugaba en el equipo del colegio. Se le daba muy bien. Burlaba a las defensas contrarias con una sonrisa pícara. Ganó una copa con nueve años. Soñaba con seguir los pasos de Alex Ferguson en el fútbol profesional. Fergie era un rayo imparable y llevó al Saint Mirren de los últimos puestos de la segunda división al campeonato de liga del setenta y siete. Si Fergie, hijo de un herrero naval que vivía en un bloque de Govan Road, había podido llegar a delantero del Queens Park a los dieciséis años, Kenny podía emularlo en el equipo juvenil de Parkhead.

El día que ganó la copa volvió corriendo a casa emocionado para decírselo a su padre. Su padre salía de casa a las cinco de la mañana para ir a la obra y no volvía hasta las seis de la tarde. Kenny salió disparado hacia la puerta.

—¡Papá!, hemos ganado la copa del colegio. ¡La copa de fútbol!

Su padre andaba encorvado por su duro trabajo en la fragua de Parkhead. Esa tarde tenía la boca pegajosa, lacia y llena de babas, y resollaba como un perro. Le apestaba el aliento a McEwan's Export. Hervía por dentro. Con los ojos inyectados de rabia, empujó a la madre de Kenny contra la pila. La mujer metió rápidamente la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un puñado de monedas.

—¿Te crees que un bote de macarrones y una bolsa de patatas fritas es suficiente para cinco niños? —le espetó con furia.

Y entonces el capullo la pegó. Kenny se quedó de piedra. El capullo la siguió pegando hasta que la cabeza le cayó hacia delante como un peso muerto. Tenía el pelo pegado a la cara y se desplomó sobre la cocina entre gemidos. Kenny se subió a la espalda de su padre para separarlos. El padre arrinconó fácilmente a su delgaducho hijo de nueve años y le dio su merecido. A Kenny se le llenó la nariz de olor a tabaco, sudor y polvo. Su padre se limpió su babosa boca con la camisa y luego pateó las piernas de Kenny con sus duras botas de trabajo. Tenía la espalda de un gigante de pasarse los días martilleando remaches. Cosió a puñetazos el rostro de su hijo descargando en él todo el peso de su cuerpo.

—Eres el hijo de Davy Ross —decía entre resuellos.

Las palizas no cesaron a partir de entonces. El único descanso llegaba cuando Davy Ross se derrumbaba en el sillón y se quedaba dormido. Una vez su madre intentó arrancarle a Kenny cuando lo tenía agarrado, pero la empujó con el hombro por toda la sala y la aplastó contra la ventana. Kenny siempre tenía miedo a volver a casa. Se fugaba y pasaba la noche temblando. El frío hizo mella en su delgado cuerpo. Sus amigos le acogían algunas veces, pero vivían con sus padres, así que la mayoría de las noches dormía en cabañas o en edificios abandonados. Y así hasta que cumplió los trece. Su madre salía a buscarlo y lo arrastraba hasta casa, y lo sentaba delante de la estufa hasta que dejaba de temblar. Parecía otra.

Cathy asiente y sigue escuchando. Por la fuerza de la costumbre recuerda la historia de otros clientes. Dirige un grupo de violencia doméstica compuesto por diez hombres del East End. Cuando eran niños, vieron cómo pegaban a su madre. Algunos intentaban protegerla y recibían una paliza. Luego, en algún momento de su vida, el alcohol y las drogas desataban sus demonios. Pegaban a su mujer. Las mujeres sufren treinta agresiones o palizas antes de coger el teléfono y llamar a la policía. Entonces los hombres se quejan a Cathy:

—Me ha mandado a la cárcel.

Hay hombres mucho más peligrosos que otros. Están los que empujan y humillan todos los días, los maltratadores habituales. Pero los más siniestros se portan bien durante años, hasta que estallan con una cólera violenta y salida de ninguna parte. A las bofetadas y los tirones de pelo les siguen los puñetazos. El puño herido se abre y coge algún objeto, algún adorno. Los dedos escarban en busca de una botella o un cuchillo de cocina. Luego arrancan una puerta. Sus mujeres viven con pánico, temiendo por su vida.

Muchos clientes de Cathy han sufrido maltrato grave cuando eran pequeños. La semana anterior un hombre le dijo que, comparada con su infancia, la agresión a su mujer no podía considerarse violencia. Su padre había utilizado objetos de todo tipo: leños, cinturones, todo lo que tenía a mano. Le había fracturado el cráneo, le había fracturado las piernas, le había fracturado los brazos, le había fracturado todo. Todo empezó cuando tenía seis años. Su padre fue condenado y pasó algún tiempo en la cárcel. Sufrir aquella persecución debió de ser espantoso.

Otro cliente reciente fue arrestado por perseguir a su expareja con un coche. La mujer huía corriendo por la calle y él pisaba el acelerador para atropellarla. Cathy revisó sus antecedentes familiares y descubrió que cuando tenía diez años encontró en su casa de Drumchapel a su madre con treinta y seis puñaladas. La mataron dos adolescentes. El hombre no recibió ningún tipo de asistencia entonces. Tuvo que tragárselo todo. Ahora tiene más de cuarenta años. Ha tenido un par de relaciones, no es violento con los niños, los ve con regularidad y cuenta con apoyo. Bien puede ser que su estado se le hiciera insostenible y acabara por reaccionar. Es una experiencia terrorífica para un niño de diez años ver morir así a su madre.

Kenny sostiene la taza de té con ambas manos. Habla sin mirar a Cathy. Se fija en el pasillo, pero tiene la mirada perdida.

Recuerda una noche cuando era niño. Es invierno. Se acerca a su casa por una calle sin alumbrado y ve luz en la cocina. No hay rastro de su padre. Su madre está con un hombre de cuarenta años calvo y gordo. Kenny entra sin hacer ruido y se asoma a la cocina. Su madre se vuelve. Se asusta como si hubiera visto un fantasma. Se da cuenta de que ocurre algo malo.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta.

—Tengo que llevarte a asistencia social —le dice—. Te escapas siempre de casa.

Su último paseo con su madre es a la residencia de Edinburgh Road. La mujer saca un puñado de cigarrillos, los coloca en la mano de Kenny y cierra los dedos del niño.

—Escóndelos —le dice—. No serán más que tres semanas.

Kenny sabe que está mintiendo y que se está despidiendo de él hasta más ver. Está asustado, no sabe qué va a ser de él. Su madre se aleja sin mirar atrás. Lo llevan por lóbregos pasillos. Pasa junto a otros chicos que parecen perdidos. Algunos están sentados en un rincón, se cogen las

rodillas y se mecen atrás y adelante. Aterrado.

—¿Quieres jugar al billar? —pregunta a uno.

El chico sigue mirando al vacío. Kenny piensa en sus dos hermanos pequeños y en su hermana. Los imagina jugando en el cálido salón de su casa, con su madre. ¿Por qué tiene que estar él en ese sitio y ellos siguen en casa?

Le llevan a ver a un psiquiatra.

—Toma, coge esta manzana —le dice el hombre.

Kenny frunce el ceño.

—Es una bola de billar.

—Solo estaba comprobando tu capacidad de atención.

Vive ahora entre chicos cuyos padres ya no les quieren en casa, ya no les controlan. Unos han robado coches, cometido violentas agresiones o se han unido a alguna banda. En los quince años siguientes no dejará de tropezarse con ellos: en el reformatorio, en la cárcel. No hay chicos de esa parte de Parkhead, así que tiene que aprender a pelear. El lugar apesta a polaco. Observa el patio. Unos tipos de Barrowfield con pinta de ser muy duros están jugando al fútbol.

—Voy a jugar un poco a la pelota —le dice al chico que está a su lado.

—Eres demasiado pequeño. Te van a machacar.

Le miran con menosprecio cuando corre entre ellos. Pero tiene un regate eléctrico, controla bien el balón. A un matón corpulento le da por lucirse. Kenny le quita la pelota, se escapa y dispara contra la alambrada y marca. El matón se enfurece. Cuando Kenny vuelve a coger el balón, le embiste como un rinoceronte para partirle la nariz con la cabeza. Kenny lo espera con mirada maliciosa. Y le hace un túnel. Los demás chicos aclaman su descaro. Al día siguiente, el matón se le acerca por detrás y le da un golpetazo en la cara con unas pesas. Está a punto de romperle la mandíbula. Kenny sabe que tendrá que vengarse. Así que reúne a un grupo de chicos y a la siguiente ocasión planta cara.

—Vamos a trasladarte a una cárcel de alta seguridad —le dice un funcionario cuando sus peleas van en aumento—, pero no hasta que cumplas los dieciséis.

Esa noche, cuando todo el personal ve con fervor el partido de fútbol entre los dos conjuntos locales, el Celtic y el Rangers, trepa al tejado y da un salto a la parte alta de la alambrada. Sabe que no se darán cuenta de que se ha fugado hasta que termine el partido. De manera que sigue corriendo en mitad de la noche hasta Gordon Street y la Estación Central de Glasgow. Un hombre rollizo con un suéter pijo de Pringle pasa al andén acompañado de su mujer y su hija, y Kenny se agacha y pasa también justo detrás. Llega hasta Blackpool y se da un paseo bajo las brillantes luces de la Milla Dorada entre familias que disfrutan de un día festivo en la feria de Glasgow.

En 1989, cuando Kenny cumple diecisiete años, las drogas inundan Glasgow. Empieza a tomar temazepam, un medicamento que se vende con receta: el que fabrican los laboratorios Wyeth es estupendo. Hace que se sienta invisible. Para pagarse el vicio roba en tiendas y en casas y comete algunos atracos. El Ayuntamiento de Glasgow quita el hollín de viejos bloques de viviendas con chorros de arena. La gente habla del sida con miedo. Kenny llega a amenazar a un dependiente con una jeringa manchada de sangre, aunque luego se odia por eso. Lo encierran en el penal de Glenochil, que está en Stirling, y allí pasa junto a una larga fila de reclusos que hacen cola para

recibir metadona. Tragan una cantidad del jarabe verde capaz de matar a un caballo y de vuelta en el bloque lo escupen y lo comparten. Se encuentra con compañeros de reformatorio. Se retuerce y se queja por el colchón, que parece de granito.

—Si tomas heroína, te parecerá de plumas —le asegura su compañero desde la litera de abajo.

Prueba la heroína. Resulta que en los barrios de Gorbals, Barrowfield y Possil es un negocio floreciente. Se viste —parece una percha con ropa— y se dirige a Killearn Street, Possil, donde a las nueve de la mañana hace un frío helador. Hay drogadictos desperdigados por toda la calle. Se abre una ventana y todos se pelean por ser de los primeros. Mete veinte libras en el buzón y sale como puede. Que cada cual se ocupe de lo suyo. A veces, cuando solo tiene diez libras, hace una señal, da la vuelta por la parte de atrás, donde hay unos contenedores, y se organiza una trifulca.

El peor día es el domingo. No hay merca, es día de mono. Está espídico, limpia su apartamento de arriba abajo. Si alguien muere de sobredosis en Parkhead, se pregunta quién venderá un género tan bueno.

A Kenny solo le queda un colega, John. Una noche los dos atraviesan Tollcross Park, al sur de Shettleston. Es una noche límpida, sin nubes, y la escarcha cubre las ramas. Un coche viejo pasa zumbando. Los faros iluminan a un grupo de oscuras figuras justo delante de ellos. El aire se llena de gritos. Embisten a Kenny, que cae. Ve en el cielo nocturno destellos de acero, vaho iluminado por la luna. John recibe diecisiete puñaladas. No sobrevive. Durante meses se abaten sobre la cabeza de Kenny negros pensamientos que le picotean como cuervos. Yonquis y presos son sus únicos amigos. Una noche se toma diecisiete cápsulas de temazepam para poner fin a esos pensamientos. Luego, para rematar la faena, se prepara una papelina de veinte libras. Cuando lleva la jeringa por la mitad, pierde el conocimiento. En el Royal Infirmary de Glasgow luchan por resucitarlo: deja de respirar dos minutos. Luego tres. Sin oxígeno, su cerebro empieza a morir. Está allí tirado y los segundos siguen pasando. Cuando finalmente logran reanimarlo, ha estado sin respirar cuatro minutos y treinta y tres segundos.

—Soy un milagro andante —dice Kenny con una sonrisa—. He salido en los periódicos.

—¡No me lo puedo creer! —Cathy mira el montón de estudios del caso escuchando a una colega recién llegada de Stirling para trabajar en la oficina—. Acabo de empezar a ver a clientes del East End. Debo de haber entendido mal, porque alguien me ha dicho que beben cuatro botellas de Buckfast y toman ciento cincuenta Valiums al día.

Cathy niega con la cabeza. La chica no ha entendido mal. Las cantidades de alcohol en particular son absolutamente increíbles. Un hombre era capaz de beberse cuarenta y cinco pintas de cerveza en menos de veinticuatro horas. En Glasgow tres papelinas no son nada. Nada. Tres papelinas de heroína. Nada de nada. Sus clientes se vuelven cada día más creativos. Empiezan a pincharse con alcohol porque, si no, la droga no llega al cerebro lo bastante rápido. Llenan la jeringa de vodka y se lo inyectan en vena.

Cathy y sus compañeros llevan a la nueva a comer al Coia's Cafe, bullicioso restaurante italiano de Duke Street que gestiona la misma familia desde hace décadas. Es un poco caro para el

East End, pero el servicio de Alberto es fantástico. Frank Sinatra ameniza una comida a base de pasta artesana con marisco.

—Recuerdo mi primer día —dice Cathy a la chica—. Fuimos los quince a comer al Tennents, un bar del West End, y llega un hombre con su mercancía. Quería vendernos artículos robados.

La relación con sus compañeros de trabajo siempre ha sido muy estrecha. Nunca olvidan un cumpleaños, y cuando estuvo enferma le regalaron una cesta de jabones de Body Shop con una enorme tarjeta para darle ánimos. Siempre se apoyan y hablan de los clientes tomando una botella de vino en casa de quien toque. Cuando tenga un caso duro o una muerte, necesitará salir. Y los directores lo harán también, cosa insólita en otros departamentos.

Van todos a O'Neills, un pub de Merchant Square. Es un local amplio y seguro donde tocan muchos grupos de la ciudad. Bailan mucho, se desmelenan. Los más jóvenes se burlan a placer de Paul, porque le gustan los Stones, Leonard Cohen y Dylan, y es que entre algunos empleados hay una diferencia de veinte años. Luego llegan al Arta para una animada última copa en sus sofás de brocado. Normalmente es Cathy la que insiste en seguir la juerga y acaban en el Gala Riverboat Casino, que no cierra hasta las cinco. Está lleno de chicas beodas y de sórdidos ejemplares de los bajos fondos. Te sacan una foto al entrar, pero al menos te regalan los refrescos si hay jaleo. La fiesta de Navidad siempre la celebran en Oran Mor, un dinámico complejo cultural con varios bares y una discoteca en la reconvertida iglesia de Kelvinside, cuya aguja han rodeado con un inmenso halo de neón.

La jornada rara vez reporta gratificaciones, y cuando las hay son pequeñas: conseguir una cama en una residencia para indigentes, recibir un pequeño cheque de algún donante. Encontrar piso o empleo para alguien es todo un logro. Todos sus compañeros saben lo que es la compasión. Trabajan en la asistencia social porque tienen valores, porque quieren mejorar la calidad de vida de otras personas.

Después de la comida en el Coia's, Cathy asiste a una reunión de su grupo de hombres del East End. Procura hablar despacio y transmitir serenidad, igual que un TomTom. En el primer ejercicio les pide que nombren e identifiquen emociones, pero les resulta increíblemente duro. Un hombre del East End de Glasgow no tiene permitido llorar en ningún momento de su vida salvo cuando nacen sus hijos. Las únicas emociones que puede exteriorizar son la ira y la alegría, todo lo demás se toma como muestra de debilidad. Así que cuando Cathy empieza a explicar qué es la vergüenza, qué se siente al tenerla, es como si les hablara en *suajili*. Los que llevan más tiempo en el grupo, sin embargo, dan consejos a los recién incorporados y Cathy recibe la recompensa de sus vacilantes pero paulatinos progresos.

La última semana, cuando describen los hechos que desembocaron en el delito, el cambio es espectacular. A Cathy su nuevo nivel de conciencia le parece conmovedor. Cuando las sesiones terminan y el grupo se disuelve, Cathy siente que todo ha merecido la pena si a partir de entonces ya no intentan resolver sus problemas por medio de la violencia. La verdadera prueba llegará la noche del sábado, cuando, mientras esperen en la parada del autobús bajo la lluvia, un muchacho algo torpe les dé un empujón sin querer. Guarda el material del grupo en una carpeta naranja y coge su abrigo.

Estamos en 1996 y «Wonderwall», de Oasis, suena a todo volumen en los pasillos de la planta

veinticuatro del bloque de pisos de Shettelston donde vive Kenny, que está envuelto en una niebla sucia. Cambia de costado y mira a la chica que está a su lado. Acaricia su oscuro cabello y se zambulle en sus ojos azules.

—Puede que tú seas quien me salve —le susurra.

Crecieron juntos en Parkhead. Desde que está con ella se siente más estable. Ahora solo toma un poco de *speed* al día. Ella se ha quedado embarazada y están los dos muy esperanzados. Kenny tiene la sensación de vivir un nuevo comienzo: ser padre a los veinticinco años. Apenas se inyecta un cuarto de gramo cada dos días. Casi nada. La tripa de ella es pequeña. Kenny se calma cuando apoya la cabeza en su vientre y piensa en la pequeña vida que late dentro.

Se despierta de madrugada y la encuentra apoyada en el quicio de la puerta, temblando. Las contracciones empiezan rápido. En la maternidad ella aprieta los dientes con cada oleada de dolor. Se aferra a la mano de Kenny y le estruja los dedos. Tiene la presión arterial muy alta y se pone de parto. Los números del monitor descienden a medida que su frecuencia cardíaca disminuye. Y entonces se para del todo. Las puertas batientes se bambolean y las máquinas hacen un ruido estrepitoso. Ya no le aprieta la mano. Hombres con batas se amontonan en torno a ella hablándose a voces. Kenny la llama. Su corazón vuelve a latir. Es demasiado peligroso retrasar el parto, así que usan fórceps. El obstetra saca unas hojas curvadas para coger la cabeza del bebé. Entonces el corazón de ella se vuelve a parar. Kenny la ve entrar en coma. Tiembla tanto que la cama traquetea. Pompas de espuma borbotean en los bordes de su boca y pone los ojos en blanco. Kenny grita tanto que le piden que se domine. Entonces aparece el niño, mojado, cubierto de sangre. Lloro al ver a su hijo. Con manos fuertes, las hermanas de su pareja se llevan al bebé. Ella pasa cuatro días en coma. Kenny se sienta en el pasillo del hospital y la familia de ella le increpa.

—¡Yonqui asqueroso! —braman—. Todo esto es por tu culpa.

Una hermana se lleva al niño a su casa. Omiten el nombre de Kenny en la partida de nacimiento. Le prohíben ver a su pareja o al niño nunca más. Se le parte el corazón.

Si encontrara un amigo bueno y de fiar, podría tener una oportunidad. Pero en todas las esquinas hay un yonqui demacrado llamándolo con su huesudo dedo. «Vamos a unir fuerzas y compartir una papelina —le tientan con desdentada sonrisa—, sé de un chanchullo que nos hará ganar mil libras». Siempre que entra en un pub de Barras o Gallowgate para tomar una pinta y ver un partido, un par de pequeños ojos negros se clavan en él desde una esquina. Y nunca parpadean. De pronto los tiene a centímetros de la cara. «Estuvimos en el mismo bloque de Barlinnie», dicen. O de Kilmarnock o Glenochil. No pasa mucho tiempo y le transmiten un mensaje. «¿Te acuerdas de aquel tío con el que te peleaste, el que te dio con un taco de billar? Está en un pub de Shettleston. Coge mi coche. Llevo una navaja debajo del asiento. Nos vamos y antes de media hora ya estamos de vuelta». Y no puede decir que no. En el East End de Glasgow ningún hombre se escabulle cuando le proponen algo así.

Y entonces, un día, su expareja llega en su busca. Le deja llevar al niño al colegio. Y luego a natación. Al carnaval, de compras. Es su oportunidad, la de ser padre, lo anima.

Ahora está sentado frente a Cathy en el centro de reinserción de Dennistoun. Espera que le encuentren una casa en Parkhead o Springboig. Le gusta hablar con Cathy, le da fuerzas para seguir adelante. Ha cubierto ya una tercera parte de la biografía de Alex Ferguson. Fergie trabajó como

aprendiz de mecánica en los astilleros del Clyde. Se pregunta si, de no haber tenido por padre a ese capullo, habría podido jugar en el equipo aficionado de Parkhead. Acompaña a Cathy a la puerta.

—Mi amigo Michael... Dormía en contenedores hace catorce años. Pero ahora es feliz. Tiene una chica. Una chica totalmente limpia.

Cathy sonrío y mete las manos hasta el fondo de los bolsillos del abrigo. Se pregunta qué será del hijo de Kenny, que vive en Easterhouse.

Capítulo 12

La salida

Nos estamos aproximando a Rosa Parks —dice Karyn. John la escucha sentado delante de su mesa—. Lo hemos probado todo. Hemos registrado a miles de personas y el índice de homicidios no baja. Animamos a los chicos a hacer deporte, pero llega el invierno y cierran las instalaciones. Hemos prohibido el Buckfast, pero las ventas han subido.

—Necesitamos algo más radical.

—Sí, que ponga freno a la dinámica de grupo, que es lo verdaderamente nocivo.

John asiente, reflexivo, y se va. Karyn apoya la cabeza en la mano —su flequillo se eriza como hierba entre los dedos— y se concentra en la lectura de un artículo fundamental que lleva por la mitad. Se titula: «David Kennedy y el milagro de Boston».

Revisa el prólogo y se reclina en el respaldo de su sillón. Mira a su alrededor, se endereza y pasa la hoja. Hay algo distinto en el artículo.

A principios de la década de 1990, la tasa de homicidios juveniles en Boston estaba fuera de control. David Kennedy, investigador de la Universidad de Harvard, diseña un programa que integra a policías, asistentes sociales y líderes de la comunidad. Supone dramáticos encuentros cara a cara con las bandas de la droga. Les dicen que dejen de matarse y les ofrecen ayuda. «Es radical —piensa Karyn, sorprendida—, pero ¿ha funcionado?». A las pocas páginas encuentra la respuesta. Tras la intervención de Kennedy, los homicidios descendieron en Boston a cifras desconocidas desde los años sesenta. El programa obtuvo los mismos resultados en Cincinnati y otras ciudades del interior de Estados Unidos.

Suena el teléfono. Karyn lo mira con ira. Ve que parpadean las dos lucecitas rojas de la parte de arriba. Y luego otra más. Con un rápido movimiento coge el auricular y lo deja en la mesa. Evidentemente, David Kennedy es un compañero, un disidente como ella, y ha captado su interés. Necesita saber su historia. Desde el principio.

Finales de la década de 1980. Un coche patrulla dobla por Imperial Highway para entrar en Watts, un barrio de Los Ángeles. Delante van charlando dos agentes. Detrás hay un tipo que podría ser un yonqui o un policía de incógnito. Es David Kennedy. Lleva melena con la raya en medio; le cae sobre los hombros y le llega a los riñones. Su barba es de color castaño rojizo, y por debajo de la barbilla se está poniendo gris. Tiene los ojos negros, y ojeras.

—Nickerson Gardens es como un gueto —le dice uno de los policías—. Te vas a quedar de piedra, Dave, tío.

—He visto ya muchas cosas en estos estudios de caso, Mick —sonríe David, colocándose el pelo detrás de las orejas—. Ya no soy ningún novato.

Toma notas sobre la marcha. Con los agentes mantiene una relación fluida, amigable, salpicada

de bromas. Ya no le tienen que explicar las siglas, ni los términos de jerga. Ha pasado mucho tiempo en el asiento trasero de coches patrulla. Pasan delante de un letrero que dice: «Oficina de la Vivienda de Nickerson Gardens». Se acercan al corazón de la comunidad. Tiendas con rejas en la puerta, fachadas cubiertas de grafitis. Siguen adelante por la calle en curva, con monótonas hileras de edificaciones de una planta, macizas casas de cemento y de yeso con aleros de cemento. Y se terminan las tiendas. Nada. Bombas de grafiti por todos los rincones. Gruesos vecinos de torva mirada como náufragos en una balsa. Un hombre con chaleco revuelve basuras en una esquina.

—¿Cuál es la banda más importante de por aquí?

—Los Eastside Bounty Hunter Bloods.

Los dos agentes bajan del coche con cautela. Llevan puestas las cartucheras. David baja también y mira a su alrededor. Es alto y delgado, y lleva ropa oscura. Tiene la parte alta de la frente quemada por el sol. Así se parece más a David, el profesor universitario. Observa el vecindario.

Es un forastero. Puede oler el miedo. Si no fuera con la poli, ya habría dado media vuelta. Unos camellos negros jóvenes están apostados en la esquina de la calle. Llevan camisetas blancas varias tallas más grandes y deportivas. Venden frasquitos de *crack* a yonquis que van pasando uno detrás de otro. Los venden también a blancos ricos. Se acercan a sus caros coches y se los dan por la ventanilla. Chicos más jóvenes corren sin interrupción entre la esquina y una puerta donde reponen existencias. En la puerta monta guardia un hombre. Pasa un yonqui cojeando. Los policías le saludan con una sonrisa.

—Adivina cuánto tiempo lleva tomando heroína —dice un policía.

—Dos años —responde David. El policía niega con la cabeza.

—Más bien treinta.

David vuelve a recorrer la escena con la vista. Los chicos más jóvenes apenas tienen tiempo de tomarse un respiro. El negocio es boyante. La fila de yonquis que arrastran los pies parece no tener fin. «Treinta años de adicción —piensa David—. Toda una generación ha crecido y ese tío sin dejar de consumir heroína».

—El *crack* llegó primero a Los Ángeles. Luego se implantó en el este —dice el policía—. Unos cuantos picos y estás enganchado. Ha destrozado familias enteras. La violencia doméstica y el maltrato infantil han alcanzado cotas desconocidas. Y todo por una droga de la que en 1985 casi no habíamos oído hablar.

Cuando regresan, David no deja de mirar por la ventanilla en silencio.

—¿Y cómo pensáis lidiar con esto? ¿Tenéis algún plan? —pregunta con amabilidad.

—Están en la calle las veinticuatro horas del día los siete días de la semana —dice un agente—. Podemos arrestar a un chico con un puñado de frascos, pero al día siguiente habrá otros diez como él. En County la marea no se detiene. Para pararla habría que desviar recursos de otros departamentos.

—Ya.

—Salvo si eres un liberal y quieres invertir un montón de dinero del contribuyente en mejorar la educación, el empleo, la vida familiar.

David se mesa la barba con la mirada perdida. Lo que oye le preocupa profundamente. «Tengo que volver a casa —se dice—, para todos los demás esto es su vida». Vuelve a Boston y escribe

su estudio de caso sobre delincuencia y bandas en Los Ángeles para la Kennedy School of Government de Harvard, pero la angustia no le abandona. Sigue soñando con ser escritor y publicar en el *New Yorker*; aunque Nickerson Gardens le ha afectado profundamente. Cuando Malcolm Sparrow, profesor de Harvard y expolicía, le pide su colaboración para escribir *Beyond 911*, un libro que aportará ideas novedosas al trabajo policial, acepta. Estamos en 1988 y el número de delitos violentos aumenta entre las bandas de Boston.

Una noche del mismo año, David se dispone a trabajar. En el otro extremo de Boston, en Dorchester, Darlene Tiffany Moore, una niña de doce años, está sentada en un buzón charlando con unos amigos cerca de la casa de su madre, un bloque de viviendas en el cruce de Humboldt Avenue con Homestead Street.

—¿Cuándo vuelves a Carolina del Sur? —le pregunta una amiga.

—Pasado mañana.

Al otro lado de la calle hay una subestación de la Boston Edison Company. Alice, la madre de Darlene, la mandó a vivir con su hermana porque en Boston la violencia callejera está fuera de control: Humboldt Street Gang, Intervale Posse. Darlene ha vuelto a Boston de visita. Tiene algo de miedo. Se encoje al oír los gritos de los niños. De pronto se organiza un tiroteo. Un pandillero enmascarado pasa corriendo, saca una semiautomática y dispara hacia la calle de enfrente. Se ven los relámpagos blancos de los disparos con que le replican. Las balas se estrellan contra la fachada. Dos hieren a Darlene, que cae al suelo. Una ambulancia la lleva a urgencias a toda velocidad. Su madre tiembla de forma incontrolable. Su peor pesadilla se ha hecho realidad. Darlene muere a consecuencia de las heridas de bala recibidas en la cabeza y en la espalda.

«Niña de doce años fallece en un tiroteo», anuncia el titular del *Boston Globe*. David deja de leer, visiblemente consternado. Se encuentra en una furgoneta de la policía camuflada, donde sigue realizando su investigación. La luz del alba empieza a aparecer. Nieva. Ve a un chico escupiendo un frasquito de *crack* para vendérselo a un blanco.

—¡Vamos!

Un puño golpea el techo de la furgoneta. Kennedy se baja con los policías y corre. Lleva un chaleco antibalas, como el resto del equipo de narcóticos.

Golpean con una maza la esquina superior de una puerta verde desconchada. Siguen golpeando hasta que la madera se astilla y cede. Entran los policías, de negro y con casco. Uno es ancho de espaldas como un armario. Unos cien kilos de músculo. Es una casa de *crack*. Crujen las jeringuillas bajo sus pies. Los chismes y adminículos de la droga salen desperdigados cuando empujan a los yonquis contra la pared. Tiran al suelo a un chico que debe de tener dieciséis años. Le clavan la rodilla en la espalda para inmovilizarle. Al otro lado de la calle, unos jóvenes gritan contra el acoso policial. Piden a la policía que se lo tome con calma.

—Sigán, no se detengan —dicen los policías, impidiéndoles mirar.

Kennedy sigue aprendiendo en la calle y dedica más tiempo a conversar con camellos que a relacionarse con los demás profesores de la facultad. Escucha con atención a dos hombres apoyados en un Ford Mustang. Uno lleva una semiautomática de nueve milímetros en la cintura,

por detrás. Tiene veintiún años, forma parte de una banda y vende droga. Lleva trencitas y una parka ribeteada de piel. Se balancea al hablar, y se muerde el labio. A su lado tiene a un policía, un tipo enorme con una camiseta de baloncesto de un rojo muy vivo con el número 63.

—Estos chicos de ahora... ¡No me lo puedo creer! —dice el camello—. Y nosotros que creíamos que éramos malos...

—La ciudad está fuera de control —dice el policía—. E irá a peor, créeme.

—Yo ya lo vi en South Central —interviene David.

—Por la noche, Blue Hill Avenue es una locura —dice el camello.

Están animados, pero se advierte su enfado. Delante de ellos, un negro ya mayor saluda con su gorra de béisbol a los coches que pasan. Unos niños patean su pelota de fútbol americano contra la alambrada de un edificio con fuertes medidas de seguridad. El camello se ha convertido en una buena fuente para David porque sus comentarios son un buen reflejo de la temperatura de la calle. A lo largo de los años oirá la misma queja a otros camellos, que los chicos de hoy no respetan ningún código. Tres meses después matan al camello de un balazo.

Entre 1988 y 1991 las ciudades norteamericanas viven el peor momento de la epidemia de *crack*. Kennedy trabaja las veinticuatro horas del día en *Beyond 911*. Dialoga con Malcolm, el coautor, mientras juegan al tenis de mesa. Es un duro crítico.

—Intenta un globo, pero falla..., 20-11 —dice Malcolm.

—¡Maldita sea!

—He terminado tu último borrador. Sigues siendo demasiado poético, demasiado florido.

—¿No te parece lo bastante académico? No tengo el doctorado. Por eso en Harvard nunca me ofrecerán una cátedra. Todo lo que siempre he querido hacer es escribir para el *New Yorker*.

David quiere acabar con el punto, pero la pelota se estrella directamente contra la pared. Los dos se carcajean.

—Intenta un mate, y ni siquiera da en la mesa..., 21-11.

David deja la pala. Está jadeando. Echa un trago a su cerveza.

—Estoy demasiado involucrado en el trabajo y mi prosa no puede ser muy sesuda. Todo lo que sé lo he aprendido en la calle. ¿Sabías que en la universidad hay algunas personas muy eruditas pero también bastante estúpidas? Voy a contarte una historia.

Habla de un coche patrulla en un aparcamiento pobremente iluminado y rodeado de casas con las ventanas cegadas con tablas y llenas de lemas pandilleros. Kennedy está en el asiento trasero tomando notas. En el asiento delantero va un policía. La oscuridad envuelve su rostro.

—Tenemos que ocuparnos de seis o siete tiroteos todas las noches. Vamos de escena del crimen en escena del crimen.

—¿Qué hay de Chez Vous, la pista de patinaje?

El policía suspira.

—En aquella pista había tantas armas que no sabíamos por dónde empezar. Ahora todos los chicos tienen una. Llegan por el corredor de la 95. Borran el número de serie.

—He oído que no vienen del sur.

—Ajá.

—Que llegan de Nueva Inglaterra. Venta personalizada.

—Te lo habrá dicho una buena fuente.

—La mejor. La Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego —dice Kennedy, baja del coche y se apoya en la puerta del acompañante del conductor—. ¿Por qué crees que todos esos chicos quieren tener un arma?

—Cuando vendes *crack*, necesitas potencia de fuego. Hay que proteger la mercancía.

Kennedy niega con la cabeza. Sabe que las calles son cada día más peligrosas. A pesar de la popular retórica sobre la tolerancia cero, el índice de homicidios juveniles se ha multiplicado por cuatro desde que él empezó su investigación.

—No todos son camellos, no todos trafican con drogas. Solo tienen miedo. Tienen miedo de que los Intervale Posse les peguen un tiro cuando cruzan la calle para comprar un batido de chocolate. Quieren armas para protegerse. ¡Joder, si en Boston los chicos hasta tienen miedo de ir al instituto!

Se incorpora, como si quisiera estirar las piernas. El policía arranca el coche.

—¿Y ahora qué pasa contigo? ¿Ya no te da miedo dar un paseo de noche por Dorchester?

—He estado hablando con ellos. Les gusta. No es lo normal.

En 1994 las relaciones de la comunidad negra de Boston con la policía tocan fondo. Accelyne Williams, frágil anciano negro de setenta y cinco años, sale al pasillo y llama a la puerta del vecino de enfrente. Una niña pequeña la abre unos centímetros.

—¡Hola, reverendo Williams! —le saluda con amplia y blanca sonrisa.

—Esto para ti, señorita —dice el anciano dándole una chocolatina y una bolsa de comida—. Y esto para tu madre.

Esa misma noche en el mismo edificio de Codman Square unos policías toman posiciones para entrar en un piso. Parecen SWAT. Casco, uniforme negro de faena y botas. Van armados con fusiles y pistolas Glock de nueve milímetros. Aporrean la puerta con una maza hasta que salta de sus goznes. Dentro, el señor Williams parece aterrorizado. Mide uno setenta y pesa sesenta y cinco kilos. Sale corriendo a su habitación y cierra la puerta con pestillo. La de entrada retumba con las sacudidas. El señor Williams se coge el pecho, no puede respirar, su rostro se contorsiona. La puerta se parte en mil pedazos. Policías armados irrumpen en el dormitorio y lo echan al suelo a la fuerza.

—¡Policía de Boston!

—¡Tumbese en el suelo!

Tres agentes lo agarran y lo esposan. El señor Williams agita el brazo frenéticamente intentando soltarse. Dos policías le cogen por los brazos. Un tercero le sujeta los pies. No puede mover las manos. Otros policías recorren el piso, apuntando las armas a los cuartos vacíos, comprobando las salidas. Williams vomita.

—¡Está vomitando! ¡Llamad a un médico! —grita un agente, que le quita las esposas y le coloca de costado.

Williams intenta respirar. A su lado se arrodilla un paramédico. Le toma las constantes vitales y grita.

—¡Paro cardíaco!

A los pocos días, asiste al abarrotado funeral del reverendo Williams un elegante hombre con

traje, corbata, gafas y un pulcro corte de pelo, el reverendo Albert Aymer. Su voz transmite su justificada ira. Brama sobre las cabezas de la multitud.

—Os juro por mi vida que no comprendo cómo se puede ser policía de una comunidad en la que no vives. Cuando personas que viven en los barrios acomodados bajan a patrullar la ciudad, lo hacen con miedo. Agentes de policía que viven en nuestra comunidad habrían sabido... diferenciar entre personas honradas y temerosas de Dios y delincuentes.

Una manifestación de vecinos negros desfila por las calles. Cuatro llevan una pancarta. Uno tiene barba y lleva gafas, corbata e impermeable. Los demás, zapatillas de deporte y chubasquero. La pancarta dice: «JUSTICIA para el reverendo Accelyne Williams».

David Kennedy hace cola para entrar en una recepción llena hasta los topes. Un amigo suyo da su nombre a una mujer con una lista y le dice que lo ha invitado él. Detrás de la mujer hay una placa: «Asociación de Libertades Civiles de Estados Unidos». Doctos liberales asisten a la reunión: escritores, activistas, abogados.

—Es terrible cómo actuaron esos policías contra un viejo de setenta y cinco años. No tendrían que haber reaccionado así. No tienen ninguna justificación.

—En absoluto. El hombre corre al cuarto de baño y se abalanzan sobre él. Lo derriban y lo sujetan contra el suelo.

Todos asienten y están de acuerdo. Kennedy se rasca nerviosamente la cabeza.

—Supongo que no lo dirán en serio —suelta.

Todos vuelven la cabeza y lo miran perplejos.

—En cuanto entraron por la puerta se sabía lo que iba a pasar. Derribas una puerta. Ves correr a un hombre. Lo único que se te ocurre pensar es que va a por una pistola. La idea de que podría haber sucedido de otra forma es tan irresponsable y está tan alejada de la realidad que no tendríamos ni que tener esta discusión. El problema es cómo funcionan las cosas. Estos incidentes seguirán ocurriendo. No tiene nada que ver con la forma de actuar de la policía. Tiene que ver con nuestra idea de orden público.

Otro día David Kennedy se dirige a miembros importantes del clero de color de Boston. Están muy tensos.

—Explíqueme usted por qué tenemos que sentarnos a dialogar con la policía —dice uno, y los demás asienten—. Esta no es la primera vez. ¿Se acuerda del asesinato de Carol Stuart en el 89?

David recuerda las imágenes de *CBS Rescue 911* y la foto de boda de los Stuart. Las emitieron una y otra vez. Todo el mundo estaba pendiente del televisor. Colocaron una cámara en la ambulancia que trasladó a la pareja al hospital. Con un balazo en el estómago, desnudo de cintura para arriba, Chuck Stuart no paraba de gemir. «Joder, tío». Su esposa embarazada, Carol, agonizaba víctima de un disparo en la cabeza. Volvían a casa después de asistir a una clase de preparación al parto. «¿Quién ha sido?», le pregunta a Chuck un agente. Chuck responde que un negro. Se desata una tormenta en los medios. La policía lleva a cabo cientos de interrogatorios en Roxbury y Mattapan, los barrios negros más pobres. Chuck identifica a un hombre con chándal en una rueda de reconocimiento.

—Centenares de jóvenes negros acosados —dice el ministro—. Les obligaban a bajarse los pantalones solo porque iban a comprar un cartón de leche. Los periódicos hablaron de atmósfera de sospechas generalizadas.

—Lo recuerdo. Resultó que Chuck mató a su mujer por un seguro de vida.

—Así es. Carol Stuart iba a dejar su trabajo de abogada y él no podía soportar un descenso de su nivel de vida. Era gerente de una peletería de lujo de Newbury Avenue, Kakas, con un sueldo de cien mil dólares al año. Tenían casa con piscina y yacusi. Los negros de Roxbury no pueden ni soñar con algo así.

Todos los ojos están clavados en David. Es su turno de hablar y responder.

—Esa es la razón de que debamos reunirnos todos —dice—. De que la Ten Point Coalition[13].y ustedes tengan que organizar un grupo de trabajo junto con la policía.

Los ministros miran a Kennedy con incredulidad.

Un grupo de adolescentes negros se apiñan en el asiento trasero de un coche aparcado en Wendover Street. Cogen dos semiautomáticas de nueve milímetros y las meten en una bolsa. Deben de haberlas cargado previamente. Entonces uno de ellos sale del coche, se acerca a un policía y le entrega la bolsa. El policía mira el contenido y casi se le cae.

Poco después, David Kennedy charla en la comisaría con Paul Joyce, un alto y enjuto corredor de maratón que lleva afeitada la cabeza.

—¿Cómo habéis conseguido que la banda de Wendover Street entregue sus pistolas?

—Diciéndoles la verdad —dice Joyce.

David enarca las cejas. Quiere saber más.

—Si hay otro tiroteo más entre bandas e interviene uno solo de los componentes de la banda, culparemos a todos.

—Así que es la propia banda la que hace labor policial —dice David sin dar crédito a lo que está oyendo—. ¡Joder, me parece increíble!

—Las víctimas conocen a los verdugos —dice Joyce—. Nosotros solo conocemos los agravios, las ofensas que hay entre ellos.

—¿Y sabíais ya todas estas cosas?

—Pues claro —responde Paul Joyce—, solo que a nadie se le ocurrió preguntar.

Para David supone toda una revelación que un grupo de vendedores de droga armados respondan cuando se les habla directamente, cara a cara. Nunca imaginó que los asesinos pudieran dejar de matarse solo por pedirselo. Es la prueba de algo que ha intuido toda su vida: el extraordinario poder del compromiso moral. Empieza con sus colegas a planear la forma de difundir la idea por toda la ciudad, obligando a todas las bandas de Boston a asistir a encuentros especiales a los que dan el nombre de «coloquios».

El primer coloquio cara a cara en Boston tiene lugar en mayo de 1996. Esposados, miembros de las bandas de la ciudad —algunos con el mono carcelario— son conducidos a la sala de un tribunal. Un equipo de los SWAT hace guardia en la puerta. Dentro, a todos les sorprenden las comparecencias. Intervendrán policías y vecinos, clérigos de color, exdelincuentes, madres de víctimas. Los policías hablan de mano dura y algunos parecen aburridos, mascan chicle y resoplan. Toma la palabra uno de los líderes de la comunidad negra. Ladean la cabeza y escuchan.

—Vuestra comunidad se preocupa de vosotros, os valora. Dejad que os haga una pregunta: ¿a quién le parece bien matar a niñas de doce años?

Nadie mueve un músculo. El hombre ha captado su atención.

—Decís que vuestros amigos son vuestros hermanos, que os guardan las espaldas. Pero, si vais a la cárcel, ¿van a visitaros?

Todos sopesan estas palabras con gesto hosco.

—¿Cuánto tiempo tardarían vuestros amigos en acostarse con vuestra novia si fuerais a prisión?

—Dos días —responde un pandillero desde la sala—. Y eso que era mi primo.

En el momento del primer coloquio, Boston ronda el centenar de homicidios al año, pero en 1999 se han reducido a treinta y uno. David Kennedy aplica su programa en Chicago con resultados igualmente sorprendentes. Al cabo de dieciocho meses, en algunos barrios el número de homicidios se ha reducido una tercera parte.

En 2007 organiza el primer coloquio en Cincinnati, una ciudad atenazada por los tiroteos entre bandas.

La sala del tribunal de Cincinnati se llena de delincuentes muy peligrosos. Van mal vestidos, parecen psicópatas. Los funcionarios están incómodos. Algunos parecen sinceramente asustados. Fuera hay policía armada con casco y uniforme antidisturbios. Entre los asistentes se levanta una madre. Es duro para ella.

—Sé que no os da miedo morir. Mi hijo tampoco tenía miedo a morir. Pero murió. Murió hace mucho tiempo. Cuando me llamaron estaba en la cocina. Me tiré al suelo gritando. Me destrozó. He perdido a mi marido. Empecé a beber y a tomar drogas. Tengo otros dos hijos..., los quiero mucho. Estaba tan rota que no podía cuidar de ellos. Sufrirán las consecuencias de por vida. Si os dejáis matar, vuestra madre ocupará este sitio donde ahora estoy yo. Será yo.

Cuando termina, muchos pandilleros lloran.

Nueve meses después del primer coloquio, el número de homicidios entre bandas callejeras de Cincinnati se ha reducido a la mitad.

Tras leer la historia de David Kennedy, Karyn se hace la promesa de conocerlo, de ver si pueden aplicar su programa en Glasgow. Lo visita en Nueva York, donde ahora es catedrático. Karyn le explica el reto a que se enfrentan en el East End de Glasgow.

—Glasgow no es Boston. En Boston las bandas se pelean por controlar el mercado y están compuestas sobre todo por negros. Y todos tienen armas. En Glasgow es distinto.

David Kennedy está más viejo. Sigue llevando barba y melena, pero ahora están moteados de gris. Escucha a Karyn ante una estantería repleta de libros. Lleva un traje negro de raya diplomática y gafas de sol.

—Siempre que vamos a otra ciudad nos dicen: esto no es Boston —afirma—. Todo el mundo cree que su ciudad es especial: aquí las bandas están compuestas por chicanos, por asiáticos, aquí vivimos en bloques. La gente encuentra todas las razones imaginables para creerse diferente. Pero la violencia siempre está vinculada a un grupo en ebullición. Cruzan el patio y matan a las personas que odian porque sus padres hacían lo mismo. Están atrapados. Están aterrorizados. Quieren una salida y nadie les da una salida. No importa adonde vayas, en todas partes es igual.

Karyn asiente despacio, pensativa. David Kennedy se da cuenta de que no está plenamente convencida.

—Vaya al tribunal del distrito de Red Hook. Allí hay un juez llamado Alex Calabrese. Puede sentarse a su lado y verlo usted misma.

Karyn se sienta al lado del juez mientras montones de hombres entran y se sientan delante de él por multitud de motivos. La mayoría de las peleas y homicidios tienen su origen en el respeto, no en el control del mercado de drogas. Se pelean por una chica, por el territorio. «Tú me has faltado al respeto al entrar en mi distrito postal». Karyn comprende que es exactamente lo mismo que ocurre en Glasgow.

Pocos días después cruza con paso rápido la sala de tránsito del aeropuerto de Glasgow arrastrando su maleta. A su lado va John, esquivando pasajeros.

—Me he visto con David Kennedy —dice, colocándose bien las gafas de sol—. Esto es lo que vas a hacer: vas a hablar con las bandas, les vas a decir que dejen de hacer lo que están haciendo y les vas a dar una alternativa.

—Ajá.

—Eso es todo.

—Me tomas el pelo.

—No, tienes que amenazarles con la cárcel.

—Tiene que haber algo más.

Karyn y John están en una sala llena de policías de la Strathclyde. Les han explicado lo que hacen en Boston y ahora estudian sus rostros. El amigo de las discusiones, la cabeza rapada y las gruesas cejas levanta la mano para hacer una pregunta.

—Glasgow no es Boston —dice. Karyn asiente, sabe qué viene a continuación.

Cuando el proyecto gana impulso, David Kennedy llega a Glasgow para levantar la moral de las tropas con su retórica. John y Karyn se lo llevan a tomar una copa. Tiene una abuela de Glasgow. Fue la primera persona que lo llevó a un bar, estaba en segundo, tenía siete años. North British Hotel, en George Square.

—John, en Estados Unidos lo más potente de los coloquios es la intervención de las madres de las víctimas —dice David—. Aquí obtendréis la misma reacción emocional.

—Somos escoceses —dice John—, no tenemos emociones.

El primer coloquio de Glasgow tiene lugar el 24 de octubre de 2008 en un tribunal de distrito. El edificio tiene una austera fachada futurista, con puertas giratorias empujadas por grandes columnas de metal. Parece la entrada a una cueva de granito. Cuarenta pandilleros adolescentes entran acompañados por policías con uniforme antidisturbios tras cruzar un cordón de seguridad custodiado por cuatro agentes a caballo. Los han llevado en autobús, a algunos desde Polmont. Miran al cielo al oír el fragor de un helicóptero de la policía que vigila desde el aire. Una lancha patrulla el Clyde.

Son escoltados hasta la sala número 8 y les ordenan que se pongan a un lado. El juez les dice que ha empezado la sesión y deben apagar sus móviles. Todo aquel que no se atenga a las normas será tratado con severidad. A Karyn le sorprende que se muestren tan respetuosos. Es asombroso que algunos hombres puedan estar bajo el mismo techo sin agredirse. Al otro lado de la sala se sientan un grupo de policías y vecinos de la comunidad. Uno a uno cruzan al lado en que están los chicos para dirigirse a ellos.

El jefe de policía es el primero. Va vestido de uniforme. Detrás de él hay una pantalla donde aparecen imágenes. Los chicos no habían visto nunca algo así. Las imágenes son de poca calidad, sacadas de los archivos policiales. Los chicos se quedan helados cuando se reconocen. No sabían que los policías tuvieran vídeos de ellos.

—Sabemos quiénes sois. Sabemos dónde vivís, con quién os relacionáis, contra quién peleáis —dice el jefe—. Si quisiéramos, podríamos plantarnos delante de vuestra casa con todos los agentes de la zona.

Un viejo herrero naval de Clydebank con camisa negra, corbata magníficamente anudada y gafas graduadas cruza al lado de los chicos. Bajo sus pantalones de franela se adivinan sus cansadas articulaciones, su rostro es una masa de arrugas como pequeñas brechas. Habla con voz aguda y melodiosa.

—Mirad, chicos, vosotros podéis pensar que no nos estáis causando ningún problema, pero cuando voy a buscar mi pensión y paso a vuestro lado, estoy absolutamente petrificado.

Christine les dice lo que ocurrirá cuando terminen empapados de sangre en la sala de urgencias. Detrás de ella aparecen gráficas imágenes de laceraciones y graves heridas de arma blanca en el rostro. Las lesiones que pueden provocar una navaja y un bate de béisbol.

Entonces, en el momento clave, una madre se dirige a los chicos. Tiene la misma edad que su madre, piensan ellos, se parece un poco a ella. Tiene su suave y firme voz.

—A los trece años, mi hijo fue atacado por una banda con machetes —dice—. Ni siquiera lo reconocí. Tenía lesiones muy, muy graves. Heridas muy graves en la cara. Quiso protegerse la cara con las manos y perdió los dedos.

Cuando deja de hablar, algunos muchachos parpadean intentando no llorar. A pesar de sus fanfarronadas y bravatas de macho, todos quieren a su madre. Interviene otra madre. Les cuenta cómo perdió a su hijo. Les habla de la negra nube que ese día se cernió sobre su mundo. Es demasiado. Ahora el semblante de los chicos muestra conmoción, miedo y vergüenza. Y ya derraman lágrimas.

Finalmente sube al estrado Gary, un exdelincuente que ha estado once años en prisión por un homicidio que cometió a los dieciocho, cuando estaba borracho, en una pelea entre bandas. Ha pagado por ello.

—He pasado de los diecinueve a los treinta en una celda. Me tenían que dar permiso para ir al servicio, me tenían que dar permiso para comer. En este juego no hay ganadores. Llevar navaja, colocarte no te hace más hombre. —Gary ya no tiene ganas de pelea. Habla a los chicos desde el odio a sí mismo.

Al final, cuando el último compareciente acaba, reciben algo que no esperaban. Una elección. Seguir persiguiendo a sus rivales y acabar en la cárcel o coger esta tarjeta, llamar a este número y unas personas les ayudarán a conseguir trabajo, formación y alojamiento. Al principio sospechan. Nunca les habían ofrecido una salida.

A los pocos días llama uno y deja un mensaje de voz diciendo: «Devuélveme la llamada si este rollo va en serio».

Un trabajador social se acerca a verlo al cabo de veinticuatro horas y le introduce en un programa. Los chicos conocen a Tony Fitzpatrick, una leyenda del Saint Mirren, y se forma un nuevo grupo con Big Craig, que estuvo en una banda de Penilee hasta los veinte. Participaba en riñas salvajes en el Glasgow Viva Penthouse. Utilizaban navajas, cuchillos y botellas. Quien

ganaba la pelea subía las escaleras y ocupaba su sitio en un gran trono rojo desde donde se divisaba todo el club. Big Craig cuenta que dio a su madre los cuatro peores años de su vida, y que al poco tiempo la mujer murió. Se gana la confianza de los chicos. Si la policía le pide algún dato, no se lo da. Les pide que tracen en una hoja una zona de su barrio donde se sientan totalmente seguros. Los chicos colocan la hoja en la pared y se dan cuenta de que viven confinados en un espacio muy reducido.

—Un hombre de verdad es aquel que se levanta cuando hace un frío que pela y azota el viento y va a trabajar y a ganar el pan de su familia —dice Big Craig. Un chico consigue trabajo en el centro comercial de Parkhead Forge. Pero solo los Parkhead Rebels pueden pisar la zona, los Parkhead Wee Men, así que le dan una paliza. Otro chico es un gran artista, así que Big Craig le da dinero para montar un salón de tatuaje móvil en un minibús con el que pueda recorrer Springburn. Corre la voz de que está ocurriendo algo nuevo.

Otro coloquio convoca a ochenta pandilleros. El experto en motivación Jack Black se dirige a ellos. Tiene el cabello rizado y canoso, y vivos ojos negros. Va elegantemente vestido: traje negro y camisa blanca sin corbata.

—Le hemos hecho chantaje y ha venido gratis —le susurra John a Karyn—, porque hace tiempo fue trabajador social en Easterhouse.

Jack Black salta del estrado para mezclarse entre su audiencia. Quiere ganarse a los chicos.

—En otras circunstancias, tendríais que haber pagado mil libras para asistir a este curso. Es lo que yo cobro. Pero no vais a tener que pagar nada. Así que ¿de qué queréis hablar hoy?

Un chico se levanta en la parte de atrás. Es el primero en ponerse de pie.

—¿Ve a ese tío de ahí? —dice señalando a un chico de las filas delanteras—. Llevo peleándome con él desde que tenía once años. Quiero saber por qué.

Karyn y John se miran.

—Joder, todos queremos saber por qué —cuchichea John.

Un año después del comienzo del programa, la policía informa de que las batallas campales de Easterhouse son historia. El East End está más tranquilo. Los sábados por la tarde la División B deja la comisaría de Shettleston más temprano y para en la calle a cualquier adolescente que vuelva a casa con bebidas alcohólicas.

Un día, Margaret asoma la cabeza en el despacho de Karyn.

—Hemos recibido muchas quejas de vecinos de Easterhouse.

—¿Alguien herido con un machete?

—No —contesta Margaret sonriendo—. Se quejan de que hay excrementos de perro en las aceras.

Intercambian una mirada. Karyn se acerca a la máquina de café, donde encuentra al policía de cabeza afeitada y gruesas cejas. La mira con recelo.

—Como sabe, hemos colocado un policía en el Saint Mungo's Easterhouse.

El policía frunce el ceño. ¿Y qué?

—Veinte alumnos han solicitado su ingreso en la academia de policía.

Aplican el modelo en más zonas de Glasgow. Vuelve David Kennedy y le pregunta a John:

—Y, entonces, ¿con cuántas bandas habéis acabado?

Cuando se dirigen a los remotos descampados del este de la ciudad, se acuerda de las viviendas de protección oficial de pocas alturas de Estados Unidos.

En Easterhouse el paisaje está cambiando. Los jóvenes en chándal todavía se congelan a las puertas del centro comercial de Shandwick, pero a pocos metros un complejo cultural se eleva como una nave espacial bajo la luz de los focos. Paredes de vidrio, paneles de madera y las chimeneas plateadas del Bridge. Ha costado siete millones de libras y tiene piscina, biblioteca, teatro y sala de ordenadores.

Aparentemente, en el Bridge todo está en orden. Hay grupos de adolescentes ante varios ordenadores. Un empleado especializado en tratar con jóvenes —lleva un aro en el labio y tiene un aspecto muy lozano— circula entre ellos rogándoles que no hablen demasiado alto. Bajo la superficie, sin embargo, la violencia todavía acecha.

Ross, catorce años, pelirrojo y larguirucho, bromea con su amigo Craig, doce años, tímido y con gafas. Están concentrados en su PC. Ross es un chico listo y quiere llegar al Parlamento de la Juventud de Escocia. Su padre le apuntó a la cabeza con una escopeta de dos cañones cuando tenía tres años. Antes la había cargado dando un golpe en la nuca a su madre. Luego, cuando Ross se puso a chillar y su hermana de siete años le dio un puñetazo en la espalda, su padre la cogió del pescuezo y la estrujó contra la mullida sien de su hermano. Después de aquello, el borracho se fue a vivir a Parkhead. Volvió a aparecer el día de su decimotercer cumpleaños, pero su madre le encerró en su habitación con una PS3 y se puso a dar voces al otro lado de la casa. Luego Ross oyó los gritos de su padre. Y portazos.

La madre de Craig está pelada. Tiene que mantener a su hermano Neil, un estorbo. Neil tiene veintidós años, es trabajador ferroviario y lleva una camiseta del Chelsea, se ha emborrachado y no deja de incordiar a su hermano.

—¿Estáis hablando con los americanos, cabrones! —masculla Neil mientras Craig cambia el modificador de voz de su PS3 y pone un tono más agudo. Por lo menos es fuerte, se dice Craig, y puede proteger a la familia. Normalmente la madre de Craig no le deja estar en casa. Ha pedido una cinta de correr por Navidad. Quedó el tercero en los sesenta metros lisos en la miniolimpiada de Glasgow. Si quieres sobrevivir en Easterhouse, más te vale correr rápido.

Spoony, un chico rechoncho, se acerca a ellos. Es un compañero del colegio y se le forma un hoyuelo en la mejilla cuando sonrío. Presume de su nueva espada de samurái y coloca las manos como si en ese momento la sostuviera. Le escuchan con una media sonrisa. Spoony es tonto, pero legal. Abre mucho los ojos, está muy agitado. Asegura que en julio hubo una gran pelea entre los Drummy y los Provvvy, que un helicóptero aterrizó en el descampado, que llegó la policía con uniforme antidisturbios y pastores alemanes.

—Estaba la mitad del barrio —dice, aturullándose—. Cincuenta tíos. Y hubo pelea todos los días durante un mes.

Está tan alterado que Ross trata de elucubrar una respuesta, pero sospecha que Spoony se lo ha inventado todo. ¿Cómo se puede llevar un escudo antidisturbios en una mano y un pastor alemán en la otra?

—No juegues tanto al Saints Row II, tío —dice, secamente. A los Aggro les encanta ese juego: dos bandas se disputan un territorio de un barrio abandonado importante para el mercado de drogas y los jugadores se pelean con machetes y bates de béisbol.

—Su brutalidad es legendaria —gruñe Spoony, más serio, y se marcha de la sala recreativa. Una de sus películas preferidas es *Hooligans*, de Elijah Wood, sobre todo la escena donde a Elijah le cortan la boca con una tarjeta de crédito.

En otro rincón hay otros dos chicos sentados ante un ordenador: Tam, diecisiete años, y su hermana pequeña, que viven cerca de Easterhouse. Parecen agradables, inofensivos incluso. El Bridge es un buen sitio para esconderse si tus rivales te están buscando. La tarde del sábado es la hora de las brujas. Tam fue acusado de intento de homicidio con quince años. Estaba en casa viendo el partido de los Celtic contra los Rangers cuando por la ventana entró una lata de cerveza. Su hermana se asustó mucho, así que Tam cogió una piqueta, salió en busca del chico de la lata y le partió el cráneo por dos sitios. El chico pasó varios meses en el hospital. Le denunciaron por intento de homicidio, desfigurar a la víctima irreversiblemente y agresión grave con peligro de muerte. Está en Bridge porque se encuentra en espera de juicio. En Halloween del año anterior iba a toda velocidad por Edinburgh Road y se clavó la hebilla del cinturón de seguridad en la nuca. Le dieron cinco puntos. Su hermana y él trastean en Internet, consultan las páginas de su banda en Bebo. Su padre se rompió el pie en una carretilla elevadora hace algunos años y toma demasiados analgésicos, así que Tam no puede ir a la cárcel, tiene que proteger a su hermana. Los dos son tímidos, están un poco perdidos.

El tercer grupo son unas chicas de Aggro. Tienen catorce años, hablan a gritos y chatean sobre *leggings*, pantalones de pitillo, minitops y otros artículos de Primark. El empleado trata de que se interesen por sacarse algún título, pero ellas buscan educación sexual. A una amiga de doce años la han castigado por fumar hachís. Otra tiene problemas con la bebida. Mel quiere ir a la uni y estudiar para modelo. Comparte habitación con sus hermanastras, con quienes no deja de discutir por culpa del maquillaje y de los gatos.

—Me gusta el teatro, lo que no me gusta es la profesora de teatro —protesta, arrancándose una uña—. Siempre se mete conmigo.

—Por tu cara de torta. Es tan evidente...

Los sábados, el Bridge cierra a las cinco y luego hay que salir a la calle. Para matar el tiempo organizan una guerra de agua en el McDonald's y luego van a comprar tres litros de Frosty Jack para beberse los con unos exnovios del colegio en Den Toi. Las hamburguesas y unas cebolletas en vinagre evitan que el aliento les huela a alcohol.

Pasean por Easthouse Road bajo una lluvia intensa. Todavía es peligroso salir el sábado por la noche en Easterhouse.

De regreso a Estados Unidos, David Kennedy se dirige a una audiencia que quiere oírle hablar de justicia penal. Habla con pasión. Tiene ojos de luchador cansado.

—Mi padre es un ingeniero de Detroit. Nos sentábamos en la mesa del comedor y me contaba cómo funcionan los coches. Los ingenieros y los médicos suelen recurrir a razonamientos prácticos. Son fanáticos de los resultados, pero agnósticos de los medios. Lo único que importa es que el coche funcione. Control del crimen y justicia penal..., nada de lo que hacemos funciona.

Los responsables se ofenden cuando se lo dices. Un estudiante de electrónica inventa un aparato nuevo que funciona, y el viejo se va directamente a la basura. Los arquitectos no construyen edificios que se caen. Ser muy inteligente y tener muy buenas ideas no sirve de nada si esas ideas no funcionan. He hablado con muchos jefes de narcóticos y licenciados de Harvard sobre justicia penal. Los respeto enormemente, pero si lo que dicen no ha pasado la prueba del algodón, no sirve de nada.

Hace una pausa y echa un vistazo al salón de actos. Todas las butacas están ocupadas, solo queda algún hueco en los pasillos.

—Cuando salía de patrulla con la policía, los agentes recogían armas automáticas abandonadas en la calle. Por todo el país. En los barrios negros pobres, la situación nos supera. No importa lo que diga la gente, esto no ha acabado. El *crack* no ha acabado. Lo que trajo, la droga en las calles, las armas, la violencia, ni mucho menos ha acabado. Vayan a cualquier ciudad norteamericana y alquilen un coche, a los pocos minutos pueden visitar barrios donde la gente vive aterrorizada. Llegan blancos ricos y compran droga sin bajarse del coche. En una zona de Brooklyn se podía comprar un kilo de coca sin bajarse del coche. Chicos muertos a tiros. Policías que se ven obligados a utilizar las armas. Esto no ha acabado.

John cuelga el teléfono después de hablar con su hija Laura, que es detective del Grupo de Homicidios de Easterhouse. Da gusto hablar con ella. John ha tenido un día duro con profesores, funcionarios y trabajadores sociales. Todo el mundo protege su presupuesto. Todos dicen lo mismo: así son las cosas y así han sido siempre, es una pena. Así nunca las arreglarán. Entra en el despacho de Karyn y mira por la ventana. La lluvia cae sobre Pitt Street.

—A veces estoy más indignado que satisfecho.

Karyn le mira.

—La indignación es buena —dice—. La indignación es estupenda.

Nota del autor

Me gustaría dar las gracias a las muchas personas de la primera línea del frente contra la delincuencia urbana que voluntariamente me dijeron cuanto saben. En particular quiero dárselas a Karyn McCluskey, que me habló largo y tendido de su trabajo con la Unidad de Reducción de la Violencia de Glasgow y con el superintendente John Carnochan, jefe de detectives. La doctora Chrissie Goodall, de Médicos Contra la Violencia, me detalló los traumas que sufren las víctimas de la violencia pandillera a las que ha tratado a lo largo de doce años. Karyn, John y Chrissie están sincera y apasionadamente comprometidos en la prevención de la violencia en Escocia. David Kennedy me habló de su revolucionario método para reducir el número de asesinatos entre las bandas de Boston. He tenido, además, la fortuna de poder hablar con «Cathy» y sus compañeros de trabajo, esforzados trabajadores sociales del East End de Glasgow. Me permitieron pasar tiempo estudiando sus casos, incluido el de «Kenny». También doy las gracias a los miembros de la comunidad de Easterhouse y a los agentes de la división B de la Strathclyde Police que me acompañaron mientras investigaba las peleas entre bandas en el East End de Glasgow.

En Londres, «Pilgrim» compartió amablemente conmigo la historia de su vida durante varias entrevistas. «Hardeep», «Jas» y «Kam» me enseñaron la verdad sobre la adicción a las drogas y la delincuencia en Southall. Jama me habló de su infatigable tarea con la comunidad somalí de Southall y me presentó a «Troll». Pasé muchas horas con una unidad del Departamento de Investigación Criminal de la policía metropolitana de Southall durante una operación de vigilancia antidroga contra traficantes somalíes que culminó con varios registros al amanecer.

Quiero dar también las gracias al detective «Anders Svensson», de la policía del Gran Manchester, con quien me reuní en varias ocasiones y pacientemente me hizo una crónica de su trabajo y de la persecución de «Merlin», «Flow» y otros. También compartí con él y sus compañeros de XCalibre varias patrullas nocturnas por el sur de Manchester. Otras muchas personas, demasiado numerosas para mencionarlas aquí, también me dedicaron parte de su tiempo, con frecuencia de forma anónima. Entre ellas hay víctimas de crímenes con arma blanca o arma de fuego y familiares de víctimas, personas que trabajan con jóvenes, organizaciones de ayuda, delincuentes, exconvictos y pandilleros y expandilleros. En medio de tanta violencia y desesperanza conocí también historias de anhelos e imbatible afán de superación. Me ofrecieron un relato fiel de comunidades rotas y asoladas por la delincuencia. Abandonadas por la economía, los medios, los políticos y sin base social, muchas personas construyen un mundo de violencia alternativo. Este libro es un viaje al interior de ese mundo.

Notas

- [1] *Las puertas de Jano*. Peter Sutcliffe (1946-), el *Destripador de Yorkshire*, e Ian Brady (1938-) son dos famosos asesinos múltiples ingleses. [N. del T.]
- [2] Actor que interpreta a un policía en la serie *EastEnders* (1995-2006), que en España se tituló *Gente de barrio*. [N. del T.]
- [3] Los Cripz (*Coward Run In Packs*) de Old Trafford, por una banda de Los Ángeles. [N. del T.]
- [4] Los Valientes de Moss Side, por la banda de Los Ángeles rival de la anterior. [N. del T.]
- [5] Baile de los clubes eróticos. La bailarina se sienta en el regazo (*lap*) de algún espectador y se mueve sensualmente al ritmo de la música. [N. del T.]
- [6] «Nunca me cogeréis vivo». [N. del T.]
- [7] «Fugitivo original». [N. del T.]
- [8] *Bonfire Night* o *Guy Fawkes Night*, 5 de noviembre, cuando los británicos conmemoran la Conspiración de la Pólvora de 1605. [N. del T.]
- [9] *Gun*: pistola, arma de fuego. [N. del T.]
- [10] *Holy Smoke!*, «¡Dios bendito!», pero, en jerga, *smoke* es hierba, marihuana. [N. del T.]
- [11] «Negro», en sentido muy despectivo. [N. del T.]
- [12] Sociedad protestante implantada sobre todo en Irlanda. [N. del T.]
- [13] La Boston Ten Point Coalition es un grupo ecuménico formado por clérigos y laicos que trata de movilizar a la comunidad sobre asuntos que afectan a jóvenes negros y latinos. [N. del T.]

Sobre el autor

Gavin Knight ha trabajado para *The Guardian*, *The Times*, *Prospect*, *Newsweek* y otras muchas publicaciones. Durante dos años estuvo integrado en varias unidades de la policía de Londres, Manchester y Glasgow en labores de investigación periodística. Además, pasó algún tiempo con muchos delincuentes peligrosos integrados en bandas e implicados en algún asesinato. *Los chicos malos del barrio* es su primer libro.



Título original: *Hood Rat*

© Gavin Knight 2011

© De la traducción: 2012 Amado Diéguez

© De esta edición:

2012, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.sumadeletras.com

Los chicos malos del barrio no es una obra de ficción. Se han cambiado muchos nombres, apodos, épocas, fechas y rasgos singulares, y algunos personajes son una composición imaginaria inspirada en varias personas reales.

ISBN ebook: 978-84-8365-427-9

Imagen de cubierta: © 2006 David Gillanders

Conversión ebook: Javier Barbado

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).



Suma de Letras es un sello editorial del Grupo Santillana

www.sumadeletras.com

Argentina

www.sumadeletras.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.sumadeletras.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.sumadeletras.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.sumadeletras.com/co

Carrera 11A, n° 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica

www.sumadeletras.com/cas

La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.sumadeletras.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.sumadeletras.com/can

Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España

www.sumadeletras.com/es

Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.sumadeletras.com/us

2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.sumadeletras.com/can

26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.sumadeletras.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México

www.sumadeletras.com/mx

Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias

03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.sumadeletras.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.sumadeletras.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.sumadeletras.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.sumadeletras.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.sumadeletras.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.sumadeletras.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.sumadeletras.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1°

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51